

A

de

# LOS MISTERIOS DE MARSELLA

## Emile Zola

La radiografía de la insatisfacción  
humana en el sórdido ambiente de una  
Marsella desconocida



«Los misterios de Marsella» es una obra que, en su aparición, provocó encendidas polémicas. El escritor naturalista y apasionado, Émile Zola, que desnudó la sociedad de su tiempo, se adentra en el laberinto de las callejuelas marselesas y describe un mundo atroz, una mezcla de sensaciones indescriptibles, que sólo una pluma maestra podía captar con toda intensidad. Se trata de una verdadera radiografía de la insatisfacción humana: los celos y las ambigüedades provocadas por un ambiente sórdido, un mundo laboral infame, un lugar de cita para extraños personajes — demagogos e idealistas—, que deambulan como parias en un mundo hostil.



Émile Zola

# Los misterios de Marsella

ePub r1.0  
Titivillus 06.10.2019

Título original: *Les Mystères de Marseille*  
Émile Zola, 1867  
Traducción: María Teresa Díaz  
Traslación del prefacio: Proyecto Scriptorium

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



## NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Este prefacio apareció en la edición de Charpentier publicada en el año 1885. En la edición de Bruguera (fuente utilizada para esta versión digital) la editorial no incluyó el prefacio de la versión original en francés que viene a continuación.

El prefacio que se incluye en esta versión digital es una traducción realizada por el equipo del Proyecto Scriptorium del texto original.

## PREFACIO

Esta novela tiene una historia que tal vez merezca la pena contar.

Era el año 1867, durante los difíciles tiempos de mis comienzos. No todos los días había pan en mi casa. Sucedió que, en uno de esos momentos de negra miseria, el director de una pequeña hoja de Marsella, *Le Messenger de Provence*<sup>[1]</sup>, vino a proponerme una idea con la que contaba para lanzar su periódico. Se trataba de escribir, bajo el título *Les Mystères de Marseille*<sup>[2]</sup>, una novela de la que él aportaría los elementos históricos, buscando además en los registros de los tribunales de Marsella y de Aix para copiar los documentos de los grandes acontecimientos locales que habían causado sensación en estas ciudades durante los últimos cincuenta años. Esta idea de periodista no era peor que cualquier otra, y su mala suerte fue probablemente que no se encontró con un fabricante de folletines que tuviera el don de ampulosos artificios románticos.

Acepté la propuesta, aunque no me sentí ni con las ganas ni con las habilidades necesarias. En esa época estaba realizando numerosos trabajos periodísticos deprimentes por los que me iban a pagar dos perras, y había calculado que este encargo me reportaría unos doscientos francos al mes, durante nueve meses: era, en resumen, una ganancia inesperada. Tan pronto como tuve los documentos, un número considerable de archivos de gran tamaño, me puse a trabajar limitándome a tomar como argumento central uno de los juicios más sonados, e intentando agrupar y enlazar los demás en torno a él, componiendo una sola historia. Por supuesto, el proceso era muy complicado pero mientras estaba releyendo las pruebas en estos días me sorprendió la casualidad que, en un momento en que todavía me buscaba a mí mismo, me hizo escribir esta obra de pura profesión, y de mala profesión, sobre todo un conjunto de documentos muy precisos. Después, en mis obras literarias, no seguí otro método.

Así que, durante nueve meses, escribí mi folletín dos veces por semana. Al mismo tiempo, escribía *Thérèse Raquin*, que se suponía me reportaría quinientos francos para *L'Artiste* y, mientras que por las mañanas a veces me llevaba cuatro horas escribir dos páginas de esta novela por la tarde en una hora, deprisa y corriendo, sacaba las siete u ocho páginas de *Les Mystères de Marseille*. Mi jornada había terminado, podía comer por la noche.

Entonces, ¿por qué resucitar una obra así de la nada, después de dieciocho años? ¿Por qué no dejarla dormir el sueño del olvido, al que está destinada inevitablemente? Aquí están las causas que me llevan a publicar esta nueva edición.

Tengo la intención de destruir una de las leyendas que se han formado sobre mí. Algunas personas han hecho correr el bulo de que yo me avergonzaba de mi primer trabajo. Y, a este respecto, los libreros de Marsella me dijeron que algunos de mis

colegas, a los que es inútil nombrar aquí, han buscado en sus tiendas para descubrir uno de los ejemplares de la primera edición, que se han vuelto muy raros. Los colegas, por supuesto, esperaban encontrar un pecado oculto, un defecto literario cuyo rastro me gustaría borrar y, si se les ha cobrado treinta francos por copia como se me dijo, los compadezco por tan abominable robo, porque ciertamente no valían lo que pagaron por ellas. Esta idea de que tenía un cadáver que ocultar se ha difundido tanto que incluso hoy, desde todas partes, sigo recibiendo cartas de libreros de Marsella dedicados a los libros antiguos, ofreciéndome a precio de oro un ejemplar recuperado; ofertas a las que no me apresuro a responder.

La forma más fácil de destruir la leyenda es, por lo tanto, reimprimir esta novela. Siempre he escrito abiertamente, siempre he dicho en voz alta lo que pensaba que tenía que decir, y no tengo que renunciar ni a una obra ni a una opinión. Se cree que me entristece mucho exhumar páginas malas, la enorme pila de prosa que tuve que escribir día a día durante diez años. Todo este trabajo como periodista no tiene mucho valor, lo sé, pero tenía que ganarme la vida ya que mis ingresos no procedían de la literatura. Sí he hecho de todo en momentos muy difíciles, esta es una obra de la que no me avergüenzo, y debo admitir que estoy un poco orgulloso. *Les Mystères de Marseille* encajan para mí en esta tarea ordinaria, a la que había sido condenado. ¿Por qué debería avergonzarme? Me dieron sustento en uno de los momentos más desesperados de mi vida. A pesar de su irreparable mediocridad, les guardo gratitud.

Todavía hay otra razón que dar, si me presionaran un poco. Creo que un escritor debe entregarse por completo al público, sin elegir entre sus obras, porque la más humilde es a menudo la que más habla sobre su talento. La elección se establece por la eliminación natural de los libros nacidos muertos. Y, mientras que esta novela de *Les Mystères de Marseille* será de las primeras en ser olvidada no me disgusta, si es de calidad tan mediocre, que haga pensar al lector en la voluntad y el trabajo que he tenido que dedicar para pasar de esta producción tan baja al esfuerzo literario de *Les Rougon-Macquart*.

ÉMILE ZOLA

Médan, julio de 1884.

# PRIMERA PARTE

A fines del mes de mayo de mil ochocientos cuarenta y..., un hombre que aparentaba tener unos treinta años, caminaba con rapidez por una calleja del barrio de Saint Joseph, cerca de las Ayglades. Había entregado su caballo a un campesino para que se lo guardase, y ahora se dirigía hacia una gran casa cuadrada, de sólida construcción, que recordaba uno de esos castillos tan comunes en la Provence.

El hombre, tras rodear la mansión, fue a sentarse en un bosque de pinos que se extendía detrás del edificio. Una vez allí, oculto entre el follaje, escudriñaba a través de las ramas, con una inquietud febril, todos los senderos, como el que espera a alguien con impaciencia. De vez en cuando se levantaba, daba algunos pasos y luego volvía a sentarse con un estremecimiento.

Era de elevada estatura, tenía algo extraño en su aspecto y llevaba largas patillas negras. Su rostro, alargado y de rasgos enérgicos, le confería cierta belleza agresiva y pasional. Pero, de pronto, su mirada se suavizó y sus gruesos labios sonrieron con ternura. De la mansión acababa de salir una joven, que, inclinándose como para ocultarse, corrió hacia el bosquecillo de pinos.

Llegó hasta los árboles jadeante y ruborizada. Apenas tenía dieciséis años. Su rostro juvenil, enmarcado por las cintas azules de su sombrero de paja, sonreía con expresión alegre y asustada. Los rubios cabellos caían sobre sus hombros; sus pequeñas manos, apretadas contra el pecho, procuraban calmar las palpitations del corazón.

—¡Cómo se hace usted esperar, Blanche! —exclamó el joven—. Ya había perdido la esperanza de verla.

Y la hizo sentar a su lado, sobre el musgo.

—Perdóneme, Philippe —respondió la joven—. Mi tío fue a Aix para comprar una finca; pero me resultó muy difícil librarme de mi institutriz.

Y mientras hablaba, se abandonó entre los brazos de su amante; los dos jóvenes iniciaron uno de esos juegos amorosos tan necios y al mismo tiempo tan dulces. Blanche era una niña grande que jugaba con su amante como podría hacerlo con una muñeca; Philippe, ardiente y silencioso, la miraba arrebatado por la ambición y el deseo.

Y estando de ese modo, olvidados de cuanto los rodeaba, descubrieron de pronto, al levantar la cabeza, a unos campesinos que pasaban por el sendero próximo y que los miraban riendo. Blanche, asustada, se separó de su amante.

—¡Estoy perdida! —exclamó, palideciendo—. Esos hombres se lo contarán a mi tío. ¡Philippe! ¡Sálveme, por Dios!

Al escuchar esta súplica, el joven se incorporó con un movimiento brusco.

—Si quiere usted que la salve —repuso con vehemencia—, es preciso que me siga. Venga conmigo, huyamos juntos. Mañana su tío consentirá nuestro

casamiento... Nuestro amor quedará satisfecho...

—¡Huir, huir! —repetía la jovencita—. ¡Dios mío!, me falta valor. Soy tan débil, tan indecisa...

—Yo te animaré, Blanche... Seremos dichosos.

Ella, sin responder, sin comprender siquiera, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Philippe.

—Tengo miedo, tengo miedo al convento —repetía en voz baja—. ¿Te casarás conmigo, me amarás siempre?

—Te amo... Mira, lo juro arrodillado ante ti.

Entonces, cerrando los ojos, con un gesto de abandono, Blanche descendió del ribazo apresuradamente, cogida del brazo de Philippe. Al alejarse, lanzó una última mirada a la casa que acababa de abandonar, y una dolorosa emoción le hizo brotar las lágrimas.

Huía como una colegiala, sin detenerse a reflexionar en las terribles consecuencias de la fuga. Philippe la conducía rebotante de satisfacción.

Lo primero que se le ocurrió fue ir a Marsella para buscar un carruaje; pero temió dejarla sola en el camino, y prefirió continuar a pie con ella hacia la finca de su madre, a más de una legua de distancia, en el barrio de Saint Just.

Abandonó entonces su caballo, y emprendió el camino con su amante.

Atravesaron praderas, tierras de cultivo, pinares. Eran alrededor de las cuatro. Los campesinos que se cruzaban con ellos, levantaban la cabeza y les miraban con asombro.

Antes de una hora llegaron a la finca.

Blanche, fatigada, se sentó en un banco de piedra que había cerca de la puerta, mientras el joven iba a alejar a los importunos.

Luego volvió y la condujo hasta su cuarto. Había rogado a Ayasse, un jardinero que trabajaba para su madre, que fuese a Marsella en busca de un coche.

Los dos aguardaron su regreso, silenciosos y expectantes.

Philippe, después de reflexionar durante largo rato, dijo:

—No puedes ir con esa ropa tan ligera. ¿Quieres vestirte de hombre?

Blanche sonrió. Experimentaba una alegría infantil, al pensar que iba a disfrazarse.

—Mi hermano es pequeño —prosiguió Philippe—. Te pondrás sus ropas.

Aquello fue como una fiesta. Blanche cambió su atuendo; lo que más trabajo le costó fue ocultar su abundante cabellera en el sombrero.

Ayasse regresó conduciendo el carruaje. Accedió a dar asilo a los fugitivos en su propia casa, que se encontraba en Saint Bernabé.

Philippe recogió su dinero, y los tres subieron al coche, del cual se apearon en el puente del Farret, para continuar a pie hasta la morada del jardinero.

En aquel momento empezaba a anochecer. Unas sombras difusas iban cubriendo todas las cosas.

Blanche se sintió invadida por un vago temor. Al hallarse sola con su novio, de improviso se despertó su recato. Y quiso ganar tiempo.

—Escucha —dijo a Philippe—. Voy a escribir al padre Chastanier, mi confesor... Hablaré con mi tío y conseguiré su perdón y el consentimiento para nuestro matrimonio. Creo que no temería nada si fuese tu mujer.

Philippe sonrió ante la candidez de aquella niña.

—Entonces, escríbele —dijo—. Yo voy a hablar con mi hermano y le explicaré lo nuestro. Mañana vendrá y se encargará de tu carta.

Todo esto estaba muy bien, pero en aquella desgraciada noche, Blanche perdió su inocencia.

**M**ario Cayol, hermano de Philippe, tenía veintiocho años. Era bajo, delgado y de aspecto mezquino.

Su rostro amarillento, de ojos negros, se iluminaba por momentos con una dulce sonrisa de bondad y resignación.

Caminaba algo inclinado, con vacilaciones de niño. Cuando se erguía sacudido por alguna pasión, ya fuese por su odio hacia el mal o por su amor a la justicia, casi llegaba a ser hermoso.

Se había hecho responsable de la familia asumiendo la más dura de las tareas, y dejaba a su hermano seguir sus instintos ambiciosos y apasionados. A su lado se empequeñecía, y acostumbraba decir que era feo y que se conformaba con su suerte; añadía que se debía disculpar a Philippe su presunción por ostentar su elevada altura y la belleza de sus facciones.

No obstante, en determinadas ocasiones, se mostraba severo con aquel joven vehemente, pese a que era mayor que él, y lo trataba con la ternura de un padre, dirigiéndole, como si en efecto lo fuera, oportunas reconvenciones.

Su madre, viuda, carecía de bienes. A duras penas se mantenía con lo que quedaba de la dote, que su marido había utilizado en el comercio. Aquel dinero, colocado en un Banco, le producía unas escasas rentas, aunque suficientes para criar a sus hijos. Cuando éstos se hicieron hombres, les mostró sus manos vacías, y les señaló las dificultades de la vida.

Los dos hermanos, que se habían visto de pronto lanzados a la lucha por la existencia, guiados por sus distintos temperamentos, optaron por seguir dos caminos totalmente opuestos.

Philippe, ambicioso y con ansias de libertad, no pudo doblegarse al trabajo. Pretendía conseguir de golpe las riquezas, y concibió un matrimonio de interés.

En su opinión, éste era un medio rápido para obtener dinero y una mujer bonita. Desde entonces se volvió enamorado y un tanto vividor.

Sentía una enorme satisfacción al verse bien vestido, ostentando por Marsella su elegancia, sus trajes de corte original, sus miradas y sus frases amorosas.

Su madre y su hermano, que lo mimaban, procuraban atender sus menores caprichos.

Por otra parte, Philippe obraba de buena fe: adoraba a las mujeres, y encontraba muy natural que cualquier día fuera amado y codiciado por una joven noble, rica y hermosa.

Mario, mientras su hermano lucía su arrogante presencia, se había empleado como dependiente en casa de *monsieur* Martelly, un armador que vivía en la rue de la Dársena. Se hallaba a gusto a la sombra de su despacho; toda su ambición se limitaba a procurarse una modesta existencia, a vivir tranquilo e ignorado.

Experimentaba una íntima alegría cuando podía ayudar a su madre y a su hermano. Disfrutaba ganando dinero porque podía darlo, proporcionando una satisfacción y gozando, al mismo tiempo, del placer de la generosidad.

Había adoptado en la vida el camino recto, el penoso sendero que conduce a la paz, a la felicidad, a la dignidad.

Se dirigía a su despacho cuando recibió la carta en la que su hermano le anunciaba su fuga con *mademoiselle* de Cazalis.

Se sintió invadido por un doloroso asombro, y midió en un instante el abismo en cuyo fondo acababan de arrojarse los dos amantes.

Y rápidamente marchó a Saint Barnabé.

Ante la puerta de la casa del jardinero Ayasse había un emparrado que formaba un cenador; dos gruesos morales, cortados en forma de sombrilla, alargaban sus frondosas ramas y daban sombra al dintel de la puerta.

Mario encontró a Philippe bajo el emparrado, mirando amorosamente a Blanche, que se hallaba sentada a su lado.

La joven, cansada, estaba sumergida en el sordo remordimiento por el acto que había cometido.

Aquellos primeros momentos fueron realmente penosos, llenos de angustia y vergüenza.

Philippe se había levantado.

—¿Desapruebas lo que he hecho? —preguntó a su hermano, mientras le alargaba su diestra.

—Sí, lo desapruebo —respondió Mario, con energía—. Has cometido una mala acción. Te has dejado arrastrar por el orgullo y la pasión, y esto te ha perdido. No has reflexionado sobre las desgracias que vas a ocasionarte a ti mismo y a los tuyos.

Philippe tuvo un impulso de rebeldía.

—Tienes miedo —dijo, con amargura—; yo no he calculado nada. Amaba a Blanche y Blanche me amaba. Le dije: ¿quieres venir conmigo? Y ella vino. He aquí toda la historia. Ni uno ni otro somos culpables.

—¿Por qué mientes? —preguntó Mario, con acento aún más severo—. Ya no eres un niño. Bien sabes que tu deber era defender a esta joven contra sí misma; debías haberla detenido, impidiéndole que te siguiera. No me hables de pasión. Yo sólo conozco la justicia y el deber.

Philippe sonreía desdeñosamente. Estrechó a Blanche contra su pecho.

—Pobre Mario —dijo—, eres un buen muchacho, pero nunca has amado; desconoces la fiebre amorosa. Y ésta es mi defensa.

La pobre joven se amparaba en él, pues comprendía que toda su esperanza estaba puesta en aquel hombre. Se había entregado a él, le pertenecía. Ahora le amaba como una esclava, tímida y desesperadamente. Mario, despechado, entendió que no ganaría nada hablando de prudencia con los dos amantes. Resolvió actuar por su propia

cuenta, y quiso enterarse de los pormenores. Philippe contestó a sus preguntas con docilidad.

—Hace unos ocho meses que conozco a Blanche —dijo—. La vi por primera vez en una fiesta pública. Desde aquel momento sentí que la amaba y busqué cualquier ocasión para acercarme a ella y hablarle.

—¿Le has escrito?

—Sí, varias veces.

—¿Dónde están esas cartas?

—Las he quemado. Le compraba un ramo a Joséphine, la florista de la rue Saint Louis, y deslizaba la carta entre las flores. Marguerite, la lechera, llevaba el ramo a Blanche.

—¿Y tus cartas no tenían respuesta?

—Al principio, Blanche rehusó las flores; después las aceptó, y finalmente acabó por contestarme. Yo estaba como loco de amor. Pensaba casarme con ella, amarla siempre.

Mario se encogió de hombros. Se alejó con Philippe unos cuantos pasos, y prosiguió el diálogo con mayor dureza en la voz.

—Eres un imbécil o un embustero —dijo—. Sabes que *monsieur* de Cazalis, que es diputado, millonario y dueño absoluto de Marsella, nunca daría su sobrina a Philippe Cayol, pobre, sin títulos y republicano por añadidura, lo que no puede ser más vulgar. Confiesa que has previsto el escándalo de vuestra fuga para obligar al tío de Blanche.

—¡Y aunque así fuera! Ella me ama; yo no he violentado su voluntad; me ha escogido libremente por esposo.

—Ya sé, y sé también lo que tengo que creer sobre este punto. Pero no has pensado en la indignación de *monsieur* de Cazalis, que caerá de un modo terrible sobre ti y tu familia. Conozco a ese hombre. Esta noche habrá pregonado por toda Marsella su orgullo ultrajado. Lo mejor sería acompañar a la muchacha a Saint Joseph.

—No; ni quiero, ni puedo... Blanche nunca se atrevería a volver a su casa. Hacía apenas una semana que estaba en el campo; yo me veía con ella dos veces al día en un bosquecillo de pinos. Su tío ignora todo esto y debió recibir un rudo golpe... No podemos presentarnos en estos momentos.

—¡Bueno! Dame la carta para el padre Chastanier. Yo veré a ese sacerdote; si es preciso, iré con él a casa de *monsieur* de Cazalis. Detengamos el escándalo. Trataré de enmendar tu falta. Pero debes jurarme que no abandonarás esta casa, que esperarás aquí mis órdenes.

—Lo prometo, mientras no me amenace ningún peligro.

Mario había cogido la mano de Philippe y lo miraba abiertamente.

—Ama a esa muchacha —dijo con voz profunda—; nunca podrás remediar la injuria que le has inferido.

Iba a alejarse, cuando se adelantó *mademoiselle* de Cazalis.

Juntaba las manos en actitud suplicante, mientras trataba de ahogar sus lágrimas.

—Señor —le dijo—, si ve usted a mi tío, dígame que le quiero mucho... No logro explicarme a mí misma lo que ha sucedido... Quisiera volver siendo la esposa de Philippe y en su compañía.

Mario se inclinó con elegancia, y dijo:

—Espere usted.

Se marchó, conmovido y turbado, pues estaba persuadido de que era una locura esperar.

Cuando llegó a Marsella, Mario se dirigió hacia la iglesia de Saint Victor, para buscar al padre Chastanier.

Saint Victor es una de las iglesias más antiguas de Marsella; sus negros muros, altos, almenados, le otorgan cierto aspecto de fortaleza. La gente ruda del puerto siente una especial veneración por este templo.

El joven halló al sacerdote en la sacristía. Era un anciano de elevada estatura, con un rostro largo y descamado, pálido como la cera; sus tristes ojos tenían la fijeza del sufrimiento y la miseria. Había vuelto de un entierro y se estaba quitando la sobrepelliz con lentitud.

Su historia era triste y breve. Hijo de campesinos, de carácter dulce y sencillo, se había ordenado obedeciendo a los poderosos deseos de su madre.

Cuando ya era sacerdote quiso hacer un acto de humildad, de absoluto desprendimiento. Creía que un ministro del Señor debe sumergirse en el infinito amor divino, renunciar a las ambiciones e intrigas de este mundo, y vivir en el santuario, perdonando los pecados y haciendo limosnas.

¡Pobre padre! Pronto le enseñaron que las almas sencillas no sirven más que para sufrir y permanecer en la sombra. Supo también que la ambición anida incluso en los pechos sacerdotales, y que los sacerdotes jóvenes muchas veces aman a Dios por los favores mundanos que concede la Iglesia. Vio cómo la discordia reinaba entre sus compañeros de seminario, pero no tomó parte en sus luchas.

No trataba de ganarse a los señores, no pedía nada, y por su modestia aparentaba ser poco ambicioso; a causa de esto le relegaron a una humilde parroquia, del mismo modo que a un perro se le arroja un hueso.

De este modo permaneció durante cuarenta años en una pequeña aldea, entre Aubagne y Cassis. Su iglesia parecía una granja, blanqueada con cal, mostraba una desnudez glacial; en invierno, cuando el viento rompía una vidriera, como el buen cura no tenía el poco dinero necesario para reponerla, pasaban semanas enteras sin que pudiera arreglarse el desperfecto.

Nunca se quejaba. Vivía en paz, en medio de la miseria y la soledad. Sentía placer en su sufrimiento, y se consideraba hermano de los mendigos de su parroquia.

Cuando contaba sesenta años, enfermó una de sus hermanas, que era obrera en Marsella. Le escribió, suplicándole que acudiese a su lado. Entonces, el viejo sacerdote solicitó de su obispo un pequeño rinconcito en una iglesia de la ciudad.

Transcurrieron varios meses en espera de respuesta, y por fin le destinaron a Saint Victor.

Allí le hicieron cargo de las tareas más pesadas; tareas sin lucimiento ni utilidad. Rezaba junto a los ataúdes de los pobres y les acompañaba al cementerio; en ocasiones oficiaba de sacristán.

Fue entonces cuando empezó a sufrir realmente. Mientras vivió en su aislamiento pudo ser sencillo, pobre y anciano, sin que nada de ello le ocasionara demasiadas molestias; ahora comprendía que le reprochaban su pobreza, su vejez, su dulzura y su espíritu simple. Se le desgarró el corazón al ver que también en la Iglesia puede haber criados. Vio que le miraban con mofa y lástima, y su única respuesta era inclinarse, humillarse aún más, mientras vertía amargas lágrimas al comprobar que se entibiaba su fe ante las acciones y las palabras de los sacerdotes mundanos que le rodeaban.

Por la noche, afortunadamente, vivía horas mejores. Cuidaba a su hermana, y encontraba consuelo en su sacrificio. Prodigaba a la pobre enferma mil pequeñas atenciones. Tenía, además, otra satisfacción: *monsieur* de Cazalis, que desconfiaba de los sacerdotes jóvenes, le había elegido a él como director espiritual de su sobrina.

El anciano sacerdote, que no confesaba casi nunca, se sintió profundamente conmovido al escuchar la proposición del diputado, habló con Blanche y pronto la quiso como a una hija.

Mario le entregó la carta, e intentó escrutar en su rostro las emociones que iba a provocar. Percibió que se reflejaba en él un agudo dolor.

Por lo demás, el sacerdote no pareció experimentar el asombro que causa una noticia inesperada, y Mario supuso que Blanche le había confesado las relaciones que mantenía con Philippe.

—Ha hecho usted bien contando conmigo —dijo el sacerdote a Mario—; pero yo tengo poca fuerza y menos habilidad. Debería mostrar mayor energía. Estoy a su disposición... ¿Qué podría hacer para ayudar a esa desgraciada muchacha?

—Señor —respondió Mario—, soy hermano del joven que ha huido con *mademoiselle* de Cazalis, y he jurado remediar su falta, ahogar el escándalo. Debemos unirnos en esta causa. Si el tío de la joven ha delatado el asunto a la justicia, su honor está perdido. Vaya usted a verle, aplaque su cólera, dígame que su sobrina le será devuelta sin demora.

—¿Y por qué no ha traído a la muchacha? Conozco el carácter violento de *monsieur* de Cazalis; exigiré seguridades.

—Esa violencia es la que cohíbe a mi hermano... Además, ahora no podemos pensar, nos agobian los hechos. Crea usted que yo experimento la misma Indignación; admito que mi hermano ha cometido una mala acción. Pero, por favor, apresurémonos.

—Está bien. Iré.

Ambos llegaron a la casa del diputado, situada en el *boulevard* Bonaparte. Cazalis había regresado a Marsella al día siguiente de la fuga de Blanche, Invadido por una cólera y una desesperación realmente temibles.

El sacerdote dijo a Mario:

—No suba, tal vez interprete su visita como un Insulto. Iré yo; espéreme.

Mario aguardó durante una larga hora, lleno de angustia.

Por fin bajó el padre Chastanier, con visibles muestras de haber llorado, y dijo con voz temblorosa:

—*Monsieur* de Cazalis no entiende razones. Le ciega la indignación. Fue a ver al procurador del rey.

El buen sacerdote no lo explicó todo. Cazalis le había abrumado con sus reproches, y llegó incluso a acusarle de haber aconsejado mal a Blanche.

—¡Dígame todo! —exclamó Mario, con acento desesperado.

—Parece que el aldeano, en cuya casa dejó su hermano el caballo, guió a *monsieur* de Cazalis en sus pesquisas. Por la mañana, ya habrá sido presentada una queja, y fueron registradas su casa en la calle Sainte y la finca de su madre en el barrio de Saint Just.

—¡Cielos!

—*Monsieur* de Cazalis jura que aplastará a su familia; habló incluso de apresar a su madre.

—¿Mi madre? ¿Y por qué?

—Pretende que es cómplice.

—¿Y cómo probar que todo eso es falso?

—¡Valor, valor, hijo mío!

—Tiene usted razón; es preciso tener valor. Esta mañana he sido cobarde; debí haber arrancado a la muchacha de los brazos de Philippe; pero me hablaron de amor, de matrimonio... ¡Venga conmigo, señor, entre los dos podremos separarlos!

—Convengo en ello.

Sin ocurrírseles siquiera tomar un coche, empezaron a caminar de prisa. Llegaron a la Cannebière. Una voz fresca llamó a Mario; era Joséphine, la florista.

—*Monsieur* Mario —dijo—, ¿es cierto lo que repiten desde esta mañana? ¿Su hermano huyó con una señorita?

—¿Quién dice eso? —preguntó a su vez el joven.

—Pues... todos. Ya me habían dicho que *monsieur* Philippe es un calavera. Veo que lo lamenta usted. Si me necesita, estoy a su disposición.

—Es usted una buena muchacha. Quizá aproveche su ofrecimiento.

Luego, dirigiéndose al sacerdote, que se había apartado unos pasos, dijo:

—No hay tiempo que perder. Ya corre la noticia por toda Marsella. Tomemos un coche.

Anochece cuando llegaron a Saint Barnabé. Encontraron a la esposa del jardinero en la sala de la planta baja. Les explicó con toda tranquilidad que el caballero y la señorita habían tenido miedo y se habían marchado en dirección a Aix, y que su hijo les acompañaba para guiarles entre las colinas.

La última esperanza se había desvanecido.

Mario, casi sin escuchar las palabras que le dirigía el padre Chastanier, volvió a Marsella acobardado.

—Hijo mío —dijo el sacerdote—, yo no soy más que un pobre hombre, pero disponga usted de mí. Voy a implorar al que todo lo puede.

**L**os amantes habían huido un miércoles. El viernes, ya toda Marsella estaba enterada; la nobleza se sentía indignada y la clase media se regocijaba.

La gente sensata adivinaba fácilmente la causa de la irritación de Cazalis.

Era diputado de la oposición; fue nombrado en Marsella por una mayoría compuesta por algunos liberales, sacerdotes y nobles.

Era adicto a la causa de la legitimidad, y ostentaba uno de los más antiguos apellidos de la Provençe; debido a esto, siempre había experimentado gran repugnancia por lisonjear a los liberales y aceptar sus votos. Para él eran plebeyos, criados que debieran ser azotados en la plaza pública. Y ahora, su indomable orgullo sufría terriblemente por tener que rebajarse a su nivel.

Y precisamente Philippe Cayol, un jefe del partido liberal, caía ahora entre sus manos. Al fin podía saciar su odio en uno de los plebeyos que le habían regateado la elección. Aquél pagaría por todos; su familia quedaría arruinada, destrozada, y a él le encerrarían en un calabozo.

¡Cómo! ¡Un simple ciudadano pretender a la sobrina de un Cazalis! Se la había llevado, y ahora los dos corrían por esos caminos de Dios. Era un escándalo que debía hacerse público. Tal vez un hombre de la clase media, hubiera preferido ahogar las murmuraciones, ocultar en lo posible el triste lance; pero un Cazalis, diputado, millonario, poseía bastante influencia y orgullo como para pregonar sin vergüenza la deshonra de los suyos.

Poco importaba que todos estuviesen enterados de que Blanche había sido la amante de Philippe Cayol, siempre y cuando nadie pudiera decir que se había rebajado casándose con un pobre diablo.

El orgullo exigía que la joven quedase deshonrada y que su deshonra fuera publicada por las esquinas.

Cazalis ofreció una recompensa de diez mil francos al que le entregase maniatados a su sobrina y al seductor; como si reclamase un perro de casta.

El escándalo cundía sobre todo entre las clases elevadas.

Como tutor de Blanche, cuyos bienes administraba, ponía gran empeño en activar las pesquisas de la justicia y preparar el proceso criminal.

Una de las primeras medidas que adoptó fue la de hacer detener a la madre de Philippe.

Cuando el procurador del rey se presentó en su casa, la pobre señora respondió a todas sus preguntas, diciendo que ignoraba el paradero de su hijo. Pero su turbación y sus temores de madre fueron considerados como pruebas de complicidad.

La encarcelaron con la certeza de que su hijo se presentaría entonces para que le devolvieran la libertad.

En aquellos momentos, Mario estuvo a punto de enloquecer. Sabía que su madre se hallaba delicada y la imaginaba, aterrorizado, en una celda glacial; allí moriría,

atormentada por toda clase de sufrimientos, físicos y morales.

También a él le ocasionaron algunas molestias, pero la firmeza de sus respuestas y la fianza ofrecida por el armador Martelly le evitaron ser encarcelado.

Mario se había podido cerciorar de que Blanche seguía a Philippe voluntariamente, y le causaban gran enfado las acusaciones del rapto que le hacían a su hermano; le llamaban bellaco, canalla, y las palabras más groseras llovían también sobre su pobre madre. Llegó a tal punto su indignación, que incluso se permitió defender a los culpables contra la misma justicia. Los clamores de Cazalis le irritaban, pues decía que el verdadero dolor es silencioso, y que no debe en ningún modo airearse la deshonra de una jovencita imprudente.

Advertía perfectamente la perversa intención de Cazalis, quien no aspiraba a arremeter contra el seductor, sino más bien contra el republicano.

Ya que la justicia se encargaba de castigar al ambicioso Philippe, Mario juró que tarde o temprano castigaría al otro culpable que estaba amotinando a Marsella, y mientras tanto entorpecería en todo lo que pudiera sus proyectos, para contrarrestar en lo posible sus influencias de noble acaudalado.

Dos días después de la fuga, Mario recibió una carta de Philippe en la cual pedía mil francos para los gastos del viaje. La misiva procedía de Lambesc.

En aquella localidad, *monsieur* Grousse, antiguo amigo de su familia, le había dado hospitalidad durante algunos días.

Mario quedó anonadado por la petición de su hermano, ya que no poseía siquiera seiscientos francos.

Buscó por todas partes el resto de la cantidad solicitada, y cuando ya desesperaba de poderla conseguir, vio entrar en su casa a Joséphine.

La víspera, él le había confiado su apuro, pues la joven, desde la fuga de Philippe, le salía al paso continuamente para inquirirle noticias; le preguntaba por su hermano y se interesaba por saber si la señorita seguía con él. Joséphine depositó sobre la mesa quinientos francos.

—Ya me devolverá este dinero cuando le venga bien —dijo, ruborizándose.

Mario lo rehusaba.

—Me hace perder el tiempo —dijo ella, con encantadora impaciencia—. Tengo que volver enseguida a mis flores. Permítame tan sólo que venga todas las mañanas a pedirle noticias.

Y salió corriendo.

Mario envió los mil francos, y transcurrieron quince días sin que tuviera novedades. Sabía únicamente que proseguía con encarnizamiento la búsqueda de Philippe.

Luego supo que su hermano estuvo a punto de ser arrestado en Tolón.

Una mañana, Joséphine acudió llorando a su casa, y le dijo entre sollozos:

—¡*Monsieur* Philippe ha sido arrestado! Le han encontrado, con la señorita, a una legua de Aix.

Y mientras Mario, lleno de turbación, bajaba precipitadamente para cerciorarse de si aquella lamentable noticia era cierta, Joséphine añadió, en voz baja:

—Por lo menos, la señorita ya no está con él.

**B**lanche y Philippe abandonaron la casa del jardinero Ayasse cuando anochece, a eso de las siete y media. Durante el día, habían visto unos gendarmes en el camino, estaban seguros de que les prenderían aquella noche, y el miedo les hizo abandonar su primer refugio.

Philippe se vistió con blusa de aldeano; Blanche se puso unas ropas de mujer del pueblo, falda roja rameada, delantal negro, pañuelo amarillo a cuadros y ancho sombrero de paja ordinario.

Victor, un muchacho de quince años, hijo del jardinero, les acompañó.

Caminaban apresuradamente, con la cabeza baja y sin cambiar una sola palabra. Tenían prisa por encontrarse en el desierto de las colinas.

Mientras atravesaban las calles de Marsella, se cruzaban con algunos transeúntes a los que miraban con desconfianza. Luego apareció ante ellos la campiña, donde no vieron más que de vez en cuando a unos zagales, inmóviles y silenciosos en medio de sus rebaños, a los lados del sendero.

Por los alrededores de Marsella, los caminos son fáciles, pero a medida que uno se va internando en los campos, se encuentran colinas y peñascos, que cortan todo el centro de la Provence en angostos valles estériles.

Victor iba delante de los fugitivos, silbando una tonadilla del país, y saltaba sobre las peñas con la agilidad de un gamo, pues se había criado en aquellas tierras.

Blanche y Philippe apenas podían seguirle.

Ya habían atravesado Septèmes cuando la joven, que estaba realmente agotada, se echó al suelo. La claridad de la luna, que ascendía lentamente en el firmamento, iluminó su pálido rostro inundado de lágrimas.

Philippe exclamó:

—¡Lloras, pobrecilla! ¿Piensas que obré mal llevándote conmigo?

—¡No digas eso! —respondió Blanche—. Lloro porque ya no puedo andar. Sería mejor que nos arrodilláramos a los pies de mi tío para suplicarle que nos perdone.

No obstante, haciendo un esfuerzo, siguieron andando. Aquella penosa marcha duró casi cinco horas.

Por fin se decidieron a bajar a la carretera de Aix, donde pudieron caminar con mayor soltura, aunque el polvo les cegaba. Cuando se hallaban en lo alto de la subida del Arc, despidieron a Victor.

Blanche se sentó en un banco de piedra que había en la entrada a la ciudad, y declaró que ya no podía continuar.

Philippe buscó un vehículo cualquiera, pues temía que le arrestasen si permanecía en Aix; encontró a una mujer que conducía un carro, quien consintió en dejarles subir y llevarlos hasta Lambesc, adonde ella misma se dirigía.

A pesar de los vaivenes del vehículo, Blanche se durmió profundamente y no despertó hasta que llegaron a Lambesc. Aquel sueño la reavivó y le proporcionó de

nuevo la calma.

Se aparearon los dos amantes. Empezaba a despuntar el día y la nueva claridad les infundió esperanza, disipando las pesadillas nocturnas.

Como no encontraron a *monsieur* Girousse, a quien Philippe pensaba solicitar hospitalidad, entraron en una posada. Allí disfrutaron de un día de tranquilidad absoluta.

En la mañana siguiente, Philippe fue a casa de *monsieur* Girousse, y le explicó lo sucedido.

—¡Diablos! —exclamó el anciano hidalgo—. El caso es grave. Un siglo atrás, *monsieur* de Cazalis le habría hecho colgar a usted por haberse atrevido a aspirar a su sobrina; hoy día, simplemente le encerrará. Créame, no tardará en hacerlo.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué puede hacer? Devolver la joven a su tío y cruzar la frontera sin detenerse.

—Sepa usted que no haré tal cosa.

—Entonces, espere tranquilamente a que le detengan... No tengo otro consejo que darle.

Cuando Philippe ya estaba dispuesto a retirarse, abrumado por la sequedad de aquella acogida, el anciano, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Mi deber sería hacer que le detuvieran, pero... Al otro lado de Lambesc hay una casita deshabitada, cuya llave le entregaré. Allí pueden ocultarse, pero no lo digan a nadie. De lo contrario, le enviaré a los gendarmes.

De este modo, los amantes permanecieron ocho días en Lambesc. Los pasaron en paz, aunque con el natural temor.

Philippe ya había recibido los mil francos de Mario; Blanche demostraba ser muy buena ama de casa, económica y hacendosa, y él saboreaba con deleite las comidas que ella se afanaba en prepararle.

Una tarde que Blanche se hallaba asomada a la ventana, vio pasar una procesión. Se arrodilló, uniendo sus manos. Recordó su niñez, cuando vestida de blanco, caminaba entre las jóvenes vírgenes que cantaban las letanías, y sintió que se le desgarraba el corazón.

Al anochecer, Philippe recibió un anónimo. Le avisaban que al día siguiente irían a arrestarle. Le pareció reconocer en aquella misiva la letra de *monsieur* Girousse.

Volvieron a emprender la fuga.

En esta ocasión fue una carrera sin tregua, sin descanso, asaltados por el temor y la angustia. Perseguidos constantemente por el terror, en todo momento imaginando oír, detrás de sí, el galope de los caballos, pasando las noches en marcha por los caminos y los días en sucios cuartuchos de posada, los fugitivos atravesaron varias veces toda la Provence, yendo y viniendo, sin dar con un escondrijo ignorado, perdido en algún desierto.

Philippe conocía a un boticario en Tolón, y esperaba que éste pudiese facilitarles la fuga.

El farmacéutico, un muchacho corpulento y alegre, les dio una buena acogida. Les ocultó en su habitación y prometió que trataría, inmediatamente, de proporcionarles un pasaporte.

Gourdán, el boticario, había salido, cuando se presentaron dos gendarmes. Blanche estuvo a punto de desmayarse. Pálida, sentada en un rincón, hacía esfuerzos por contener sus sollozos. Philippe, con voz ahogada, preguntó a los gendarmes qué querían.

—¿Es usted *monsieur* Jourdan? —preguntó uno de ellos con una rudeza que no hacía presagiar nada bueno.

—No —respondió el joven—. *Monsieur* Jourdan ha salido y no tardará en volver.

—Está bien —replicó el gendarme con sequedad.

Y se sentó. Los dos pobres amantes no se atrevían a mirarse. Aquel suplicio duró más de media hora.

Finalmente reapareció Jourdan, quien, palideciendo, contestó con gran turbación a todas las preguntas que le hicieron.

—Venga con nosotros —le dijo uno de aquellos hombres.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Le acusan de haber estafado en el juego, ayer en la noche. Ya se explicará ante el juez de instrucción.

Jourdan se estremeció. Como herido por un rayo, siguió sin replicar a los gendarmes, quienes se retiraron sin darse cuenta del terror que se reflejaba en los rostros de Philippe y Blanche.

En aquella época se habló mucho del asunto Jourdan, pero nadie supo jamás lo que ocurrió en su casa el día en que fue arrestado.

Philippe comprendió que era demasiado débil para poder escapar a la policía que iba persiguiéndole. Además, ya no podía confiar en obtener un pasaporte, y, por consiguiente, resultaba imposible cruzar la frontera. Notaba que Blanche empezaba a cansarse. Resolvió, pues, acercarse a Marsella y esperar, por los alrededores, a que se apaciguara un poco el ánimo de *monsieur* de Cazalis. Como todo el que carece de fundadas esperanzas, se complacía en imaginar hermosas quimeras de perdón y felicidad.

Philippe tenía en Aix un pariente que se llamaba Isnard, y que era propietario de una tienda de mercería. Como los fugitivos ya no sabían a qué puerta llamar, regresaron a Aix.

La fatalidad les perseguía. No hallaron al comerciante en su casa, y se vieron obligados a ocultarse en una vieja casucha de la rue Sextius, en la vivienda de una prima del masovero de *monsieur* Girousse. La mujer se resistía a recibirlos, por temor a que algún día pudieran acusarla de haberles hospedado, pero cedió ante las promesas de Philippe, quien le juró librar a su hijo del servicio militar. Sin duda en aquellos instantes le cabía una cierta esperanza, y se veía ya como sobrino de un diputado, usando con liberalidad del poder de su tío.

Durante la noche llegó Isnard, y entregó a los amantes la llave de un barracón que tenía en la llanura de Puyricard. Poseía otros dos, uno en el Tholonet y otro en el barrio de Trois-bons-Dieux. Las llaves de éstos se hallaban ocultas bajo unas grandes piedras que les fueron indicadas.

Les aconsejó que no durmieran dos noches seguidas bajo el mismo techo, y les prometió hacer los mayores esfuerzos para despistar a la policía.

Los amantes se fueron, siguiendo el camino que pasa a lo largo del hospital.

El barracón de Isnard estaba a la derecha de Puyricard, entre el pueblo y el camino de Venelles. Era un edificio de aspecto desagradable, construido con piedras secas y cal y cubierto de tejas encarnadas; constaba de una sola habitación, especie de sucia cuadra; en el piso había restos de paja y del techo colgaban telas de araña.

Por fortuna, los amantes disponían de una manta. Reunieron la paja en un rincón, y extendieron la manta por encima. Allí se acostaron en medio de los acres vapores de la humedad.

Pasaron la noche siguiente en el barracón que estaba cerca de Tholonet, que era infinitamente más cómodo, pero la zozobra que sentían seguía siendo la misma. De este modo, cambiando continuamente de techo, pasaron unos días.

Una noche, Philippe dijo a Blanche:

—Tú estás cansada, querida mía.

—Mucho mucho.

—Volvamos al barracón que hay en el barrio Trois-bons-Dieux; permaneceremos allí hasta que tu tío nos perdone o me haga detener.

—Mi tío nos perdonará.

—No me atrevo a creerlo. De todas maneras, ya no quiero seguir huyendo; tú necesitas descansar. Ven, caminaremos sin prisa.

Tardaron una hora en llegar a los Infernets; a la derecha quedaba el castillo de *monsieur* Marc, que se divisaba en lo alto.

Philippe tenía la intención de ir al día siguiente a Aix, para informarse acerca de los propósitos de *monsieur* de Cazalis. Comprendía que ya resultaba imposible seguir ocultándose. Se acostó casi contento, por las tranquilizadoras palabras de Blanche, quien juzgaba los hechos con la inexperiencia de sus pocos años.

Durante veinte días más, los fugitivos continuaron huyendo. Los gendarmes los perseguían sin descanso, sin lograr atraparlos. La cólera de Cazalis lejos de apaciguarse, aumentaba a medida que pasaban los días; la demora hacía que su orgullo se sintiera vivamente herido. Y el diputado acababa siempre acusando a la policía de inepta.

Finalmente le aseguraron que los amantes se hallaban en los alrededores de Aix y que serían detenidos de inmediato.

Se trasladó allí porque quería presenciar las pesquisas.

La mujer de la rue Sextius, que los había hospedado durante unas pocas horas, se mostró aterrada. Para que no la acusaran de complicidad, lo refirió todo, y dijo que probablemente se ocultaran en uno de los barracones de Isnard. Este, al ser interrogado, lo negó sin inmutarse. Declaró que hacía varios meses que no veía a su pariente.

Esto sucedía a la misma hora en que Philippe y Blanche entraban en el barracón, por lo cual el comerciante no pudo avisarlos.

A las cinco de la madrugada del día siguiente, un comisario de policía llamaba a la puerta de Isnard, anunciándole que iba a efectuarse un registro en su vivienda y en los tres barracones de su propiedad. Cazalis permaneció en Aix, declarando que temía matar al seductor de su sobrina si lo hallaba frente a frente.

Los agentes que debían encargarse de inspeccionar el barracón de Puyricard lo encontraron vacío.

Isnard se ofreció amablemente a acompañar a dos gendarmes a su finca de Tholonet, convencido de que les pasearía inútilmente. El comisario, seguido por dos guardias, se dirigió a Trois-bons-Dieux. Se hizo acompañar también por un cerrajero, pues Isnard había respondido con vaguedad que la llave de la casa estaba escondida debajo de una piedra hacia el lado derecho de la tienda.

Eran cerca de las seis cuando llegó el comisario. Todas las aberturas estaban cerradas y ningún ruido procedía del interior. Se adelantó, y con voz recia, golpeando la puerta con el puño, gritó:

—¡Abran, en nombre del rey!

Únicamente le respondió el eco de su voz. Dejó transcurrir unos segundos, después de lo cual, ordenó al cerrajero:

—¡Fuerce la puerta!

El cerrajero comenzó su tarea. En medio del silencio, se oía rechinar el hierro.

Entonces se abrió violentamente un postigo, y apareció Philippe Cayol, con aire desdenoso e irritado.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Primero abra la puerta. Después le diremos lo que deseamos.

Philippe abrió la puerta.

—¿Es usted *monsieur* Philippe Cayol? —preguntó el comisario.

—Sí —respondió el joven, con energía.

—Entonces, queda usted arrestado como culpable de rapto. Ha robado una joven menor de dieciséis años, que debe de estar escondida con usted.

Philippe sonrió y dijo:

—La propia *mademoiselle* Blanche de Cazalis podrá declarar si hubo violencia por mi parte. No sé lo que quiere usted decir al hablar de rapto. Hoy mismo pensaba ir a arrojarme a los pies de *monsieur* Cazalis, para pedirle la mano de su sobrina.

Blanche, pálida y temblorosa, hizo su aparición.

—*Mademoiselle* —le dijo el comisario—, tengo orden de llevarla junto a su tío, que la espera en Aix. Está desconsolado.

Lamento infinitamente haber causado un pesar y un disgusto a mi tío —respondió Blanche, con cierta firmeza en la voz—. Pero es inútil acusar a *monsieur* Cayol, ya que le seguí libre y espontáneamente.

Luego, dirigiéndose a Philippe le dijo:

—Espera. Te amo y suplicaré a mi tío que sea bondadoso con nosotros. Nuestra separación no puede ser larga.

Philippe la miraba tristemente, moviendo la cabeza.

—Eres una muchacha débil y temerosa, pero no olvides que me perteneces. Ámame como yo te amo.

Blanche lloraba. El comisario la hizo entrar en un coche que había enviado a buscar, y la acompañó a Aix, mientras dos agentes conducían a Philippe a la cárcel de la ciudad.

La noticia del arresto llegó a Marsella al día siguiente y constituyó un verdadero acontecimiento.

Durante la tarde se le vio a Cazalis pasar en coche por la Cannebière, junto con su sobrina. Los comentarios se sucedían rápidamente; todo el mundo hablaba de la expresión triunfante del diputado y de la turbación de la ruborizada Blanche.

*Monsieur* de Cazalis era muy capaz de pasear a la joven por toda Marsella, para que todos supiesen que ya había vuelto a su poder y que su estirpe no se rebajaba contrayendo enlaces plebeyos.

Mario, enterado del hecho por Joséphine, corrió todo el día por la ciudad, de un lado a otro. Los comentarios, que circulaban de boca en boca, le confirmaron la triste noticia. Por doquier oía referir el hecho con variados pormenores. Finalmente, cansado y aburrido, regresó a su oficina, sin saber qué resolución adoptar.

Por desgracia, *monsieur* Martelly se había ausentado y no regresaría hasta la noche siguiente. Mario quería, necesitaba obrar; hubiese deseado hacer algo inmediatamente para ayudar a su hermano. Los temores que le habían asaltado en un principio, en cierto modo se habían desvanecido. Pensó que no podía acusársele de raptó y que Blanche le defendería. Su natural ingenio le hizo creer que debía ir a casa de *monsieur* de Cazalis, para pedirle la mano de Blanche en nombre del detenido.

Cuando al día siguiente descendía de su casa, vino a su encuentro Joséphine. La muchacha palideció cuando Mario le dijo el motivo de su salida.

—¿Me permite que le acompañe? —preguntó—. Esperaré abajo la respuesta de la señorita y de su tío.

La ira de Cazalis ya había desaparecido, pues ahora tenía el triunfo en sus manos; podía demostrar su poder, aplastando a uno de esos republicanos a quienes aborrecía.

Mario fue anunciado y le hizo pasar.

Le recibió en pie y con aire altivo. Mario se adelantó unos pasos con cautela, y, con voz tranquila, dijo:

—Señor: en nombre de mi hermano Philippe Cayol, tengo el honor de solicitar la mano de *mademoiselle* Blanche de Cazalis, su sobrina.

El diputado se quedó atónito. Retrocedió, miró al joven desdeñosamente y respondió en tono de mofa:

—Está usted loco, señor mío. Sé que es usted trabajador y honrado y por ello no hago que mis criados le echen a la calle. Pero su hermano es un canalla, y será castigado como merece.

—Señor, he venido para ofrecerle la única reparación posible: el matrimonio. De este modo, la injuria quedará borrada.

—Nosotros estamos por encima de la injuria. Para una Cazalis no es vergonzoso haber sido la amante de un Philippe Cayol; lo vergonzoso sería un matrimonio con

gente de su clase.

—Nosotros tenemos diferentes puntos de vista, en lo que se refiere a la honra... Pero no voy a insistir; he cumplido con mi deber. Permítame añadir tan sólo que su sobrina no hubiera rechazado el ofrecimiento, si hubiera podido dirigirme a ella.

—¿Lo cree usted así?

Cazalis tiró del cordón de una campanilla, y mandó al criado que hiciese bajar inmediatamente a su sobrina.

Apareció Blanche, pálida; tenía en el rostro evidentes señales de haber llorado. Al ver a Mario se estremeció.

—Señorita —dijo su tío ceremoniosamente—, aquí está este caballero que pide su mano para el infame, al cual no quiero ni siquiera nombrar en su presencia... Dígale usted misma lo que me dijo a mí ayer.

Blanche no se atrevía a mirar a Mario. Con los ojos fijos en su tío, respondió con voz débil y temblorosa:

—Le dije, señor, que fui raptada con violencia y que haré todo lo que esté en mis manos para que me castigue el odioso atentado del cual he sido víctima.

Pronunció estas palabras como el que repite una lección aprendida de memoria.

Cazalis no había olvidado el menor detalle; era necesario que su sobrina mintiese y lo consiguió.

Mario quedó estupefacto, aturdido.

—¡Señorita! —exclamó—, no decía usted eso el día que me suplicó que pidiera el perdón y el consentimiento de su tío para casarse con Philippe.

¿Ha pensado usted en que su mentira causará la desgracia del hombre que tal vez ama y que es su esposo?

—No sé lo que quiere usted decir —replicó, vacilando—. Yo no miento..., he cedido a la fuerza... Aquel hombre me ha ultrajado, y mi tío vengará el honor de nuestra familia.

—¿Es posible que me halle en casa de los Cazalis —dijo Mario con indignación, como preguntándose a sí mismo—, de la ilustre familia, honra de la Provence? Ignoraba que aquí tuviesen cabida la mentira, la calumnia y la cobardía. Señor diputado, esa muchacha es inocente; le perdono su debilidad; pero usted conoce muy bien el alcance de sus actos. Si ahora me ofreciese la mano de *mademoiselle* Blanche para mi hermano, yo la rehusaría, pues jamás he mentado ni cometido una mala acción, y me avergonzaría de mezclarme con semejante familia.

Cazalis ya había llamado a un lacayo de imponente aspecto, que permanecía en la puerta esperando órdenes.

Mario, sin inmutarse, se dirigió a la puerta con paso lento y tranquilo, hasta el punto que su aspecto resuelto intimidó al criado, que iba a ponerle la mano encima.

Encontró a Joséphine en la acera.

—¿Y qué? —preguntó ansiosa.

—Nada. Son unos miserables embusteros, unos locos orgullosos.

Joséphine suspiró y dijo:

—Entonces, ¿no se casa *monsieur* Philippe con la señorita?

—La señorita afirma que Philippe es un infame, que la raptó con violencia. Mi hermano está perdido.

—Nada de eso; yo le salvaré. Los dos juntos le salvaremos.

Por la noche, Mario refirió a *monsieur* Martelly lo que había sucedido; el armador sacudió la cabeza.

—Amigo, no sé qué consejo darle. Lamento tener que decirlo, pero ese hombre le vencerá. Su deber es luchar contra él, y yo os secundaré con todas mis fuerzas. Pero, dicho sea entre nosotros, somos débiles y carecemos de recursos. En cambio, nuestro adversario se apoya en el clero y en la nobleza. Ni Marsella ni Aix quieren la monarquía de Julio y se mostrarán partidarios incondicionales de un diputado de la oposición, que hace una guerra terrible a Thiers. Ayudarán a Cazalis en su venganza; hablo de las personas encopetadas; el pueblo nos ayudaría, si es que pudiera ayudar a alguien.

—Lo mejor sería ganar para nuestra causa a un miembro influyente del clero.

—¿No conoce usted a algún sacerdote influyente en el Obispado?

—Conozco al padre Chastanier, que es muy bondadoso, pero no tendrá ningún poder.

—No importa, vaya a verle. La clase media no puede sernos útil; la nobleza nos echaría a patadas si fuéramos a mendigar recomendaciones. Sólo queda la Iglesia: a ella nos conviene acudir. Trabaje, yo también trabajaré por mi parte.

Mario fue a ver al padre Chastanier, que le acogió con cierto temor. Apenas el joven abrió la boca, exclamó:

—¡No me pida nada! Se han enterado que me ocupaba de este asunto y me han amonestado severamente. No puedo hacer más que rezar, invocar la ayuda de Dios. Pero escuche: cerca de aquí hay un hombre que tal vez pueda serle útil: el padre Donadéi; dicen que Monseñor le tiene mucho aprecio. Es extranjero; creo que italiano, y en pocos meses se ha ganado la estima de todos. ¿Quiere que le acompañe a su casa? Vive aquí cerca, en el *boulevard* de la Corderie.

Ambos salieron, y poco después se detenían delante de una casita de una sola planta.

—Aquí vive —dijo Chastanier.

Los recibió una criada anciana, quien les hizo entrar en un reducido gabinete, tapizado de colores sombríos.

El padre Donadéi los recibió con agrado. Su rostro pálido, en el cual se adivinaba la astucia, no expresó el menor asombro.

Vestía un traje talar muy largo, sin cintura. Sus manos, delicadas y blancas, asomaban de las amplias mangas; su tez era fresca. Podía tener unos treinta años.

Una vez sentado, escuchó con una sonrisa atenta las palabras de Mario, y le hizo repetir algunos pormenores de la fuga.

Parecía dispuesto a ayudarle en su propósito; Mario le confesó que sólo el clero podía salvar a su hermano, y le suplicó que intercediese ante Monseñor.

Entonces, el sacerdote se levantó y dijo:

—Señor, mis sagradas investiduras me impiden mezclarme en este escandaloso y deplorable asunto. Los enemigos de la Iglesia acusan con mucha frecuencia a los sacerdotes, diciendo que se mezclan en asuntos que no son de su incumbencia. No puedo hacer otra cosa que pedirle a Dios el perdón de su hermano.

Mario, consternado, también se levantó.

—Se lo agradezco —dijo—. Las plegarias son una delicada limosna para los desgraciados. Pídale a Dios que los hombres nos hagan justicia.

Se retiró junto con Chastanier, al que Donadéi había simulado no verlo.

Ya en la puerta, el sacerdote detuvo un instante a Mario, y le preguntó con su habitual cortesía:

—¿Está usted empleado en las oficinas de *monsieur* Martelly?

—Sí, señor —respondió el joven, sorprendido.

—Es un hombre muy honrado. Sé que no es nuestro amigo, pero le tengo en gran estima. Su hermana, de quien soy director espiritual, es una de mis mejores hijas de confesión.

Mario le miraba, sin saber qué decir. El sacerdote, ruborizándose levemente, añadió:

—Es una persona sumamente amable, de una piedad ejemplar.

Saludó con mucha cortesía y cerró la puerta.

Una vez en la calle, Chastanier y Mario se miraron. El anciano dijo:

—Amigo, Dios no tiene la culpa si sus ministros no son siempre como debieran ser.

Ya se alejaban cuando un coche se detuvo delante de la casita. Mario vio apearse de él a Cazalis, que entró inmediatamente.

—¡Mire, padre! —exclamó el joven—. Seguro que las sagradas investiduras de ese cura no le estorbarán para trabajar en favor de Cazalis.

Por un momento, le asaltó la tentación de entrar nuevamente en aquella casa, pero luego, tranquilizándose, dio las gracias al padre Chastanier y se alejó con el triste convencimiento de que se le había cerrado la última puerta que conducía a la salvación.

Al día siguiente, *monsieur* Martelly le informó de una tentativa que había hecho ante el primer escribano de Marsella, *monsieur* Douglas, hombre devoto, que en menos de ocho años había llegado a ser un verdadero potentado por su rica clientela y sus generosas dádivas. El nombre de aquel escribano era amado y respetado.

Como Martelly le había utilizado como intermediario para colocar varias sumas, fue a verle y solicitó su ayuda. Douglas, que parecía muy preocupado, dio una respuesta evasiva, dijo que tenía demasiadas ocupaciones para ponerse a combatir contra Cazalis.

—Yo no insistí —dijo Martelly—, pues creí entender que su adversario se nos había adelantado. Me sorprende mucho que un hombre tan honrado se haya dejado atar las manos... ¡Ay, amigo mío!, creo que no habrá nada a hacer.

Durante un mes, Mario fue de un lado a otro solicitando la ayuda de algunos hombres influyentes. Pero en todas partes fue recibido fríamente, cuando no con expresiones de burla.

Lo mismo le ocurrió a *monsieur* Martelly. La nobleza y el clero estaban de parte del diputado, la clase media le temía, y el pueblo, que no podía favorecer de otro modo a Philippe, inventaba coplillas satíricas contra Cazalis y su sobrina.

Pasaban los días, y la instrucción del sumario adelantaba rápidamente.

Una mañana, Mario se enteró de que el jardinero Ayasse había sido detenido por complicidad en el rapto. *Madame* Cayol fue puesta en libertad por falta de pruebas.

Mario corrió a abrazar a su madre. Pero la pobre había sufrido tanto durante su encarcelamiento, que pocos días después murió en los brazos de Mario, quien juró vengarla.

Una gran muchedumbre, toda gente del pueblo, acompañó el cadáver al cementerio; las mujeres acusaban en voz alta a Cazalis, y poco faltó para que fuesen a romper los cristales de las ventanas de su palacio.

Como la causa debía ser incoada en Aix, Mario quiso estar allí para seguir el curso del proceso y aprovechar los incidentes que se presentasen. A tal efecto pidió permiso de un mes, que le concedieron enseguida.

El día en que se disponía a marchar, encontró a Joséphine en la diligencia.

—Me voy con usted —dijo tranquilamente la joven.

—¡Es una locura! —exclamó él—. No es usted rica..., ¿quién venderá sus flores?

—Una amiga mía, una muchacha que vive en el mismo piso en la place des Oeufs. Pensé que podía serle útil, me puse mi mejor vestido y aquí me tiene.

—Pues se lo agradezco —respondió sencillamente Mario, con voz conmovida.

Cuando llegó a Aix, Mario se apeó frente a la casa de Isnard, que vivía en la rue d'Italie. Al comerciante no le habían molestado; sin duda menospreciaban una presa tan insignificante.

Joséphine fue enseguida a ver al carcelero, cuya sobrina era amiga suya. Ya tenía pensado un plan.

Llevaba un gran ramo de rosas, que fue recibido con alegría; se mostró tan cariñosa, alegre y dicharachera, que en un par de horas se convirtió en la niña mimada de su tío. Este era viudo y tenía dos hijas pequeñas, con las cuales, Joséphine se comportó de inmediato como una madre.

La vista de la causa debía empezar en los primeros días de la semana siguiente.

Una tarde que Mario paseaba por el *boulevard*, encontró a *monsieur* Grousse, quien se había trasladado allí desde Lambesc para presenciar el juicio contra Philippe. El anciano hidalgo le tomó del brazo y le condujo a su fonda. Luego, encerrándose con él en una habitación, le dijo:

—Ahora estamos solos, amigo. ¿Por qué no me pide que le defienda contra Cazalis? Escuche: en esta ciudad hay unas cincuenta personas como yo, que vivimos apartados de todo, enclaustrados en un pasado que no ha de volver jamás. ¡Qué absurda estupidez! Podríamos trabajar por la prosperidad del país, y, sin embargo, no hacemos nada.

Luego, el anciano extrajo un periódico, en el cual se leían los nombres de los miembros del jurado que debía juzgar a Philippe.

—Éstos son —dijo— unos cuantos ricachones que tienen interés en defender la causa de Cazalis. Humbert, hermano de un comerciante de Marsella, que trafica en aceite. Hace veinte años, su padre era dependiente de un almacén; hoy, sus hijos son millonarios, debido a sus especulaciones. Un año vende por adelantado, al precio corriente, una gran partida de aceite. A las pocas semanas, el frío mata los olivares, la cosecha se pierde y él, si no engaña a sus clientes, queda arruinado. Prefiere lo primero a quedarse en la miseria. Y mientras sus colegas venden lo poco bueno que han podido recoger, él compra todos los aceites averiados que puede hallar, y entrega las cantidades a las que se había comprometido de antemano. Los clientes, naturalmente, se quejan y se enfadan. Pero el especulador responde con frialdad que él cumple puntualmente sus compromisos, que nada pueden reclamarle. ¿Comprende usted?

»Gautier..., otro comerciante de Marsella. Tiene un sobrino, Paul Bertrand, que ha estafado en gran escala. Dutailly, comerciante de trigos. Hace tiempo a su yerno le sucedió una desgracia, cuyo escándalo se apresuraron a ahogar sus amigos. Georges Fouque, el yerno, se las arreglaba de manera que siempre se encontraran averías en todos los cargamentos que le desembarcaban. Mediante el dictamen de un perito, las sociedades de seguros le pagaban, hasta que un día, cansadas de aquel asunto,

hicieron examinar las mercancías a un panadero honrado, el cual no tardó en recibir la visita de Fouque, quien, en medio de una conversación intrascendente, le deslizó en la mano algunas monedas de oro. El panadero, sin inmutarse, las lanzó en medio del local, donde había gente que presenció el hecho..., pero no por ello Fouque perdió su prestigio.

»Delorme..., otro tipo por el estilo. Fairse...: su madre se casó en segundas nupcias con un tal Chabran, armador y descontador. Bajo pretexto de especulaciones desgraciadas, Chabran escribe un día a sus numerosos acreedores, y les comunica que se ve obligado a hacer suspensión de pagos. Algunos le dan tiempo, pero la mayoría quiere denunciarle a la justicia. Entonces Chabran emplea a dos jóvenes, a los que instruye durante ocho días y luego, haciéndose acompañar por ellos, visita uno tras otro a sus acreedores, quejándose de su miseria e implorando compasión para sus dos hijos desharrapados y muertos de hambre... La comedia tiene un éxito completo, y los acreedores rompen sus títulos de deuda. Al día siguiente, Chabran reapareció en la Bolsa, más tranquilo e insolente que nunca. Un corredor, que ignoraba el asunto, le propuso encontrar tres valores firmados por los comerciantes que la víspera le habían perdonado la deuda.

»—Yo no hago nada con tales gentecillas —dijo.

»Gerominot, un usurero de la peor especie. Hasta la fecha lleva ganado un millón. Casó a su hija con un tal Pertigny, pero después de la quiebra, la cual le permitió comprar una casa, dio el diez por ciento a los acreedores. Hace apenas quince años, otra quiebra le permitió ganar trescientos mil francos, y él ofreció a los acreedores el cinco por ciento. Éstos rehusaron, pero entonces él demostró que los bienes eran propiedad de su esposa, y no dio ni siquiera un céntimo.

Mario se sentía mareado de escuchar tal cantidad de infamias.

El viejo hidalgo se interrumpió unos segundos, y luego, poniéndosele delante, dijo con aspereza:

—¿Todavía tiene la candidez de suponer que esos millonarios que han subido como la espuma, esos hombres poderosos que hoy aplastan a personas como usted, puedan ser decentes, seres justos y honrados? Hacen ostentación por todas partes, sobre todo por Marsella, de vanidad e insolencia; son al mismo tiempo devotos, y con ello engañan a los buenos cristianos. Forman una aristocracia. Uno ha traicionado a su amigo; otro ha vendido esclavas blancas; un tercero ha vendido a su esposa y a su hija; otro, especulando con la miseria de sus acreedores, ha rescatado a bajo precio las acciones que él mismo había desacreditado astutamente, de una sociedad cuyo gerente era él, en persona; alguno se ha enriquecido echando a pique un barco cargado de piedras, a modo de mercancía, haciéndose pagar por la sociedad de seguros, y otros han ganado millones vendiendo por vino agua de campeche y sangre de buey; y no falta el que lo ha hecho prendiendo fuego a su fábrica o a sus barcos, asegurados por una cantidad mucho mayor de lo que valían.

Finalmente, a Girousse, le faltó la respiración. Permaneció largo rato en silencio, dejando que se calmara su indignación.

Luego dijo con mayor suavidad:

—Yo soy un misántropo. El ocio al cual me condena mi título me ha permitido estudiar las vergüenzas de este país. Sin embargo, también hay gente honrada entre nosotros. Lo malo es que temen a los canallas.

Mario se despidió en medio de una gran confusión, por todo lo que había dicho Girousse. Preveía que su hermano sería condenado. El día siguiente empezaba la vista de la causa.

La ciudad estaba conmocionada. El escándalo suele tomar, en las ciudades de provincias, gigantescas proporciones, ya que la vida cotidiana no es pródiga en esta clase de sucesos. Todo el mundo hablaba de Philippe y de Blanche; las aventuras de los dos amantes corrían de boca en boca, y nadie se recataba en afirmar que el joven estaba condenado de antemano, ya que Cazalis, personalmente o por medio de sus amigos, había solicitado de cada miembro del jurado que se le condenase.

Parte del clero de Aix apoyaba al diputado, pero algunos sacerdotes no estaban dispuestos a apoyar una injusticia.

Toda la nobleza estaba de su parte.

Philippe también contaba con partidarios y defensores: el pueblo.

Era ya del dominio público que Blanche, delante del juez de instrucción, había renegado de su amor, por lo cual, las muchachas del pueblo, valientes y decididas, hablaban de ella con el mayor desprecio. La llamaban la Renegada.

Cazalis, que la había obligado a trasladarse a Aix, pretendió pasearla por todo el *boulevard*, pero a mitad del paseo tuvo que desistir; la multitud, enfurecida, insultó a Blanche y mostró intenciones de apedrear al tío y a su sobrina.

En una ocasión, Blanche declaró terminantemente que no saldría más a la calle, pues estaba próxima a ser madre.

La mañana del día en el cual debían empezar las sesiones, las puertas del Palacio de Justicia fueron asaltadas; en el centro de la place des Prédicateurs se habían formado varios grupos de gente que, gesticulando, comentaban a gritos el probable resultado del proceso, la culpabilidad de Philippe y la actitud que adoptarían Cazalis y Blanche.

Mientras tanto, la sala del juicio iba llenándose. Habían añadido varias hileras de sillas para las personas que poseían invitación, y fueron tantas, que la mayoría tuvo que permanecer de pie.

Allí estaba presente lo más representativo de la nobleza, abogados, altos funcionarios y todas las personas más notables de Aix. Ningún acusado tuvo un público semejante.

Cuando finalmente se abrieron las puertas para dejar entrar a las clases menos privilegiadas, apenas cupieron ya unos cuantos curiosos. Los demás se vieron obligados a ubicarse en los pasillos y en las escaleras del edificio.

De vez en cuando llegaban hasta la sala murmullos y voces de reprobación.

Las señoras habían invadido ya la tribuna. Formaban una masa compacta de rostros ansiosos y regocijados. Las que ocupaban la primera fila se abanicaban, se inclinaban; parecían estar en un teatro.

Cuando fue introducido Philippe Cayol se produjo un profundo silencio. Las damas le devoraban con la mirada, y algunas usaron los gemelos para examinarles

mejor. A muchas les agradó su aspecto varonil y enérgico.

La actitud del acusado fue digna y reposada; vestía completamente de negro, y parecía ignorar la presencia de los gendarmes que le custodiaban. A veces echaba una ojeada a la multitud, pero sin descaro.

Se leyó el acta de acusación.

Era terrible para el acusado. De acuerdo con las declaraciones de Cazalis y su sobrina, los hechos estaban maliciosamente interpretados. Allí se decía que Philippe había seducido a Blanche con la lectura de novelas inmorales, cuando, en realidad, tales libros no eran sino dos inocentes novelitas de la condesa de Genlis, totalmente pueriles. Se decía también que Blanche fue robada con violencia, que ella se había aferrado a un árbol, y que durante la fuga, el seductor debió valerse de la intimidación para hacerse seguir por su víctima. Se hacía constar otro hecho muy grave: *mademoiselle* Blanche afirmaba que nunca había escrito a Philippe, y que las dos cartas presentadas por el acusado se las había hecho escribir en Lambesc con fecha distinta.

Concluida la lectura del acta de acusación, la sala se llenó de murmullos. Todos tenían formada de antemano su opinión, y comentaban el relato oficial. Desde fuera llegaba un verdadero griterío.

El presidente amenazó con hacer desalojar la sala, y entonces, el silencio se fue restableciendo poco a poco.

Luego de unos instantes comenzó el interrogatorio de Philippe.

Después de las preguntas de rigor, repetidas por el presidente, acerca de los motivos de la acusación, Philippe dijo con voz clara y sonora:

—Me acusan de haber sido robado por una señorita.

Estas palabras provocaron una sonrisa en el rostro de todos los presentes. Las señoras ocultaban su risa detrás del abanico. La frase de Philippe, por absurda e irracional que pareciera, expresaba, sin embargo, la verdad. El presidente observó que, realmente, jamás se había visto que un hombre de treinta años fuese robado por una señorita de dieciséis.

—Tampoco se ha visto nunca —respondió tranquilamente Philippe—, a una joven de dieciséis años recorriendo las carreteras, atravesando ciudades y cruzándose con centenares de personas, sin ocurrírsele llamar al primer transeúnte que se le presentara para que le librase de su seductor, de su carcelero.

Y siguió demostrando la imposibilidad material de que hubiese existido la violencia y la intimidación de que se le acusaba. En cada momento, Blanche podía haberle abandonado y pedir ayuda y socorro; si le había seguido era porque le amaba, porque había consentido en fugarse. Por otra parte, Philippe demostró la mayor ternura hacia la muchacha y la mayor deferencia hacia el señor de Cazalis. Reconoció que habían obrado mal; pidió, únicamente, que no se le tachara de seductor indigno.

La sesión fue suspendida hasta el día siguiente, en que declararían los testigos. Durante la noche, la ciudad se hallaba revuelta; las señoras hablaban de Philippe con

afectado enojo, los hombres importantes le trataban con mayor o menor dureza, y el pueblo le defendía enérgicamente.

Al día siguiente, una multitud más compacta y ruidosa se congregó frente a las puertas del Palacio de Justicia. Casi todos los testigos eran de cargo. No fue citado *monsieur* Girousse; temían su veracidad y, por otra parte, hubieran debido juzgarle como cómplice. El propio Mario fue a rogarle que no se comprometiera en aquel asunto; temía que el viejo conde lo echase todo a perder con alguna de sus extemporáneas salidas.

Tuvo una sola declaración favorable, la del posadero de Lambesc, el cual declaró que Blanche llamaba esposo al acusado, pero esta declaración quedó anulada por la de los demás testigos.

Marguerite, la lechera, dijo que no recordaba haber llevado al acusado las cartas de *mademoiselle* Cazalis. Del mismo modo, todos los testigos, bien sea por soborno, por necesidad o por falta de memoria, sirvieron a los intereses del diputado.

Fue necesaria otra sesión para escuchar a los letrados. El abogado de Philippe le defendió con sencillez y dignidad. No trató de excusar la parte culpable de su conducta; dijo que la ambición y el amor le habían extraviado, pero demostró que no podía acusársele de rapto, y que en todo aquel asunto no habían mediado la violencia y la intimidación.

El discurso del procurador del rey fue terrible, y desgraciadamente tuvo un éxito absoluto.

El jurado emitió un veredicto de culpabilidad. Philippe Cayol fue condenado a cinco años de reclusión y a ser expuesto públicamente en una plaza de Marsella. El jardinero Ayasse fue sentenciado a unos meses de cárcel.

Se escucharon vagos rumores en la sala. Fuera, el pueblo rugía alborotado.

**B**lanche lo había presenciado todo desde su escondite en una tribuna. Había permanecido allí por orden de su tío, el cual pretendía que desapareciese en ella el más leve resto de amor, cuando viera a su amante entre gendarmes, como un vulgar ladrón. Estaba acompañada por una anciana parienta.

Mientras las dos damas aguardaban el coche, en las gradas del palacio, en la place des Prédicateurs, Blanche fue reconocida por las verduleras, quienes la insultaron y silbaron.

—¡Es ella, es ella! —gritaron—. ¡La Renegada, la Renegada!

La joven no sabía por dónde escapar, medio muerta de vergüenza y de temor, cuando una muchacha, tras apartar vigorosamente a las personas que la rodeaban, se puso a su lado.

Era Joséphine.

Había acudido llena de indignación, como las demás, también con la intención de ultrajar a la joven, pero al verla tan acobardada, temblorosa y débil, se compadeció de ella.

Rechazó con violencia a las mujeres, que enseñaban sus puños cerrados, y gritó:

—¡Bueno!, ¿qué pasa? ¿No tienen vergüenza...? Está sola y ustedes son más de un centenar. Ya Dios la castigará sin necesidad de sus gritos. ¡Déjenme pasar!

Había cogido la mano de Blanche, y esperaba con gesto irritado a que les abriesen paso. Mirando a la joven, comprendió que su parto era inminente. Entonces gritó:

—¿No ven cómo está? ¿Quieren matar a su hijo?

Entonces, movidas por cierta compasión, las mujeres callaron, y las jóvenes pudieron alejarse.

Blanche, avergonzada, no se separaba de su compañera y apuraba el paso. La florista, pasando por las calles menos frecuentadas, llevó a la muchacha al palacio de ésta, cuya puerta estaba abierta. Durante el camino no había proferido una sola palabra.

Blanche la obligó a entrar en el vestíbulo, y entornando la puerta, dijo muy conmovida:

—¡Señorita, le agradezco infinitamente su oportuna intervención! Aquellas malas mujeres iban a matarme.

—No las insulte; ¡yo tenía los mismos propósitos!

—¡Usted!

—Sí; la aborrezco. Más valiera que hubiese usted muerto en la cuna. Es hermosa y rica; ¿por qué me ha robado usted mi amor, para enviarlo luego a un vergonzoso encierro?

—No comprendo... —replicó Blanche.

—¿No lo comprende? Yo amaba a Philippe. Cuando supe que había huido con usted, lloré mucho, pero me resigné pensando que le haría feliz. ¡Y miré usted! Por su

culpa ha sido deshonrado y permanecerá cinco años en presidio.

—¡No me acuse! ¡Si supiese lo que estoy sufriendo! No tengo más remedio que doblegarme ante una voluntad superior a la mía. Es cierto, soy cobarde, carezco de valor. A pesar de ello, sigo amando a Philippe. Él me lo ha dicho: «Tu castigo será amarme siempre». ¡Ay!, cuando escuché su condena, creí que me estallaba el corazón dentro del pecho.

—¿Y qué será de la criatura?

—No sé, no sé. Mi tío me la quitará.

—¿Quiere que me haga cargo de ella?

Blanche, conmovida, abrazó a la joven y le dijo:

—Vaya a mi casa cuando esté en Marsella. Cuando llegue el momento, confiaré en usted.

En aquel instante entró la señora que acompañaba a Blanche, quien había buscado a la joven entre la multitud, sin poder encontrarla.

Joséphine se marchó rápidamente. Al llegar a la place des Carmélites, distinguió desde lejos a Mario, que hablaba con el abogado de Philippe.

Mario estaba desesperado; lo que más le dolía era la afrenta de la exposición pública. Joséphine fue hacia él, y le dijo en voz baja:

—Sígame. Su hermano está salvado.

**M**ientras Mario, antes de la vista de la causa, recorría inútilmente la ciudad, Joséphine, por su parte, trabajaba incansablemente para lograr la liberación de Philippe. Empezó una campaña bien organizada contra la conciencia de su tío, el carcelero Revertégat.

Se había instalado en su casa y pasaba los días en el edificio de la cárcel. Desde la mañana hasta la noche se ocupaba de las faenas domésticas y cuidaba a las dos niñas, que la adoraban, pues de ella no recibían más que caricias, golosinas, juguetes y trapitos para sus muñecas.

El padre, enternecido, se lo agradecía efusivamente. Y a pesar suyo, cedía a la influencia de la joven, refunfuñando cada vez que ella hablaba de marcharse.

Parecía que la florista hubiese llevado consigo el perfume y la alegría de sus flores. Revertégat decía, riendo, que en su casa había entrado la primavera.

Joséphine, poco a poco y con mucho tacto, infundía en el carcelero sentimientos de piedad y de dulzura. Hablando con él, Joséphine manifestó su compasión por Philippe y obligó a su tío a admitir que, realmente, era una injusticia tenerle encarcelado. Cuando le pareció que con ello no cometía una imprudencia, le preguntó si podría visitar al desgraciado joven. El tío no tuvo valor para negárselo y él mismo la acompañó, quedando luego en la puerta para evitar sorpresas.

Joséphine, delante del prisionero, quedó confusa, sin saber qué decir. Le miraba ruborizada, olvidando las frases que había preparado de antemano.

Fue Philippe quien, en un tono cariñoso, habló primero:

—¡Hasta aquí ha venido, querida amiga! ¡Cuánto se lo agradezco! Permítame que le bese la mano.

—¡Está usted loco, *monsieur* Philippe! —respondió Joséphine—. Ahora tiene esposa... Hablemos de lo que importa.

—Hablemos de lo que quiera.

—El carcelero es mi tío —dijo en voz baja—. Hace ocho días que trabajo por su liberación. Los amigos no le olvidan. Espere.

—Deme la mano como amiga, como camarada.

—Espero conseguir muy pronto su libertad. ¿Qué día quiere fugarse?

—¿Fugarme? ¿Para qué? Yo seré absuelto.

—De todas formas es conveniente estar preparados.

En aquel momento, el tío llamó, y le dijo que saliera.

—Repito —dijo ella—, que es necesario prepararse. Si le condenan, su hermano y yo prepararemos la fuga. Espere.

Y se marchó.

Después de esta entrevista, ella continuó la obra que se había impuesto. Su tío le cobraba cada día más cariño, e incluso sus primitas conspiraban con ella.

Una noche, después de muchas zalamerías y muchos preámbulos, acabó pidiéndole abiertamente la libertad de Philippe.

—Si de mí dependiera —respondió—, enseguida estaría en la calle.

—Tío, solamente depende de usted.

—¿Tú lo crees así? Al día siguiente me despedirían y mis hijas y yo nos moriríamos de hambre.

—¿Y si yo le diese dinero?

—¡Tú!

Miró a su sobrina para cerciorarse de si aquello era una broma. Pero, al verla con un aspecto serio y tranquilo, dijo:

—¡Bueno! Ya veremos.

Joséphine le abrazó efusivamente y en el acto cambió de conversación. Durante días consecutivos volvió varias veces a la carga, acostumbrando a su tío a la idea de que debía dejar al prisionero en libertad. Acabó por ofrecerle quince mil francos, y aquella cantidad deslumbró por completo al carcelero. Por eso ella pudo decirle a Mario:

—Su hermano está salvado.

Acompañó al joven a la cárcel. Por el camino se lo explicó todo. Mario no encontraba palabras suficientes para expresar su agradecimiento. Ella apenas le escuchaba, pensando tan sólo en conseguir su propósito.

Por la noche vieron a Revertégat, el cual dijo a Mario:

—Están mis dos pequeñas, que son mi pesadilla. Si no fuera por ellas, no aceptaría ni un solo céntimo.

En pocos minutos quedó todo arreglado. Mario prometió marchar a Marsella al día siguiente por la mañana, y traer los quince mil francos prometidos por Joséphine.

Esperaba conseguirlos de su banquero; su madre había dejado cincuenta mil francos, que se hallaban colocados en el Banco de *monsieur* Bérard, uno de los más ricos y famosos banqueros de la ciudad. La florista debía permanecer en Aix, esperando el regreso del joven.

Éste salió de la ciudad, henchido de esperanzas, viendo ya libre a su hermano.

Cuando se estaba apeando de la diligencia, en Marsella, llegó a su conocimiento una espantosa noticia que le dejó completamente anonadado.

El banquero Bérard, acababa de declararse en quiebra.

**M**ario se apresuró a ir a casa del banquero. No podía dar crédito a la terrible noticia; tenía esa fe que poseen las personas sencillas y honradas. Por el camino iba pensando que tal vez aquellas palabras que habían llegado a sus oídos, no eran sino murmuraciones y calumnias; necesitaba creerlo así, aunque fuera una locura. En aquel momento, la pérdida de su capital era la pérdida de su hermano. Imaginaba que no sería tan cruel la casualidad, quizá la gente estaba equivocada; Bérard le entregaría su dinero.

Cuando entraba en casa del banquero se sintió invadido por la angustia. Se presentó ante su vista la desoladora realidad. Los despachos estaban vacíos; aquellas grandes oficinas desiertas y tranquilas, con las ventanillas cerradas y las mesas solitarias, le confirmaron la triste realidad.

Una riqueza que se desmorona deja siempre tras de sí un rastro de desolación. Se desprendía de los cartones, de los papeles, de la caja, un característico olor de ruina. Todos los muebles estaban sellados.

Mario atravesó tres salas sin encontrar a nadie. Finalmente halló a un empleado, el cual había ido a recoger algunos objetos de su pertenencia. Le dijo bruscamente que el señor Bérard estaba en su despacho.

El joven entró estremeciéndose, y olvidó cerrar la puerta. Vio al banquero, que se hallaba ocupado escribiendo tranquilamente unas cartas, arreglando papeles, haciendo cuentas. Joven aún, alto y apuesto, iba vestido con esmero, llevaba sortijas en los dedos; tenía, en suma, aspecto de hombre elegante y adinerado. Parecía como si se hubiese arreglado para recibir a sus clientes y explicarles el desastre.

Adoptaba una actitud valiente. Aquel hombre tal vez fuera una víctima de las circunstancias, o tal vez un canalla audaz.

Al ver entrar a Mario, le miró cara a cara, y su rostro expresó una sincera tristeza.

—Le esperaba —dijo con voz conmovida—. Estoy esperando a todos los que he arruinado. Tendré valor hasta el fin; quiero que todos y cada uno puedan asegurarse de que no tengo motivos para avergonzarme.

Cogió un registro y lo abrió con cierta afectación.

—Aquí están mis cuentas —dijo—. Pasivo, un millón; activo, un millón y medio. El tribunal liquidará, y creo que nadie perderá nada. Yo soy el más perjudicado; he perdido mi fortuna y mi crédito. Me he dejado robar indignamente por deudores insolventes.

Mario no había pronunciado una sola palabra; ante el tranquilo abatimiento de Bérard, ante aquella muestra de austero dolor, se encontraba sin fuerzas para lanzar una palabra de enojo. Casi se compadecía de aquel hombre, dispuesto a desafiar la tempestad.

—Señor —dijo finalmente—, ¿por qué no me avisó usted, cuando vio que sus negocios se embrollaban e iban mal? Mi madre era amiga de la suya. Aunque sólo

fuera en recuerdo de nuestras antiguas relaciones familiares, debía usted haberme hecho retirar el dinero que iba a ser comprometido... Hoy su ruina me deja a mí sin un céntimo y en una situación desesperada.

Bérard le cogió las manos a Mario.

—¡No diga eso! —exclamó—. Usted no sabe lo que pasa por mí... Al ver el abismo, quise sostenerme agarrándome a las ramas, luché hasta el último instante; confié en salvar los depósitos... No sabe usted las terribles eventualidades a que están sujetos los que manejan dinero.

Mario no sabía qué responder. Se apresuró a marcharse para no molestar al desgraciado banquero.

Atravesando nuevamente las salas contiguas se encontró otra vez con el mismo empleado, que había hecho ya su paquete y se ponía el sombrero. Se reía entre dientes, encogiéndose de hombros, mientras miraba a Mario de un modo extraño. Cuando ambos llegaron a la calle, le dijo de pronto:

—¿Qué piensa usted del señor Bérard? ¡Qué buen actor! La puerta estaba abierta, y me ha divertido ver sus manifestaciones de desconuelo. Iba a llorar. Permítame decirle que acaba usted de dejarse engañar del modo más elegante.

—No comprendo —respondió Mario.

—Más vale; eso prueba que es usted una persona honrada. Yo me voy satisfecho: hace tiempo que preveía el golpe, el desenlace de la clásica comedia del robo. Tengo especial olfato para percibir esas cosas.

—Explíquese.

—Muy sencillo. Hace diez años, Bérard abrió una casa de banca; hoy estoy convencido de que había preparado la quiebra desde el principio. He aquí cómo pensaría él: «Quiero ser rico, porque tengo grandes apetencias; quiero serlo pronto, pues sufro por no satisfacerlas. El camino recto es largo y difícil; más vale el torcido. En diez años poseeré un millón. Me haré banquero para apoderarme con buenas maneras del dinero de los demás. Cada año escamotearé una bonita cantidad, y me daré por satisfecho cuando tenga los bolsillos llenos. Entonces haré suspensión de pagos; devolveré generosamente doscientos o trescientos mil francos, de dos millones que me habrán sido confiados. Lo demás me permitirá vivir como un duque, entregado al ocio y a la voluptuosidad». ¿Comprende usted, mi buen señor?

—Pero esto es imposible. Bérard acaba de decirme que su pasivo es de un millón, y su activo de millón y medio. Todos cobraremos, pues, lo nuestro.

—¡Ay, cuánta inocencia! ¿Cree usted, verdaderamente, en este activo de millón y medio? Primero, será apartada la dote de la señora de Bérard. La señora llevó cincuenta mil francos, pero su esposo, en el contrato de matrimonio, los transformó en quinientos mil; es un pequeño robo de cuatrocientos cincuenta mil francos. Queda un millón, representado casi en su totalidad por créditos fallidos... ¡vaya!, un procedimiento muy sencillo. En Marsella hay muchos que venden su firma por cinco francos, hasta viven de este oficio, fácil y lucrativo. Bérard se hizo firmar montones

de pagarés por tales hombres de paja, y se metió el dinero en sus bolsillos, dinero que pretende haber prestado a deudores insolventes. Puede considerarse feliz el que reciba el diez por ciento. Y esto dentro de dieciocho meses o dos años, cuando el síndico de la quiebra haya terminado su tarea.

—Ese Bérard es un canalla. Será juzgado con rigor. La sociedad debe ser purgada de esos estafadores que se enriquecen con la desgracia ajena. El presidio es el lugar que les corresponde.

—Bérard será tal vez castigado con quince días de cárcel, y eso será todo. ¿Tampoco entiende usted eso? Entonces, escuche.

Los dos jóvenes se hallaban parados en medio de la acera, recibiendo codazos de todos los transeúntes. Volvieron a entrar en el vestíbulo de la casa del banquero.

—Dice usted que el presidio es el lugar apropiado para Bérard. Al presidio solamente van los torpes. En diez años que ha tenido para preparar este momento, ha adoptado ya sus precauciones; esa canallada es una obra de arte. Las cuentas están en regla, y, por lo tanto, la ley le ampara. Conoce de antemano sus insignificantes riesgos. ¿De qué le acusará el tribunal? A lo sumo, de que sus gastos personales hayan sido algo considerables; de haber lanzado a la circulación muchas letras, un medio ruinoso de proporcionarse dinero. Son faltas leves y su castigo es leve también. Ya se lo he dicho: quince días de cárcel, un mes, como mucho.

—¿Y no se puede pregonar en público el delito de ese hombre, probarlo y hacer que le condenen?

—No, señor; faltan las pruebas. Además, Bérard no ha perdido el tiempo, lo ha previsto todo; en Marsella ha conseguido amigos poderosos, adivinando que tal vez algún día necesitaría su influencia. Ahora es casi inviolable; lo más que puede suceder, repito, será que esté encerrado unas semanas. Al salir, con su millón de francos, le será fácil adquirir nueva estimación. Permítame, finalmente, un consejo de amigo: no diga una sola palabra de cuanto le he contado, renuncie ya a su dinero y nada más. Piénselo bien; verá como tengo razón. Adiós.

Mario estaba furioso; sentía deseos de subir nuevamente y abofetear al banquero.

Todo lo que había dicho el empleado se verificó más tarde. Bérard fue condenado a un mes de cárcel. Y un año después, con buen semblante y andar resuelto, paseaba por Marsella su alegría de ricachón. Frecuentaba los círculos, los restaurantes, los teatros, iba a todas partes donde le podían proporcionar placeres. Y por su camino siempre se cruzaba algún necio o algún adulator que le saludaba respetuosamente.

**M**ario se dirigía maquinalmente hacia el puerto. Caminaba sin saber hacia dónde conducía sus pasos. Estaba anonadado. Un solo pensamiento ocupaba su mente: necesitaba con urgencia quince mil francos. Echaba ojeadas a su alrededor, con esa mirada vaga de las personas que se sienten desesperadas, como si pensara encontrar entre dos adoquines la cantidad que necesitaba.

En el puerto, le invadieron de pronto unos enormes deseos de ser rico. Le irritaba tanta mercancía amontonada a lo largo del muelle, aquellos barcos cargados de riquezas, el estrépito y el movimiento de toda esa gente que ganaba dinero. Nunca había sentido su pobreza con tanta intensidad. Tuvo un momento de envidia y de rebeldía y se preguntó seriamente por qué tenía él que ser miserable, mientras otros acumulaban tanto dinero.

¡Y siempre aquella idea fija! Quince mil francos. No podía volver con las manos vacías; su hermano le estaba aguardando. Sólo quedaban pocas horas para que pudiera salvarle de la injusticia. Pero no encontraba nada; estaba angustiado, desesperado.

Jamás se hubiera atrevido a pedir quince mil francos a *monsieur* Martelly. Sus honorarios eran reducidos para garantizar tan elevada suma. Conocía, además, los rígidos principios del armador, y temía que le amonestase severamente, si le confesaba que pretendía comprar una conciencia; Martelly se habría negado a darle el dinero.

De pronto se le ocurrió una idea. Y, sin meditarla demasiado, corrió hacia la rue Sainte.

Allí vivía, en su mismo piso, un joven empleado que se llamaba Charles Blétry, recaudador de la fábrica de jabones de *monsieur* Gaste y *monsieur* Degans. Existía una gran confianza entre ambos jóvenes. Mario apreciaba a Charles por su carácter amable, su conducta ejemplar y su fama de hombre generoso. Hacía dos años que gastaba bastante dinero. En su pequeña habitación reinaba por doquier el lujo; compraba alfombras, tapices, espejos y hermosos muebles.

Regresaba a horas avanzadas y vivía con gran desahogo, pero continuaba siendo amable, ponderado, tranquilo y piadoso.

Todo esto sorprendió en un principio a su vecino, pero Charles le explicó que había heredado, y que no tardaría en dejar su empleo. Incluso se había ofrecido a ayudarlo en caso de que necesitara dinero. Entonces, Mario había rehusado.

En aquel momento se acordó de ese ofrecimiento. Acudiría al joven para que salvase a su hermano. Tal vez no tendría inconveniente en prestarle dinero, ya que no le faltaba, y él se lo iría devolviendo poco a poco, pues estaba seguro de que le otorgaría un largo plazo para que lo hiciera.

No le halló en la rue Sainte, y, como tenía prisa, se dirigió a la fábrica de jabones, situada en el *boulevard* des Dames.

Cuando llegó y preguntó por Charles, le pareció que los obreros le miraban de una manera extraña. Le respondieron que preguntara por *monsieur* Gaste, que se hallaba en su despacho.

Mario, algo sorprendido por aquella actitud, penetró donde le indicaron. Encontró a Gaste hablando con tres caballeros; todos callaron cuando apareció Mario.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Gaste—, ¿podría decirme si Charles Blétry está en la fábrica?

El interrogado cambió una rápida mirada con uno de los tres señores, hombre grueso y marchito, de aspecto severo.

—Pronto volverá —dijo—. Puede usted esperarle, si lo desea. ¿Es amigo suyo?

—Sí, señor. Vive en mi mismo piso. Hará unos tres años que le conozco.

Hubo un instante de silencio. El joven, suponiendo que su presencia molestaba a aquellos caballeros, añadió:

—Gracias..., esperaré fuera...

Entonces, el caballero grueso se inclinó y pronunció algunas palabras en voz baja al oído del fabricante Gaste, quien detuvo a Mario, diciendo:

—Quédese, se lo ruego. Su presencia tal vez nos sea útil... Usted debe de conocer las costumbres de Blétry y podría informarnos.

Mario, como no comprendía, hizo un ademán de vacilación.

—Dispense —dijo Gaste con cortesía—, veo que mis palabras le sorprenden.

Y agregó, señalando con un ademán al caballero gordo:

—El señor es el comisario de policía del distrito, y acabo de llamarle para que proceda al arresto de Charles Blétry, quien en dos años, nos ha robado sesenta mil francos.

Mario lo comprendió todo de golpe.

Se sentó, dispuesto a esperar el desenlace de aquel drama, ya que no podía hacer otra cosa.

Se produjo un desagradable silencio, que se prolongó durante media hora. Gaste se había puesto a escribir.

Finalmente, se abrió la puerta.

—Aquí está —dijo el fabricante.

Charles, que no sospechaba nada, entró sin fijarse siquiera en las personas que estaban allí.

—¿Me ha llamado usted, señor? —preguntó a Gaste.

Éste le miraba fijamente; entonces, volviéndose a medias, el joven descubrió al comisario, al que conocía de vista.

Palideció horriblemente, al comprender que estaba perdido.

—Sí, le he llamado a usted —exclamó Gaste—, y sabe muy bien por qué. ¡Canalla!, ya no me robará más.

—No sé lo que quiere decir —respondió Blétry, con voz insegura—. Yo no he robado nada... ¿De qué me acusa?

El comisario había tomado asiento delante del escritorio para redactar la declaración. Los dos agentes se habían situado junto a la puerta.

—Señor —dijo el comisario a Gaste—, dígame en qué circunstancias ha notado usted los abusos cometidos, según afirma, por *monsieur* Blétry, en perjuicio de usted.

Gaste explicó entonces la historia del robo. Dijo que el recaudador tardaba en efectuar ciertos cobros, pero que, como tenía absoluta confianza en él, atribuía la demora a los deudores. Las primeras operaciones de esta clase habían comenzado, como mínimo, unos dieciocho meses antes. Por último, uno de sus clientes, que había quebrado la víspera, le había quedado a deber cinco mil francos. Se presentó él mismo para cobrar dicha cantidad y se enteró que Blétry ya la había cobrado hacía varias semanas. Muy consternado, regresó apresuradamente a la fábrica y advirtió, al revisar los libros de caja, que le faltaban cerca de sesenta mil francos.

Después, el comisario interrogó a Blétry. Este inventó una historia ridícula.

—Un día —dijo—, perdí una cartera que contenía cuarenta mil francos. No me atreví a confesarlo, y resolví apropiarme entonces de algunos fondos para jugar a la Bolsa, con la esperanza de ganar y devolver el dinero a la fábrica.

El comisario pidió detalles, y Blétry, confuso, acabó por contradecirse. Ensayó otra mentira.

—Tiene usted razón, no he perdido la cartera. La verdad es que me han robado. Hospedé a un joven que carecía de recursos, y una noche se marchó llevándose el dinero que yo había recaudado; era una suma importante.

—Si continúa mintiendo empeorará aún más su situación —le advirtió el comisario.

Luego, dirigiéndose a Mario, prosiguió:

—Le he rogado a *monsieur* Gaste que le retuviera un rato para que nos ayudase en nuestra tarea... Ha dicho usted que el acusado es su vecino. ¿Sabe algo acerca de su conducta? ¿Por qué no le solicita usted, como amigo, que le diga la verdad?

Mario no sabía qué decir; Blétry le inspiraba lástima, pero su conciencia le obligaba a explicar cuanto sabía. Se dirigió entonces a Blétry, diciendo:

—Charles, ignoro si eres culpable; siempre te he considerado un hombre bueno y correcto. Sé que ayudas a tu madre y que todos los que te conocen te aprecian. Si has cometido una locura, confiesa tu ofuscación; de este modo padecerán menos los que te estiman y quieren; es mejor que tú mismo confieses la verdad abiertamente, mostrando un sincero arrepentimiento.

Mario hablaba con un tono de voz dulce y persuasivo. Las duras palabras del comisario habían irritado a Blétry, que se había obstinado en callar, pero cedió ante la indulgencia de su amigo.

Pensó también en su madre, y se puso a llorar con desconsuelo.

—¡Es cierto! —gritó, en medio de sus sollozos—. He robado, soy un ladrón; estaba loco. Empecé por algunos centenares de francos, pero luego necesité mil, dos mil, cinco mil, diez mil. Una fuerza diabólica me empujaba a ello; cada vez aumentaban mis necesidades, mis deseos.

—¿Y qué ha hecho con tanto dinero? —preguntó el comisario.

—No sé..., lo he dado, me lo he comido, lo he perdido en el juego... Cuando era pobre vivía tranquilo honradamente, no pensaba en nada malo..., pero saboreé el lujo, el vicio; he tenido queridas, he comprado muebles elegantes y caros..., estaba loco.

—¿Puede usted citar los nombres de las muchachas con quienes ha gastado parte de ese dinero?

—No lo sé. Las encontraba en cualquier parte: en las calles, en los bailes públicos. Venían conmigo cuando tenía los bolsillos llenos; cuando ya estaban vacíos se marchaban. También he perdido mucho dinero en el juego. ¿Quiere saber por qué he llegado a ser ladrón? Porque he visto a muchos jóvenes de familias acaudaladas despilfarrar el dinero, revolcarse en el ocio y la abundancia. Y entonces yo también quise tener mujeres, placeres ruidosos, noches de juego y orgía. Necesitaba para ello treinta mil francos anuales, y sólo tenía mil ochocientos..., por eso he robado.

Mario se acercó a *monsieur* Gaste, y, después de suplicarle que fuera indulgente con el muchacho, se retiró enseguida.

Blétry fue condenado a cinco años de cárcel.

Mario sólo tenía una hora para conseguir los quince mil francos que necesitaba para salvar a su hermano.

**M**ario acabó por convencerse de su impotencia. Ya no sabía a quién recurrir. Un pobre empleado no puede conseguir que le presten quince mil francos en una hora.

Descendió lentamente por la rue d'Aix, con la mente agotada y sin que su imaginación le aportara nada nuevo.

Los apremios económicos son espantosos; sería incluso preferible tener que luchar contra un asesino, que contra el fantasma de la miseria. Nadie inventó hasta la fecha una moneda de cinco francos.

Cuando el joven llegó al cours Belzance, desesperado y vencido, decidió volver a Aix con las manos vacías. La diligencia estaba a punto de salir; quedaba una sola plaza en la imperial. La tomó con gusto; prefería viajar al aire libre, ya que se sentía ahogado por la angustia, y esperaba que los dilatados horizontes del campo calmaran su congoja.

Aquél fue un viaje triste.

Cuando llegó a Aix, se dirigió sin prisa a la cárcel. Le parecía que siempre sería demasiado pronto para dar una mala noticia.

Cuando entró eran las nueve de la noche, Revertégat y Joséphine jugaban a las cartas en un ángulo de la mesa.

La florista se levantó con presteza y corrió con alegría al encuentro del joven.

—¿Qué hay? —preguntó.

Mario, sin atreverse a responder, se sentó desolado.

—¡Hable, hombre! —exclamó la muchacha—. ¿Tiene el dinero?

—No lo tengo, no —respondió aquél.

Y después de explicar todo, concluyó con estas palabras:

—Ahora no soy más que un pobre diablo; mi hermano seguirá en la cárcel.

Fue penosa la sorpresa de la florista, que exclamaba:

—¡Pobres, pobres de nosotros!

Miraba a su tío, como si quisiera obligarle a hablar. Revertégat contemplaba a los dos jóvenes con conmiseración. En su interior se entabló una lucha.

Finalmente, dijo:

—Escuche, señor; mi oficio no me ha endurecido hasta el punto de permanecer indiferente ante el dolor de la gente honrada. Ya le dije por qué admitía el dinero. Si las circunstancias adversas le impiden ahora ampararme contra la miseria, no por eso dejaré de abrir las puertas a *monsieur* Philippe. Ya me ayudará después, me dará los quince mil francos poco a poco, como usted pueda.

Joséphine, loca de alegría, se puso a palmotear. Luego se le echó al cuello a su tío y le abrazó, arrebatada de entusiasmo.

Mario se puso serio, y dijo:

—No puedo admitir semejante sacrificio, Ya me reprocho bastante el consentir que falte usted a su deber, pero me niego a agravar mi responsabilidad privándole de lo más indispensable.

La muchacha, casi enfadada, se dirigió a Mario diciendo:

—¡Calle usted! Es preciso salvar a *monsieur* Philippe: yo lo quiero así. Además, no le necesitamos para abrirle las puertas. ¡Venga usted, tío! Si *monsieur* Philippe consiente, ¿qué reparos puede poner su hermano?

Los tres se dirigieron a la celda del prisionero, provistos de un farol de ronda y caminando de puntillas.

Entraron juntos y cerraron la puerta tras de sí. Philippe dormía.

Revertégat, enternecido por las lágrimas de su sobrina, había evitado, en lo posible, imponer al joven el severo régimen de la cárcel; le llevaba el almuerzo y la comida que Joséphine le preparaba; le facilitaba libros y le había conseguido una manta más.

Philippe, pues, no se hallaba en pésimas condiciones. Por otra parte, sabía que estaban trabajando para lograr su libertad. Se despertó, y enseguida alargó sus manos, cariñosamente, hacia Joséphine y su hermano.

—¿Vienes a buscarme? —preguntó, sonriendo.

—Sí —respondió la muchacha—. Vístase de prisa.

Mario permanecía en silencio; su corazón latía desordenadamente. Temía que el deseo de recobrar la libertad hiciera aceptar a su hermano lo que él creyó un deber rehusar.

—Pues todo está arreglado —dijo Philippe—. Puedo marcharme de aquí sin temor, sin remordimientos. ¿Habéis dado el dinero prometido? Mario, tú no contestas.

Joséphine intervino:

—Le he dicho que debe vestirse enseguida. ¿De qué se preocupa ahora?

Había cogido las prendas del joven y se las arrojó, diciendo que aguardaría en el pasillo.

Mario le detuvo y dijo:

—No puedo dejar que mi hermano ignore nuestras desgracias.

Se lo explicó todo, pero no le dio consejo alguno.

—Entonces —dijo Philippe—, no has dado el dinero al carcelero..., estamos sin un céntimo.

—No importa —dijo éste, acercándose—; ya me ayudarán ustedes más adelante.

El prisionero enmudeció. No pensaba en la fuga, sino en la miseria, en la triste miseria, en el aspecto que él tendría por los *boulevards* de Marsella. No más trajes elegantes, no más vida ociosa, no más amores. Por otra parte tenía espíritu de poeta, de caballero, en cierto modo, que le impedía aprovecharse de la generosidad de Revertégat.

Volvió a acostarse, y dijo con voz tranquila:

—Me quedo.

Mario se sintió satisfecho. Joséphine, aterrada.

Quiso demostrarle la necesidad de la huida, y le habló de la exposición pública a que sería sometido. Se iba animando a medida que hablaba, y el tono de indignación que había en su voz la hacía parecer aún más bella. Philippe la miraba con verdadera admiración.

—Es usted una muchacha encantadora —dijo—, y tal vez me haría ceder, si en esta celda no me hubiera convertido ya en un testarudo obcecado. Pero... la verdad, ya he cometido bastantes cobardías..., no quiero cargar más mi conciencia... Que suceda lo que el cielo quiera..., además, no está todo perdido. Mario me libertará; conseguiré el dinero, ya verá usted. Venga a buscarme cuando hayan pagado mi rescate. Nos escaparemos juntos.

Hablaba de un modo casi jocoso. Mario le cogió la mano y dijo:

—Gracias. Ten confianza.

Joséphine y Revertégat salieron. Mario y Philippe quedaron solos durante algunos instantes; hablaron de Blanche y del niño.

Cuando, una vez fuera, se reunieron nuevamente los tres, la florista, desesperada, preguntó a Mario qué iba a hacer.

—Voy a emprender de nuevo la lucha —respondió—. Lo malo es que tenemos prisa y no sé a quién pedirle el dinero.

—Puedo darle un consejo —dijo Revertégat—. En esta ciudad, y precisamente cerca de aquí, vive un banquero, *monsieur* Rostand, que tal vez consienta en prestarle la cantidad que necesita... Pero le prevengo que el tal Rostand tiene fama de usurero.

Mario no podía detenerse a elegir los medios.

—Se lo agradezco —dijo—. Mañana por la mañana iré a ver a ese hombre.

**M**onsieur Rostand era un hombre muy hábil. Llevaba su vergonzoso negocio con una gran tranquilidad, y para proporcionarle un aspecto decoroso abrió una casa de banca; pagaba patente, por lo tanto, estaba legalmente establecido. En ciertas ocasiones, también solía ser algo honrado; prestaba dinero al mismo interés que sus colegas, los otros banqueros de la ciudad. Pero en sus oficinas había, por decirlo así, una trastienda donde elaboraba sus canalladas con mucho tacto.

Seis meses después de que se abriera esta casa, llegó a ser gerente de una sociedad de usureros, una banda secreta que le confió sus capitales. La combinación se hizo en un ambiente patriarcal. Los que tenían natural inclinación por la usura y no se atrevían a traficar por su propia cuenta, le traían su capital, para que lo hiciese rendir. Por este procedimiento llegó a tener en sus manos una considerable cantidad como para poder explotar ampliamente las necesidades de los que acudían en demanda de préstamos. Los que proporcionaban el dinero permanecían en la sombra. Sólo prestaba con intereses fabulosos: al cincuenta, al sesenta, y hasta al ochenta por ciento. Cada mes se reunían en su casa las personas que facilitaban los fondos; él presentaba las cuentas, y repartían las ganancias. Pero siempre se las ingeniaba para obtener los mayores beneficios, mediante el robo a los ladrones. Se especializaba en mantener estas relaciones con los pequeños comerciantes. Cuando alguno de éstos, en vísperas de algún vencimiento, iba a verle, le imponía condiciones exorbitantes. El comerciante siempre aceptaba, y de este modo había causado más de cincuenta quiebras en diez años.

No había negocio que no le conviniera: lo mismo prestaba cinco francos a una verdulera, como mil a un tratante de bueyes; no perdía ninguna ocasión de prestar diez francos para que al día siguiente le devolviesen doce. Acechaba a los jóvenes viciosos, a los vividores, que tiraban el dinero por la ventana, y les llenaba las manos de monedas de oro, para que pudiesen dilapidar aún más, mientras él permanecía bajo sus propias ventanas, para recoger lo que caía. Luego hacía excursiones por el campo, tentaba a los labradores, y, cuando la cosecha había sido mala, les iba arrancando poco a poco, a pedazos, sus granjas y sus tierras.

Su casa había llegado a ser una verdadera trampa, en la cual desaparecían haciendas enteras. Todo el mundo conocía a las personas, a las familias que había arruinado. Nadie ignoraba los ocultos resortes de su oficio, pero faltaban pruebas, y, por otra parte, su patente le amparaba.

Tan sólo una vez estuvo en peligro. Una señora, que pertenecía a una familia adinerada, le pidió prestada una elevada cantidad; era muy piadosa, y había derrochado su hacienda dando a derecha e izquierda, haciendo cuantiosas limosnas. Él sabía que la mujer ya no tenía nada, y le exigió que firmase letras a nombre de su

hermano; con aquellos documentos falsos en su poder, estaba seguro de que el hermano pagaría, pues tendría interés en evitar el escándalo.

La pobre señora firmó; su generosidad le había arruinado, y su carácter débil le hizo sucumbir.

No se equivocó; las primeras letras fueron pagadas; pero como siempre se presentaban otras, el hermano se cansó, y quiso verlo más claro. Se presentó en casa de Rostand, y le amenazó con perseguirlo; declaró que prefería deshonorar a su hermana, a dejarse robar impunemente por un canalla semejante. El usurero, asustado, le devolvió las letras que aún estaban en su poder. Pero como había prestado al ciento por uno, no perdió nada.

A partir de aquel día, Rostand extremó su prudencia. Administró los capitales de la banda secreta con tal astucia que se ganó la admiración y la confianza de los señores usureros. Mientras los que le proporcionaban los fondos se paseaban tranquilamente al sol, como personas honorables que eran, él estaba encerrado en su gran despacho sombrío; allí fructificaban las monedas de oro de la sociedad.

Algunos miembros de la banda empleaban sus ganancias en satisfacer sus pasiones, sus apetitos de lujo y libertinaje; lo que apasionaba a Rostand, era efectuar una ingeniosa operación.

Al día siguiente, Mario llamó a la puerta de Rostand, a eso de las ocho. Era una casa maciza, cuadrada. Las persianas estaban cerradas, lo que daba a la fachada un aspecto desnudo y frío, un no sé qué de misterio y desconfianza.

Una vieja criada que llevaba, a modo de falda, un sucio harapo de algodón, entreabrió la puerta.

—¿*Monsieur* Rostand? —preguntó Mario.

—Está, pero muy ocupado.

Y continuó con la puerta a medio abrir.

El joven se impacientó, empujó la hoja de la puerta y entró en el vestíbulo.

—¡Bueno! Esperaré —dijo.

La criada, sorprendida y vacilante, comprendió que no podía despedir a aquel mozo. Le hizo subir al primer piso, donde lo dejó solo en una especie de antecámara.

La pieza era reducida, oscura, tapizada con un papel verdoso. El único mueble que había era una silla de paja, en la que Mario se sentó.

Frente a él, una puerta abierta le permitía ver un despacho, donde alguien escribía, haciendo crujir de un modo irritante una pluma de ganso sobre el papel. Otra puerta, a la izquierda, debía conducir al gabinete del banquero.

Esperó durante largo rato. En la atmósfera flotaba un acre olor a papel viejo. El cuarto estaba muy sucio, y la desnudez de las paredes le proporcionaba un lóbrego aspecto. En los rincones se amontonaba el polvo y el techo estaba lleno de telas de araña.

Mario empezaba a impacientarse, nervioso por el incesante crujir de la pluma de ganso.

Oyó que hablaban en la habitación contigua, y como las palabras se escuchaban con claridad, iba a alejarse por discreción, cuando algunas frases lo clavaron en su sitio. Hay conversaciones que no pueden dejar de oírse; la delicadeza no está hecha para amparar la intimidad de ciertos hombres.

—Señores, aquí estamos todos, hablemos de lo que importa. Voy a darles una cuenta detallada y exacta de las operaciones de este mes, y luego repartiremos la ganancia.

Hubo como un leve murmullo, un eco de conversaciones aisladas que fueron apagándose.

Se escuchó nuevamente la voz seca:

—Antes de entrar en pormenores es preciso que les confiese que los resultados de este mes son inferiores a los del mes pasado, en el que obtuvimos el sesenta por ciento; hoy tenemos el cincuenta y cinco.

Se escucharon exclamaciones de descontento.

—Señores —continuó Rostand—, he hecho cuanto he podido, y debieran darme las gracias... Cada día el oficio se pone más difícil. Y, además, aquí están mis cuentas. Enseguida os daré a conocer algunos de los negocios que he llevado a cabo...

Se hizo un silencio, y después se oyó el roce de las hojas de un registro. Mario escuchaba.

—He prestado —dijo Rostand— diez mil francos al joven conde de Salry, el cual será mayor de edad dentro de nueve meses. Había perdido en el juego, y parece ser que su querida le exigió una fuerte cantidad. Ha firmado letras por dieciocho mil francos, que vencen a noventa días. La fecha, por supuesto, se toma en cuenta a partir de su mayoría de edad. Los Salry tienen grandes propiedades..., es un excelente negocio.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—Al día siguiente —continuó—, recibí la visita de la querida del conde, la cual estaba furiosa, pues su amante sólo le había dado dos o tres billetes de mil francos. Me juró que me traería a Salry, aunque fuera por la fuerza, para que le diera otro préstamo. Esta vez pediré la cesión de una finca...; tenemos nueve meses para esquilmar a ese loco, a quien su madre escatima el dinero.

Se hizo otro silencio, y luego Rostand prosiguió:

—Jourdier, comerciante de paños, el cual necesita, cada mes, unos centenares de francos para sus vencimientos. Hoy su capital es casi enteramente nuestro. Le presté otros quinientos francos al sesenta por ciento. Si el próximo mes me pide un céntimo, le hago quebrar, y sus mercancías pasan a nuestra propiedad. Mariana, una verdulera, cada día pide diez francos, y me devuelve quince por la noche. Creo que tiene el vicio de la bebida. Negocio pequeño, pero ganancia segura: renta de cinco francos diarios. Lorenzo, labrador del barrio Roguefaveur, me ha cedido, poco a poco, una tierra que posee cerca de Arc. Vale cinco mil francos; la habremos pagado con dos mil. Tuve

que expulsarle de su propiedad, y su mujer y sus hijos vinieron aquí pidiendo compasión... Supongo que me tendréis en cuenta estas molestias. Andrés, un molinero, nos debía trescientos francos. Le amenacé con el embargo. También vino aquí y me suplicó que no le arruinara mostrando a todos su insolvencia. Consentí en embargar por mí mismo, sin el concurso judicial, y me entregó unos mil doscientos francos en muebles y ropa blanca. Total, gané cuatrocientos francos por ser humanitario.

Los hombres se rieron del chiste. Luego volvió a hablar Rostand.

—A Simón, mercader, tres mil francos al cuarenta por ciento; mil quinientos al cincuenta por ciento a Charançon, tratante en bueyes; dos mil al ochenta por ciento al marqués de Chantarel; cien al treinta y cinco por ciento al hijo del escribano Tingrey...

La lista continuó, por lo menos durante un cuarto de hora. Cuando hubo terminado, una voz ronca dijo:

—¿Qué decía usted, amigo? Ha trabajado muy bien este mes. Las ganancias no pueden ser del cincuenta y cinco por ciento. Se ha equivocado.

—Nunca me equivoco —replicó Rostand.

Pero Mario creyó notar cierta vacilación en la voz de aquel miserable.

—Todavía no lo he dicho todo —prosiguió—. Hace ocho días perdimos doce mil francos.

Hubo exclamaciones de indignación. Mario creyó, por un instante, que aquellos bandidos iban a golpearse.

—¡Diablos! —dijo el banquero, entre el murmullo—. Escuchen. Creo que les hago ganar bastante dinero, como para perdonarme el que les haya hecho perder, una vez, y por casualidad. Además no es culpa mía; me han robado. Monier, tratante en trigos, sobre el cual obtuve excelentes informes, me pidió doce mil francos. Le dije que el amigo que los prestaba quería cinco mil francos de interés por seis meses. Aceptó. Mientras iba a buscar los fondos se sentó delante de mi escritorio y suscribió diecisiete letras de mil francos cada una. Después de examinarlas, las coloqué en el atril. Luego hablé algunos minutos con Monier, que ya se había levantado, el cual, después de guardarse el dinero, se marchó. Ya estaba lejos cuando recogí las letras, y, en lugar de ellas, me encontré con un paquete igual de pagarés, sin firma, a la orden de no sé quién... Me había robado. Creí que me daba un ataque. Corrí, sin embargo, tras el ladrón, que se paseaba tranquilamente en el Cours. A la primera palabra que le dirigí, me trató de usurero, amenazando con llevarme ante el comisario de policía. El tal Monier tiene reputación de hombre íntegro y justo, y preferí callar.

La voz ronca replicó:

—Rostand, confiese que le faltó energía. ¡Paciencia! No ganaremos más que el cincuenta y cinco por ciento... Otra vez velará mejor por nuestros intereses. Ahora, vámonos.

Mario, a pesar de su angustia e indignación, no pudo menos que sonreír, pues el robo de Monier le pareció pertenecer a la alta comedia, y casi aplaudía a aquel sinvergüenza que había engañado a otros de su misma índole.

Ya sabía cuál era el oficio de Rostand. Tuvo un acceso de risa amarga, al pensar que había ido allí para que le prestaran quince mil francos.

Al darse cuenta de que tan cerca de él se encontraba una reunión de canallas que se dedicaban a explotar las miserias y las vergüenzas de toda una ciudad, se levantó de golpe y... abrió la puerta. Permaneció durante algunos instantes en silencio, en el umbral.

Ante su vista se ofrecía un curioso espectáculo. Rostand se hallaba de pie delante del escritorio; tenía detrás una caja de caudales abierta, de la que sacaba el oro a puñados.

A su alrededor, formando un semicírculo, estaban sentados los miembros de la banda secreta, unos esperando el dinero que les correspondía, otros guardando en sus bolsillos el que ya habían recibido. El banquero consultaba su libro de cuentas, y luego entregaba a cada uno la cantidad correspondiente. Sus asociados no apartaban la vista de sus manos.

El ruido que produjo la puerta al abrirse, hizo que éstos se volvieran asustados. Mario les reconoció a todos, ya que les había visto en otras ocasiones, con la cabeza muy alta y un aspecto sumamente digno; a algunos, incluso les había saludado. Todos eran ricos, estimados, influyentes, y cualquiera de ellos hubiera podido salvar a su hermano.

—¿Qué quiere usted? —gritó, finalmente, Rostand—. No está permitido irrumpir así en las casas.

—Quiero quince mil francos —respondió Mario.

—No tengo dinero.

—Le prevengo que he permanecido detrás de esa puerta desde hace una hora, y he escuchado toda la conversación.

La caída de un rayo en medio de la reunión, no hubiera producido tanta impresión en aquellos hombres. Algunos de ellos eran todavía personas poderosas; hubo quien se cubrió el rostro con las manos. Rostand no tenía reputación que perder. Se acercó a Mario y gritó:

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho escucha detrás de las puertas? Si no tiene nada que pedirme, ¿por qué entra hasta mi despacho?

—¿Quién soy? Un hombre honrado. ¿Con qué derecho les escuché? Con el que asiste a los decentes para desenmascarar a los sinvergüenzas. ¿Por qué he penetrado hasta aquí? Para decirles simplemente que son ustedes unos canallas.

Rostand temblaba de indignación. Iba a gritar, a lanzarse sobre Mario, pero éste le contuvo con un ademán enérgico.

—¡Calle! —le dijo—. Yo me voy, porque aquí me estoy ahogando. Pero no quise marcharme sin haberme desahogado un poco. Tienen ustedes un hambre feroz,

señores míos; se hartan de desgracias, de robos y estafas. Me alegro de haber turbado sus digestiones y de lograr que se hayan estremecido de inquietud. Los salteadores de caminos son, por lo menos, valientes y arriesgan la vida, pero ustedes roban a mansalva y desde la sombra. ¡Y pensar que no lo hacen por necesidad! Todos ustedes son ricos, y cometen esas canalladas, ¡Dios me perdone!, por el solo gusto de cometerlas.

Algunos se levantaron con aire amenazador.

—¿No han visto nunca la cólera de un hombre honrado? —añadió Mario, en son de burla—. La verdad les irrita, les espanta. Están ustedes acostumbrados a que les traten con los miramientos debidos a las personas de bien, y, como se han ingeniado para ocultar sus infamias y vivir en medio de la estimación general, han acabado por creerse que merecen, realmente, esa estimación. ¡Bueno! Pues yo he querido que una vez en la vida fuesen insultados como corresponde, y por eso he entrado.

El joven comprendió que, si continuaba hablando, acabarían por matarle entre todos.

Sin apresurarse, se dirigió hacia la puerta, dominándolos con la mirada. Una vez allí, se detuvo nuevamente.

—Sé muy bien, señores —dijo—, que no puedo llevarlos ante la justicia. Su riqueza, influencia y habilidad, les hacen inviolables. Si tuviera la candidez de emprender semejante lucha, me aplastarían... Pero, por lo menos, no me quedará el remordimiento de haber pasado junto a hombres como ustedes, sin haberles arrojado a la cara mi desprecio. Quisiera que mis palabras fuesen como un hierro candente que los señale con el sello de la infamia... Pueden seguir con el reparto; si les queda un rastro de decencia, ese oro les quemará las manos.

Mario cerró la puerta y se fue. Una vez en la calle, sonrió con tristeza. Veía ante sí extenderse la vida con todas sus vergüenzas, sus miserias, y a sí mismo, como un noble y ridículo Don Quijote de la justicia y del honor.

**D**espués que Mario hubo explicado su aventura al carcelero y a la florista, ésta exclamó:

—¡Pues sí que hemos avanzado! ¿Por qué se puso usted así? Tal vez aquel hombre le hubiese prestado el dinero.

Hay mujeres que con tal de conseguir su propósito, son capaces de hacer callar a su conciencia; así Joséphine, a pesar de su honradez, se hubiera hecho la sorda en casa de Rostand, e incluso, en aquella ocasión propicia, se habría valido de los secretos que le había desvelado la curiosidad.

Revertégat estaba algo confuso por haber aconsejado a Mario que fuese a casa del banquero.

—Ya le había advertido, señor —le dijo—; no ignoraba las voces que corren acerca de ese individuo, pero creía que parte de ello era pura maledicencia. Sí yo hubiese sabido toda la verdad, jamás le habría aconsejado que fuera a su casa.

Mario y Joséphine pasaron la tarde concibiendo planes extravagantes, buscando en vano en su cabeza un medio para obtener los quince mil francos que necesitaban para salvar a Philippe.

—¡Cómo! —exclamaba la joven—, ¿es que no encontraremos en esta ciudad un alma caritativa que nos saque del apuro? ¿No hay por aquí gente adinerada que nos lo preste a un interés razonable? Vamos a ver, tío, busque con nosotros. Nómbrame una buena persona para que vaya a echarme a sus pies.

Revertégat sacudía la cabeza.

—Sí —dijo—, hay gente bondadosa y rica, que tal vez os ayuden, pero no pueden ir a pedirle dinero, así, por las buenas. Es preciso dirigirse a prestamistas, y como no pueden ofrecer ninguna garantía sólida, están obligados a llamar a la puerta de los usureros. Yo conozco a viejos avaros, verdaderos canallas que gozarían con teneros en sus garras, o tal vez os echarían a la calle como a mendigos peligrosos.

Joséphine escuchaba a su tío. Todas esas cuestiones de dinero se confundían en su cabeza. Su alma era tan franca, que le parecía algo fácil y natural el pedir y obtener una importante cantidad en dos horas. ¡Existen millonarios que, sin ninguna dificultad, pueden disponer de miles de francos!

Insistió.

—Vamos, siga pensando —dijo al carcelero—. ¿No sabe de nadie con quien se pueda probar?

Revertégat miraba compadecido su cara ansiosa. No hubiera querido revelar a aquella joven las cosas despreciables que suceden en esta vida.

—No —dijo—, no sé de nadie. Les he hablado de viejos pillos, que ganaron vergonzosamente grandes fortunas. Estos, como Rostand, prestan cien para cobrar ciento cincuenta al cabo de tres meses. Hija mía, los usureros son todos iguales. Yo conozco un anciano avaro, infame, que posee más de un millón y vive solo, en una

casa abandonada. Se llama Guillaume, y se ha sepultado en su maloliente caverna. La humedad agrieta los muros de aquella especie de tumba; el suelo está sin enladrillar, tiene que andar sobre una capa asquerosa de estiércol y porquería; las telarañas cuelgan del techo, hay polvo por todas partes y una luz mortecina y lúgubre penetra por los vidrios sucios y grasientos. Los avaros duermen en medio de la suciedad, como las arañas en sus telas. Y cuando cae una presa entre sus redes, la atraen y le chupan la sangre... Ese hombre no come más que legumbres cocidas en agua, y nunca acaba de saciar su hambre. Va cubierto de harapos y lleva una vida de mendigo leproso. Todo esto para guardar el dinero que ha acumulado, y para poder aumentarlo... presta al cien por ciento.

A Joséphine se le iba demudando el rostro.

—Por otra parte, Guillaume tiene amigos que alaban su espíritu religioso. No cree en Dios ni en el diablo, y si pudiera vendería a Cristo por segunda vez, pero tuvo la habilidad de fingir una gran devoción, y esta comedia le valió la estimación de ciertas personas de cortos alcances. Frecuenta las iglesias, se arrodilla ante todos los confesonarios, se inunda de agua bendita... Pregunten por la ciudad, pregunten qué buena acción hizo aquel hombre. Adora a Dios, dicen; pero roba a sus semejantes. Es imposible citar a una persona a la que haya socorrido. Cualquier desgraciado podría morir delante de su puerta, sin que él le diera un pedazo de pan ni un vaso de agua. Si goza de cierta consideración, la ha robado, como todo lo demás...

Revertégat se detuvo y miró a su sobrina, sin saber si debía continuar.

—¿Serías capaz de ir a casa de un hombre semejante? —dijo, finalmente—. No lo puedo decir todo, no puedo hablar de los vicios de Guillaume. Ese viejo tiene, además, pasiones innobles; a veces, olvida su avaricia para satisfacer sus apetitos lujuriosos. Comete seducciones repugnantes y comercia con...

—¡Basta! —gritó Mario, con energía.

Joséphine, ruborizada, aturdida, bajó la cabeza, sintiéndose abandonada por el valor y la esperanza.

—Veo que el dinero es demasiado caro —dijo el joven—, y que es preciso venderse para comprarlo. ¡Ay! ¡Si tuviera tiempo para ganar con mi trabajo la cantidad que necesitamos!

Después de estas reflexiones, los tres permanecieron silenciosos, sin poder encontrar un medio de salvación.

A la mañana siguiente, Mario, incitado por la necesidad, se decidió a llamar a la puerta de *monsieur* Girousse. Desde que empezó a buscar el dinero, pensó en dirigirse al viejo conde, pero siempre había desechado tal pensamiento; temía las extravagantes salidas del hidalgo, y no se atrevía a confesarle su miseria, avergonzándose de tener que explicarle el empleo de los quince mil francos que solicitaba. No había nada que deseara menos que implicar a una tercera persona en el secreto de la evasión de su hermano, y temía a *monsieur* Girousse más que a cualquier otro.

Cuando el joven se presentó, el conde se hallaba ausente; había marchado a Lambesc. Casi se alegró de no encontrar a nadie; tal era su resistencia a dar semejante paso. Permaneció en la calle vacilando, sin atreverse a ir a Lambesc, y desesperado ante su impotencia.

Al subir por un *boulevard*, acobardado, mirando sin ver, tropezó con Joséphine. Eran las siete de la mañana. La florista iba muy elegante, con un pequeño saco de viaje en la mano, y a él le pareció que andaba muy resuelta y muy alegre.

—¿Dónde va usted? —le preguntó sorprendido.

—A Marsella —respondió.

Mario la miró, como interrogándole.

—No puedo decirle nada —prosiguió ella—. Tengo un proyecto, pero terno que no salga bien. Volveré esta noche. Vamos, no se desespere.

Mario acompañó a Joséphine hasta la diligencia. Cuando el pesado coche se puso en marcha, le siguió con la vista durante un buen rato; se llevaba su última esperanza, para luego traerle la angustia o la alegría.

Por la noche, estuvo rondando alrededor de las diligencias que llegaban; sólo faltaba una, y Joséphine no aparecía. El joven, inquieto, iba y venía con paso febril, temeroso de que la florista no volviese hasta el día siguiente. En la incertidumbre en que se encontraba, sin poder adivinar cuál podía ser aquella última tentativa, no se sentía con fuerzas para pasar una noche entera de ansiedad. Paseaba por la calle estremeciéndose, presa de una especie de pesadilla.

Por fin, distinguió la diligencia en medio de la place de la Rotonde. Cuando oyó el ruido de las ruedas, tuvo violentas palpitaciones. Se apoyó contra un árbol, mientras miraba a los viajeros que se apeaban con una lentitud irritante.

De pronto, quedó como clavado en el suelo. Acababa de ver al padre Chastanier. Ya en la acera, ayudó a descender a una joven. Era Blanche de Cazalis.

Detrás de ellos, Joséphine saltó al suelo con ligereza. Estaba radiante. Los dos viajeros, guiados por la florista, se dirigieron a la fonda des Princes. Mario, que había permanecido en la sombra, los seguía maquinalmente, sin comprender nada, como alelado.

Joséphine permaneció en la fonda, a lo sumo una hora. Al salir vio al joven, y corrió a su encuentro, loca de alegría.

—Los he traído —dijo palmoteando—; ahora, espero firmemente que lograrán lo que deseo... Mañana lo sabremos todo.

Tomó a Mario del brazo, y le refirió lo ocurrido.

La víspera, una frase del joven, le había llamado la atención. Dijo que sentía no tener el tiempo suficiente como para ganar, trabajando, la cantidad que se necesitaba. Y, por lo que había contado su tío, dedujo que era poco menos que imposible encontrar un prestamista razonable. Por lo tanto, la cuestión se reducía a ganar tiempo, a evitar la exposición infamante de Philippe, que era lo que más le aterraba.

Desde aquel momento, la joven estuvo ideando un plan, que tal vez tuviese éxito, precisamente por su atrevimiento. Pensaba ir directamente a casa de *monsieur* de Cazalis, penetrar en las habitaciones de su sobrina, y hacerle reflexionar sobre la exposición de Philippe, considerando la parte que tal espectáculo tendría de insultante para ella misma. La convencería de que le ayudase, y ambas suplicarían al diputado que interviniese. Si no consentía en pedir gracia, tal vez no se negase a solicitar un aplazamiento.

Pero Joséphine no discurría acertadamente. Pensaba que el tío de Blanche no podría ser indiferente a sus lágrimas; juzgaba a los demás con su propia generosidad.

Tenía la ilusión de que Cazalis se aplacaría a última hora. Pero aquel hombre altivo y testarudo había deseado la perdición de Philippe, y nada en el mundo podría haber impedido el cumplimiento de su venganza. Enfrentándose a él, habría fracasado y de nada le hubiera valido rogar ni llorar.

Por suerte, le favorecieron las circunstancias. Cuando se presentó en el palacio del diputado, le dijeron que *monsieur* de Cazalis acababa de ser llamado a París por exigencias de la política. Preguntó por la señorita, y le respondieron que se había ausentado por un viaje.

La florista, muy apurada, salió de nuevo; una vez en la calle se puso a reflexionar. Sus planes fallaban completamente sin la presencia del tío y de la sobrina, y sin un amigo que la ayudase. Sin embargo, no quería renunciar a toda esperanza y regresar como había venido.

Entonces se le ocurrió ir a ver al padre Chastanier, del cual Mario le había hablado. Sabía de su bondad y su abnegación. Tal vez le daría algún consejo valioso. Le encontró en casa de su hermana enferma, y, confiando en él, le explicó el objeto de su viaje a Marsella. El sacerdote la escuchó muy conmovido.

—El cielo os ha conducido hasta aquí —dijo—. En una circunstancia como ésta, creo poder revelar el secreto que me fue confiado. Blanche no está de viaje. Su tío, que quiere ocultar su estado y no puede llevársela a París, ha alquilado para ella una cajita en la aldea de Saint Henri. Allí vive con una aya. *Monsieur* de Cazalis, que me ha devuelto su amistad, me rogó que la visitara con frecuencia, y me concedió sobre ella poderes bastante amplios.

¿Quiere usted venir conmigo a ver a la pobre joven, que encontrará muy desmejorada y abatida?

Joséphine aceptó con alegría.

Blanche, al ver a la florista, palideció y se puso a llorar desconsoladamente. Un ligero círculo amoratado rodeaba sus ojos; sus labios estaban descoloridos, y sus mejillas parecían de cera.

Joséphine, con voz dulce y gestos amables, le hizo comprender que tal vez ella podría evitar a Philippe una suprema humillación. Entonces se levantó y exclamó:

—Estoy decidida... Disponga de mí... Llevo a su hijo en las entrañas, que me hace recordarlo constantemente. Quisiera calmar la ira de este ser que todavía no ha nacido.

—¡Bueno! —dijo Joséphine—. Ayúdenos en nuestra obra de liberación... Estoy persuadida de que, por lo menos, logrará un aplazamiento.

—Pero —agregó el padre Chastanier— la señorita no puede ir sola a Aix; yo la acompañaré. Sé que si *monsieur* de Cazalis llega a saberlo, me llenará de reproches; sin embargo, acepto la responsabilidad de semejante acto, pues creo obrar como un hombre honrado.

Tan pronto como la florista obtuvo el consentimiento, apenas dio tiempo al sacerdote y a Blanche para prepararse. Volvió con ellos a Marsella, les hizo subir en la diligencia, y así les llevó triunfante hasta Aix. Al día siguiente, Blanche iría a ver al presidente del tribunal que había pronunciado la sentencia de Philippe.

Cuando Joséphine hubo concluido su relato, Mario la abrazó entusiasmado, lo que hizo ruborizar a la buena muchacha.

A la mañana siguiente, Joséphine, fue a ver a Blanche y al padre Chastanier. Quería acompañarles hasta la casa del presidente, para saber enseguida el resultado de su gestión. Mario, comprendiendo que su presencia debía ser dolorosa para *mademoiselle* de Cazalis, se puso a rondar por el *boulevard*, como alma en pena, y siguió desde lejos a las dos jóvenes y al sacerdote.

Después que los solicitantes hubieron subido, la florista vio al joven y le hizo una seña para que se le acercase. Sin cambiar una sola palabra, los dos juntos esperaron, inquietos y ansiosos.

El presidente recibió a Blanche con gran conmiseración. Comprendía que ella era la que había recibido el golpe más grave, en aquel desgraciado asunto. La infeliz, ni siquiera podía hablar; desde las primeras palabras se puso a sollozar, y su aspecto suplicante inspiraba más compasión de la que hubiera conseguido con sus ruegos. Chastanier fue quien explicó su presencia y presentó la petición.

—Señor —dijo al presidente—, hemos venido a suplicarle. *Mademoiselle* de Cazalis ya está anonadada por las desgracias que han recaído sobre ella. Le ruego encarecidamente que le ahorre usted una nueva humillación.

—¿Qué desea? —preguntó el presidente, con voz conmovida.

—Deseamos que, si es posible, evite usted un nuevo escándalo... *Monsieur* Philippe Cayol ha sido condenado a la exposición pública. Semejante castigo se cumplirá uno de estos días. Pero la deshonra no le alcanzará a él solamente, sino que afectará también a una pobre muchacha que sufre y le suplica tenga compasión. ¿Comprende lo que quiero decir? Los gritos de la multitud, las injurias, recaerán sobre *mademoiselle* de Cazalis; su nombre será arrastrado por el fango, resonará alrededor del innoble poste, con risas de desprecio, acompañado de sucias expresiones.

Daba la impresión de que el presidente estaba realmente apenado. Guardó silencio durante un instante. Luego, como acometido por una súbita idea, dijo:

—¿Es tal vez *monsieur* de Cazalis quien les envía? ¿Tiene él conocimiento del paso que están dando?

—No —respondió el sacerdote, con franca dignidad—; *monsieur* de Cazalis ignora que estamos aquí... Los hombres tienen intereses, pasiones que les obcecán, y a veces les impiden juzgar con claridad la situación. Tal vez obramos contra el deseo del tío de *mademoiselle* Blanche, al pedirle esto... Pero, por encima de las pasiones y de los intereses de los hombres, están la bondad y la justicia. Yo no he creído comprometer mi carácter sagrado permitiéndome pedirlos ser bueno y justo.

—Tiene usted razón —dijo el presidente—. Comprendo los motivos que les han traído, y, ya lo ve usted, sus palabras han llegado a impresionarme vivamente. Pero, por desgracia, no puedo detener el castigo, no estoy facultado para modificar una sentencia del tribunal.

Blanche juntó las manos.

Señor —balbuceó—, no sé lo que puede usted hacer en mi favor; pero le ruego que tenga compasión; considere que yo soy la condenada; trate de aliviar mis sufrimientos.

—Hija mía, todo lo comprendo. Mi papel ha sido penoso en este asunto... Hoy siento profundamente no poderle decir: «No tema, tengo facultad para derribar el poste de su infamia; no tendrá que sufrir tan dura prueba».

Entonces —dijo el sacerdote, muy afligido—, la exposición tendrá lugar próximamente... ¿Tampoco puede usted aplazar tan deplorable espectáculo?

El presidente, que se había levantado, dijo:

—Por petición del procurador del rey, el ministro de Justicia puede aplazar la fecha. ¿Quiere que la exposición no tenga lugar hasta fines de diciembre? Me complacerá mucho demostrarle mi buena disposición hacia usted.

—Sí, sí —exclamó Blanche con ardor—. Retrase en lo posible ese terrible tormento... Tal vez entonces estaré más fuerte.

El padre Chastanier, que conocía los proyectos de Mario, pensó que debían retirarse sin insistir más. Al igual que Blanche, aceptó el ofrecimiento del presidente.

—Convenido, pues —dijo éste, acompañándoles—. Hasta dentro de cuatro meses no se efectuará la exposición. Mientras tanto, señorita, viva usted en paz y espere; tal vez el cielo le envíe algún alivio a sus sufrimientos.

Los dos solicitantes salieron a la calle.

Joséphine acudió a su encuentro tan pronto como los vio.

—¿Qué sucedió? —preguntó, anhelante.

—Sólo fue posible lograr un aplazamiento —dijo el sacerdote—; tiene usted cuatro meses para trabajar en su empresa.

Mario, sin proponérselo, se había acercado también. Al oír las palabras del padre Chastanier se adelantó de pronto y le estrechó las manos con efusión.

—Querido padre —le dijo—, me devuelve usted la esperanza y la fe. ¿Cómo podría demostrarle mi agradecimiento? Ahora me siento animado de un valor invencible, y estoy seguro de que salvaré a mi hermano.

Blanche, al ver a Mario, bajó la cabeza. Un vivo rubor coloreó sus mejillas. Permaneció allí, confusa, cortada, sufriendo terriblemente por la presencia de aquel joven que conocía su perjurio, y al cual tanto ella como su tío habían abocado a la desesperación. Cuando la alegría de Mario se hubo apaciguado un tanto, lamentó haberse acercado. La actitud de *mademoiselle* de Cazalis le inspiraba lástima.

—Mi hermano —dijo— le ha hecho un agravio muy grande. Perdónele como yo le perdono a usted.

Hubiese querido preguntarle acerca del niño, reclamarlo en nombre de Philippe, pero no se atrevió.

Joséphine adivinó su pensamiento, y mientras los dos hombres se separaban algunos pasos, dijo a Blanche en voz baja:

—Acuérdese que le ofrecí encargarme del niño. Ahora la aprecio, veo que no tiene usted un mal corazón. Avíseme, y acudiré en su ayuda. Además, yo velaré por él; no quiero que el pobre pequeño tenga que sufrir por la locura de sus padres.

Blanche estrechó la mano de la florista.

*Mademoiselle* de Cazalis y el sacerdote volvieron a Marsella. Joséphine y Mario se dirigieron apresuradamente a la cárcel. Dijeron a Revertégat que disponían de cuatro meses para preparar la evasión, y el carcelero juró cumplir su palabra en cualquier día, en cualquier momento que se la recordasen.

Antes de marcharse, los dos jóvenes quisieron ver a Philippe para informarle de los acontecimientos y decirle que tuviese paciencia. A las once de la noche, Revertégat les llevó a la celda del prisionero. Philippe no les dio la impresión de hallarse excesivamente abatido.

—Si logran evitarme —dijo— la afrenta de la exposición pública, me sentiré conforme. Preferiría romperme la cabeza contra los muros de esta celda, a ser atado al poste infamante.

Al día siguiente, Mario y Joséphine volvieron a Marsella. Iban a continuar la lucha en la que se habían empeñado, pero en un escenario más amplio; pretendían llegar hasta el fondo de las miserias humanas y airear la podredumbre de una gran ciudad, con todos los adelantos de la vida moderna.

## **SEGUNDA PARTE**

**E**l patrón de Cadet Cougourdan, el maestro Ganapán o mozo de cuerda Sauvaire, era un hombre vital, muy moreno, de miembros robustos y vigorosos. Su gran nariz roja, sus labios delgados, su cara larga, expresaban una vanidosa confianza en sí mismo y una jactancia astuta, que son los rasgos distintivos de ciertos tipos del Mediodía.

Criado en el puerto, había sido obrero en su juventud y durante diez años ahorró parte de lo que ganaba. Tenía una fuerza muscular sorprendente, y levantaba unos fardos enormes. Solía decir que no temía a los hombres más altos y corpulentos, y era cierto que aquel enano habría sido capaz de derribar a un gigante. Sin embargo, siempre se mostraba cuerdo y prudente en el empleo de su fuerza, y evitaba las pependencias, ya que sabía que el vigor de sus músculos valía dinero y que un puñetazo no produce otra cosa que molestias.

Vivía con sobriedad, entregado al trabajo y al ahorro, para alcanzar rápidamente el propósito que se había impuesto.

Por fin, llegó el día en que vio reunidos los pocos miles de francos necesarios para realizar su proyecto. De la noche a la mañana se convirtió en patrón, y se dedicó a contemplar, con los brazos cruzados, cómo los hombres que trabajaban a sus órdenes se afanaban en sus tareas. En el fondo, Sauvaire era perezoso; había trabajado con tesón, prefiriendo hacer de una sola vez el trabajo de toda la vida, para descansar luego en el agradable ocio del hombre rico. Ahora que unos pobres diablos trabajaban para él, se paseaba con las manos metidas en los bolsillos, mientras amontonaba el dinero, en espera de tener una fortuna suficiente para poder darse la gran vida.

Poco a poco, aquel avaricioso obrero se transformó en un acaudalado derrochador. Sauvaire tenía apetencias de riqueza y de placeres; quería poseer grandes cantidades de dinero para divertirse mucho, y, a la vez, quería divertirse mucho para que todos vieran que poseía dinero. Una vanidad de pobre llegado a rico le impulsaba a armar mucho ruido alrededor de sus diversiones. Cuando reía, exigía que todo Marsella oyera sus carcajadas.

Llevaba prendas de paño fino, bajo las cuales se adivinaba siempre la rigidez de su condición de obrero.

Por encima de su chaleco, resplandecía una gruesa cadena de oro, que sostenía unos dijes macizos capaces de matar a un buey. En la mano izquierda, llevaba asimismo una sortija de oro.

Su calzado era de charol, y se cubría con un sombrero de fieltro blando.

Se pasaba el día recorriendo la Cannebière y el puerto, fumando en una soberbia pipa de espuma, guarnecida de plata. Mientras caminaba, hacía saltar sus dijes y miraba a la gente con una alegría maliciosa. Disfrutaba...

Poco a poco, Sauvaire había confiado la dirección de su negocio a Cadet Cougourdan, cuya vivacidad le agradaba. Este era un mozo de veinte años, y poseía una inteligencia recta y despierta, que le proporcionaba verdadera superioridad sobre los demás ganapanes. Al patrón le satisfizo tener un obrero como aquél; le nombró capataz de los hombres que trabajaban para él, y desde entonces, pudo entregarse con mayor libertad a sus vanidosas apetencias. Por la mañana hacía sus cuentas, y se metía en el bolsillo el dinero ganado.

Así comenzó su soñada existencia. Sauvaire consiguió que le admitieran en un casino. Jugó, pero con prudencia, pues entendía que los placeres del juego no valen el dinero que en él se pierde; quería disfrutarlo, buscando goces sólidos y duraderos. Comió en los mejores restaurantes; tuvo queridas, que llevó con él, abiertamente. Su vanidad quedaba ampliamente satisfecha cuando podía recostarse sobre los almohadones de un carruaje, junto a una amplia falda de seda. La mujer no importaba; lo que tenía valor era el traje de seda. Los llevaba hasta los despachos particulares, y abría de par en par las ventanas, para que los transeúntes pudiesen ver que tenía una cita con una señora bien vestida y qué comía manjares muy caros.

Cualquier otro hombre habría bajado las persianas, y cerrado la puerta; él, en cambio, hubiera querido abrazar a sus queridas en un edificio de cristal, para que todo el mundo supiese que era lo suficientemente rico como para poder amar a las mujeres bonitas. Tenía su propio concepto del amor.

Hacía un mes que vivía, feliz, como lo había soñado.

Tenía relaciones con una joven que halagaba su amor propio. Era la querida de un conde, y la citaban como una reina entre las cortesanas de alto rango.

Su nombre era Thérèse-Armande, pero habitualmente la llamaban Armande, a secas.

Cuando por primera vez ella puso su manecita enguantada en la robusta mano de Sauvaire, el patrón estuvo a punto de desmayarse de alegría.

Aquel apretón de manos tuvo lugar en el *boulevard* du Meilhan, ante la puerta de la casa de Armande, y los transeúntes se volvían para mirar a aquel hombre y a aquella joven, que se dirigían galantes sonrisas.

Sauvaire se fue, henchido de orgullo, entusiasmado por la elegancia y los finos modales de Armande.

A partir de entonces ya no tuvo más que una idea: tener por querida a aquella mujer, suplantar a un conde y ser él quien llevase del brazo encajes y terciopelos.

Acechaba a Armande, le salía al paso. Se enamoraba de los lujosos trajes que llevaba y de los perfumes que se desprendían de aquellas prendas. Se enorgullecía cuando ella le saludaba como a un amigo, y le habría halagado pasar por uno de sus amantes.

Una noche subió a su casa y no salió hasta el día siguiente. Creyó que era una victoria conseguida por sus atractivos, y durante ocho días su vanidad llegó a ser inaguantable; miraba a todo el mundo con aire de lástima burlona.

Cuando llevaba a Armande del brazo, la acera no le parecía lo suficientemente ancha. El balanceo, el crujido de las faldas de su querida, le sumergían en un éxtasis.

Era extraordinariamente aficionado a los miriñaques, que ocupan mucho sitio y molestan a los transeúntes.

A todo el mundo le contaba su aventura. Cadet fue uno de sus primeros confidentes.

—¡Si supieses! —le dijo—. ¡Qué encantadora es y cuánto me quiere...! En su casa hay de todo: alfombras, cortinas, espejos... Parece vivir en la alta sociedad... Y a pesar de ello no es orgullosa, sino una buena muchacha... He almorzado en su saloncito; luego hemos tomado un coche descubierto y hemos ido a los *boulevards*. Con una mujer así se puede morir de pura satisfacción; todos nos miraban...

Cadet sonreía. Él soñaba con el amor de una moza robusta, y Armande le parecía una muñeca mecánica, un frágil juguete que se habría roto entre sus manos. Pero no pensaba contradecir a su patrón, y ponía por las nubes las gracias de las cortesanas. Por la noche refería a Joséphine las locuras de Sauvaire.

La florista había vuelto a ocupar su puesto en el quiosco del *boulevard* de Saint Louis. Vendía sus flores, mientras acechaba las ocasiones de poder ayudar a Mario. No perdía de vista el préstamo de quince mil francos, y cada día forjaba un nuevo plan.

—¿Crees tú —dijo un día a su hermano— que *monsieur* Sauvaire sería capaz de prestar dinero?

—Según —contestó él—. Daría mil francos a un pobre diablo en la plaza pública, si hubiera mucha gente, para hacer ostentación de sus buenos sentimientos.

La florista se echó a reír.

—No me refiero a una limosna —le explicó—. Además, sería preciso que la mano izquierda del prestamista ignorase lo que hace la derecha.

—¡Diablo! Lo considero muy difícil. Pero habría que ver...

Joséphine concibió un proyecto. Tenía a Sauvaire por un hombre compasivo, y no le parecía mala persona. Tal vez, valiéndose de la influencia de Armande, fuese posible conseguir algo.

Ante todo debía convencer a Mario para que fuese a ver a la cortesana. Seguramente rehusaría hacerlo, diciendo que no existía la más mínima relación entre semejante mujer y él.

Un día, como al azar, pronunció delante de Mario el nombre de Armande, y se asombró al ver que aquél sonreía como si la conociese.

—¿Conoce usted a esa señora? —preguntó.

—Una vez fui a su casa —repuso—. Philippe me llevó consigo. Esa señora, como dice, recibía una vez por semana, y mi hermano acudía a menudo a sus reuniones... Por cierto que fui muy bien recibido, y reconozco que ella era una verdadera señora, distinguida y elegante. Parece ser que algo ha cambiado en su casa de un año a esta

parte. Dicen que tiene apuros de tipo económico. Por otra parte, tiene fama de ser astuta, intrigante; si tropieza con algún imbécil, volverá a salir a flote.

—Ya lo ha encontrado. ¿Conoce a Sauvaire, el patrón de Cadet?

—Un poco. Un día le encontré en el puerto.

—¡Bueno! Pues es el amante de Armande desde hace algunos meses. Dicen que ha gastado bastante dinero con ella. ¿Por qué no vuelve usted a casa de Armande? Allí encontrará gente rica, que tal vez pudiera ayudarle en nuestro asunto... *Monsieur Sauvaire* quizá estaría dispuesto a hacerle un favor.

Mario se puso serio y guardó un instante de silencio. Estaba consultándose a sí mismo.

—Tiene razón —dijo, finalmente—, no debo retroceder ante ninguna tentativa... Mañana iré a ver a esa mujer. Haré referencia a mi hermano, para justificar esa visita.

La florista miraba fijamente al joven.

—Sobre todo —dijo con risa forzada—, no se rinda a los encantos de esa mujer hechicera. He oído hablar muchas veces de sus elegantes y lujosos vestidos, de su gracia, del extraño poder que tiene sobre los hombres.

Mario, sorprendido por el interés de su amiga, le cogió la mano y la miró con ojos penetrantes.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó—. Se diría que soy un pecador que va a ver al diablo... ¡Pobre Joséphine! Estoy muy lejos de pensar en semejantes tonterías; tengo una tarea más importante que cumplir... Y además, míreme bien: ¿qué mujer buscaría a un mono como yo?

La joven le miró y no le encontró tan feo; lo cual le sorprendió a ella misma. Le parecía como si una nueva luz le iluminase y transformase el rostro. El joven le estrechó amistosamente la mano, y ella quedó muy turbada.

La noche siguiente, como lo había resuelto, Mario se presentó en casa de Armande.

Armande tenía un origen muy misterioso; pretendía haber nacido en las Indias, de una mujer indígena y un oficial inglés. Este era el punto de partida de una novela, que contaba a todo el que quería oírlo, novela cuya protagonista era ella misma. Atribuía su primera falta a un rico protector, que la había instalado en su casa al morir su padre, y que la había criado con delicadeza para luego hacer de ella su querida, del mismo modo que suele engordarse un ave para luego encontrarla más tierna. Se complacía con este cuento erótico y novelesco.

Debido a sus mentiras, nunca fue conocida su verdadera historia. Lo cierto es que un día había caído sobre Marsella, como uno de esos pajarracos que desde lejos olfatean un país rico en presas de toda índole.

Al establecerse en una ciudad industrial, dio pruebas de una rara inteligencia. Tan pronto como llegó, sus ataques se dirigieron a esos comerciantes jóvenes que manejan el oro a paletadas.

Comprendió que esos muchachos, que están todo el día encerrados en un despacho, desean con ansia divertirse por la noche y derrochar parte del dinero que han ganado.

Echó sus redes con arte. Amuebló una casa a lo grande y le imprimió cierta apariencia aristocrática. Para ella resultó sencillo vencer a las rivales que ya encontró instaladas en la ciudad. Aquellas pobres muchachas en decadencia eran absolutamente ignorantes, no sabían vestir, y apenas sabían hablar; desplegaban un lujo mezquino y falso, entregándose tontamente. Armande las aplastó con su elegancia, con su lenguaje fino y elevado, adquirido en el trato con personas bien educadas. En pocos meses llegó a ser una especie de celebridad mundana.

En su casa, como decía Sauvaire, se daba aires de duquesa. La tenía arreglada con un lujo realmente exquisito.

Abrió su salón, atrajo a los jóvenes ricos por el bullicio que reinaba a su alrededor, y les retuvo con la amabilidad y la nobleza de sus modales. Bajo su aspecto de ama de su casa, apenas se traslucía la mujer entretenida que era. Tenía queridos, y hasta los enseñaba, de buen grado; pero en público, en sus veladas, guardaba una decencia que se estimaba en mucho. Personificaba al vicio elegante, perfumado, espiritual.

Se rodeó, poco a poco, de todos los vividores de la ciudad. No recibía más que a personas acaudaladas; ganaba mucho y gastaba aún más.

Las personas sensatas la miraban como a una verdadera plaga, un abismo sin fondo donde desaparecían los capitales de los jóvenes comerciantes marseleses. Las mujeres de su clase, sus rivales, se ensañaban con ella, y le acusaban de intrigas vergonzosas; ridiculizaban su rostro delgado, sus precoces arrugas; decían que era fea, lo cual era casi cierto, y declaraban que no entendían el fanatismo que en ciertos

hombres imbéciles despertaba aquella criatura. Armande les dejaba hablar, mientras reinaba tranquilamente.

Durante varios años las dominó por su talento, su lujo y su ciencia de mujer elegante y refinada.

A su casa se iba de etiqueta.

Después, sin un motivo aparente, descendió su crédito. Llegaron los apuros e hicieron mella en su lujo. Debía haber pasado de moda; faltaban los amantes rumbosos. Cayó en el estado lamentable de la miseria que viste de seda y camina sobre alfombras.

Como se daba cuenta de que acabaría por caer en el arroyo, si no hacía esfuerzos para conservar su ostentación de gran señora, luchó tenazmente contra su mala suerte. Comprendía que su prestigio se debía únicamente a su aparente riqueza, a sus vestidos, al dinero, que le permitía representar el papel de duquesa fuera de su clase. El día en que le faltase el lujo y tuviese que cerrar su salón, llegaría a convertirse en una infeliz muchacha, fea, marchita, de quien nadie se ocuparía. Desplegó, pues, una febril energía para encontrar amantes, para proporcionarse dinero por cualquier medio.

En aquella época conoció a *madame* Mercier, la cual le adelantó algún dinero a un interés exorbitante. Como ella misma había engañado a tantos jóvenes imbéciles, se dejó engañar a su vez, sin quejarse demasiado. Esperaba hacerle pagar el capital y los intereses al primer hombre rico que la tomase por querida. Pero los ricos no se presentaron y su zozobra aumentó.

Armande, impelida por la necesidad, y sintiendo que su belleza, su último recurso, se iba desvaneciendo al propio tiempo que su lujo, recurrió incluso al delito. Para apaciguar las exigencias de sus acreedores, ya había decidido vender espejos, otros muebles, porcelanas; su casa iba vaciándose, se desnudaban las paredes, y ella pensaba, con espanto, en el día que se encontrara cansada y vieja, entre cuatro paredes y sin ningún mueble. Los tapiceros, las modistas, todos los proveedores a los cuales debía, se ponían cada vez más insistentes intuyendo la ruina inminente de Armande; sabían que los amantes escaseaban y exigían el pago inmediato de sus créditos. Algunos incluso hablaron de embargo. Armande comprendió que estaba perdida si no conseguía dinero de cualquier modo y a cualquier precio.

Acudió a un medio extremo. Imitando la escritura de tres o cuatro amantes que tenía, suscribió a su propio nombre varias letras, que firmó con los nombres de aquellas personas. Luego, no atreviéndose a presentarse a un banquero, se dirigió a *madame* Mercier, que consintió en descontar varias de aquellas letras. Es fácil que la fiadora no ignorase el origen de tales documentos, e incluso que especulase sobre él. Al tener a la joven en sus garras, y poder lanzar en cualquier momento una queja al procurador del rey, contando, además, con los supuestos suscriptores, los cuales habrían estado interesados en evitar un escándalo, consideraba aquellas falsificaciones que tenía en sus manos como una verdadera garantía, preferible

incluso a letras legítimas. Y mientras seguía representando un papel de amiga, engrosaba su capital, exigiendo enormes intereses y embrollando cada vez más los negocios de la cortesana.

Durante dos años, Armande, bien o mal, logró vivir sin inquietudes. Había puesto las letras pagaderas a su domicilio, y, a cada vencimiento, lograba de una manera u otra reunir la cantidad exigida, sacándole cien francos al primer hombre que encontraba, vendiendo algo, tomando prestado, haciendo nuevas letras falsas. La Mercier seguía mostrándose humilde y servicial; quería tener la presa bien agarrada, antes de enseñar los dientes y morder.

Llegó el momento en que Armande no pudo reembolsar las letras de ninguna manera. En vano se echaba a la calle. Iba al Chateau des Fleurs, igual que una ramera; ya no llegaba a ganar ni la cantidad necesaria para sostener su casa.

Entonces fue cuando conoció a Sauvaire. Por él dejó a un conde, al que había arruinado, creyendo que el mozo de cuerda sería rico y generoso. En otros tiempos, cuando era la reina de Marsella y ostentaba con insolencia sus terciopelos y encajes, habría mirado a Sauvaire por encima del hombro. Pero ahora no desdeñaba ninguna presa; atacaba a la multitud, y de buena gana habría obtenido el dinero, aun cuando procediera de las más sucias manos.

A Sauvaire se le antojó ternura lo que no era sino simple necesidad. Al cabo de algunos meses, ella tuvo que reconocer, con horror, que su nuevo amante economizaba su dinero prudentemente, como suelen hacerlo todos los hombres que han llegado a ricos empezando desde abajo, y, como buen egoísta, sólo en sí mismo gastaba todo su dinero. Dejaron de pagarse dos o tres letras falsas, y *madame* Mercier empezó a enojarse.

Así estaban las cosas cuando Mario fue a casa de la cortesana. Esperaba encontrar aún en el salón a buena parte de la alta sociedad, a la cual su hermano le había presentado. Pensaba vagamente en trabar amistad con algún joven comerciante que le ayudase; tampoco descontaba a Sauvaire, cuya cortesía había exagerado adrede Joséphine.

Quedó muy asombrado al encontrar la sala vacía. Una sola lámpara iluminaba aquella amplia habitación, que le pareció muy desnuda. Sauvaire estaba medio acostado en un diván, ocupado en desabrocharse el chaleco.

Tenía en la mano un mondadientes. Sentada a su lado, Armande leía *Graziella*, pensativa, con la mano izquierda apoyada en su frente. Una perrita, que ella llamaba «Djali», acostada a sus pies, apoyaba la cabeza en las zapatillas de terciopelo de su dueña.

Uno de los medios de seducción empleados por Armande era leer a sus amantes las obras de los grandes poetas modernos. Tenía una pequeña biblioteca, en la que se encontraban las obras de Chateaubriand, de Victor Hugo, de Lamartine, de Musset.

De noche, bajo la pálida claridad de la lámpara, momentos en los que aún era hermosa, leía lánguidamente versos o prosa poética. Esto le daba un gran prestigio.

Los amantes que creían tratar con una muchacha ignorante se encontraban con una señora instruida, casi una literata, la cual poseía unos libros, que ellos mismos nunca habían tenido ni tiempo ni interés de hojear siquiera. Sauvaire, sobre todo, se sintió anonadado, apabullado, el día que su querida cogió una colección de versos y se puso a hojearla tranquilamente en su presencia. El obrero, apenas echaba un vistazo, de vez en cuando, al periódico. Una mujer que leía poesías, le pareció, pues, un ser superior. Siempre que Armande lo hacía en voz alta, él se acurrucaba, mostrándose grave y embelesado. Le parecía que aquello le elevaba.

Mario sonrió levemente al ver la actitud sentimental de Armande, que fingía extasiarse, y la postura de Sauvaire.

La cortesana acogió a Mario con gracia y soltura. Con Philippe había sostenido relaciones más o menos íntimas, y trataba a Mario como a un antiguo conocido.

Le invitó a tomar asiento y le reconvino con amabilidad por escatimar tanto sus visitas.

—Sé —añadió— que ha tenido usted muchos disgustos en estos últimos tiempos. ¡Pobre Philippe! ¡A veces me lo imagino encerrado en un lóbrego calabozo, él, tan aficionado al lujo y a los placeres! Así aprenderá a otorgar mejor su cariño.

Sauvaire se había incorporado. Tenía la buena cualidad de no ser celoso; al contrario, se envanecía por los amantes que había tenido su querida, y los antiguos amores de Armande aumentaban, para él, el valor de su conquista.

Además, Mario le pareció tan insignificante, que se complacía en comparar su robusta figura con la de aquel hombre pequeño y delgado.

La joven los presentó.

—Nos conocemos —dijo Sauvaire, con risa de hombre feliz—. Conozco también a *monsieur* Philippe Cayol. ¡Qué mozo aquél!

A Sauvaire le gustaba que le encontrasen al lado de Armande. Empezó a tutearla, haciendo alusiones a los placeres de los que juntos disfrutaban. Después, dirigiéndose a su querida, continuó hablando de Philippe:

—Venía a verte a menudo, ¿no es cierto? No digas que no..., os habéis amado. A veces le encontraba en el Chateau des Fleurs... Ayer estuvimos allí. ¡Cuánta gente, qué trajes más preciosos!

Luego dijo a Mario:

—Por la noche estuvimos en un restaurante muy caro. No todo el mundo puede hacer tales gastos.

Armande parecía estar sufriendo; todavía conservaba cierto sentido de la delicadeza. Observaba a Mario mientras se encogía levemente de hombros y le dirigía miradas de inteligencia. Sauvaire no lo notaba.

Mario adivinó entonces los apuros y las pesadumbres de la cortesana. Al contemplar aquel salón desierto, casi le inspiró lástima, pues comprendió por la espantosa pendiente que estaba rodando aquella mujer, que en otro tiempo conociera feliz y despreocupada. Lamentó haber ido a verla.

Alrededor de las diez, quedó solo con Sauvaire, el cual se puso a contarle su suerte y la alegre vida que llevaba. Una criada había venido a decir en voz baja a Armande que *madame* Mercier estaba en la antecámara y parecía muy irritada.

**M**adame Mercier era una mujer de cincuenta años, regordeta, que se quejaba continuamente de los malos tiempos que corrían.

Llevaba un vestido de indiana desteñido; tenía colgado del brazo un capazo de paja, que le servía de bolso, y andaba con pasos pequeños y a la vez, con aire solapado de gata. Se mostraba humilde y miserable y solía fingir una gran tristeza para inspirar lástima a los demás. Su cara frescota, donde las arrugas parecían dobleces de grasa, protestaba contra las lágrimas que aquella mujer hacía fluir a cada momento.

La fiadora representó admirablemente su papel ante Armande. Primero se hizo la bonachona; se apoderó de ella con un arte infernal, mostrándose alternativamente servicial y egoísta, embrollando las cuentas, dejando crecer los intereses y colocando a la deudora en la imposibilidad de sacar nada en limpio. Así, cuando llegaba el vencimiento de una letra, sin que Armande dispusiera de fondos, *madame* Mercier se desesperaba, luego prometía pedir prestado el dinero, pues declaraba que ella no tenía la cantidad necesaria. Adelantaba el dinero, y se lo hacía reembolsar inmediatamente por la cortesana, que, por consiguiente, tenía que pagar un nuevo interés. En estas idas y venidas de letras, en el continuo aumento de intereses, Armande ya había perdido la cuenta de la cantidad que debía y de lo que tenía pagado. La deuda aumentaba sin que la usurera hiciese nuevos préstamos, y cuanto más tiempo pasaba, más crecía. La joven se hallaba sumida en un verdadero caos.

—Nunca ha existido una acreedora como yo —decía *madame* Mercier—; incluso pido prestado el dinero para usted.

—No exactamente; lo pide para usted misma, puesto que yo se lo devuelvo —replicaba la deudora.

—Nada de eso; lo hago para prestarle un servicio.

La usurera había inventado una nueva clase de explotación. Llegaba a casa de Armande llorando; decía que no tenía para comer; le pedía azúcar, café, aguardiente.

Armande no se atrevía a negárselo y le daba todo. Si alegaba que no tenía dinero, la mujer respondía:

—¡Bueno! Le presentaré a su amante la letra que usted me ha remitido...

Armande no le dejaba ni terminar la frase. Enviaba a vender alguna cosa, y compraba lo que la fiadora le había pedido.

El dinero ya prestado le producía, a la usurera, el doscientos cincuenta por ciento; si el capital estaba comprometido, los intereses ascendían a dos o tres veces la cantidad. La mujer comprendió que debía de cambiar de táctica; tenía que arriesgar el todo por el todo, y exigir a la cortesana el pago inmediato.

Nunca había insinuado que abrigara sospechas acerca de las letras falsas. Resolvió ir a casa de Armande para causarle un verdadero pánico. Si estaba allí uno

de sus amantes se dirigiría a él, armaría un escándalo y, de una forma o de otra, recobraría su dinero.

La víspera había vencido una letra de mil francos, que Armande firmó con el nombre de Sauvaire. Aquella mujer tenía un nuevo pretexto y decidió no esperar ni un día más. Se presentó en el momento en que estaban allí Mario y el obrero enriquecido.

Mientras Armande iba al encuentro de la usurera, su turbación aumentaba.

La llevó a un pequeño gabinete separado del salón tan sólo por un delgado tabique. Le indicó un asiento.

La Mercier lo rehusó, gritando:

—¿Piensa usted burlarse de mí, mi buena señora...? ¡Otra letra que me devuelven sin ser pagada...! Ya estoy harta, ya no puedo más.

—¡No hable tan alto, se lo suplico! —dijo Armande—. Hay gente. Concédame unos días.

—¿Y a mí qué? Exijo que me pague en el acto; quiero mi dinero, o irá usted conmigo adonde no le conviene. Ya sabe a qué me refiero.

—No comprendo.

—¿No comprende? Es usted una ladrona, una estafadora.

—¡Fuera de mi casa! ¡Ahora mismo!

—No me iré; quiero que me pague.

—No tengo dinero.

—¡Bueno! ¡Venga el mobiliario, vengan los vestidos! Pero, no; es preferible que le encierren en una cárcel. Le acusaré de falsi... Veremos si entre los carceleros encuentra algún amante que le pague trajes de seda y comidas espléndidas. Tengo en mi poder más de diez letras con firmas falsificadas; firmas hechas por usted y a nombre de sus queridos. Iré a ver a esos caballeros y les explicaré qué clase de persona es usted. Morirá en el arroyo.

Respiró con fuerza, pues le faltaba el aliento, mientras la joven pensaba en ahogarla para hacerla callar.

—¡Vaya! En efecto, tiene visitas —prosiguió—. Tal vez en el salón se encuentre uno de esos señores de cuyo nombre se ha valido usted para acuñar moneda... Voy a ver. Es preciso que yo sepa... Déjeme pasar.

Se dirigió hacia la puerta. Armande le cerró el paso, alargando los brazos y dispuesta a pegarle si avanzaba.

—Quiere pegarme a mí, que la he alimentado, que le he prestado mi escaso dinero —balbuceó la fiadora, ahogada por la cólera.

Entonces retrocedió, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Armande se volvió con rapidez para cerrar la habitación con llave, pero ya era tarde. La puerta acababa de abrirse, y se encontró frente a Mario y a Sauvaire, que miraban la escena, con inquietud y curiosidad.

**S**auvaire y Mario habían permanecido solos en el salón casi media hora. El joven hubiese deseado retirarse, pero le pareció una descortesía hacerlo sin despedirse de la dueña de casa. Fingía escuchar las historias de Sauvaire.

No tardaron en oír voces. Poco a poco, creció tanto el ruido, que los dos escucharon, pues era imposible hacerse los sordos. El grito de ¡socorro!, ¡socorro!, les hizo ponerse en pie y abrir la puerta que daba al gabinete.

Les esperaba un extraño espectáculo. Cuando aparecieron, Armande retrocedió vacilando y se dejó caer en un diván. Con la cabeza entre las manos, prorrumpió en sollozos, anonadada, sin querer levantar la vista ni pronunciar una palabra. La usurera, enojada y con el rostro enrojecido, se acercó a los dos hombres y se puso a hablarles con furiosa verborrea. Se interrumpía de vez en cuando para volverse y enseñar el puño cerrado a Armande, la cual parecía no oírla siquiera, y, en su desesperación, las convulsiones sacudían todo su cuerpo.

—¿Lo han visto ustedes? —repetía la mujer—. Quería pegarme, me ha levantado la mano. ¡Canalla...! Figúrense, mis buenos señores, que he dado todo mi dinero a esta mala mujer, porque me gusta hacer favores. Me hizo descontar letras firmadas por personas honradas; creía estar segura de no perder nada, y hoy me entero de que las letras estaban falsificadas y de que fui indignamente robada. ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar? La reconvine por su innoble conducta. Entonces me amenazó.

Sauvaire abrió unos desmesurados ojos. Tan pronto miraba a la apabullada Armande, como a la irritada usurera.

Acercóse a la joven, y le dijo:

—Vamos, querida, defiéndete. Esa mujer miente, ¿no es cierto? No has hecho semejantes tonterías... ¡Habla, pues!

Armande sin moverse, continuó sollozando.

—¡No hablará, no; no se defenderá! Sabe que tengo las pruebas. Mañana mismo escribiré al procurador del rey.

Mario miraba a Armande compasivamente.

—¿Por qué quiere usted perderla? —preguntó a la mujer—. Eso no hará que le pague más pronto. Debería darle una oportunidad para que pueda devolverle lo que es suyo.

—¡No, no! —respondió—. ¡A la cárcel! Ya he esperado demasiado. Ayer mismo dejó de pagar una letra de mil francos, pagadera en su domicilio. Firmó con el nombre de Sauvaire, sin duda algún amante suyo.

El obrero, al oírse nombrar, dio un brinco.

—¿Dice usted que tiene una letra de mil francos firmada por Sauvaire? —preguntó.

—Sí, señor.

—Haga el favor de enseñármela.

Así lo hizo la mujer, y Sauvaire, dándole vueltas, examinó la letra y quedó confuso.

—¡Caramba! —exclamó—, muy bien imitada.

Luego, dirigiéndose a Armande, le dijo secamente:

—¡Nada de tonterías, querida! Yo nunca pagaré eso, ¿sabes? Si fueran cien francos, te los daría, pero mil es demasiado.

—Tengo otras —dijo la Mercier—, firmadas con diferentes nombres... Sin embargo, si me pagaran ésta, callaría... Podría esperar.

Las sensatas palabras de Mario le habían hecho comprender que no le convenía dirigirse a la autoridad. Como esperaba hacer pagar a Sauvaire, cambió de tono, tratando de excusar a Armande.

—No estoy segura —dijo— si las otras letras también son falsas. Se ha encontrado en grandes apuros, pero, en el fondo, es una buena persona.

Se echó a llorar.

Mario sonrió.

Sauvaire recorría el gabinete refunfuñando y presa de una gran agitación. En su interior se estaba librando un combate entre el egoísmo y la generosidad.

Pero venció el primero.

—No —dijo—, no puedo dar más.

Mario intervino.

—Señor —expresó—, es preciso salvar a esa mujer desesperada. Usted la amaba; no va a abandonarla en esta situación.

—Sí, la amaba —replicó Sauvaire—; bastante lo he demostrado en estos tres meses. ¿Sabe usted que he gastado con ella más de mil francos? Ya no quiero dar más. Que se arregle como pueda. Serían mil francos tirados a la calle. ¿Qué voy a sacar si le doy ese dinero?

—Habría hecho usted una buena obra. Creo adivinar la causa que la obligó a cometer esa vergonzosa acción, y podría defender su causa.

—Todo eso para mí es música celestial. No quiero tomar parte alguna en este enojoso asunto.

Mario recordó lo que había dicho Joséphine acerca de la vanidad de aquel hombre, y prosiguió:

—No hablemos más. Le he dicho todo esto porque sabía que es usted muy rico y generoso... Algún día se habría sabido de su noble gesto, y los elogios que le hubieran dedicado valdrían más de mil francos.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Sauvaire, vacilando.

—Estoy convencido de ello. Pocos hombres serían capaces de tal desprendimiento; salvar a esa pobre mujer sería una verdadera hazaña... Pero no insisto más.

Sauvaire detuvo sus paseos por la habitación, y se puso a reflexionar.

—¡Bueno! —dijo—. Mañana por la noche le traeré los mil francos. Retírese ahora, señora.

La fiadora, con aire humilde, cerró la puerta sin hacer ruido y se marchó.

Cuando estuvieron solos, Armande trató de arrodillarse delante de los dos hombres.

Mario la contuvo, mientras Sauvaire le decía:

—¡Vamos, querida! ¡Esto se acabó! Admito tu agradecimiento, y deseo que mi favor te resulte provechoso.

Sin embargo, Sauvaire había renunciado ya a la cortesana; una vez desvanecida la ilusión, decidió dedicarse, a partir de entonces, a las modistillas.

A la noche siguiente, Sauvaire fue a buscar a Mario para que le acompañase a casa de la Mercier. Subieron hasta el tercer piso y en vano llamaron a la puerta. Salió una vecina y les informó que la malvada mujer había sido arrestada por la mañana.

—Hacía días —prosiguió la mujer—, que la policía la vigilaba. Parece ser que fue presentada una queja. Todos los inquilinos estamos satisfechos de que la hayan apresado. Apenas tuvo tiempo de quemar los papeles que la comprometían.

Mario comprendió que Armande acababa de salvarse por la casualidad. Interrogó a los vecinos y pudo asegurarse completamente de que la fiadora había quemado las letras suscritas por Armande, para que no constituyesen un cargo contra ella, pues no dudaba que la cortesana, al verse comprometida, hubiera facilitado pormenores desagradables.

Sauvaire se alegró mucho de aquello. Había podido presumir de generosidad, sin necesidad de pagar un céntimo; todo era beneficio.

—Usted es testigo de que iba a dar el dinero —dijo a Mario.

Éste se dirigió apresuradamente a casa de Armande para comunicarle la noticia. Al saber que ya nada tenía que temer de la malvada mujer, Armande quedó transfigurada. Juró que la lección le sería provechosa y que iba a cambiar de vida.

—Trabajaré —dijo—; seré una mujer honrada... Entonces, y sólo entonces, quiero que me devuelva usted su amistad... ¡Adiós! ¡Hasta la vista!

Mario la dejó conmovida. Cuando se encontró solo, sintió remordimientos, porque en dos días no se había ocupado de su hermano.

No se atrevió a referir a Joséphine las tristes escenas que había presenciado; le dijo únicamente que no había que pensar en pedir préstamos a Sauvaire, y que Armande ya no recibía visitas.

—¿A qué puerta va a llamar, pues? —preguntó la florista.

—No se pero tengo un proyecto que voy a poner en práctica.

Mario había vuelto a su anterior ocupación, en las oficinas de *monsieur* Martelly, y, desde entonces, experimentaba como una sensación de paz.

En el silencio y la tranquilidad del despacho, se sentía más aplacado. Pensaba que disponía de cuatro meses para salvar a Philippe, y reflexionaba días enteros en los medios que debía emplear para ello.

Martelly lo trataba siempre como a un hijo. En algunas ocasiones, el joven tenía deseos de contárselo todo y pedirle los quince mil francos.

Pero le invadía la timidez y sentía miedo; temía las opiniones de su patrón. Resolvió luchar un poco más, agotar todos los medios posibles antes de dirigirse a él. Cuando no le quedase otra alternativa, se resolvería a confiarle sus apuros y a suplicarle su comprensión.

Mientras tanto, decidió que no obraría más como un joven tímido y que no daría un solo paso inútil. Pensó en ganar personalmente la cantidad necesaria. Pero se sentía impotente al considerar la cifra de quince mil francos, y se daba cuenta de la imposibilidad de hacer semejante ahorro en cuatro meses. A pesar de todo no le faltaba el valor que hace mover las montañas.

Recordó que el escribano Douglas, al cual en vano le pidiera *monsieur* Martelly su apoyo en favor de Philippe, le había ofrecido, hacía algunos meses, emplearle como procurador. El escribano y el armador estaban unidos por cuestiones de interés, y muchas veces Martelly enviaba a Mario al despacho de Douglas para arreglar ciertas cuentas. Un día que fue allí con el mismo objeto, el joven se decidió a aceptar su ofrecimiento; aunque los beneficios fueran insignificantes, tal vez pudiera conseguir un préstamo, cuando ya le conocieran.

El escribano vivía en una casa de apariencia sencilla y austera.

Los despachos ocupaban todo el primer piso; había allí muchos empleados, en amplias y desnudas habitaciones, ubicados a lo largo de mesas de pino pintadas de negro. No existía ninguna clase de lujo en aquellas oficinas, donde se desarrollaba una extraordinaria actividad en un ambiente de austera cortesía. Se comprendía fácilmente que allí no vivía un hombre entregado a los placeres de la existencia.

Diez años antes, Douglas era el sucesor de un tal Imbert, del que había sido un empleado durante más de doce años. Entonces era un joven inteligente y activo, y gran aficionado a los negocios. Se pasaba los días imaginando grandiosas especulaciones, y la fiebre de la industria, que sacudía a Francia entera, le quemaba la sangre, proporcionándole una enorme ambición; hubiera querido ganar mucho dinero, pero no para vivir en la opulencia, sino por el puro placer de verse envuelto en cuestiones de interés y de realizar con éxito grandes empresas financieras.

Desde el primer momento se sintió incómodo en su cargo de escribano. Había nacido para banquero. El notariado, con sus operaciones tranquilas, su carácter casi paternal y sagrado, era incompatible con su condición de especulador. Su instinto le

impelía a hacer producir el dinero que depositaban en su despacho. No pudo conformarse con el papel de intermediario, y se lanzó febrilmente a los negocios, que más tarde le impulsaron al delito.

En pocos meses pagó su fianza, sin que se pudiera saber con certeza de dónde había sacado el dinero necesario. A partir de entonces, desplegó una gran actividad.

En poco tiempo su despacho adquirió un considerable auge. Se colocó a la cabeza del notariado de Marsella, abriendo las puertas a todo el mundo y haciéndose una clientela que iba aumentando de día en día. Su procedimiento era sumamente sencillo: atendía a todos; nunca despedía a un cliente, siempre conseguía dinero para los que solicitaban un préstamo, y también encontraba la manera de emplear ventajosamente los valores que a él le confiaban. De este modo logró establecer en su despacho un importante giro de fondos.

En un principio, algunos se asombraron de los rápidos éxitos de Douglas, pero éste calmó los temores del público con la sencillez de su vida. Vestía con modestia, no ostentaba ninguna clase de lujo, no se le conocía ningún tipo de debilidades. Se alimentaba frugalmente; era sobrio, piadoso y caritativo, frecuentaba la iglesia y durante la celebración de la misa permanecía todo el tiempo de rodillas.

De esta manera, logró adquirir una reputación de hombre honrado que se consolidaba cada día más. Acabó por ser citado como modelo de honorabilidad y de bondad, y fue respetado y querido por todos.

Esto lo logró en seis años.

A cualquier hora se le podía hallar en su gabinete, frío y escasamente amueblado. En la sala de espera, siempre había algún sacerdote o alguna religiosa.

Mario, que le estimaba mucho, después de haberle hablado del asunto por el cual le había enviado Martelly, le dijo con alguna vacilación:

—Permítame, señor, que le hable ahora de una cuestión personal... Temo ser inoportuno...

—¡Cómo, querido amigo! —respondió el escribano—. Estoy a su disposición... ya le he ofrecido apoyo...

—Recuerdo sus amables ofrecimientos, y quisiera ahora aceptarlos.

—Ya le dije que en mi casa podría usted ganar algún dinero. Me satisfaría mucho poner a prueba su buena voluntad y sus méritos. Me alegraría poder favorecerle. Hoy vuelvo a repetirle lo que ya le dije.

—Se lo agradezco muchísimo.

—Siéntese y hablaremos. He aquí de qué se trata. Como que todos mis clientes no residen en Marsella, he tenido que buscar un medio para facilitar las transacciones. Bajo mis órdenes trabajan varios procuradores, los cuales representan a las personas ausentes, y que son gerentes de sus propiedades. Cuando uno de mis clientes, por cualquier causa, no puede ocuparse de sus negocios, me deja unos poderes en blanco, confiándome la misión de encontrar a una persona honrada y formal, que cumpla su mandato. Yo sé que es usted activo y honrado, y le ofrezco la oportunidad de

representar a dos o tres propietarios, cuyos poderes tengo en mis manos. Con poner su nombre está todo resuelto, y cobrará usted el cincuenta por ciento de todas las transacciones que efectúe.

Mario se asustó ante la responsabilidad de tal misión, pero como era consciente de su propia rectitud, no dudó en aceptar.

—Estoy a su disposición —dijo—. Usted me guiará, me aconsejará. Sé que estando a sus órdenes nada tengo que temer.

El escribano se levantó.

—Para no recargarle de trabajo —dijo—, sólo le confiaré, de momento, los poderes de dos clientes. Incribiré su nombre inmediatamente.

Sacó un legajo, volvió a sentarse, y leyó los poderes después de haber intercalado el nombre de Mario.

Estos poderes conferían derechos ilimitados al mandatario; de vender y de comprar, de hipotecar y de pleitear ante los tribunales.

Terminada la lectura de las dos partes de que constaba el legajo, el escribano añadió:

—Ahora es preciso que le dé algunos informes acerca de las personas a las que va a representar.

Mostró a Mario los poderes de uno de sus clientes.

—Estos son los poderes —continuó— de *monsieur* Authier, de Lambesc. En estos momentos se halla en Cherbourg, y próximamente marchará para Nueva York, donde se hará cargo de una considerable herencia... Antes de su partida compró en Marsella un inmueble, en la rue de Rome. Usted la administrará durante su ausencia. Además, mañana tiene que enviarme sus instrucciones, que le remitiré a usted.

Luego cogió los otros papeles, y añadió:

—Estos son los poderes de *monsieur* Moullet, antiguo comerciante de Tolón, que me ha confiado unos fondos, encargándome de aceptar hipotecas sobre una casa de campo en el barrio de Saint Just. Moullet acaba de enviarme más dinero, que desea invertir. Como la gota le tiene postrado en su sillón, me ha rogado que le busque un procurador que pueda firmar en su lugar... Vuelva mañana y nos entenderemos definitivamente acerca de los asuntos que le he expuesto.

Douglas se levantó para despedir a Mario. Una vez en el umbral, le estrechó la mano con cordialidad.

El joven se retiró un poco aturdido, por la rapidez de los hechos que acababan de acaecer. Estaba sorprendido por la facilidad con que el escribano le había confiado tales intereses. No lograba sentirse tranquilo ante semejante responsabilidad.

Al día siguiente, Mario fue al despacho de *monsieur* Douglas para recibir las últimas instrucciones.

—Bien, es usted puntual —dijo el escribano, sonriendo—. Ya verá qué buenos negocios hacemos. Le quiero enriquecer. Siéntese, espere un momento.

Douglas desayunaba en un ángulo del escritorio. Pan y nueces, acompañados únicamente por algún trago de agua. Esta frugalidad conmovió a Mario y disipó su malestar de la víspera. Un hombre tan parco no podía mezclarse en negocios sucios. Debía ser, por lo tanto, un hombre recto y honrado, de espíritu piadoso y sincero, consagrado a su tarea como un sacerdote se consagra a Dios.

Cuando el escribano hubo terminado su desayuno, dijo:

—Ahora hablemos. He recibido una carta de *monsieur* Authier. Quiere hipotecar sus inmuebles, pues necesita dinero para su viaje. Aquí está la carta.

Mario tomó el papel, y como buscaba maquinalmente los sellos del correo, el escribano observó:

—Esta carta me llegó en un sobre grande, que contenía otros papeles.

El joven se ruborizó, temiendo haberle ofendido. Leyó la carta, en la cual, efectivamente, *monsieur* Authier pedía que hipotecara la casa de la rue de Rome. Rogaba a Douglas que hiciera uso de sus poderes y le enviase el dinero lo más pronto posible.

Cuando Mario terminó de leer el documento, el escribano dijo:

—Esta petición llega a tiempo, pues *monsieur* Moullet solicita que se le busque un modo seguro y ventajoso de invertir sus fondos. Como usted es el procurador de los dos clientes, puede satisfacerlos a ambos al mismo tiempo. Sólo tiene usted que darme su firma, y yo enviaré a *monsieur* Authier los fondos que *monsieur* Moullet me ha hecho remitir.

Mario advirtió que Douglas iba muy de prisa. Hubiese querido ver el inmueble, cambiar por lo menos una carta con las personas que debía representar. No dudaba de la honradez del escribano, pero experimentaba un vago temor. Volvía a acometerle el malestar de la víspera.

Cuando el escribano preparaba los papeles que Mario debía firmar, se detuvo súbitamente, y exclamó:

—¡Diablos! Nos falta un dato. Enviaré a un dependiente para que lo busque en la oficina de las hipotecas.

Douglas pareció disgustado. Mario cedió ante el involuntario temor que se había apoderado de él y se levantó.

—No puedo esperar —dijo—, ya debería estar en mi despacho. Si no le importa, aplazaremos la firma para el lunes; pasado mañana.

—Como quiera —dijo el escribano, vacilando—. Hubiese preferido terminar el asunto hoy mismo. Ya ha visto usted la prisa que tiene *monsieur* Authier... En fin, venga pasado mañana.

Una vez en la calle, Mario respiró. Sin embargo, le daba vergüenza sentir tan infundados temores, y se encogía de hombros como un niño que se asusta de su propia sombra.

Aquella misma tarde recibió, mientras estaba en su despacho, una visita que le agradó: era *monsieur* Girousse.

—Querido amigo —dijo al empleado—, le envidio la necesidad en que se encuentra de tener que trabajar para vivir; no puede figurarse cuánto me fastidia no hacer nada..., creo que preferiría estar encerrado en lugar de su hermano. La causa de Philippe me ayudó a vivir durante un mes. Nunca he asistido a una representación tan inaudita de la necesidad y la miseria humanas. Tuve ganas de levantarme y decir al tribunal todo lo que pensaba. Sin duda me habrían tildado de loco..., ya es imposible vivir en Lambesc.

Mario, desde el instante en que llegó *monsieur* Girousse, pensó en pedirle informes acerca de *monsieur* Authier, pues, según dijo Douglas, vivía en la misma pequeña ciudad que Girousse. Observó con fingida indiferencia:

—Sin embargo, en Lambesc hay gente rica; podría usted frecuentar esas personas y se aburriría menos. ¿Conoce a *monsieur* Authier, propietario, que es, según creo, su vecino?

—Authier... Authier..., no recuerdo a nadie que se llame así en Lambesc. ¿Dice usted que es propietario?

—Sí..., acaba de comprar una casa en Marsella. Tiene una gran propiedad próxima al castillo de usted.

—Se equivoca. Yo no conozco a *monsieur* Authier, y estoy seguro de que ningún propietario de Lambesc lleva ese nombre.

—A ver si nos entendemos. Se trata de un tal Authier, que acaba de heredar; ahora se encuentra en Cherbourg, y saldrá próximamente para Nueva York, donde murió el pariente que le legó toda su herencia.

—¿Qué historia me está usted contando? —dijo—. Si hubiera sucedido tal cosa en Lambesc, si un vecino mío heredase de un tío de América, ¿cree que yo lo ignoraría? Le repito que en Lambesc nunca hubo ningún *monsieur* Authier, y que nadie cobró la novelesca herencia de que me está hablando.

Mario quedó anonadado. Entonces, era seguro que Douglas había mentido.

—¿Y por qué le interesa a usted el fantástico *monsieur* Authier? —preguntó Girousse.

—Por nada; un amigo me habló de ese propietario, y tal vez haya oído mal el nombre de la ciudad.

Girousse le invitó a inaugurar la temporada de caza en su compañía y luego se despidió.

Al día siguiente, como era domingo, Mario estaba libre.

Por la mañana fue a la rue de Rome, para buscar el inmueble comprado por Authier. Se trataba de una casa muy grande y hermosa, alquilada a varios inquilinos.

Provisto de sus poderes de procurador, Mario interrogó hábilmente a cada uno de ellos, y no tardó en convencerse de que ninguno conocía a *monsieur* Authier ni lo habían visto siquiera, y que todos, hasta entonces, habían tratado directamente con el escribano Douglas.

Las sospechas del joven se iban confirmando, pero quiso hacer una última prueba. Fue a visitar al antiguo propietario de la casa, cuyas señas le facilitó uno de los inquilinos.

Se llamaba Landrot y vivía en una calle próxima.

—Señor —le dijo Mario—, estoy encargado por *monsieur* Authier de administrar la casa que le ha vendido usted, y le ruego que me facilite algunos informes acerca de los alquileres anteriores.

Landrot lo satisfizo de buena gana. Mario actuaba con prudencia. Y después de hablar de otras cosas, llegó al verdadero motivo de su visita.

—Le ruego que me dispense —dijo—, pues temo haber abusado ya de su paciencia. El problema consiste en que no he podido ver a *monsieur* Authier por hallarse ausente... Pensé que, como usted ha trabajado con él directamente, me podría dar referencias acerca de su persona y hacerme conocer sus intenciones.

—Pero yo no he tratado con él. Nunca he visto a ese caballero —respondió Landrot—. Todo fue tramitado por *monsieur* Douglas, que ha dado las firmas necesarias.

—Yo pensé que *monsieur* Authier habría visitado el inmueble, como es costumbre.

—Nada de eso. ¿Ignora, tal vez, que hace seis meses que se halla en América? El escribano fue quien visitó el inmueble y lo adquirió en nombre de su cliente, cuyas instrucciones había recibido.

Mario tuvo que morderse los labios, pues casi se le escapa su secreto. Seguro que el tal Authier tampoco estaba en América, y se trataba de un personaje puramente imaginario. Evidentemente, todo era mentira, y los poderes falsos que él tenía, constituían un delito que está penado con trabajos forzados. Se ruborizó como si él fuera el embustero, y dio las gracias a *monsieur* Landrot, quien le miraba con curiosidad, sorprendido de que estuviera tan mal informado acerca de la persona que representaba.

Mario sospechó que también *monsieur* Moullet sería un personaje fantástico. Interrogó a un amigo que había vivido mucho tiempo en Tolón, y supo que existía realmente. Entonces quiso ver la propiedad sobre la cual Moullet poseía hipotecas.

Como se había criado en el barrio de Saint Just, Mario conocía todas las fincas de aquella parte del litoral. La propiedad citada por Douglas pertenecía a un tal Giraud,

en cuya casa Mario había jugado cuando era niño. Fue allí, como un amigo que iba a estrechar la mano del dueño.

Giraud le recibió como al hijo pródigo, y le dijo:

—Ya no es posible verle; ¿por qué no viene aquí a consolarse de sus pesares? Encontrará en mí a un verdadero amigo. Ya ve usted: aquí somos felices, no poseemos riquezas, pero esta propiedad nos proporciona cuanto necesitamos para vivir.

Mario, satisfecho de ver que su interlocutor le abría el camino, le contestó:

—Yo le creía en apuros. Las cosechas han sido malas.

Giraud le miró asombrado.

—¿En apuros? —dijo—. En absoluto. ¿Por qué me dice eso?

—Dispense; temo parecer indiscreto —respondió Mario, confuso—; me han asegurado que, a consecuencia de las últimas cosechas, se había visto usted en la necesidad de hipotecar esta finca.

Giraud se echó a reír alegremente, y contestó:

—Dígale a esos enterados, que se equivocan; la finca no está gravada con ninguna hipoteca.

Mario insistió:

—Citaron al escribano Douglas, como la persona que aceptó tales hipotecas.

Giraud seguía riéndose cada vez más.

—*Monsieur* Douglas —dijo— es una persona merecedora de todo respeto, pero si hipotecó alguna finca, no fue ciertamente la mía.

La víspera, Mario había visto el acta en la cual indicaba claramente la propiedad de *monsieur* Giraud, y en ella constaba asimismo la firma del propietario. El escribano, pues, había cometido otra falsedad, y ésta no se podía explicar tan fácilmente. Era evidente que se había metido en el bolsillo el dinero de Moullet, destinado a la persona que necesitaba el préstamo.

Mario se retiró, pues quería reflexionar antes de denunciarlo todo.

Authier no existía, y la casa sobre la cual Moullet tenía hipotecas, también era falsa, puesto que Giraud declaraba rotundamente que no era la suya.

En todo esto existían abismos en los que el joven se estaba adentrando poco a poco, lo cual le producía cierto estremecimiento.

El lunes por la mañana, después de haber pasado una noche febril, dándole vueltas en su cabeza a todo aquel asunto, Mario decidió acudir a casa del escribano.

Cuando Mario volvió a entrar en el despacho de Douglas, se sorprendió al observar la calma casi religiosa que reinaba en aquellas enormes y frías salas, donde él sabía que se fraguaban los delitos. No podía habituarse a tanta hipocresía; hubiese deseado que hasta las paredes gritasen la falta de honradez del escribano. La silenciosa actividad de los empleados y la decente apariencia de la casa le exasperaban e incluso le hacían dudar.

Pálido, embargado por la emoción, había tomado asiento en la sala de espera, cuando Douglas notó su presencia desde la puerta de su despacho, que estaba abierta.

—Entre, entre —le gritó—, no me molesta usted en absoluto... Dentro de un instante estaré a su entera disposición.

Mario entró. En el despacho se hallaban cinco o seis sacerdotes, entre ellos el padre Donadéi, que acababa de solicitarle un donativo al escribano.

—Es usted uno de nuestros amigos —le estaba diciendo—, y a usted nos dirigimos siempre que, en nuestras parroquias, se hallan vacías las cajas de los pobres.

—Y hacen muy bien —respondió Douglas, levantándose.

Sacó de un cajón varias monedas de oro.

—¿Cuánto necesita? —preguntó al sacerdote.

—Creo que nos bastarán quinientos francos... Estamos muy necesitados de la ayuda de las personas piadosas y honradas...

Douglas le interrumpió para decir:

—Aquí tiene quinientos francos.

Y añadió, con voz temblorosa:

—Querido padre, ruegue usted por mí.

Entonces, los curas se levantaron, y rodeando al escribano, le dieron las gracias, invocando sobre su persona las bendiciones del cielo. Douglas, de pie, escuchaba sus votos, pálido, desencajado, y Mario creyó notar en sus labios y en sus párpados un leve temblor nervioso. Donadéi era inagotable en sus elogios y bendiciones.

—Dios le pagará lo que nos da —decía—. Ya os lo restituye haciendo prosperar vuestro negocio y otorgándole la paz de los justos... ¡Ah, señor! Es usted un luminoso ejemplo en esta ciudad corrompida por el materialismo actual. Bueno sería que nuestros comerciantes le imitasen en la sencillez de su vida, en su piedad y en su bondad. No tendríamos que presenciar el terrible espectáculo que ofrece la sociedad de Marsella.

Douglas parecía impacientarse ante los elogios del sacerdote. Volvió a interrumpirle y le dijo, mientras le empujaba hacia la puerta:

—No, no; no soy ningún santo... Todos estamos necesitados de la misericordia de Dios. Si cree usted estar en deuda conmigo, rece por mí.

Los curas le saludaron, hicieron una última reverencia, y, finalmente, se retiraron.

Mario, desde un rincón, había asistido silenciosamente a esta escena. Se sentía indignado por la comedia que estaban representando. Tal vez Douglas se figuraba que podía comprar el perdón de sus culpas, pagándolo con el dinero robado. Porque aquel santo varón que socorría a los desgraciados, aquel cristiano devoto que frecuentaba las iglesias, no era otra cosa que un hipócrita ladrón.

Cuando se quedaron solos, el escribano, sonriente, se dirigió a su encuentro, alargándole la mano. Mario retrocedió, mirándole fijamente. Luego dijo:

—Cierre la puerta.

Douglas, asombrado, y como un autómatas, fue a cerrarla.

—Corra el cerrojo —prosiguió Mario—. Tenemos que hablar.

Así lo hizo el escribano, y volvió con expresión de asombro y descontento a la vez.

—¿Qué pasa, querido amigo? —preguntó—. Por otra parte, tiene razón; más vale estar solos para hablar de negocios... ¡Bueno! ¿Está usted preparado? Tengo el documento que nos hacía falta, y con su firma será suficiente para hacer la hipoteca sobre la casa de Authier en nombre de Moullet. Ya sabe que el asunto requiere rapidez; esta mañana he recibido otra carta de mi cliente, el cual me suplica que le envíe el dinero a la mayor brevedad.

Douglas preparó los papeles, y, mojando una pluma en la tinta, se la extendió a Mario, diciéndole:

—Firme.

Mario, sin coger la pluma que le alargaba, dijo tranquilamente:

—Ayer visité el inmueble de la rue de Rome. Estuve hablando con los inquilinos y con el propietario anterior, los cuales me dijeron que no conocían a *monsieur* Authier.

El escribano palideció, dejó la pluma y se sentó, balbuceando:

—Me sorprende mucho.

—Anteayer —prosiguió Mario—, recibí la visita de *monsieur* Girousse, rico propietario de Lambesc, quien me afirmó que ninguno de sus vecinos se llamaba Authier, y que no existía tal persona... Hoy estoy seguro de que no se engañaba... ¿Qué quiere usted que piense?

Douglas guardaba silencio, mientras buscaba en su imaginación el modo de salir de aquel atolladero. Mario prosiguió, imperturbable:

—Luego fui al barrio de Saint Just. La casa que usted me dijo estaba gravada con una hipoteca, a nombre de su cliente Moullet, es propiedad de un antiguo amigo de mi madre, *monsieur* Giraud, el cual me aseguró que sus propiedades no tenían ningún gravamen. Vuelvo a preguntar: ¿Qué quiere usted que piense?

El escribano continuaba en silencio. Entonces, Mario dijo en un tono irritado:

—¡Bueno! Ya que no me responde, le diré lo que pienso y lo que realmente sucede... Nunca ha existido *monsieur* Authier; es un fantasma que usted ha creado, para llevar a cabo con mayor libertad cualquier negocio sucio. Por otra parte, no hay

tal hipoteca y el dinero de Moullet ha ido a parar a su bolsillo. Para obtener tan bonito resultado ha cometido varias falsedades, y actualmente se dispone a cometer otras que le proporcionarán más fondos.

Parecía como si Mario estuviera hablándole a una estatua. La calma de Douglas aumentó su irritación.

—No soy yo el que ha de juzgar sus delitos —continuó, elevando el tono de voz—; pero le pido cuentas de su indigna conducta para conmigo. ¡Vaya!, quería usted mezclarme en sus sucios negocios; iba a comprometerme, aparentando querer ayudarme. Tengo, pues, el derecho de decirle que es un canalla.

Douglas permanecía impasible, como si tal cosa.

—Ahora mismo —siguió diciendo Mario— estaban aquí unos sacerdotes que le colmaban de bendiciones... Ha representado usted su papel con un arte maravilloso. Sólo yo, en toda Marsella, sé quién es usted, y si explicara por ahí sus hazañas, tal vez me apedrearían; hasta tal punto ha logrado engañar usted a todo el mundo. ¿Cómo es posible creer que el escribano Douglas, hombre estimado por todos, frugal y religioso, trabaje innoblemente en la sombra para arruinar a su numerosa clientela...? Yo mismo dudaría de ello, si todavía pudiera dudar, al verle tan tranquilo, con esa actitud de fraile cartujo. ¡Hable, defiéndase, si es que puede!

Douglas había cogido un cortapapeles, al que daba vueltas entre sus dedos, como indiferente a cuanto Mario le estaba diciendo.

Por fin habló:

—¿Qué quiere que le diga? Me juzga usted como lo haría un niño... y en el fondo, creo que lo es. Yo le dejo gritar. Tal vez luego me escuchará con calma.

**A**l ver el cinismo de Douglas, Mario se rebeló, y estuvo a punto de abrir la boca para decirle que era un hombre honrado el que le juzgaba. Aquel farsante encontraba pueril su acusación, y adoptaba la actitud de un ser superior, al que los necios no entienden.

El joven iba a levantar de nuevo la voz, pero el escribano le impidió hacerlo con un ademán impaciente.

—Si habla usted todo el tiempo, siempre tendrá razón —dijo—. Le he permitido que me insulte hasta hartarse. Ahora, deje que me defienda tranquilamente... Hubiera preferido que no conociese usted mi sistema, pero ya que ha descubierto una parte de la verdad, es mejor que se lo diga todo. Como es inteligente, me comprenderá mejor que otro cualquiera... Además, estoy cansado; la aplicación de mi teoría no me ha dado resultados satisfactorios, y sé que no hay salvación para mí. Por eso voy a revelárselo absolutamente todo. Entenderá que mi propósito no fue el de arruinar a nadie, y que yo obraba de buena fe al ofrecerle amistosamente la oportunidad de ganar dinero. En fin, usted juzgará, y espero que luego me considere únicamente como lo que soy: un especulador desgraciado... Escuche.

Mario creía estar soñando. Miraba a Douglas, como se miraría a un loco que, de pronto, hablase con cordura. El tono pausado de aquel hombre, su falta de remordimiento y sus ademanes le hacían semejante a un inventor sincero, que estuviese explicando tristemente, pero sin rubor, por qué su invento no había tenido éxito.

—No entremos en pormenores —continuó—, dejemos a un lado los asuntos Authier y Moullet, que tienen poca importancia. Lo que se ha de ver y juzgar es el conjunto de la vasta y complicada combinación que yo había llegado a establecer... Veo que le asombra mi complacencia. Le repito que estoy perdido; por lo tanto, puedo hablar sin ambages. Hasta experimento cierta satisfacción, al explicarle mi invento. présteme atención. Como escribano, no soy un criminal, pero soy un especulador. Cuando sucedí al que era mi jefe, el despacho tenía escasa clientela, y mis esfuerzos se dirigieron a transformarlo en agencia de negocios. Tuve que satisfacer a todas las demandas, prestar al que necesitaba dinero, cogerlo del que lo quería colocar, vender al que quería comprar, y comprar al que quería vender. He hecho como los cazadores que se rodean de pájaros enjaulados para atraer a los pájaros libres; he creado unos cuarenta personajes imaginarios, con cuyos nombres he podido realizar transacciones de toda clase. Authier es uno de ellos, lo confieso. Así he podido comprar muchos inmuebles, que pagué con dinero prestado por compradores ficticios, e hipotecando dichos inmuebles..., he formado una especie de capital, un giro de fondos, y una numerosa clientela, que sirvió de base a mi crédito.

Guardó silencio durante unos instantes; luego prosiguió:

—Debe usted saber que especulando con dinero, a veces uno se encuentra con terribles exigencias. Forzosamente hubiera tenido que detenerme desde mis primeras especulaciones, si, estando gravados mis inmuebles, no hubiese podido proporcionarme de cualquier modo los fondos necesarios para otras operaciones que proyectaba. Empleé el medio que me pareció más sencillo y cómodo. Absorbido el valor de los inmuebles por las hipotecas, devolvía los bienes libres con una carta de pago falsa, y luego los ofrecía como garantía para nuevos préstamos.

—¡Pero lo que me dice es canallesco! —exclamó Mario.

—Le he rogado que no me interrumpa —dijo Douglas, secamente—. Pronto me defenderé; ahora expongo hechos... Tuve que ampliar mi sistema; ya no bastaban los cuarenta personajes ficticios. Acudí a otro medio extremo, cuya audacia dio magníficos resultados. Hice contraer préstamos a propietarios, a comerciantes conocidos, cuyos bienes gravé y cuya firma falsifiqué; a partir de cada nueva hipoteca, operaba una irradiación por medio de una carta de pago falsa, lo que me amparaba contra cualquier inquietud... ¿Comprende? Es muy sencillo.

—Sí, sí, comprendo —murmuró Mario, que empezaba a creer que el escribano estaba loco.

—Además —siguió diciendo Douglas—, yo conseguía dinero de cualquier modo, siempre que era preciso. Quería ir directamente a mi objetivo, sin importarme los obstáculos, y aceptaba todas las consecuencias de mi proyecto... Por ello, a veces he tenido que inventar tanto el deudor como el inmueble; tomé hipotecas sobre propiedades que no existían o que no pertenecían a los pretendidos personajes que habían recibido el dinero a préstamo... Otras veces, por necesidades urgentes, he suscrito letras a nombre de los principales comerciantes de Marsella, que emití con pérdida, después de haberlas endosado yo mismo... Ya ve que no le oculto nada, que estoy acusándome a mí mismo. Ahora viene mi justificación.

Mario estaba asustado. Y mientras escuchaba aquella extraña confesión, creía estar viendo una pesadilla.

—Espero —dijo Douglas— que me haya comprendido. En principio, quise ser banquero, hacer valer los fondos que pasaban por mis manos. He comprado, por mi cuenta, inmuebles que pensaba revender con beneficio. Mi idea de los nombres supuestos satisfacía todas las exigencias; gracias a esos nombres, nunca tuve que rechazar las demandas de los que a mí se dirigían; he sido, según lo requería la ocasión, prestamista; busqué préstamos, compré, vendí. Cuando los fondos que me proporcionaba mi crédito personal, o el que había logrado dar a nombres imaginarios, no me bastaban, me proporcionaba otros, endosándoles falsos préstamos a cualquier persona que se ofreciera, pariente, amigo o cliente, con el propósito de liberar más tarde los bienes de esa persona, del mismo modo que los había hipotecado, y siempre dicha persona permanecía en la ignorancia de todo lo que había sucedido. En una palabra, mi despacho ha llegado a ser una casa de banca.

—¡Casa de robos! —gritó Mark—. ¡Fábrica de falsificaciones!

Douglas se encogió de hombros.

—Debería haberme comprendido —dijo—, y darse cuenta de que nunca traté de perjudicar a uno solo de mis clientes... Espero que no tardará en juzgar con justicia. Sólo me falta hablarle de mi más ingenioso invento. Para administrar los inmuebles adquiridos y hacer valer las cantidades tomadas en préstamo, imaginé establecer procuradores, que debían representar a mis cuarenta personajes imaginarios; y elegí a jóvenes honrados, a los cuales hice mis cómplices, sin que ellos lo supieran. Tenía fe en mi sistema, y sin duda habría enriquecido a los que me ayudaban, si unas circunstancias funestas no me hubiesen impedido lograr mi objetivo. Al ofrecerle a usted representar a *monsieur* Authier, quería únicamente ayudarle y hacerle participar en las ganancias de una especulación que creía excelente.

—Le he escuchado con paciencia —dijo Mario, estremeciéndose de cólera—. Las canalladas que acaba de contarme, demuestran que es usted un imbécil o un sinvergüenza.

—¡No! —gritó el escribano, dando un golpe sobre el escritorio, con el puño cerrado—. No me ha comprendido: soy un banquero. El ladrón se apodera de lo ajeno y huye; hace seis años que aplico mi sistema, y soy más pobre que el primer día; mis operaciones no han salido bien; hasta he perdido algunos miles de francos de mi propiedad. He comido pan y he bebido agua; he llevado una vida de trabajador, llena de privaciones. El único lujo que me he permitido ha sido el de hacer limosnas. ¡Extraño ladrón, que vive como un anacoreta y maneja enormes cantidades de dinero sin valerse de un céntimo! Lo que le choca a usted y le irrita es mi sistema. He fracasado, y ahora seré un gran delincuente; si hubiese tenido éxito, me habría hecho rico sin perjudicar a nadie.

Mario experimentaba un gran asombro cuando oía al escribano hablar de las falsificaciones que había cometido. Indudablemente aquel hombre debía de tener la mente trastornada, y Mario casi le tenía lástima.

Después de haber seguido explicando lo que él llamaba su sistema, Douglas dijo con abatimiento:

—Todo se acabó. Irá usted a denunciarme a la justicia... Más vale así, ya no puedo sostenerme más. Tiene razón; soy un sinvergüenza y debo ser castigado.

Mario no se movió; no sabía qué hacer. Le detenía el temor de verse mezclado en aquel asunto desagradable, de ser llamado como testigo y perder un tiempo que le era precioso, ya que debía consagrarse a la difícil tarea de salvar a su hermano.

Se levantó, y rompiendo los poderes en los que constaba su nombre, dijo:

—Mi opinión sigue siendo la misma; pero yo no necesito ayudar a la justicia.

Y salió.

Al día siguiente, Douglas desapareció. En Marsella cundió un verdadero pánico. Muchos intereses se hallaban comprometidos, y era imposible medir la extensión del desastre.

Aquella fue una calamidad pública, y al espanto de los interesados, se unía el estupor de la gente honrada.

Douglas, poco después, fue detenido y juzgado en Aix, en medio de la indignación popular. Aceptó su situación fríamente, y explicó todo lo que los jueces no lograban desembrollar. El tribunal tuvo que juzgar novecientos delitos de toda clase de falsificaciones. Y tantas eran las víctimas, que resultaba imposible aclarar todo aquello sin la ayuda del propio Douglas.

Rechazó siempre enérgicamente la acusación de robo; repitió que había sido un especulador sin suerte, y que si la justicia y las circunstancias se lo hubiesen permitido, habría levantado de nuevo sus negocios y los de sus clientes. Pareció como si acusase al tribunal de haberle puesto en unas circunstancias que le impedían remediar el perjuicio que había causado.

Fue condenado a cadena perpetua y exposición pública.

**D**a hacía dos meses que Mario y Joséphine habían regresado a Marsella. El joven, cuando salió del despacho de Douglas, tuvo que confesarse que aún no había sido capaz de conseguir un solo franco, de los quince mil que necesitaba para salvar a Philippe. No sabía hacer otra cosa más que trabajar y sacrificarse; era demasiado recto y honrado como para procurarse en pocas semanas la importante cantidad que tan afanosamente buscaba. Los deplorables incidentes en los cuales se había visto mezclado últimamente, los amores de Armande y Sauvaire y las felonías de Douglas le revelaban la vida bajo un aspecto aterrador, que no le producía más que desaliento. Retrocedía en lugar de avanzar; temía que, de hacer una nueva tentativa, fracasara e incluso pudiera comprometerse, si caía nuevamente en manos de algún desaprensivo explotador.

Se iba acercando el mes de diciembre, y era preciso apresurarse; ya no era posible esperar nuevos aplazamientos, y el condenado recibiría su castigo público. Ante tales pensamientos, Mario lloraba de impotencia. Hubiese deseado liberar a su hermano mediante un trabajo sobrehumano; horadar el muro del calabozo, romper la piedra con sus propias manos, pero la idea de conseguir quince mil francos le espantaba. Cuando se trataba de dinero, humillaciones, tráficos más o menos dudosos, perdía la cabeza.

Sin embargo, aún conservaba alguna esperanza; seguía confiando en la ayuda de un alma generosa. En aquella situación tan angustiosa, Mario realmente hubiera enfermado de no haber tenido a su lado a una persona que le consolara y sonriera en las horas más difíciles.

Cada día el joven esperaba con impaciencia que llegara la noche, para encontrarse en el reducido cuarto de Joséphine. Si tenía una esperanza, acudía a contársela a su amiga, y si sufría un desengaño, también iba en su busca para desahogarse con ella.

Los domingos, Joséphine visitaba a Blanche. La pobre muchacha, que iba a ser madre, le inspiraba una especie de afecto compasivo. Era testigo de sus remordimientos y de sus lágrimas, y trataba de apaciguar su permanente tristeza. Al anochecer, iba al encuentro de Mario, que le esperaba a la orilla del mar, y ambos regresaban caminando a Marsella, cogidos del brazo como dos recién casados.

Un domingo, Mario llegó temprano. Por delicadeza, no se atrevía a entrar en casa de Blanche. Permaneció casi dos horas sumergido en una vaga sensación de ternura y de felicidad.

Cuando llegó la florista, se sentó al lado del joven, el cual le tomó la mano sin hablar. Luego, en voz baja, sin tener plena consciencia de ello, formuló el pensamiento que le oprimía el corazón:

—¡No, no! Soy demasiado vulgar.

—¡Cómo demasiado vulgar! —replicó Joséphine—. ¡Si es usted extraordinario!  
El joven volvió la cabeza, y juntando sus manos, la miró con ansiedad.

La florista comprendió que, sin proponérselo, acababa de revelar su secreto. Permaneció muda durante algunos instantes, pero como no era muchacha a quien le gustase hacer comedia, dijo resueltamente:

—Escuche, amigo; quiero ser franca con usted. Hace seis meses le veía vulgar, quizá porque no le había mirado bien..., ahora ignoro el motivo, pero lo cierto es que le encuentro extraordinario.

Mario callaba, sin atreverse tal vez a disipar una agradable ilusión.

—¿No me cree? —preguntó Joséphine.

—Sí, le creo —replicó Mario—; necesito creerle. Además, el mar me ha dicho que la quiero y que usted también me ama.

—¡Bueno! —dijo alegremente la florista—. El mar no ha mentido, pero es demasiado charlatán.

Mario estaba fuera de sí; en aquel momento, su alegría era tan inmensa, que casi olvidó su constante preocupación. Joséphine le dijo:

—¿Qué te parece? Nos casaremos cuando Philippe esté libre.

—Sí, debemos pensar en él. Pero dime la verdad: ¿amas todavía a mi hermano?

—¡Tonto! Aquello pasó. Ya ves: si te amo a ti, no puedo amar a otro.

Mario no insistió. Ahora no experimentaba más que remordimiento, y añadió:

—Nosotros somos dichosos y egoístas. Mientras respiramos al aire libre, mientras gozamos de la vista del cielo y del mar, nuestro hermano se ahoga en una cárcel... ¡Ah, no sabemos trabajar para lograr su liberación!

—Sí, sabemos; ¡ya verás! —respondió Joséphine—. Cuando se ama y se es amado, el valor aumenta.

Permanecieron silenciosos, sin soltarse las manos. El mar mecía con su voz monótona aquel amor. Llegaron a Marsella, bajo un cielo estrellado, colmados de esperanza y de ternura.

**B**lanche llevaba una vida desdichada. El otoño hacía palidecer los melancólicos horizontes. El tiempo se ponía frío y deprimente. El mar se sacudía por fuertes estremecimientos, y gemía lastimeramente, mientras los árboles dejaban caer sus hojas al suelo. Bajo la triste desnudez del cielo, se ensanchaba la desnudez de las aguas y de la orilla. Esa nostalgia, esa despedida del verano, provocaba en Blanche el desconsuelo que oprimía su corazón.

Vivía apartada en la casita de la costa. Aquella vivienda, situada a pocos minutos de la aldea de Saint Henri, se encontraba aislada sobre un acantilado, y dominaba el mar, que chocaba contra las peñas bajo sus ventanas. Blanche permanecía días enteros mirando las olas, y escuchando su regular estrépito, que adormecía sus sufrimientos. Aquél era su único pasatiempo; seguía con la mirada los amplios lienzos de espuma, que se rompían y saltaban hacia arriba; todo su ser dolorido se calmaba frente a la dulce y monótona inmensidad.

Algunas veces, hacia el anochecer, salía, acompañada por su aya.

Bajaba hasta la orilla del mar, y se sentaba sobre un pedrusco. El viento fresco de la noche templaba la ardorosa agitación que la encendía. Permanecía allí, olvidada de todo, escuchando solamente el bramido de las olas en medio de las tinieblas, y volvía a su casa tan sólo cuando el frío la hacía estremecer.

Se atormentaba siempre con el mismo pensamiento: Philippe y el niño.

Joséphine se había convertido en su mejor consuelo; si no fuera porque ella iba a pasar las tardes de los domingos en su compañía, la infeliz habría muerto desesperada.

—¡Qué pesada se me hace la vida! —decía Blanche—. Todo el día estuve pensando en las horas que pasé con Philippe. Más habría valido que hubiese muerto entonces.

—¿Por qué lamentarse y afligirse siempre? —decía Joséphine con dulzura—. Ya no es usted una niña, y tiene deberes que cumplir; debe pensar en el presente, pues el pasado no tiene solución. Si se enferma, matará al niño.

—¡Yo matarlo! ¡No diga eso! Tiene que vivir, para lavar mi culpa y lograr que me perdonen. Philippe ya lo ha dicho: soy suya para siempre; en vano renegué de él, en vano quise olvidarle; mi amor ha crecido con el remordimiento.

Un día, Blanche, mirando fijamente a su compañera, le dijo:

—Va a casarse con él, ¿no es cierto?

Joséphine no comprendió enseguida.

—No me oculte nada —continuó Blanche—; prefiero saberlo todo. Más vale que se case con usted, porque es buena y lo hará dichoso. Cuando yo haya muerto, dígame que siempre le quise.

—Nunca me casaré con Philippe; tal vez llegue a ser su cuñada.

—¡Su cuñada! ¡Dios los haga felices, como merecen serlo!

El padre Chastanier iba con frecuencia a ver a Blanche; en una ocasión, permaneció allí hasta la noche, y luego se fue con Joséphine. Tenía malas noticias que comunicar a la florista, y no quería hablar delante de Blanche. En la costa encontró a Mario, que esperaba a la muchacha.

—Hijo mío —le dijo—, sus pesares comenzarán nuevamente. Ayer recibí una carta de *monsieur* Cazalis. Le sorprende mucho que la sentencia pronunciada contra su hermano aún no se haya cumplido. Dice que está trabajando para apresurar la hora de la exposición pública. ¿Cree usted poder libertar pronto al prisionero?

—¡Ay, no! —respondió Mario, con pesar—, estoy como el primer día... Creía que aún faltarían seis semanas.

—No creo que *monsieur* de Cazalis pueda conseguir que el presidente falte a su palabra —dijo Chastanier—. Además, nuestras gestiones al respecto han permanecido secretas, y esto me hace suponer que el aplazamiento durará hasta finales de diciembre, como nos prometieron. Pero le aconsejo que se dé prisa... No se sabe lo que puede suceder..., tenía interés en avisarle.

Joséphine y Mario estaban consternados. Entraron en Marsella con el cura, silenciosos, y abismados de nuevo en sus primeras angustias. Durante una semana, su amor casi los había cegado, y ahora volvían a encontrarse con aquel precipicio bajo sus pies.

Poco días después, cuando Mario iba a su despacho por la mañana, cerca de las nueve, encontró la rue du Paradis atestada de una ruidosa multitud que bajaba hacia la Cannebière. Se detuvo en la esquina de la rue de la Dársena, y, poniéndose de puntillas, vio la place Royal llena de gente. Aquello parecía un mar de cabezas. A su alrededor, la gente, a oleadas, continuaba bajando mientras emitía sordos murmullos.

Poco a poco se apoderó de Mario la ardiente curiosidad que impulsaba a la multitud. Algunas palabras sueltas, que llegaron a sus oídos, le produjeron una vaga ansiedad; quiso ver él también, y se dejó arrastrar por la muchedumbre, que llenaba la calle como un torrente. Llegó a la plaza sin dificultad. Pero allí, la marea de los curiosos que salía de la rue du Paradis se rompía contra la masa compacta de la gente estacionada. Todo el mundo se ponía de puntillas, mirando hacia la Cannebière.

El joven percibió vagamente unos soldados a caballo; no distinguía otra cosa, y no podía adivinar qué clase de espectáculo podía hacer acudir a los habitantes de la ciudad.

Escuchaba a su alrededor murmullos en tono de amenaza, y a veces se destacaban palabras sueltas en medio de aquel enorme zumbido. Algunas frases llegaban hasta él:

—Llegó de Aix esta noche.

—Sí, y mañana partirá para Tolón.

—Quisiera ver la cara que pone.

—Dicen que se puso a sollozar cuando vio al verdugo que traía las cuerdas.

—¡No, no! Mostró mucho valor. Es un mozo apuesto que no llora como una mujer.

—¡Canalla! El pueblo debería matarle a pedradas.

—Haré todo lo posible para acercarme.

—Espéreme. Allí le están silbando... Yo también quiero hacerlo.

Estas frases, acompañadas de ademanes exaltados, resonaban cruelmente en los oídos de Mario. Se sintió invadido por un verdadero espanto, y un sudor frío le inundaba la frente. Tenía miedo; ya no pensaba, sólo se preguntaba, angustiado, quién podía ser el hombre hacia el que corría la multitud para insultarle.

La gente se agolpaba cada vez más, y se convenció de que no era posible abrirse paso. Resolvió volver a la place Royal. Bajó lentamente por la rue Vacón, tomó la de Beaureau, y desembocó en la Cannebière. Allí le aguardaba un extraño espectáculo.

La Cannebière, en toda su longitud, desde el puerto hasta la cours Belzance, estaba atestada de una barahúnda inmensa, que aumentaba por momentos. De todas las calles adyacentes desembocaban oleadas de gente. De vez en cuando, se levantaban entre la multitud como unas ventoleras de indignación, y entonces se oían gritos que resonaban lejos, semejantes a los profundos bramidos del mar.

Las ventanas estaban llenas de público; unos pilluelos habían trepado a los faroles. Todo Marsella estaba allí, y todo el mundo dirigía la mirada, con curiosidad, hacia el mismo punto.

En la Cannebière habría más de sesenta mil personas que miraban y vociferaban.

Cuando Mario logró aproximarse, comprendió, por fin, cuál era el espectáculo que atraía a la multitud. En el centro de la Cannebière, frente a la place Royal, se elevaba un tablado. Sobre él, un hombre estaba atado a un poste.

Dos compañías de infantería, un piquete de gendarmes y cazadores a caballo, rodeaban la plataforma y defendían al condenado de la creciente irritación del pueblo.

Mario, en un principio, sólo vio al desgraciado atado al poste que se hallaba por encima de la multitud. Una terrible ansiedad le hizo fijarse en el rostro de aquel hombre.

Tal vez fuera Philippe. Cazalis podía haber logrado adelantar la hora de la exposición.

El condenado llevaba pantalón y chaqueta de lienzo gris, y en la cabeza una gorra, cuya visera le cubría los ojos. Tenía constantemente la cabeza baja y la cara vuelta hacia el puerto, ocultando sus facciones a los curiosos. Ni una sola vez levantó la frente para mirar al mar, que se extendía amplio y tranquilo.

El terror que sentía Mario se calmó al darse cuenta de que aquel hombre era mucho más grueso que su hermano, y, por otra parte, como conocía el carácter de Philippe, estaba seguro que no hubiera bajado la cabeza, sino que habría devuelto desprecio por desprecio. Sin embargo, aún no se sentía tranquilo; necesitaba ver claramente al condenado.

La multitud seguía vociferando:

—¡Levanta la cabeza, canalla! ¡Muestra la cara!

—¡No lo hará! Tiene miedo.

—Por fin tiene las manos atadas; ya no podrá robar.

—¿Usted cree? Estuvo a punto de robar el indulto.

—Sí, sí. Unos señores muy ricos, unas personas caritativas trataron de librarlo del poste.

—Un pobre diablo no habría encontrado tales protectores.

—Pero el rey no cedió; dijo que el castigo debía ser igual para los criminales de todas las clases sociales.

—Es buena persona el rey.

—¡Douglas, sinvergüenza, ladrón, hipócrita, ya no harás más comedia, ya no irás a las iglesias pidiendo a Dios que ampare tus falsedades!

Entonces fue cuando Mario respiró. Aquellos gritos le explicaron que se trataba del escribano falsario. Seguían vociferando:

—Arruinó a más de cincuenta familias; poco castigo es la cadena perpetua.

—Otra debía presenciar Marsella.

—Cuando pase, lo cogemos y lo mataremos.

—Mirad qué bien está allá arriba.

—El verdugo va a desatarlo... ¡Corramos!

En efecto, Douglas bajaba ya de la plataforma. Subió en una carreta descubierta, tirada por un solo caballo, la cual debía conducirlo nuevamente a la cárcel.

Entre la gente, se produjo un gran movimiento. Todos se lanzaron a injuriar, tal vez a matar al desgraciado, pero los soldados rodeaban la carreta y los gendarmes, galopando, apartaban a los alborotadores.

Mario miró a Douglas con lástima. Era realmente culpable, pero su ignominioso calvario causaba más compasión que cólera. Mario oyó a dos obreros, que decían al pasar:

—Volveremos dentro de un mes. Se hará la exposición del mozo que robó a una muchacha..., eso será aún mejor.

—¡Ah, sí, Philippe Cayol...! Le he conocido; es un joven alto... Será preciso saber el día exacto..., habrá alboroto.

Los obreros se alejaron.

Mario se puso intensamente pálido; estaba consternado. Aquellos hombres tenían razón; dentro de un mes le llegaría el turno a su hermano.

Pensaba que la casualidad había permitido que asistiese en aquellos momentos a toda la vergüenza que Philippe tendría que soportar. Ahora sabía qué clase de sufrimientos le esperaban; lo situaba en el lugar de Douglas, e imaginaba la terrible escena que tendría lugar.

La angustia le hizo cerrar los ojos durante un largo rato, le zumbaban los oídos, veía a Philippe sobre la plataforma, escuchaba las risas y los insultos de la multitud...

Cuando Mario estaba apoyado en el quicio de la puerta de una tienda, con la mirada baja, dolorosamente afectado por el espectáculo que acababa de presenciar, sintió que una mano se posaba amistosamente sobre su hombro.

Levantó la cabeza y vio a Sauvaire.

—Amigo, ¿qué diablos está usted haciendo aquí? —exclamó riendo—. Se diría que es a usted a quien van a atar a ese poste.

Y, con un gesto, señaló el tablado. Iba elegantemente vestido; llevaba pantalón y levita de paño fino, y su chaleco, medio abotonado, dejaba ver una camisa blanca como la nieve. Mostraba con complacencia una gruesa cadena de reloj, con macizos dijes. Eran las diez, y aquel hombre se paseaba con chinelas, con el sombrero de fieltro blanco inclinado sobre una oreja, y la bonita pipa de espuma entre los dientes. Parecía que la acera de la Cannebière fuese suya; allí se encontraba como en su casa, ocupando todo el sitio que podía y mirando a los transeúntes con aire familiar y protector. Tenía ambas manos en los bolsillos, lo cual le ensanchaba los pantalones, y con las piernas separadas, miraba a Mario con superioridad y condescendencia.

—Parece usted triste, enfermo —añadió—. Haga lo mismo que yo: manténgase saludable, coma y beba bien, lleve una vida alegre. Yo desconozco lo que es el sufrimiento. Soy fuerte, tengo buen estómago; puedo gastar cien francos cuando quiero... Ya sé que es preciso ser rico para vivir como yo. Y no todos son ricos...

Miraba a Mario con lástima; le encontraba tan delgado, tan pálido, que sentía una enorme satisfacción por ser gordo y tener buen color. En aquel momento, de buena gana habría prestado mil francos al joven.

Mario no escuchaba aquella charla. Le había estrechado la mano distraídamente, volviendo a sumergirse luego en sus negros pensamientos.

Sauvaire, al no recibir respuesta alguna, continuaba:

—¡Diablos! Un joven tiene que divertirse. Usted, pobrecito, no se distrae lo necesario y trabaja demasiado, amigo mío..., se necesita mucho dinero; los placeres son caros. Por lo que a mí respecta, hay semanas que gasto mucho... Desde luego, no puede divertirse usted del mismo modo, esto es imposible; pero, aunque sea un poco... ¿Tiene dinero? ¡Mire! Si quiere, alguna noche le llevaré a lugares en los que no se aburrirá.

Al darse cuenta de que Mario continuaba cabizbajo, le cogió del brazo con tono de autoridad y le arrastró a la acera.

—Me encargo de usted —dijo—. Yo le lanzaré. En un plazo de ocho días, estará casi tan alegre como yo. ¿Sabe dónde pasé la noche? En el casino Corneille, donde juegan como desesperados... Allí había dos criaturas encantadoras, que lucían trajes de terciopelo, joyas, encajes, cosas tan caras, que parecen decir: mírame, pero no me toques... Clairon, una morenita, ganó más de cinco mil francos.

Mario levantó la cabeza.

—¡Ah! —exclamó, con voz extraña—. ¿Se pueden ganar mil francos en una noche?

Sauvaire soltó una carcajada.

—¡Qué candidez! —exclamó—. He visto ganar mucho más. Hay gente que tiene suerte... El año pasado conocí a un joven, que en dos noches ganó dieciséis mil francos... Entró conmigo en un casino sin un céntimo..., le presté cinco francos, y dos días después ya poseía dieciséis mil... Los hemos gastado juntos.

—¿Es preciso ser socio de algún casino para jugar? —preguntó Mario.

—Sí, pero lo cierto es que hay más jugadores que no son socios alrededor de la mesa que jugadores legítimamente autorizados para jugar. ¿Comprende?

Entonces fue Mario el que cogió el brazo de Sauvaire. Dieron algunos paseos; luego, el joven preguntó a su compañero con voz ahogada:

—¿Puede usted llevarme esta noche al casino Corneille?

—¡Así me gusta! Nos divertiremos mucho. Ya está dicho: le llevaré esta noche y le presentaré a Clairon.

¿Qué le importaba la Clairon a Mario? Lo que quería era ganar los dieciséis mil francos, el rescate de Philippe.

—¿Dónde le encontraré esta noche? —preguntó Sauvaire.

—Aquí mismo, a las diez.

A las ocho, Mario fue a ver a Joséphine. La joven notó que sus manos ardían.

—¿Qué tienes? —le preguntó, inquieta.

—No me preguntes nada —respondió—. Philippe quedará libre y nosotros seremos felices.

Fue a su casa, cogió cien francos que había ahorrado con gran esfuerzo, y marchó para reunirse con Sauvaire. A las diez estaban juntos en el casino Corneille.

**A**ntes de relatar el nuevo episodio de este drama, antes de describir el sufrimiento de Mario causado por las angustias del juego, es necesario explicar los motivos por los cuales se han multiplicado los garitos en Marsella. El que escribe estas líneas, quisiera poder mostrar, en toda su repugnante desnudez, la plaga devoradora que corroe una de las más ricas y animadas ciudades de Francia.

Es preciso señalar que la pasión del juego invade, sobre todo, los grandes centros comerciales. Cuando una población entera se halla entregada a desenfundadas especulaciones, cuando en todas las clases sociales se trafica de la mañana a la noche, es casi imposible que ese pueblo de comerciantes no se entregue a la delirante pasión del juego. Este se convierte, entonces, en una especulación más; se especula sobre la casualidad, y así la noche pasa a ser una continuación de las actividades del día; durante el día, los traficantes han tratado de aumentar su capital vendiendo cualquier cosa; por la noche hacen lo mismo, arriesgándolo en la mesa de juego. Si es cierto que el comercio es, con frecuencia, un juego, pueden imaginarse con qué facilidad los comerciantes se hallan en su propio ambiente, al cambiar el despacho por el garito.

Por otra parte, la fiebre comercial es contagiosa. En Marsella, al ver que grandes capitales han sido acumulados en pocos años, no hay joven que no sueñe con una suerte análoga. Todos quieren participar en los negocios; la ciudad entera es una enorme banca en la que todos viven para ganar dinero. Sólo se oye hablar de él, tanto en el puerto como en toda la ciudad y en cualquier momento puede uno imaginarse que se halla en un inmenso despacho, donde todas las conversaciones se reducen a cifras.

Lo importante es convertir los diez francos que se llevan en el bolsillo, en veinte, treinta o cuarenta. Los que manejan grandes capitales, juegan en la Bolsa, compran y venden. Los pobres, que sólo poseen algunos francos, tienen el recurso del juego, ya que, como no poseen lo suficiente como para arriesgarse en grandes empresas, tienen que tentar a la suerte; es un medio de enriquecerse o de arruinarse que está al alcance de todos, un medio fácil y rápido, una extraña transacción llena de ardientes emociones.

El jugador es como un especulador que vive en una sola noche toda una existencia llena de alternativas terribles, que experimenta las angustias, las esperanzas y los desfallecimientos que produce la suerte. En una ciudad como Marsella, donde el dinero es el que manda, donde la población se halla seducida por una violenta fiebre comercial, el juego llega a ser una necesidad, una banca abierta para todos, donde el rico puede arriesgar su oro y el pobre su calderilla.

A todo esto puede añadirse que los ricos, los que remueven el oro a paletadas, los que ganan en un solo día enormes cantidades, no le tienen mucho apego al dinero, que tan fácilmente amontonan. Un obrero mira con respeto la moneda que le entregan

por la noche; para ganarla, ha dado parte de su sangre y de su sudor; representa para él un gran esfuerzo, largas horas de fatiga, y le es indispensable para vivir. Pero a un comerciante, a un especulador que, sentado tranquilamente en su despacho se encuentra por la noche con una ganancia de varios centenares de francos, no le importa dejar caer algunas monedas de veinte francos, cuando se guarda en su bolsillo la recaudación. Sabe que, con toda seguridad, al día siguiente ganará otro tanto, y todavía es joven, quiere disfrutar de la vida; como se pasó el día encerrado entre cuatro paredes, por la noche necesita placeres ruidosos, emociones fuertes. Entonces tira su dinero en los restaurantes, en los cafés, en los garitos; gasta aquel dinero con la misma facilidad que lo ganó.

Una ciudad comercial es, por lo tanto, forzosamente jugadora y licenciosa. En medio de aquel gran río de riquezas, de aquel ardiente soplo del tráfico que penetra en todas las casas, hay horas de locura, necesidad imperiosa de divertirse. Entonces, esa gente cegada por el brillo del oro, se lanza al libertinaje del mismo modo que se había lanzado a los negocios. La fiebre sacude a toda la ciudad, a pequeños y a grandes, a ricos y a pobres; todos ansían ganar o perder, hasta el millón o hasta la ruina.

Es, pues, comprensible que existan garitos en Marsella, y casi podría decirse que necesario. Últimamente había más de cien, y su número aumenta constantemente. La policía se ve desbordada por el furor de los jugadores. Si descubren y clausuran una casa de juego, otras dos se abren en lugar de aquélla. Para cortar el mal de raíz, sería preciso hacer desaparecer, primero, la fiebre que agita a toda la población. Y en mi opinión, el mal no tiene remedio; se puede matar al hombre, pero no se matan sus pasiones.

La policía, que tiene posibilidad de actuar sobre los garitos y cierra cuantos puede descubrir, es casi impotente en los casinos, que bajo otra apariencia se transforman, a veces, en verdaderas casas de juego. Los jugadores exprimen su imaginación para poder satisfacer sus pasiones; tratan de poner la ley de su parte. No pretendo atacar a ciertos casinos honrados de Marsella; quiero solamente desenmascarar algunos casinos realmente vergonzosos, frecuentados por fulleros y manchados a veces por la sangre de un suicidio.

Veamos cómo se forma un casino. Algunas personas piden autorización para reunirse por la noche, en determinado local, para conversar, beber y participar en los juegos permitidos.

Cada socio debe contribuir con una cuota, y está prohibido introducir a extraños, es decir, tener mesa de juego abierta a cualquiera que se presente. Sin embargo, lo que sucede es lo siguiente: al cabo de algunos meses, los socios ni hablan ni beben, sino que se pasan las noches enteras jugando; al principio, las apuestas son reducidas, pero lentamente van aumentando de manera que es posible arruinarse en pocas noches; los estatutos han dejado de respetarse a rajatabla, de modo que entra el que quiere, y hay más extraños que socios en el casino; incluso las mujeres son admitidas,

y rápidamente se presentan los tahúres, para despojar a los jugadores novatos; esto continúa hasta que la policía clausura el casino. Dos meses después vuelve a abrirse, empieza nuevamente la farsa y tiene el mismo desenlace.

Ésta es una de las peores lacras de Marsella, que empeora a medida que pasa el tiempo; los casinos tienden a ser garitos, abismos donde desaparecen la fortuna y el honor de los imprudentes. Una vez experimentado el ansioso placer del juego, las demás diversiones parecen insípidas. Cada semana tiene lugar algún hecho desagradable, y una nueva queja se presenta a la autoridad.

Muchas veces se trata de comerciantes que se arruinan y luego comprometen los capitales confiados a su buen nombre; suspenden los pagos, se declaran en quiebra, y arrastran consigo a la ruina a quienes han tenido fe en su honradez.

Otras veces son modestos empleados, con afán de lujo y de libertinaje que sus sueldos no pueden satisfacer. Observan a su alrededor el tren de vida que llevan los ricos, con sus queridas y sus desenfrenados y ruinosos placeres, y se despierta en ellos la envidia, que les impulsa a desear aquella misma existencia. Primero juegan el poco dinero que les pertenece, y, si la suerte no les favorece, roban el dinero de sus amos. Hace poco relataban una historia muy representativa: un empleado, al cual su jefe le había entregado algunos miles de francos para pagar en la aduana los derechos de ciertas mercancías, fue por la noche a un casino y allí perdió el dinero que le habían confiado. El empleado era, en realidad, un buen muchacho, y aquello había sido tan sólo un instante de locura, una mala tentación. Su patrón le amenazó con denunciarle. Cuando se enteraron de ello, los socios del casino se reunieron y devolvieron la cantidad que el joven había perdido en la mesa de juego. Después de efectuado el pago, el empleado firmó una letra al cajero del casino, que jamás persiguió al pobre empleado, a pesar de que éste nunca pudo pagársela.

Este rasgo de los jugadores, ¿no es en sí mismo una confesión?

Todos ellos se sintieron solidarios del abuso cometido, y echaron tierra al asunto para que la justicia no fuera a estorbarlos.

En ese mundo de locura, entre aquellos apasionados jugadores, introdujo Sauvairé a Mario.

**C**l casino Corneille era uno de esos garitos autorizados, de los que hablábamos en el capítulo anterior. En principio, debía estar compuesto únicamente de socios admitidos por mayoría de votos, que abonaban una cuota de veinticinco francos, pero, en realidad, cualquiera podía entrar y jugar. Para salvar las apariencias, al principio escribían en un espejo el nombre de los recién llegados, o exigían a los desconocidos una tarjeta de presentación, hecha por alguno de los socios. Luego fueron descuidadas estas precauciones y entraban aquellos que querían.

Sauvaire era, indudablemente, un hombre honrado, incapaz de cometer una mala acción, pero sus ansias de placeres le había hecho contraer amistades peligrosas. Decía, francamente, que le gustaba más vivir con pillos que con gente honrada, pues ésta le aburría, mientras que aquéllos le hacían reír. Buscaba instintivamente las malas compañías, con las cuales podía desahogarse a gusto y divertirse a su manera, es decir, armando grandes escándalos. Bajo su aire bonachón, ocultaba una astucia y una prudencia realmente sorprendentes; para no comprometerse, jugaba poco y se alejaba en cuanto se veía en peligro, por pequeño que éste fuese. No ignoraba qué clase de gentuza era la que concurría asiduamente al casino Corneille; pero él acudía allí porque encontraba mujeres fáciles y podía satisfacer sus ansias de plebeyo enriquecido.

Después de subir una angosta escalera, Sauvaire y Mario llegaron al primer piso, a un espacioso salón donde había unas veinte mesitas de mármol. A lo largo de las paredes estaban colocados unos divanes de terciopelo rojo y, en el centro, varias sillas de estilo Victoriano; el aspecto del local era el de un café. En el fondo se veía una gran mesa, cubierta de paño verde, y encima, unos galones encarnados formaban dos cuadros; entre ellos se hallaba un cestito, en el cual se echaban los naipes que habían servido. Aquella mesa, rodeada de asientos, era la de juego.

Mario, al entrar, echó una mirada de asombro al salón. Se estaba ahogando, como si acabara de caerse al agua. Tenía la impresión de haber entrado en una caverna, donde las fieras iban a devorarlo. El corazón le latía apresuradamente y se sentía bañado por un sudor frío. Una timidez con mezcla de repugnancia le había dejado inmóvil, torpe, como cortado.

En aquel momento no había casi nadie; tan sólo algunos hombres que estaban bebiendo y dos mujeres que hablaban animadamente en voz baja. Todavía no habían encendido las luces de gas, destinadas a iluminar la mesa de juego.

—¿Qué quiere usted tomar? —preguntó Sauvaire a Mario.

—Lo que quiera —respondió maquinalmente el joven, mirando la mesa de juego con temerosa curiosidad.

El maestro ordenó que les trajeran cerveza. Se acomodó en un diván y encendió un cigarro.

—Allí está Clairon y su amiga Isnarde —exclamó de pronto, advirtiendo la presencia de las dos rameras que hablaban en un rincón. Y añadió—: Mire qué encanto de mujeres; si quisiera usted una preciosidad como ésas para consolarse de sus pesares...

Mario las miró. Clairon llevaba un traje viejo de terciopelo negro, manchado y gastado; era pequeña, morena y con un aspecto ajado; su rostro, pálido y salpicado de pecas amarillas, tenía una expresión de cansancio que daba pena. Isnarde era alta, seca, y parecía aún más vieja y gastada; su cuerpo, semejante a un esqueleto, amenazaba agujerear en los hombros el traje de seda desteñida que llevaba. Mario no concebía la apasionada admiración de Sauvaire por aquellas criaturas; volvió la cabeza con disgusto. Se imaginaba el rostro lozano de Joséphine y le avergonzaba encontrarse en semejante lugar.

Las muchachas, cuya atención había llamado la voz de Sauvaire, se echaron a reír.

—Son chicas avispadas —murmuró el maestro—; es imposible aburrirse con ellas... ¿Quiere que esta noche las llevemos con nosotros?

—¿Pero no hay juego? —preguntó Mario, con impaciencia.

—¡Vaya prisa que tiene! Habrá juego, por supuesto, y durará hasta mañana, si usted quiere.

Poco a poco fueron llegando los concurrentes habituales. Un mozo encendió el gas, y varios hombres fueron a sentarse a la mesa de juego. Las rameras se pusieron a recorrer el salón, dirigiendo sonrisas a los hombres que conocían; acabaron por sentarse cerca del banquero que tenía la baraja, esperando, sin duda, conseguir algunas piezas de veinte francos.

Sauvaire se acercó a los jugadores.

Mario permaneció un instante de pie, estudiando el juego. Se inclinó luego hacia su compañero, y le dijo:

—Explíqueme, por favor, cómo se hace eso.

El maestro se rió mucho ante la ignorancia del joven, y respondió:

—Amigo, es muy sencillo. Siéntese, y coloque su apuesta en uno de esos cuadros. Ahora, mire: el banquero utiliza dos barajas de diferentes colores, cada una de cincuenta y dos naipes; da dos para cada cuadro y él se queda con otras dos. Los dieces y las figuras no valen; el punto más elevado es el nueve, y todo consiste en acercarse cuanto sea posible a ese punto... Si tiene más que el banquero, ha ganado usted; si tiene menos, ha perdido... Eso es todo.

—Pero —dijo Mario— veo jugadores que piden un naipe.

—Sí, es lícito pedir un naipe para mejorar el juego..., a veces sale peor... Yo le aconsejo que se quede siempre en el seis; es un bonito punto.

—¿Usted no juega?

—Yo, no, por cierto; prefiero divertirme con Clairon.

Y se fue a rondar cerca de la morena.

—Señores, hagan juego —dijo el banquero.

Mario colocó, estremeciéndose, cincuenta francos en la mesa. Había resuelto arriesgar sus cien francos en dos golpes.

—No va más —dijo el banquero.

Dio los naipes. Mario debía levantarlos, y así lo hizo con aire atontado. Los miró: tenía cinco. Descubrieron el juego. El banquero tenía tres. Un murmullo de asombro corrió alrededor de la mesa. Mario había ganado.

Desde aquel momento, el joven vivió como en sueños. Permaneció allí durante más de cinco horas, abatido, aturdido, como adormecido por la monotonía del juego, ganando casi siempre y perdiendo sólo para ganar más. Jugaba con un atrevimiento realmente temerario, y contra todas las probabilidades, volvió a ganar.

A su lado se hallaba un hombre anciano, que le miraba con envidia y estupefacción. Acabó por preguntarle, en voz muy baja:

—Señor, ¿puede usted decirme cuál es su mascota?

Mario no le entendió. Entre los jugadores provenzales, la mascota es una especie de talismán contra la mala suerte.

El viejo pareció ofenderse por el silencio de Mario.

—No creo haber sido indiscreto —volvió a decir—, tenía curiosidad por saber lo que le proporcionaba esta racha; yo no la tengo en secreto, ésta es mi mascota.

Enseñó el interior de su sombrero, donde había una imagen de la Virgen.

Sauvaire, maravillado por la suerte de su compañero, se colocó detrás de su silla. Clairon e Isnarde le habían seguido y se apoyaban familiarmente en el respaldo de la silla de Mario. Al igual que las aves de rapiña, acudían atraídas por el olor del oro.

Dieron las cinco. Los jugadores habían ido retirándose uno tras otro. Mario acabó por encontrarse solo. Delante de él estaba su ganancia: diez mil francos.

Habría seguido jugando, pues necesitaba cinco mil francos más para reunir la cantidad necesaria, pero no quedaba nadie. Sin embargo, sentado delante de una mesa que había cerca de él, descubrió a un hombre, que se había pasado la noche mirando el juego sin participar en él.

—Señor —dijo el desconocido, dirigiéndose a Mario—, ¿quiere jugar conmigo una partida de descarte?

Mario iba a aceptar, pero Sauvaire, que no le había abandonado, le cogió por el brazo y le dijo en voz baja:

—No lo haga.

El joven interrogó a su compañero con la mirada.

—No juegue —repitió—, si quiere conservar lo que ha ganado. Por el cielo, rehúse usted y vayámonos aprisa..., luego me lo agradecerá.

Al ver que Mario vacilaba, el maestro respondió en su nombre:

—No, *monsieur* Félix; mi amigo está muy cansado... Hasta la vista.

Félix pareció quedarse disgustado; lanzó a Sauvaire una mirada que aparentaba decir: «¿Por qué se entremete usted?».

El maestro no había soltado al joven. Cuando ya estuvieron en la calle, éste preguntó:

—¿Por qué no me ha dejado jugar?

—Porque no quise que aquel caballero le quitase los diez mil francos que ha ganado usted.

—¿Es un tahúr, entonces?

—Eso, no.

—Pues le hubiera ganado.

—Nada de eso; hubiera perdido... Los cálculos de *monsieur* Félix son exactos... He aquí su procedimiento. No juega en toda la noche. A última hora, cuando los jugadores ya están rendidos, atontados, invita a uno de ellos a una partida de descarte. Es un juego en el que se necesita inteligencia, sangre fría. Félix es prudente y tiene la cabeza descansada; su adversario, en cambio, está ofuscado, no ve los naipes, y en pocas jugadas acaba desplumado.

—Ahora comprendo, y se lo agradezco.

—El tal Félix ha ganado mucho dinero con este sistema, que practica todas las noches.

Mario iba a despedirse, cuando sintió un brazo que se apoyaba en el suyo. Se volvió y reconoció a Isnarde. Clairon acababa de tomar el brazo de Sauvair. Las dos mujeres los habían esperado, con la intención de atrapar algo de la importante cantidad que llevaba Mario. Les parecía un necio fácil de engañar.

Isnarde dijo, en tono de mofa:

—Señores, ¿ya se van a acostar?

Mario retiró el brazo con una repugnancia que no trató de ocultar.

—¿Quieren que les pague el desayuno, guapas? —preguntó Sauvair—. No tengo inconveniente, siempre que sean muy divertidas. ¿Viene con nosotros, Mario?

—No puede ser.

—No quiere —dijo Clairon—. Es una lástima; nos habría pagado el champaña; es un deber.

Mario sacó algunas monedas de oro, y las repartió entre Clairon e Isnarde; luego dijo:

—Hasta la noche, Sauvair.

El maestro respondió:

—Hasta la noche.

El joven se dirigió inmediatamente a su casa, se acostó y durmió sin interrupción hasta las dos de la tarde.

Al abrir los ojos, vio sobre la cómoda el dinero y se asustó. Tuvo miedo de haberse convertido en un jugador, pues su primer pensamiento, al despertar, fue volver al garito. Iba repitiendo:

—No es cierto, no estoy atrapado por ese vicio, no puedo haberme hecho un jugador de la noche a la mañana; juego por Philippe, no por mí.

Pero no se atrevió a dirigirse más preguntas. Luego se acordó de Joséphine, y tuvo que hacer un esfuerzo para no romper en sollozos. Pensó que como ya tenía diez mil francos, no había necesidad de volver al garito; conseguiría fácilmente otros cinco mil y no arriesgaría lo que ya había ganado.

Se vistió y bajó a la calle. Su cabeza estallaba. Tampoco pensó en ir a su despacho; entró en un restaurante y no pudo comer. Todo daba vueltas en su cabeza, y por momentos se ahogaba, como si de pronto le faltase el aire.

Cuando llegó la noche, maquinalmente, paso a paso, se dirigió al casino Corneille.

**A**l penetrar en el salón, Mario vio a Sauvaire, sentado ante una mesa, entre Clairon e Isnarde. El maestro no se había separado de las dos rameras desde la mañana. Se levantó y fue a estrechar la mano al joven.

—Amigo —le dijo—, no sabe lo que se ha perdido por no venir con nosotros...; nos hemos divertido como locos. ¡Esas muchachas tienen una gracia! Harían reír hasta a las piedras... Así me gustan a mí las mujeres.

Arrastró a Mario hacia la mesa donde Clairon e Isnarde bebían cerveza. El joven se sentó de mala gana.

—Señor —dijo Isnarde—, ¿quiere que me asocie con usted esta noche?

—No —respondió secamente.

—Hace bien en negarse —gritó Sauvaire—. Quieres hacerle perder, querida..., ya conoces el refrán: «Desgraciado en el juego, afortunado en el amor».

Y añadió en voz baja, dirigiéndose a su compañero:

—¿Por qué no la acepta por querida? ¿No ha visto cómo le mira?

Mario, sin responder, se levantó y fue a sentarse ante la mesa de juego. Se estaba organizando una partida, y él se sentía ansioso por experimentar las emociones de la víspera.

Quiso seguir la misma táctica. Colocó cincuenta francos en la mesa y perdió; puso cincuenta más, y los perdió también; y así cinco veces más.

Sauvaire, que seguía el juego, le dijo a media voz:

—No juegue esta noche; perderá todo lo que ganó ayer.

El joven no hizo caso de aquel consejo. En una hora había perdido cuatro mil francos.

Sauvaire, que no le perdía de vista, le recomendó:

—El banquero se retira. Ocupe su puesto; tal vez cambie la suerte.

Así lo hizo Mario, y la partida se reanudó.

El joven perdió dos veces seguidas.

El maestro le dijo en voz baja:

—Le están robando.

—¿Cómo?

—Levanta los naipes al darlos; los que juegan los ven pasar y conocen su juego.

En efecto, tuvo en cuenta la advertencia y ganó una buena cantidad; luego volvió a perder. Llegó a establecerse un cierto equilibrio entre las ganancias y las pérdidas.

Sauvaire rondaba próximo a la mesa, para evitar que le robasen a su amigo. Éste tenía delante a un muchacho muy joven, que jugaba poco dinero, pero que, sin embargo, ya debía haber ganado bastante; siempre que perdía, sólo apostaba cinco francos, pagaba en moneda fraccionaria y se guardaba la de cinco francos, pues decía que era una mascota.

El maestro le miraba con desconfianza. Observó finalmente que escondía una moneda de oro de veinte francos bajo la de cinco, que era de plata; cuando ganaba, enseñaba las dos y guardaba los veinticinco francos; cuando perdía, dejaba la pieza de oro oculta bajo la de plata, y a Mario le entregaba sólo cinco francos. Este procedimiento es muy frecuente en los garitos de Marsella.

—Espera, espera —murmuró Sauvaire—; ahora te cogeré.

A la baza siguiente, Mario ganó. El fullero se preparaba para darle sólo los cinco francos, cuando Sauvaire, alargando la mano, separó la moneda de cinco francos y descubrió la de oro, que estaba debajo.

—Señor —le dijo—, hace usted trampas. ¡Fuera de aquí!

El tramposo no se inmutó.

—¿Por qué se mete usted en esto? —dijo, con insolencia.

Dejó sobre la mesa los veinticinco francos, se levantó, dio una vuelta y se retiró muy tranquilo. Los jugadores se contentaron con refunfuñar.

Mario palideció. Por lo visto, había caído muy bajo, estaba jugando con ladrones. A partir de aquel momento no hizo más que cometer enormes fallos; perdía continuamente, y casi se sentía satisfecho de ello. El dinero le quemaba las manos; deseaba terminar y marcharse con los bolsillos vacíos.

Ya no le quedaban delante más que doscientos o trescientos francos. A su lado se hallaba un joven que, al perder, se ponía cada vez más pálido y hosco. En un principio había tenido, delante de él, una mediana cantidad, pero iban disminuyendo de su montón las monedas de oro, a las que seguía desesperadamente con la mirada.

Mario le había oído, varias veces, pronunciar palabras de angustia, y comprendió que el joven vivía un drama espantoso.

La última baza acabó de despojar a su vecino, el cual permaneció inmóvil, con el rostro contraído. Luego sacó del bolsillo una pistola, se metió el cañón en la boca y disparó. Se oyó el estampido, saltó la sangre, y unas gruesas gotas salpicaron las manos de Mario.

Todos los jugadores se habían levantado despavoridos. El cadáver cayó sobre la mesa, con los brazos doblados y la cabeza colgando.

Después de haberle atravesado el cuello, la bala había salido por la derecha, debajo de la oreja; allí podía verse un agujero, del cual salía un chorro de sangre. Se formó un charco sobre el tapete verde, que iba mojando los naipes abandonados.

—¿Conocen a ese desgraciado? —preguntó un jugador.

—Según creo, era un cobrador de la casa Lambert y Cía.

—Su familia es honrada. Aún no hace seis meses, su hermano compró un bufete de procurador.

—Se habrá apropiado de alguna cantidad importante, y como la ha perdido, se mató.

—De todos modos, podía haberse matado en otra parte. Antes de veinte minutos llegará la policía y cerrará el casino.

—Esas gentes que tienen la manía de matarse son terribles. Aquí estábamos bien, jugábamos sin molestias. Ahora, hay que irse a otro lugar.

—¿Han ido a avisar al comisario?

—Sí.

—Yo me largo.

La fuga fue general. Los jugadores tomaron sus sombreros y se deslizaron prudentemente por la escalera.

Mario había permanecido al lado del cadáver. Tenía los cabellos erizados, y un atisbo de locura aparecía en su mirada. En la mano sostenía aún la baraja. De repente, la tiró, sacudió sus manos teñidas de la sangre del suicida y huyó precipitadamente, lanzando un grito ronco.

Ni siquiera recogió los pocos centenares de francos que le quedaban.

En el salón permanecían únicamente las dos rameras con el muerto. Sauvairé había sido uno de los primeros en escabullirse.

Cuando las dos se quedaron solas, Isnarde dijo, refiriéndose al dinero abandonado:

—Podemos dividirlo entre nosotras.

—Sí, desde luego; ¿por qué se lo ha de llevar la policía?

Las monedas manchadas de sangre desaparecieron en sus bolsillos. Luego se secaron los dedos con sus pañuelos y escaparon a toda prisa.

Mario atravesaba las calles silenciosas y desiertas, como un demente. Tenía la impresión de que la sangre que había salpicado sus manos le quemaba, y experimentaba un verdadero dolor físico. Quería sumergirlas en el mar, pues así esperaba aliviar aquel sufrimiento.

Por momentos se le ocurría que él mismo había matado al desgraciado suicida, para quitarle los quince mil francos del rescate, y le parecía oír los pasos de los guardias que le seguían.

Así llegó hasta la place des Oeufs. Entonces pensó que Joséphine, acostumbraba madrugar y tal vez estuviera ya en su puesto. ¿Qué pensaría al verle manchado de sangre? Le preguntaría y él ni siquiera podría contestarle, pues las ideas se le confundían terriblemente en la cabeza. Lo único cierto era que le quemaban las manos.

Descendió por las calles que conducen al puerto.

Por fin distinguió las negras moles de los barcos. Corrió por los lisos y blancos adoquines, y al no encontrar un solo bote, tuvo la delirante idea de echarse al agua para calmar el dolor de sus imaginarias quemaduras.

Pero acabó por descubrir un barquichuelo amarrado al muelle. Se echó de bruces dentro de él y, sumergió las manos y los brazos en el agua.

Dejó escapar un profundo suspiro de alivio. La frescura del agua era como un bálsamo para su estado febril; las olas lavaban las manchas de sangre que tan dolorosamente le quemaban.

Permaneció largo rato en esta posición olvidado de todo, sin saber por qué estaba allí. Por momentos, sacaba sus brazos del agua y se frotaba las manos con furor, las miraba y volvía a frotarlas. Aún le parecía ver sobre la piel enormes manchas rojas. Luego sumergía otra vez los brazos, agitando blandamente el agua, y disfrutaba con el frío que le penetraba y le producía estremecimientos.

Transcurrió una hora, y todavía estaba allí, pensando que nunca habría bastante agua en el mar para lavar sus manos.

Sin embargo, poco a poco se calmaron sus atropelladas ideas; experimentó cierta pesadez en la cabeza. Tuvo la sensación de que su cabeza estaba vacía. Sentía que un frío estremecimiento recorría todos sus miembros. Maquinalmente, paso a paso, llegó a la rue Sainte, sin pensar en nada. Ya no sabía de dónde venía ni lo que había hecho. Se acostó y fue invadido por una altísima fiebre.

**M**ario estuvo en cama durante tres semanas, presa de un violento delirio. Sufrió una lesión cerebral aguda, que comprometió gravemente su vida. Su juventud y los tiernos cuidados de que fue objeto le salvaron.

Una tarde, hacia el crepúsculo, abrió los ojos, teniendo ya la cabeza despejada. Le pareció que surgía de una noche profunda. Tal era su debilidad que no sentía su cuerpo; pero le había desaparecido la fiebre, y su pensamiento empezaba a esclarecerse, aunque algo vacilante.

Las cortinas de la cama se hallaban corridas. Una tenue luz se filtraba a través del blanco lienzo. El cuarto, silencioso, estaba ligeramente perfumado. Se incorporó, y vio deslizarse una sombra detrás de la cortina.

—¿Quién está ahí? —dijo, con voz sumamente débil.

Una mano apartó las cortinas con lentitud, y Joséphine, al ver a Mario incorporado, exclamó con alegría:

—¡Alabado sea Dios! Estás salvado.

Y se puso a llorar. El enfermo lo comprendió todo enseguida. Alargó sus manos enflaquecidas hacia la joven.

—Gracias —le dijo—. Yo sabía que estabas ahí... Creo haber tenido un horrible sueño; ahora lo recuerdo; en medio de ese sueño te veía inclinada, mirándome como una madre amorosa. He estado muy enfermo, ¿no es cierto?

—Ya se acabó. No pensemos más en cosas tristes —dijo la florista—. ¿A dónde habías ido? Las mangas de tu levita estaban todas mojadas.

Mario se pasó la mano por la frente.

—¡Ya recuerdo! —exclamó—. Es una cosa horrible.

Refirió entonces a Joséphine la historia de las dos noches de juego, y terminó diciendo:

—Recibí una lección terrible, que me curó para siempre de tan repugnante pasión, pues creí haberme convertido en un jugador.

Se detuvo, y luego preguntó, inquieto:

—¿Cuánto tiempo he estado enfermo?

—Unas tres semanas —respondió ella.

—¡Ay! ¡Tres semanas perdidas! No faltan más que veinte días.

—No te preocupes; piensa sólo en recuperar las fuerzas.

—¿Ha preguntado por mí *monsieur* Martelly?

—He ido yo a verle; todo está arreglado. Ahora no queda otro remedio que pedirle prestado el dinero a *monsieur* Martelly; por ahí debíamos haber empezado... Todo irá bien... Ahora duerme, y basta de hablar; el doctor lo ha prohibido.

La convalecencia adelantaba rápidamente.

Al cabo de ocho días, Mario daba un paseo con Joséphine por el *boulevard* Bonaparte.

Al día siguiente, el joven quería ir ya a su despacho, y Joséphine tuvo que enfadarse para que descansara unos días más. Ansiaba ver al armador y sondear el terreno.

Pasaron, pues, un par de días. Mario volvió a su obligación, y Martelly lo recibió con paternal cariño. El joven se avergonzaba, pensando que muy pronto le pediría un préstamo importante. El buen armador le miraba sonriendo.

—He visto a *mademoiselle* Joséphine —le dijo—; es una persona muy simpática, y de gran corazón... Debe usted quererla mucho, amigo mío.

El despacho en que trabajaba Mario estaba frente a las habitaciones del armador. A veces, los visitantes se equivocaban y llamaban a su puerta. Aquella misma mañana, oyó dos golpecitos y gritó:

—¡Adelante!

Se presentó un hombre cubierto con un gran levitón negro. Tenía el rostro rasurado, se movía con lentitud y adoptaba unos ademanes humildes y recelosos.

—¿*Mademoiselle* Claire? —preguntó.

Mario, entretenido en examinarle, no le respondía; pensaba dónde había visto anteriormente a aquel devoto personaje.

El hombre, vacilando, acabó por sacar de uno de sus bolsillos un devocionario encerrado en un estuche.

—Le traigo —dijo, con voz aflautada— un devocionario que olvidó ayer por la noche en mi confesonario.

Mario seguía preguntándose a sí mismo: «¿Dónde he visto yo esa cara de gazmoño?».

El hombre adivinó el pensamiento del joven y dijo:

—Soy macero en la iglesia de Saint Victor.

Estas palabras fueron un rayo de luz para el joven. Recordó haber visto al individuo en la sacristía, un día que fue a buscar al padre Chastanier. Un extraño presentimiento le hizo preguntar:

—¿Es *monsieur* Donadéi quien os envía?

—Sí, señor.

—¡Bueno! Yo mismo entregaré el devocionario a *mademoiselle* Claire.

—Es que el padre me encargó expresamente que lo entregara a la propia señorita.

—Le será entregado enseguida. Tal vez aún no esté levantada, y la molestaría usted ahora.

—¿Promete, pues, entregarlo puntualmente?

—Desde luego.

—Dígale que ayer el padre Donadéi encontró este libro en su confesonario y que me encargó devolvérselo... El padre ofrece sus respetos a la señorita.

—Se lo diré, pierda cuidado.

El macero depositó el libro encima del escritorio, y se retiró, después de hacer una profunda reverencia. Había llegado a la puerta y aún parecía vacilar.

Cuando por fin se hubo marchado, Mario se sorprendió, al pensar en el empeño de aquel hombre de llegar hasta *mademoiselle* Claire. Recordó los elogios que había dedicado Donadéi a la joven hermana de Martelly. Miraba el devocionario, reflexionando.

Con un movimiento casi involuntario, sacó el libro de su estuche. Era uno de esos tomos casi cuadrados, con adornos de plata. En la tapa estaban las iniciales de la joven.

Mario examinaba el libro, dándole vueltas entre sus manos, cuando de pronto vio un delgado papelito que salía de entre las apretadas hojas. Abrió el devocionario y encontró un papel doblado en cuatro partes.

Era de color rosa y de él se desprendía un vago olor a incienso. Mario iba a colocarlo en el lugar que estaba, pero la inicial D y una cruz en relieve le llamó la atención. Lo desdobló y leyó lo siguiente:

«Alma querida, usted, cuya salvación me ha confiado el Señor, escuche, se lo ruego, el proyecto que he formado para vuestra eterna ventura. No me atreví a comunicarle ese proyecto de viva voz, porque temía ceder demasiado a las emociones dulcísimas que en mí despierta su santidad.

»No puede usted permanecer en la casa de su hermano; es un lugar de perdición. Martelly está entregado al culto abominable de los ídolos modernos. Venga, véngase conmigo. Iremos a un lugar solitario y la entregaré en las manos de Dios.

»Tal vez mis lágrimas, mis estremecimientos, le hayan revelado ya el secreto de mi corazón. La amo, al igual que la Santa Iglesia, nuestra madre, ama a las almas puras que a ella se entregan. Todas las noches sueño con usted, la veo enlazada a mí en un abrazo celestial, y los dos subimos al cielo cambiando besos angelicales.

»No se resista al llamamiento de Dios. Venga, venga. Hay una religión superior, que nosotros no revelamos al vulgo; esta religión encadena a las criaturas por parejas; hace esposos y no mártires.

»Acuérdese de nuestras conversaciones, piense que la amo y venga. La aguardo en mi casa; tendré dispuesta una silla de postas en una calle próxima».

Mario quedó aturdido después de tal lectura. El padre Donadéi proponía a *mademoiselle* Claire nada menos que una fuga. En efecto, en su carta dominaba una niebla de incienso, un misticismo libertino y nebuloso, que ocultaba el sentido brutal de su pensamiento bajo la dulzura devota de las palabras; la idea estaba parafraseada, diluida en ese estilo barroco de que se valen algunos; pero Donadéi había sido incapaz de encontrar un velo religioso para hablar de la silla de postas, y su hipócrita epístola terminaba vulgarmente con un ofrecimiento chabacano, sobre el cual no era posible engañarse. Debía ser, realmente, un violento deseo el que había arrebatado al elegante cura, para hacerle olvidar la recelosa prudencia que le guiaba en todos sus actos.

Mario leyó y releyó la carta pensando en lo que debía hacer. Estaba escandalizado, irritado.

Ignoraba lo que ya pudiese haber sucedido, no sabía lo que pensaba *mademoiselle* Claire y temía que Donadéi, amparado en las sombras del confesonario, hubiese logrado turbar el corazón de la joven. Quería saber, antes de herir al cura, si tal vez perjudicaría a la víctima. Por nada del mundo se habría arriesgado a provocar un escándalo, que probablemente acabaría con *monsieur* Martelly.

Resolvió castigar al padre de un modo particular, si era él el único que merecía ser castigado. Cogió el devocionario y se dirigió a la habitación de *mademoiselle* Claire, temiendo sorprender en su rostro una emoción acusadora.

**M**ademoiselle Claire Martelly era una joven esbelta y hermosa, de veintitrés años, que por diversas circunstancias se había hecho muy devota. Iba a contraer enlace con un primo suyo, que tuvo la desgracia de perecer ahogado en Eudoume, en una partida campestre. La desesperación le hizo acercarse a Dios, y poco a poco, experimentó tal consuelo frecuentando las iglesias, que su dolor había llegado a adormecerse.

No era exactamente la clásica devota; poseía un alma dulce y contemplativa; la religión la había consolado y ella se mostraba agradecida. Quizá fuera posible que algún día volviera a sentir placer por las alegrías del mundo; mientras tanto, permanecía casi recluida, disfrutando serenamente de moderadas distracciones. Su hermano, librepensador y republicano, la dejaba vivir a su manera; empleaba su autoridad de jefe de familia únicamente en el cuidado de sus intereses y en asegurarle una posición independiente.

Mario la encontró en una sala donde habitualmente trabajaba, confeccionando ropitas para niños, que solía regalar a mujeres necesitadas. La joven conocía a Mario y le trataba afectuosamente, como a un amigo de la familia. Con frecuencia Martelly le había llevado a una finca que poseía en las cercanías de Estaque, y allí, Mario y Claire llegaron incluso a ser buenos amigos.

La bella joven, al ver entrar al empleado, se levantó, y le tendió la mano.

—¿Es usted, Mario? —dijo alegremente—. Veo que ya está curado; el cielo ha escuchado mis plegarias.

El joven se sintió conmovido ante tan amistosa acogida. Miró a Claire, y la expresión virginal de sus ojos disipó todas sus dudas.

—Se lo agradezco muchísimo —respondió—, pero vengo también para devolverle un devocionario que, según parece, olvidó usted ayer en la iglesia de Saint Victor.

—Es cierto —dijo la joven—; iba a enviar a buscarlo. ¿Y cómo ha ido a parar a sus manos?

—Un macero acaba de traerlo, de parte del padre Donadéi.

Claire tomó tranquilamente el libro, y lo puso encima de un mueble, sin mostrar ninguna emoción. Luego se sentó, y dijo:

—A propósito de sacerdotes; creo que usted conoce a *monsieur* Chastanier.

—Sí —respondió Mario, con sorpresa.

—Es una persona excelente, ¿verdad?

—Un noble corazón, un espíritu profundamente piadoso y honrado.

—Mi hermano lo ha elogiado mucho; pero ya sabe usted que, en cuestiones de religión, no tengo una excesiva confianza en él. Con usted es diferente; ahora estoy segura de que el padre Chastanier es un santo, y desde mañana será mi director espiritual.

—¿Deja usted al padre Donadéi?

—Sí, le dejo. Es muy joven y tiene un espíritu novelesco... Además, me he enterado de cosas muy desagradables.

Claire continuaba tranquilamente su labor, y Mario se retiró, convencido de que, castigando a Donadéi, no perjudicaba a nadie más.

Conservaba la cartita de marras, que podía haber enseñado al obispo, pero no lo hizo así; prefería burlarse personalmente del padre, que le había engañado cruelmente cuando trató de recomendarle el asunto de Philippe. Concibió un plan, pero para llevarlo a cabo necesitaba la ayuda de Sauvaire.

No volvió al despacho después del almuerzo, sino que se dedicó a recorrer todos los cafés, buscando al maestro. Como no lo encontraba, decidió preguntarle a Cadet dónde se hallaba su patrón, o dónde se había escondido.

—No se esconde ni acostumbra hacerlo —dijo Cadet, riendo—. Debe de estar en un restaurante de la «Réserve», y apuesto a que se está esforzando para que le vea todo Marsella.

Mario tomó un pequeño bote de paseo, y antes de que éste atracara en la orilla, ya pudo oír las carcajadas de Sauvaire, que se hallaba sentado a una mesa en la terraza de un restaurante. Aunque no se le viera, Sauvaire hacía lo posible para que se le oyera.

Por consiguiente, Mario le ubicó enseguida. Allí se encontraba el maestro, con Clairon e Isnarde, sus inseparables compañeras; creía parecer más rico si arrastraba consigo a dos mujeres. En aquel momento, aunque no estaba del todo borracho, se hallaba animado por los efectos del alcohol.

Al ver a Mario, gritó:

—¡Adelante, adelante! Volveremos a empezar el almuerzo. Aquí se está muy bien..., es caro, pero todo es bueno y elegante... ¿Qué quiere comer?

—He almorzado hace rato —respondió el joven—, y ahora ya son las tres.

—No importa; siempre se puede comer... Clairon, hija mía, te vas a emborrachar, si sigues bebiendo champaña.

Ya no había qué temer; era cosa hecha.

Sauvaire prosiguió:

—Estas muchachas son muy divertidas; he gastado un dineral con ellas, pero no lo siento.

Mario le dijo en voz baja:

—¿Quiere divertirse mañana por la noche?

—Ya lo creo.

—Tendrá que gastar algunas monedas.

—¡Diablos...! ¿Y será eso muy divertido?

—Mucho. Gastará bien el dinero.

—Entonces, aceptado.

—Todo Marsella conocerá el suceso y hablarán de usted una semana entera.

—Aceptado, aceptado...

—¡Bueno!, pues escuche.

Y le explicó su plan, hablándole al oído. Un momento después, el maestro se echó a reír tan estrepitosamente, que parecía ahogarse. Consideró que era una buena broma.

—Convenido —dijo, cuando Mario hubo terminado su explicación—. Mañana por la noche estaré con Clairon en el baluarte de la Cordelería, a las diez. ¡Será realmente gracioso!

**D**onadéi se había dejado dominar por uno de esos violentos deseos que se manifiestan a veces en las naturalezas astutas y recelosas. Él, que habitualmente se mostraba tan hábil y prudente, acababa de cometer una torpeza. Tuvo plena conciencia de ello cuando ya el macero hubo salido con el devocionario y la carta amorosa. Desde aquel momento, se vio obligado a admitir todas las consecuencias de su audacia. Claire le había despertado unos deseos que quería satisfacer a toda costa. Estaba muy por encima de los sagrados deberes de su profesión; pero él miraba las cosas humanas desde otro punto de vista. Ya había tomado parte en tráficos de dudosa honorabilidad, y tampoco vaciló en cometer una seducción. El hecho en sí, era para él lo menos importante; lo que le preocupaba eran las consecuencias de la seducción.

Durante dos meses trató de atraer a la joven a su casa. Pero luego, cuando ella inocentemente estuvo a punto de satisfacer su deseo, él mismo renunció a tal sistema comprendiendo que semejante intriga no podía llevarse a cabo en el centro de Marsella. Así, poco a poco, quiso arriesgarlo todo, como un verdadero jugador; su pasión, que iba creciendo por momentos, no le dejaba descansar; estaba dispuesto a cambiar su posición influyente por la total dedicación a una mujer; prefería seducir a Claire y huir con ella a Italia.

Donadéi era demasiado astuto e inteligente como para no preparar la retirada. Si la joven hubiese llegado a estorbarle, la habría arrojado a un convento, para recibir de nuevo la gracia de su tío, el cardenal. Una vez que hubo calculado y examinado todo, un rapto le pareció lo más cómodo, el mejor medio y el que menos peligros ofrecía.

Tan sólo temía una cosa: que Claire no acudiese a la cita, que se negara a fugarse con él. Entonces, la cartita se convertiría en un arma terrible; se habría quedado sin la mujer y podía también perder su posición. Pero el deseo le cegaba, y sin darse cuenta del verdadero espíritu candoroso de su hija espiritual, confundía sus manifestaciones de amor a Dios por algo dirigido a él personalmente.

Sin embargo, los temores no dejaban de asaltarle; se arrepentía de haber dado un paso tan definitivo, que ya no le permitía echarse atrás. Se despertaba su natural prudencia, su cobardía. Esperó con paciencia el regreso del macero.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Ya he entregado el libro.

—¿A la señorita?

—Sí. A ella misma.

El macero dio esta respuesta sin vacilar. Por el camino lamentó haber entregado el devocionario al empleado; comprendió que no había cumplido como debía, y, para no ser castigado por el cura, resolvió mentir.

Esto tranquilizó un poco a Donadéi. Pensaba que, en el caso de que la carta hiciera enfadar a la joven, ésta la quemaría. Una simple casualidad, un olvido, había

apresurado un desenlace que buscaba desde hacía mucho tiempo. Ahora no quedaba otra cosa que esperar.

A la mañana siguiente recibió la visita de una dama, cuyo rostro cubierto no pudo distinguir. Ésta le entregó una carta, en la que sólo se leían tres palabras: «Sí, esta noche».

Donadéi, loco de alegría, hizo los preparativos del viaje. La dama era Clairon.

Cuando ésta volvió a reunirse con el maestro, le dijo:

—Es guapo ese cura.

—Mejor —replicó Sauvaire—. Pero no hagas locuras, hija mía; piensa que vas a ganar el paraíso.

A las nueve y media, Clairon y Sauvaire ya estaban en la rue du Petit Atelier. Caminaban despacio, y se detenían a cada paso, como esperando algo.

Clairon llevaba un vestido negro de lana que la cubría completamente. Sauvaire iba disfrazado de mozo de cuerda.

De pronto exclamó:

—Aquí está Mario.

—¿Están preparados? ¿Conocen sus papeles? —preguntó el joven.

—¡Por supuesto! —respondió Sauvaire—. Ya verá cómo representamos la comedia... ¡La broma es estupenda! Me estaré riendo seis meses.

—¡A casa del cura! Le esperamos aquí. ¡Tenga prudencia!

Sauvaire llamó a la puerta de Donadéi, quien abrió ya vestido para el viaje.

—¿Qué quiere? —preguntó el cura, al ver a un hombre.

—Vengo acompañando a una señorita respondió el fingido mozo de cuerda.

—¡Bien! ¡Que entre enseguida!

—No ha querido llegar hasta la puerta.

—¡Ah!

—Me ha dicho: «Comuníqueme a ese caballero que prefiero subir directamente al coche».

—Espere; tengo que recoger algunas cosas.

—La señorita tiene miedo; está sola esperando.

—Entonces, corra y dígame que si el coche está ya en la esquina de la rue des Tyrannes..., que suba. Estaré allí dentro de cinco minutos.

Donadéi cerró apresuradamente la puerta, y Sauvaire se rió para sus adentros. La situación le parecía graciosísima.

Volvió a la rue du Petit Atelier, donde le aguardaban Clairon y Mario.

—Todo va bien —dijo—; el cura cae en la trampa con una inocencia admirable... Sé dónde está el coche.

—Lo he visto al venir —dijo Mario.

—El padre estará aquí dentro de cinco minutos; no hay tiempo que perder.

Los tres se deslizaron a lo largo de las casas. Bajaron por la rue de la Corderie hasta llegar a la de los Tyrannes. Distinguieron en la sombra la silla de postas

enganchada, cargada y pronta a partir al primer chasquido del látigo. Mario y Sauvaire fueron a ocultarse en el hueco de una puerta. Clairon permaneció en la calzada, delante de ellos.

Mientras esperaban al cura, Clairon y Sauvaire; bromeaban en voz baja.

—No me querrá —decía la muchacha—; me soltará a la primera parada.

—¿Quién sabe?

—Es guapo. Yo me temía que fuese viejo.

—¿Qué, te has enamorado del cura...? Yo no soy celoso, pero si te marchas con él tan a gusto, me tendrías que devolver los mil francos que te he dado para que representes la comedia.

—¡Los mil francos! Y si me deja, ¿no tendré que pagar el viaje de vuelta?

—Lo he dicho en broma, querida; nunca pido que me devuelvan lo que he dado. Además, me divierto con este dinero.

Mario los interrumpió para repetir a Clairon las instrucciones.

—Haga lo que le he ordenado —dijo—. Trate de que no descubra el engaño hasta que se halle a varias leguas de Marsella. No hable, represente su papel como una actriz... Tan pronto como lo haya descubierto todo, obre con franqueza; dígame que tengo su carta en mi poder y que estoy decidido a llevársela al señor obispo si le hiciera el más mínimo daño o si él se atreviera a volver por aquí... Aconséjele que busque fortuna en otra parte.

—¿Podré volver enseguida a Marsella? —preguntó Clairon.

—Desde luego. Lo que quiero es que él se vaya de la ciudad, poniéndole en ridículo para siempre. Hubiera podido conseguir que sus superiores le expulsaran de la Iglesia, pero me gusta más esta venganza.

Sauvaire reía como un loco, pensando en la escena que tendría lugar entre Donadéi y Clairon.

—Querida, dile que estás casada, y que probablemente tu marido te busca por todas partes para iniciar demanda de adulterio... ¿Quieres que os persiga para darle un susto de muerte?

—¡Silencio! —dijo Mario—. Creo que ya viene. A su papel, Clairon. Colóquese delante de la portezuela del coche.

Sauvaire y Mario se ocultaron completamente en su escondite. Clairon, vestida de negro y tapada, se colocó en la sombra que proyectaba el coche.

En efecto, Donadéi llegaba jadeante. Vestía de paisano con gran elegancia.

—¡Querida, oh querida Claire! —dijo, besando emocionado la mano de Clairon—, ¡qué buena ha sido usted!

—Claire, Clairon, casi es lo mismo —murmuró Sauvaire.

—Dios la ha aconsejado —seguía diciendo el cura, empujando suavemente a la muchacha hacia el coche.

Subió tras ella mientras decía:

—¡Vamos al cielo!

El portillón hizo chasquear el látigo y la silla de posta comenzó a rodar con estrépito.

Sauvaire y Mario, que casi no podían contener la risa, salieron de su escondite. Mario dijo:

—El cura se lleva una pareja digna de él.

—¡Buen viaje, padre! —exclamó Sauvaire.

Cuando el coche hubo desaparecido, el maestro y el joven empleado bajaron lentamente por la rue de la Corderie, departiendo alegremente. Sauvaire dijo:

—Que quede entre nosotros: Clairon es un callo; lo menos tiene cuarenta años.

Tenía prisa por llegar a la Cannebière y contárselo todo a sus amigos. Mario iba pensando que el cura no merecía otra cosa.

A las doce, todo Marsella sabía que el padre Donadéi acababa de fugarse, en un coche, con Clairon, una ramera que desde hacía quince años se arrastraba por todos los tugurios de la ciudad.

Repetían con fruición la frase del cura al subir al coche: «Vamos al cielo». Sabían, incluso, que había besado la mano de la muchacha.

Sauvaire, sin embargo, desconocía como todo el mundo los hechos que habían originado aquella farsa, pero comprendió que el lance sería más sabroso si daba a entender que el padre se había enamorado de Clairon, vieja, arrugada, amarillenta, gastada y cuya desvergüenza era conocida por todos, y así lo hizo. El asombro fue general y el ridículo absoluto.

Como Sauvaire había sido el último amante de Clairon, era a él, pues, a quien Donadéi se la había robado. Durante el día siguiente a la noche del rapto, Sauvaire se paseaba por la Cannebière recibiendo, con cómica gravedad, los pésames de sus amigos. No le pesaba lo más mínimo haber gastado mil francos en una diversión semejante.

El escándalo más espantoso tuvo lugar cuando, dos días más tarde, vieron aparecer a Clairon. Sauvaire le compró un traje de seda, y la paseó durante toda una semana por Marsella, en coche descubierto. Cuando ellos pasaban, todos los seguían con la mirada, y las mujeres salían a las puertas de sus casas para verlos.

La muchacha había llegado hasta Tolón. Donadéi no tardó en darse cuenta de la mujer que había cogido; le acometió una rabia espantosa, e incluso pretendió arrojar a la ramera en medio del camino, a la una de la madrugada, y en un lugar totalmente despoblado.

Pero Clairon no se turbaba fácilmente. Había hablado muy alto, amenazando al cura, y haciendo uso de las armas que Mario poseía. Donadéi, temblando de cólera, se vio obligado a obedecer, y no tuvo más remedio que llevarse a su compañera a Tolón, en donde se separaron, ella para regresar a Marsella, y el cura en dirección a la frontera.

Sauvaire hizo pasearse tanto a su querida y levantó tal polvareda, que finalmente las autoridades intervinieron en el asunto, y, cediendo a las influencias del señor

obispo, enviaron a Clairon a que ejercitase el poder de sus atractivos en otra parte.

A partir de aquel momento, el maestro, en sus momentos de desahogo, es decir, diez o doce veces cada día, iba diciendo a todo el que quisiera escucharle: «¡Si supierais qué preciosa mujer he tenido por querida...! ¡Los curas me la han quitado!».

**C**l día siguiente al del rapto, Mario fue a su despacho satisfecho de lo que había fraguado la víspera.

Acababa de salvar a una honrada familia de la desesperación, y, al mismo tiempo, de librar a la ciudad de un intrigante, del cual tenía él, personalmente, motivos de queja. En paz con su conciencia, iba a dar comienzo a su tarea, cuando le dijeron que *monsieur* Martelly le quería hablar.

Mientras se dirigía al recibidor, decidió, de pronto, pedir a su patrón el rescate de Philippe. Tal decisión le hizo estremecerse. Comprendía que nunca se atrevería a dar aquel paso, sino en una especie de arrebató. Y ya que iba a ver a *monsieur* Martelly, le pareció inútil seguir esperando; lo mejor era arriesgarse enseguida.

En el recibidor encontró a *monsieur* Martelly y al padre Chastanier. El armador estaba pálido; la indignación se pintaba en sus ojos.

Se dirigió apresuradamente al empleado, y le dijo:

—Es usted un muchacho valiente y honrado, y no he querido obrar, en una grave circunstancia, sin pedirle consejo.

Chastanier parecía avergonzado y triste.

Martelly dijo a Mario, indicándole al sacerdote:

—Acabo de enterarme por este señor de una infame tentativa que me saca de quicio.

—Cálmese, por favor —interrumpió el cura—, no haga que me arrepienta de haber cumplido con mi deber al avisarle... Espero haberme alarmado sin motivo.

—No estaría usted aquí, señor, si sus sospechas fuesen infundadas. Le agradezco el paso que ha dado; comprendo los sentimientos de dignidad que le han traído a mi casa, y me hago cargo también, del último esfuerzo que está haciendo para defender al canalla...

El armador se volvió hacia Mario, y prosiguió con tono áspero:

—Figúrese que en este momento, un cura trata de deshonrarme... El señor acaba de aconsejarme que vigile a Claire. Me ha dicho, con mil circunloquios, que el padre Donadéi ejercita sobre ella un poder peligroso y que temía... ¡Ay! Si el canalla ha empañado la pureza de la muchacha, le mataré como a un perro.

Chastanier bajó la cabeza. No estaba arrepentido de lo que había hecho; era su deber; pero quedaba anonadado ante la explosión de cólera de *monsieur* Martelly. El armador fue calmándose poco a poco. Después de un instante de silencio, continuó:

—Antes de obrar, he querido consultar a un hombre sereno y cuerdo y por eso le he llamado, Mario... En el primer momento tuve deseos de ir a casa del tal cura y abofetearle. Pero tal vez se pueda hacer algo mejor. Vamos a ver: ¿qué haría usted en mi lugar?

—Haría lo que ya he hecho —respondió Mario sonriendo; y refirió el rapto de Clairon.

Desde las primeras palabras, cuando el joven habló de la conversación que había tenido con Claire a propósito del devocionario, Martelly le estrechó la mano con emoción. La certeza de que su hermana había atravesado un peligro sin llegar a conocerlo siquiera, le llenó de alegría. Se regocijó con el lance de Clairon, y el propio Chastanier no pudo reprimir una sonrisa.

—Le estoy inmensamente agradecido, y mi deseo sería poder probárselo de alguna manera.

Llevó a Mario aparte, y le miró fijamente como para alentarlo.

—¿No tiene algún secreto que confiarme? —le preguntó en voz baja.

Mario se turbó.

—Es usted un niño —continuó Martelly—, pero Joséphine me lo ha contado todo. Espere; voy a firmar un talón de quince mil francos, que puede cobrar enseguida en la caja.

Mario, al oír aquellas palabras, quedó como atontado. Palideció, y las lágrimas se le saltaron de los ojos.

¿Era posible? Sin que lo pidiera, le ofrecían la cantidad que con tanto afán buscaba, la cantidad que era su continua pesadilla... Creía estar soñando.

Mientras escribía el talón, Martelly levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Es eso? ¿Son quince mil francos los que necesita?

Mario salió de su estupor para decir, con aire vacilante:

—¿Cómo es posible que...? ¿Qué he hecho yo para merecer un favor semejante?

—No le diré que me lo ha contado un pajarito, pero lo cierto es que he recibido la visita de un hada. Ya le he dicho que *mademoiselle* Joséphine vino a verme.

El joven lo comprendió todo, y en su corazón agradeció profundamente a aquella muchacha, no sólo el que le hubiera infundido nuevos ánimos para vivir, sino también el que hubiera trabajado para devolverle la tranquilidad.

No sabía si postrarse a las plantas de Martelly o ir corriendo a agradecerse a Joséphine.

—Pero —exclamó Mario—, no sé cuándo podré devolverle tan elevada cantidad.

—No corre prisa —respondió el armador—. Me ha prestado usted grandes servicios; tal vez acabe de salvar el honor de mi familia. Entre nosotros no debe tener lugar la desagradable palabra deuda, y esto no impide que le siga agradeciendo infinitamente lo que ha hecho. En esta ocasión, los quince mil francos son una prima, una parte que le debo de los beneficios obtenidos con su ayuda.

—¿Sabe en qué voy a emplear este dinero? —preguntó Mario.

—Tal vez lo sepa, pero es usted enteramente dueño de emplearlo como le parezca conveniente.

Chastanier intervino para decir:

—No lo rehúse, amigo. Yo conozco sus proyectos y afirmo que son justos.

—Aquí está —dijo el armador—; le aconsejo que cobre enseguida.

Cuando el joven iba a retirarse, después de haberle dado las más calurosas gracias, Martelly le dijo:

—Todavía no está usted totalmente repuesto; descanse una semana más. Después trabajará mejor.

Con ello quería darle tiempo para que pudiera trasladarse a Aix. Mario lo adivinó y corrió a la caja. Ya con los quince mil francos en el bolsillo, bajó rápidamente la escalera, y después echó a correr como un loco. Se dirigía a casa de Joséphine.

La florista estaba en su cuartito de la place des Oeufs. Mario entró riendo y bailoteando, y se acercó a la joven, abrazándola sin ningún miramiento. Luego depositó en la mesa los quince billetes de Banco. Joséphine, asombrada, casi asustada por la extraña manera en que se había presentado el joven, se echó a reír y comenzó a palmotear.

Entonces tuvo lugar entre los dos enamorados una encantadora escena de ternura, agradecimiento y efusión. Mario aseguraba que era un imbécil, y que sólo ella lo había arreglado todo. Le besaba las manos, se arrodillaba a su lado mirándola enternecida. Joséphine, ruborizándose, se defendía calurosamente, queriendo probar que no merecía siquiera que le diesen las gracias.

Durante seis meses, ambos se habían entregado a una tarea penosa, y en vano habían llamado a todas las puertas. Ahora, el rescate de Philippe se había conseguido, y estaban prontos a olvidar sus miserias y sus terrores, las vergüenzas y las villanías con que habían tropezado. En su sufrimiento no había ahora más que dicha y felicidad sin nubes.

Antes de separarse, acordaron partir al día siguiente para Aix.

A la mañana siguiente, a las siete, Mario fue a alquilar un coche, pues no quería tomar la diligencia. Era imprescindible para la fuga, y prefería conseguir en Marsella el vehículo que, después de conducirlo a Aix, se llevase a su hermano. La víspera ya se había puesto de acuerdo con un capitán de barco, el cual trasladaría a Philippe a Génova.

Mario y Joséphine partieron a las nueve. El joven conducía, y aquel viaje constituyó una verdadera fiesta para los dos enamorados. En la subida de la Viste, los dos se apearon y corrieron por la carretera como niños, dejando que el caballo caminara libremente. Almorzaron en Septèmes, en el reservado de una posada, y a los postres hicieron mil proyectos pensando en el futuro. Como Philippe iba por fin a ser libre, podían pensar en su matrimonio. Se enternecían al ver aproximarse la hora en que podrían amarse con tranquilidad.

El resto del viaje no fue menos alegre. Hacia las doce pasaron por delante de la finca de Albertas, y se detuvieron nuevamente para permitirle recuperar sus fuerzas al caballo, y descansar ellos, al mismo tiempo, debajo de unos árboles que había a la derecha del camino. Entraron en Aix a las tres, pero era demasiado temprano; para no despertar sospechas, pensaban ir a la cárcel al anochecer.

El joven dejó el coche a cargo de su compañera, en una calle desierta, y después se fue a llamar a la casa de su pariente Isnard. Este hizo colocar el coche en el almacén, prometiendo conducirlo a medianoche a lo alto de la subida del Arc. Los dos jóvenes, una vez tomadas todas las precauciones, se escondieron hasta el anochecer. Mientras Mario volvía con Joséphine a la tienda de Isnard, donde debían aguardar hasta la noche, casi tropezó con *monsieur* de Cazalis, en la esquina de una calle. Bajó la cabeza y anduvo rápidamente; el diputado no le vio, pero al joven le asustó aquel encuentro; empezó a inquietarse nuevamente. Temía que alguna nueva desdicha impidiera, en el último momento, el éxito de su empresa.

Probablemente *monsieur* de Cazalis se hallaba en Aix para apresurar la hora de su venganza, y era probable que lo hubiera conseguido.

Hasta la noche, Mario estuvo sumamente nervioso, y las más extrañas ideas le cruzaban la mente; ahora que tenía el dinero, temía enfrentarse con nuevos obstáculos. Por fin llegaron a la cárcel. Eran las nueve. Golpearon en la maciza puerta, oyeron unos recios pasos que se aproximaban y una voz gangosa les preguntó qué deseaban.

—Somos nosotros, tío —dijo Joséphine—. Ábranos.

—Ábranos pronto, *monsieur* Revertégat —murmuró Mario.

La voz contestó:

—*Monsieur* Revertégat no está aquí; se encuentra enfermo.

La ventanilla se cerró. Mario y Joséphine quedaron mudos y aterrados ante aquella puerta cerrada.

La primera en reanimarse fue Joséphine.

—Vamos a ver a mi tío —dijo—. Debe de estar en casa de una de sus primas, en la rue de Nevara.

—¿Para qué? —dijo Mario—. Todo se ha echado a perder.

—No, no; vayamos.

Él la siguió, descorazonado; ella andaba animada, ya que no creía posible que el destino fuera tan cruel para ellos.

Efectivamente, Revertégat estaba en casa de su prima. Guardaba cama desde hacía quince días. Cuando vio entrar a los dos jóvenes, comprendió a qué iban. Se incorporó, besó a su sobrina en la frente, y dijo sonriendo:

—¿Ya ha llegado la hora?

—Fuimos a la cárcel —dijo la joven—, y nos han dicho que estaba usted enfermo.

—¡Ay! ¿Por qué no nos avisó usted? —dijo Mario, apenado—. Nos hubiéramos apresurado.

—¿Cómo es posible realizarlo ahora que no es usted el carcelero? —preguntó Joséphine.

Revertégat les miraba sorprendido.

—¿Por qué se afligen tanto? —dijo, por fin—. Es cierto que estoy enfermo; solicité una licencia, pero, no por eso he perdido el empleo. Tendré todo dispuesto mañana por la noche, si ustedes así lo desean.

Mario y Joséphine reflejaron la alegría en sus rostros.

—El hombre que les respondió —siguió diciendo Revertégat— ha sido encargado de reemplazarme durante algunos días. Mañana por la mañana volveré a ocupar mi puesto; ya puedo salir a la calle sin peligro. Además, corre prisa.

—¡Ya sabía yo que no debíamos desesperarnos! —exclamó la florista.

Mario estaba muy emocionado.

—Han acertado al venir a verme —dijo el carcelero—. Esta mañana he sabido que *monsieur* de Cazalis está en Aix y que está tratando de conseguir que se adelante la fecha de la exposición pública... Dicen que ha logrado que se fije para dentro de tres días. Si *monsieur* Philippe no escapa mañana por la noche, yo no podré ayudarlos, pues pasado mañana, el prisionero será trasladado a la cárcel de Marsella.

Mario se estremeció. Habían llegado justo a tiempo, se citaron para el día siguiente por la noche. Después corrió a avisar a Isnard, diciéndole que la evasión quedaba aplazada para el día siguiente.

Los dos jóvenes permanecieron ocultos hasta las diez de la noche; a las once se efectuaría la fuga. A esa hora se dirigieron a la cárcel. Revertégat les abrió sigilosamente y los hizo entrar.

—Todo está preparado —dijo.

—¿Está prevenido mi hermano? —preguntó Mario.

—Sí... Tuve que tomar precauciones. Para atenuar mi responsabilidad, debe simular que se ha fugado por la ventana.

—Bien pensado —dijo Joséphine.

—Para eso, lo que hice fue entrar en la celda de *monsieur* Philippe por la tarde para aserrar uno de los barrotes.

—¿Es preciso que mi hermano salga por la ventana? —preguntó Mario, inquieto.

—Nada de eso; vamos a buscarlo. Saldrá con nosotros por la puerta... Yo sacaré el barrote y ataré a la reja un pedazo de cuerda. Mañana creerán que se fugó por allí... Yo, desde luego, pediré mi dimisión; pero me evitaré grandes molestias.

Revertégat encendió un farol de ronda, y los tres fueron a la celda de Philippe. Lo encontraron de pie, dispuesto a marchar. Mario apenas pudo reconocerle, tanto había adelgazado y perdido su color. Se abrazaron en silencio para evitar el menor ruido. El carcelero se dirigió a la ventana, separó el barrote y anudó la cuerda. Joséphine había quedado en el pasillo para vigilar. Volvieron los cuatro por los estrechos corredores, deslizándose a lo largo de los muros, temiendo tropezar en la sombra.

Mario no había soltado la mano de Philippe. Ya cerca de la salida, echó a su hermano un gabán de marinero sobre los hombros, y le ocultó la cabeza con la capucha. Quiso alejarse enseguida. Ahora tenía pánico al fracaso; se estremecía al menor ruido. A Revertégat le costó un gran esfuerzo hacerle esperar con paciencia durante diez minutos, pues temía que el ruido de sus pasos hubiese dado la alarma, y no quería abrir la puerta hasta estar absolutamente seguro. En la cárcel reinaba el más profundo silencio. Entonces se decidió a descorrer los cerrojos.

Los dos hermanos salieron apresuradamente, dirigiendo sus pasos a la place des Prédicateurs. Joséphine se quedó un momento atrás, para entregar el dinero a su tío. Se reunió con sus compañeros, cuando entraban en la callejuela de Saint Jean.

Siguieron luego por el *boulevard*, amparados en la sombra de los árboles. Sólo les quedaba un temor: era necesario salir de la ciudad, cuyas puertas estaban custodiadas por centinelas encargados de abrir a los que llegaban tarde; temían ser descubiertos y detenidos.

Mientras caminaban, miraban con recelo a su alrededor, desconfiando de los escasos transeúntes que encontraban a su paso.

Cerca de la rue des Carmélites, notaron que un hombre seguía sus pasos.

Les alcanzó y dio un amistoso golpecito en el hombro de Mario.

—No me equivoco; es usted, mi joven amigo. ¿Qué diablo hace a estas horas en la calle?

Mario, acometido por una súbita irritación, ya cerraba los puños, cuando reconoció la voz de *monsieur* Girousse.

—Estoy paseando... —respondió con acento inseguro.

—¡Vamos! Se pasea...

Miró a Joséphine, pero se fijó con mayor atención en Philippe, que continuaba envuelto en su gabán.

—Yo conozco a este individuo —murmuró.

Y añadió:

—¿Quieren que les acompañe? Creo que desean salir de Aix, y las puertas no se abren para todos. Yo conozco a un guarda. Vamos.

Mario aceptó agradecido. *Monsieur* Girousse hizo abrir la puerta sin mayores dificultades. No dirigió ni una palabra a los jóvenes. Cuando estuvieron en la place de la Rotonde, estrechó la mano de Mario.

—Volveré a entrar por la puerta de Orbitelle —dijo—: ¡Buen viaje!

Y murmuró para sus adentros:

«Mañana será cosa de ver la cara que pondrá Cazalis».

Mario observó con emoción cómo se alejaba aquel hombre generoso que ocultaba un magnífico corazón bajo su aspecto áspero e inexpresivo.

Isnard esperaba a los fugitivos en el coche. Philippe quiso conducirlo, para sentir con plenitud el aire nocturno. Sentía una particular satisfacción al experimentar el movimiento del ligero vehículo entre las sombras. Aquella rápida carrera le permitía disfrutar mejor de las delicias de la libertad.

Posteriormente vinieron las efusiones y las confidencias. Joséphine y Mario le confesaron a Philippe su mutuo amor, y cuando le hablaron de su próximo matrimonio, éste se entristeció, pensando en Blanche.

Mario lo intuyó; le dio noticias de Blanche, y prometió velar por ella durante su ausencia. Por otra parte, pensaba ocuparse activamente en alcanzar su gracia. Ni él ni Joséphine dejarían de pensar en el desterrado.

Al día siguiente, Philippe, apoyado en la baranda del barco que le conducía a Génova, tenía la mirada fija en la costa de Saint Henri. Más allá de las azules olas podía distinguirse una mancha grisácea: era la casa donde la desgraciada Blanche lloraba su triste suerte.

## **TERCERA PARTE**

**E**n una tranquila tarde de febrero, dos meses después de la evasión de Philippe, Blanche se paseaba lentamente. Estaba empezando a anochecer, y el mar apenas se mecía, levemente agitado por el viento. Y en el ambiente límpido se percibía la tibia primavera, ya próxima.

Bajo el cielo azul de la región del Mediodía, se dan tardes de invierno casi tan calurosas como las de verano.

La joven caminaba a lo largo del acantilado, mirando cómo la noche crecía, tiñendo las aguas de un azul casi negro, cuyos lamentos iban apaciguándose.

Ella había cambiado mucho. Apenas tenía diecisiete años, y su terrible desgracia la había doblegado, la había hecho palidecer como una difunta. El vigor, la vida alegre y despreocupada habían desaparecido en un mar de lágrimas. Estaba ya muy próxima la época en que iba a dar a luz, y caminaba con dificultad, vacilante, oprimida más por su desesperación que por el peso del niño.

A algunos pasos de distancia la seguía una mujer seca y tiesa, del mismo modo que un guardián sigue a un galeote. No la perdía de vista, y vigilaba todos sus movimientos. Aquella mujer era una nueva aya que *monsieur* de Cazalis había contratado hacía pocas semanas para su sobrina. El diputado estaba entonces en Marsella, a donde había acudido al saber que se aproximaba el alumbramiento. Quería permanecer allí para vigilarla. Le irritaba sobremanera aquel bastardo que iba a entrar en la familia. Ya había hecho sus cálculos, y tan sólo deseaba llevar a cabo el plan que había concebido hacía tiempo.

En una ocasión en que pudo acercarse secretamente a la casita de Saint Henri, juzgó que su sobrina no estaba bastante segura. Si quería realizar sus proyectos era preciso que fuese enclaustrada. El aya que había elegido en un principio le pareció demasiado débil y harto complaciente. Se enteró de que casi todos los días iba una joven a conversar con Blanche, y esto le inspiró un gran temor. Fue entonces cuando confió la vigilancia de la casita a una carcelera, que no dejaría entrar a nadie y le daría cuenta exacta de los más nimios incidentes.

*Madame* Lambert, el guardia femenino, reunía las mejores condiciones para un papel semejante. Solterona, devota sin caridad, tenía la rudeza de los corazones mezquinos, y la sorda maldad de los que nunca amaron. Sabía que Blanche había cometido una falta de tipo sentimental, y esto la predisponía de un modo cruel, implacable, ya que, a ella, todos los hombres la despreciaban. Cumplió con todo rigor las órdenes de *monsieur* de Cazalis, vigiló a la reclusa con astucia diabólica, y provocó a su alrededor una completa soledad, despidiendo a cuantos se aproximaban.

La florista, por supuesto, tuvo que renunciar a sus visitas.

Tan sólo una persona era admitida, el padre Chastanier, pero la carcelera se las ingenió para escuchar todo lo que el sacerdote decía a Blanche.

Aquella noche, la joven había conseguido la autorización para dar un corto paseo a la orilla del mar. Su alumbramiento estaba próximo, y le producía mareos y vahídos, que se calmaban al aire libre.

De pronto, cuando ya iban a regresar, vieron en el estrecho sendero una silueta negra que se dirigía hacia ellas.

*Madame Lambert* se llevó un susto espantoso, pero no tardó en reconocer al padre Chastanier.

—Vamos pronto adentro —dijo la carcelera—. Para hablar, estarán mejor en el recibidor. El aire ya empieza a refrescar demasiado.

—Aquí estamos bien —murmuró *Blanche*—. Sólo un momento.

Y dio un leve codazo al padre para que apoyara sus deseos.

—En efecto —dijo él—, la noche es muy templada.

Tomó a la joven del brazo y añadió:

—Pasearemos un rato como dos enamorados... *Madame Lambert*, si teme usted resfriarse, puede entrar en la casa..., nosotros iremos pronto.

La carcelera no chistó, pero continuó vigilando a la joven; habría sido capaz de coger veinte resfriados antes que perderla de vista un solo instante. Lo que le molestaba mucho era el ruido de las olas, que le impedía oír lo que decían *Blanche* y el cura. La primera decía:

—Cuánto debo agradecerle el que me haya facilitado este momento, en el que puedo hablarle con libertad. Mi encarcelamiento se va estrechando cada vez más.

—Espere, hija mía —respondió Chastanier—, pronto estará en libertad y podrá obrar usted de acuerdo con su conciencia y con su corazón.

—No pienso en mí, ya he renunciado a todas las alegrías; tiemblo tan sólo por la criatura que voy a tener dentro de tan poco tiempo.

—¿Y qué puede temer?

—¡No lo sé! Algo debe tener planeado mi tío para esclavizarme de esta manera.

—Tal vez exagera.

—No; usted sabe que digo la verdad. No me engaño; una desgracia amenaza a mi hijo. ¿Quiere usted ayudarme a salvarle?

—Cálmese. Ya sabe que le soy enteramente adicto.

—Por lo que a mí respecta, ya nada me importa, pero quiero que mi hijo sea feliz.

—¿Qué puedo hacer yo?

*Madame Lambert* se les había aproximado poco a poco. *Blanche* oyó sus pasos y dijo, en voz sumamente baja:

—Ruegue a *Joséphine* que venga aquí mañana a las seis y pase a mi lado sin que ella la pueda reconocer —dijo *Blanche*, indicando con un gesto imperceptible a *madame Lambert*.

Al día siguiente, *Blanche* y su guardiana paseaban de nuevo a lo largo del acantilado, a la puesta del sol. Durante toda la mañana y por la tarde, la joven se había quejado de fuertes dolores de cabeza, permaneciendo encerrada en su

habitación. Más tarde fingió tener vahídos y mareos, que fueron un buen pretexto para salir a tomar aire en la costa.

*Madame* Lambert, siempre desconfiada, permanecía cerca de ella, proponiéndose no ser víctima de nuevo de la jugarreta de la víspera. De vez en cuando, Blanche miraba ansiosamente el camino de Marsella.

Al anoecer, vio a lo lejos, en ese camino, a una mujer envuelta en un mantón provenzal, cuyo rostro iba oculto por un ancho pañuelo de indiana. Por su andar alegre y ligero, adivinó que era la persona que esperaba.

La mujer se adelantaba rápidamente. Al cruzarse con Blanche, tropezó con ella, y ésta aprovechó este momento para entregarle una carta, murmurando:

—Le suplico que lo cumpla.

El dulce rostro de Joséphine apareció un brevísimo instante bajo el pañuelo, con una sonrisa consoladora, llena de promesas de aliento y de generosidad.

Enseguida la florista se alejó, con su paso ligero, del mismo modo que había venido.

*Madame* Lambert no había visto ni sospechado cosa alguna.

Como decía Blanche, si su tío no hubiese fraguado algún proyecto, no la habría enclaustrado de aquel modo.

El deseo de ocultar el embarazo de la joven no justificaba el exceso de precauciones adoptadas por *monsieur* de Cazalis para aislarla y tenerla totalmente sometida a su vigilancia. El odioso papel de *madame* Lambert, la actitud grave y severa del diputado, y la vida solitaria que le había impuesto; todo decía a la desgraciada que se estaba tramando, en la sombra, algún cruel proyecto en relación a su persona. Su instinto materno le inducía a pensar que no iba a ser ella, en aquella ocasión, la víctima, sino la criatura que aún llevaba en sus entrañas. Esperaban, sin duda, que el pobre pequeño naciera y entonces pasaría algo horrible que no podía prever, pero cuya sospecha le hacía temblar.

Los temores de Blanche eran exagerados; la soledad en que vivía exaltaba sus ideas y hacía surgir en su imaginación terribles alucinaciones. Cazalis no era hombre que quisiera comprometerse inmolando a un niño; deseaba sencillamente que desapareciera lo más pronto posible el heredero de Blanche. He aquí el plan que había fraguado y las razones que le impulsaban a emplear tales medios.

Blanche, al morir su padre, se había encontrado en posesión de varios centenares de miles de francos. Entonces tenía diez años.

Se fue a vivir a casa de su tío, el cual fue nombrado tutor, y administró su hacienda. No la perjudicó mucho, pero al verse con tanto dinero en su poder, perdió la cabeza, se rodeó de grandes lujos y derrochó casi enteramente lo que él mismo poseía. Cuando su sobrina se fugó con Philippe, sintió un miedo atroz de verse obligado a rendir cuentas de la tutela, pues habría quedado en la miseria si le quitaban aquel dinero de sus manos. Hacía varios meses que pagaba todos sus gastos con las rentas de su sobrina. Mientras la tuvo en su poder, no experimentó temor alguno, pero cuando ésta se fugó, lo que más le aterraba era el creer posible un matrimonio entre Blanche y Philippe; conocía el carácter del muchacho, el cual le hubiera obligado a devolver hasta la última moneda.

Y de repente, su sobrina se encuentra embarazada. Sus cálculos fracasaban. El heredero de Blanche sería más exigente que su madre. Cazalis empleó todos sus esfuerzos para arrastrar a Philippe al poste de la infamia; habría querido poder privar a su hijo, incluso antes de que naciera, de los derechos civiles. Cuando supo que Philippe se había escapado, su inquietud se cambió en terror; era un hombre arruinado.

Tales fueron los temores que le habían impulsado a encerrar a Blanche en la casita de la costa. Quería aislarla de los Cayol, encontrarse presente cuando naciera la criatura, y apoderarse de ella.

En algunas ocasiones, casi se alegraba de que su sobrina hubiera cometido una falta irreparable. Si se hubiera casado, habría tenido que dar cuentas de la tutela; pero

ahora ya no podía casarse, entraría en un convento para purgar su vergüenza. Si toleraba las visitas de Chastanier, es porque esperaba que el sacerdote le aconsejara eso.

Una vez que estuviera la madre en el convento, Cazalis se encargaría del niño, y lo haría criar de manera que también abrazara el estado religioso.

Conocido el plan de Cazalis, todo se comprende fácilmente.

Iba a la casita cada día, acompañado de un médico, para hacerse cargo del estado de Blanche. Cuando ésta se atrevía a formular tímidamente alguna queja por el modo con que era tratada, el tío se ponía furioso, hablaba del honor de la familia, la humillaba, gritando que debía sepultarse en una tumba, para ocultar su deshonra a la vista de todos. Deseaba que todo aquello acabase pronto, tenía prisa por volver a París, a donde le reclamaban sus asuntos en la Cámara, que estaba en plena sesión, pero no quería alejarse de allí hasta que hubiera entregado en manos seguras al recién nacido.

Diariamente *madame* Lambert le daba cuenta exacta de lo que había pasado durante su ausencia. Él preguntaba con especial interés si no había visto a nadie rondando en derredor de la casa.

Cuando el aya le aseguraba que no, empezaba a sentir confianza de que no le disputarían el niño.

Experimentó una gran alegría cuando una mañana le anunciaron que su sobrina daría a luz aquella misma noche.

Blanche lo oyó, aunque las palabras fueron pronunciadas en voz muy baja. Al salir su tío y el médico de la habitación, se arrastró hasta llegar a la ventana, y entonces sujetó al postigo un trapo blanco.

Para la mejor comprensión de los hechos que se habían de desarrollar, es preciso describir en pocas palabras la casita de la costa. Su construcción ofrecía una extraña singularidad; tenía dos puertas: una en la fachada principal, que llevaba a pie llano a las habitaciones del piso superior. La casa estaba apoyada en una peña, de manera que el primer piso, visto desde el interior de las tierras, parecía un cuarto bajo.

La habitación de Blanche, cuyas ventanas daban al mar, estaba en lo alto, a la izquierda de la escalera.

Contigua a la suya había otra más reducida, que servía de tocador, en la que se abría la puerta trasera. La puerta estaba asegurada por una mohosa cerradura, que tal vez no había sido abierta desde hacía veinte años. La llave se había perdido; nadie pasaba por allí. Cazalis, cuando compró la casa, no se ocupó de aquella salida.

Algunas semanas antes de su alumbramiento, Blanche, buscando en el suelo un alfiler que se le había caído, encontró en una rendija, entre el entarimado y la pared, una llave, que despertó su curiosidad. Lo que primero se le ocurrió fue que aquella llave debía ser la de la puerta cerrada desde hacía tantos años, y no se equivocaba; la llave giró, y Blanche, empujando la puerta, pudo echar una mirada al campo. Ocultó su hallazgo, a nadie habló de aquel asunto, pues adivinaba, por instinto, que ya tenía en sus manos un medio de salvación.

El día en que debía dar a luz, después de haber atado un trapo blanco al postigo de la ventana, sacó la llave del cajón en el que la había escondido y la ocultó bajo la almohada; luego volvió a acostarse.

Tan pronto como Cazalis supo que el alumbramiento tendría lugar aquella misma noche, resolvió establecerse en la casa y no abandonarla hasta haberse hecho cargo de la criatura. Obligó al doctor a permanecer también allí, hizo venir a la comadrona, envió a buscar a Marsella a un ama de cría, a la que había contratado desde hacía tiempo, y que era una persona de la que disponía completamente y en cuya fidelidad podía confiar.

Llegó la noche. Cazalis fue a sentarse a la orilla del mar, mirando el movimiento de las sombras, a través de los cristales iluminados de la casita.

Blanche sufría mucho. Por un momento, tanto el médico como la comadrona creyeron que no podría resistirlo. Su angustia la había debilitado hasta tal punto, que el esfuerzo del parto estuvo a punto de matarla. Por fin dio a luz un hijo, pero no pudo oír su primer vagido; se había desvanecido, parecía muerta. Colocaron al niño a su lado; no había llegado aún la nodriza, y *madame* Lambert corrió a avisar a Cazalis que todo había concluido y que su sobrina podía morir.

El diputado llegó apresuradamente, y lamentó mucho que no estuviera allí la nodriza. Sin embargo, se contuvo; no quería que el médico ni la comadrona notaran su ansiedad. En el fondo, los sufrimientos de su sobrina le importaban poco; pero se

sintió obligado a mostrarse afligido y cariñoso al verla en aquel estado. Preguntó al doctor si aún existía peligro.

—No creo —respondió—, y me parece que puedo retirarme. La presencia de la señora será suficiente.

Indicaba a la comadrona.

Poco después llegó la nodriza, que se excusó por haberse demorado tanto, y el diputado le dio sus últimas instrucciones.

Luego entró en el dormitorio para coger al niño, pero vio que Blanche se había recobrado de su desvanecimiento y le miraba fijamente. Sin embargo, alargó la mano.

La joven se incorporó y estrechó a su hijo contra su pecho.

—¿Qué quiere usted? —preguntó al diputado, con voz ahogada.

—Ha llegado la nodriza —respondió él—. Ya sabes lo convenido.

Pocos días antes del alumbramiento, Cazalis le había dicho que, por el honor de la familia, era indispensable alejar al hijo de Philippe desde su nacimiento. Como siempre, ella había consentido, pero esperaba que podría retener al recién nacido por lo menos durante veinticuatro horas, y en eso se fundaba su plan para salvarlo. Al ver, pues, que Cazalis le exigía que le entregara al niño en el acto, todo lo creyó perdido.

—¡Por favor —gritó—, déjemelo hasta mañana!

—Me pides algo imposible —replicó Cazalis, tratando de hablar bajo para que no le oyera la comadrona.

—Mañana se lo entregaré.

—Es conveniente acabar enseguida. Dale un beso y dáselo a la nodriza.

—No, se quedará conmigo; me está usted matando, señor.

La comadrona intervino entonces para decir que, en efecto, iba a matarla si persistía en ello. La mujer lo había oído todo.

—¡Bueno! —exclamó el tío, enojado—. Mañana se lo entregarás a la nodriza.

Blanche colocó al niño a su lado, feliz por la victoria alcanzada. Apoyó la cabeza en la almohada, y cerró los párpados, fingiendo dormir.

Poco después, se retiraron la comadrona y *madame* Lambert para ir a descansar. Cazalis permaneció aún unos instantes, y mirando a la criatura, pensaba que aquel pequeño ser era su peor enemigo.

Finalmente salió del dormitorio.

Cuando se encontró sola, Blanche se incorporó, cogió la llave de debajo de la almohada y se arrastró vacilante, apoyándose en los muebles, hasta la puerta que daba paso a la parte trasera de la casa. Introdujo la llave en la cerradura y abrió.

Entró Joséphine.

La carta que le había entregado, contenía estas líneas:

«Necesito de su desinteresado afecto. Cuando sea preciso que la llame en mi ayuda, colgaré un trapo blanco al postigo de mi ventana. La espero hacia la una de

la madrugada, la noche siguiente a mi alumbramiento. Colóquese en la puerta falsa que está detrás de la casa. Me habrá usted salvado».

Joséphine comprendió enseguida que se trataba del hijo de Philippe. Mario le aconsejó que hiciera lo que le pedían.

Desde el día siguiente, la florista apostó a un muchacho en la playa, a cien metros de la casita, el cual estaba encargado de avisar tan pronto como viera la señal.

Pasaron ocho días; por fin apareció el trapo, y el muchacho corrió enseguida a Marsella.

Por la noche, Joséphine y Mario llegaron en un coche a Saint Henri. Lo dejaron en la aldea y siguieron a pie hacia las peñas, en cuyo centro estaba la casita. Él permaneció oculto a pocos pasos de dicha puerta, y Joséphine se ubicó delante, esperando.

Cuando por fin logró abrir la puerta, Blanche cayó desmayada en sus brazos. La florista la llevó a la cama, cubriendo su cuerpo aterido. Luego corrió el cerrojo de la puerta que daba a la escalera, para que nadie pudiera sorprenderlas.

Blanche no tardó en recobrar el conocimiento. Al abrir los ojos, vio a Joséphine y la abrazó con júbilo.

Después, la florista vio al niño, le cogió en sus brazos y la besó con ternura.

—¿Le quiere mucho? —preguntó Blanche.

—Muchísimo, como si fuera mío.

—Escuche. Tenemos poco tiempo. Pueden subir y sorprendernos. Dentro de pocos días, una vez que me haya restablecido, me iré a un convento. Le entrego lo que más aprecio en el mundo. Y a usted la quiero como a una hermana; ¿quiere, por favor, ser su madre?

—Con alma y vida.

—Escóndalo bien, en un sitio que nadie lo sepa.

—¿Qué? ¿Teme que le puedan hacer algo?

—Creo que mi tío aborrece a esta criatura.

—Permítame que le haga una pregunta: ¿es cierto que posee usted una importante hacienda, administrada por *monsieur* Cazalis?

—Es cierto, pero nunca he pensado en ello.

—Mientras su hijo esté con nosotros, nada le faltará; pero no le quiera privar de su herencia, la cual puede serle muy útil en el porvenir.

—¿Qué he de hacer?

—Antes de entrar en el convento, pídale cuentas a *monsieur* de Cazalis.

—Nunca me atreveré.

—Los intereses de su hijo le exigen este sacrificio. —No podré; me falta valor.

—Pues ya que usted no puede, confíe a otros esa misión; pero no firme acta alguna de venta de sus propiedades...; cuando se restablezca, me entregará los

papeles necesarios para probar la identidad de su hijo... Así, cuando llegue el momento, podremos hablar libremente.

Blanche parecía oprimida por tales cuestiones de interés. Al verla triste y desalentada, Joséphine dijo:

—Si hablo de esto es porque hay un hombre que tiene derecho sobre este niño. Un día velará él mismo por sus intereses... Quiero darle cuenta de mi misión y medios para que él pueda cumplir la suya.

Blanche rompió a sollozar.

—Dígale a Philippe que siempre le amé —dije—. Que por su amor voy a encerrarme en un convento a pesar de mi corta edad; dígale que he trabajado para conseguir la felicidad de nuestro hijo.

Joséphine oyó pasos en la escalera. Se envolvió en el manto y cogió al niño. Blanche fue tras ella, costándole un gran esfuerzo el separarse de su hijo, pero pudo más el temor que sentía. Abrió la puerta y volvió a cerrarla cuando Joséphine hubo salido.

Apenas tuvo tiempo para descorrer el cerrojo de la otra puerta y acostarse de nuevo. Su tío entró de puntillas.

**C**azalis se había quedado dormido en una sala ubicada debajo del dormitorio de Blanche. Estando medio dormido, le pareció varias veces como si anduvieran en el piso de arriba. Un ruido diferente le despertó por completo. Se levantó sospechando algo, y quiso asegurarse de si lo había soñado o era realidad.

Tan sólo temía que Blanche se hubiera levantado para escribir una carta y avisar a los amigos que tenía fuera de la casa.

No se le ocurrió pensar que alguien podía haber entrado en la casa, pues había vigilado la puerta como un perro guardián.

Subió para espiar a su sobrina. Como no oyó nada, empujó levemente la puerta y echó una mirada al interior. A la pálida luz de la lamparilla de noche, vio a Blanche, con los ojos cerrados, que parecía dormir profundamente. Alentado por el silencio que allí reinaba, quiso tranquilizarse haciendo una minuciosa inspección; primero registró el tocador, pero no vio nada sospechoso: volvió al dormitorio, y también buscó, sin resultado. Ya se sonreía de sus pueriles temores, cuando un pensamiento le atravesó el cerebro. Refrenó un grito. No había visto al niño.

Aunque había mirado en todas partes, se puso a buscar de nuevo. Sacudió la cama brutalmente, sin que Blanche abriera los ojos. Tampoco, por este detalle, comprendió que su sobrina estaba fingiendo dormir. Se sintió invadido de una angustia terrible, y, desesperado, acabó por dar vueltas como una fiera, obsesionado por un solo pensamiento: el de encontrar al niño.

Se agachaba, miraba debajo de los muebles, y creía que su sobrina habría escondido al niño para volverle loco.

Durante un cuarto de hora, muy irritado, estuvo revolviéndolo todo, buscando diez veces en el mismo sitio y sin poder imaginar la terrible verdad.

Finalmente, cansado y con la certeza de que la criatura no estaba ni en la habitación ni en el tocador, se colocó delante de la cama donde Blanche yacía sin hacer movimiento alguno. Contempló con aire estúpido el lugar que había ocupado anteriormente el pequeñuelo, y donde lo había dejado antes de salir de la habitación, y se repetía sin cesar:

—Estaba allí, estaba allí, y ahora ya no está.

Este pensamiento resonaba en su cabeza como un eco doloroso.

No buscó explicación a aquel hecho incomprensible, y lo único que el miedo le hizo ver, como a la luz de un relámpago, fueron todas las consecuencias del hecho.

Sin embargo, comprendió que su sobrina debía de haber prestado su colaboración al robo del niño, y estuvo a punto de pegarle.

—¿Qué has hecho del niño? —preguntó con voz sorda.

Blanche abrió los ojos, pero era tal su espanto, que no pudo responder.

—¿Qué has hecho del niño? —preguntó nuevamente Cazalis, con voz aún más ahogada.

La joven todavía no pudo hablar, sólo balbuceó. Entonces, su tío la acusó e injurió brutalmente.

—No eres de mi sangre —gritó—; te maldigo. Debía haberte dejado entre las garras de aquel cazadotes que te había robado. Eras su digna compañera... ¡Cómo! ¡Conspiras con los que son nuestros enemigos, desconfías de mí y prefieres confiar tu hijo a esa familia de descamisados! ¡No lo niegues! Lo adivino todo... Eres una mala mujer. Después de haber deshonrado nuestro nombre, no temes entregarnos a tu amante. Me he equivocado: debía comprender que tienes un corazón de sierva, y no mezclarme en esos sucios negocios... Deseo que conviertan a tu hijo en un sinvergüenza, en un canalla como ellos, un pordiosero que algún día vendrá a nuestra puerta y a quien yo echaré.

Así continuó hablando durante un cuarto de hora, y fue tan grosero, que Blanche replicó:

—Lo ha adivinado usted, señor; he entregado a mi hijo a las personas a quienes pertenece. No tengo que explicar mi conducta, y ahora está usted sobrepasando los derechos que pueda tener sobre mí... Además, mi resolución está tomada: tan pronto como me restablezca, entraré en un convento para profesar, y seremos extraños el uno para el otro. Deje, pues, de injuriarme.

—¿Por qué no me has dejado al niño, a quien hubiera amado como a un hijo mío? —replicó Cazalis.

—He obrado siguiendo los impulsos de mi corazón —continuó ella—. No me pregunte, no puedo contestar... Consiento en olvidar todo lo que me ha dicho y le doy las gracias por haber cuidado mi infancia; más no puedo hacer... Casi me ha matado usted, señor. Déjeme.

El tío comprendió que había llegado demasiado lejos. Tuvo miedo de que su sobrina adivinara los motivos de su cólera. Le dirigió una pregunta peligrosa.

—Hay entre nosotros —balbuceó— cuentas que arreglar.

—No hablemos de tal cosa —respondió Blanche—. No tengo ni fuerza ni voluntad para ocuparme de eso... Ya lo he dicho: yo he muerto y nada necesito. Por lo que respecta a mi hijo, más tarde hará valer sus derechos, si así lo desea. He dejado sus intereses en manos honradas... Le prevengo solamente que esas personas a las que acaba de atacar con tanta brutalidad están decididas a resistir, si se opusiera usted a mi voluntad... Ahora, por favor, déjeme.

Blanche, feliz por haber conseguido su propósito, se durmió satisfecha.

Cazalis estuvo vacilando durante un instante; después, no encontrando nada que añadir, se retiró. La desgracia que acababa de sucederle, ya no tenía solución. Sin embargo, aún prefería un peligro lejano a uno inmediato; los niños no crecen en un día, y pensaba que disponía de tiempo para ampararse contra cualquier eventualidad: era conveniente callar y esperar. Más tarde, cuando la madre hubiera profesado,

podría buscar al hijo y apoderarse de él. No ignoraba que Philippe había huido a Italia, y sacó la conclusión de que el recién nacido habría sido entregado al hermano del fugitivo; en torno a Mario dirigiría, pues, sus pesquisas.

Por de pronto marchó a París, donde le requería su cargo de diputado. De esta manera evitaba los malos consejos que proporciona la cólera, y podía reflexionar tranquilamente en el plan a seguir.

**B**lanche permaneció en la cama durante tres semanas, entre la vida y la muerte. Las profundas emociones experimentadas en la noche de su alumbramiento le provocaron una terrible enfermedad, a la cual estuvo a punto de sucumbir. Durante aquellas tres semanas de agonía, nunca se separaron de ella Joséphine y Chastanier.

Cazalis, antes de partir, había despedido a *madame* Lambert, que ya no era necesaria, y la puerta de la casa quedó abierta de nuevo para la florista. Ninguna enfermera cuidaba a Blanche; su tío se había conformado con entregar a la sobrina en manos del viejo sacerdote, convencido de que al volver a Marsella la encontraría sepultada en algún convento.

Poco a poco, Blanche se fue restableciendo; los tiernos cuidados que recibía y los saludables aires del mar, que penetraban libremente por las ventanas, la obligaron a vivir, a pesar suyo. Cuando el médico le anunció que estaba salvada, dirigió a Joséphine una triste sonrisa.

—Mejor estaría en la tumba —dijo—. Por lo visto, aún debo de sufrir más.

—¿Quiere callarse? —exclamó la joven—. Los muertos tienen frío. Ame, haga el bien, y obtendrá la felicidad.

—Tiene razón; me olvidaba que puedo aliviar las miserias de los desgraciados y procurarme, así, algún consuelo.

Llegó el día en que Blanche habló claramente a Chastanier de su firme propósito de ingresar en un monasterio.

—Hija mía —respondió el sacerdote—, es una decisión muy importante. Antes de atarse para siempre, tengo que recordarle los bienes terrenos que va a abandonar...

—Todo es inútil —interrumpió la joven—, mi resolución es irrevocable. Renuncio a todo, de buena gana. Es preferible que me ayude en el deseo que experimento de consagrarme a Dios.

—Ya había pensado en la elección que podría usted hacer, y la que me parece mejor es la Orden de las Carmelitas.

—¿Son de clausura?

—Sí; llevan vida contemplativa.

—Tal vez sea una actitud cobarde, buscar así la calma sin trabajar en favor de los desgraciados. Ya que no puedo cuidar a mi hijo, cuidaré de los hijos de los pobres. Padre, prefiero ser hermana de San Vicente de Paúl.

Chastanier quiso oponerse, pensando que Blanche era demasiado delicada para sobrellevar las fatigas que aquellas santas mujeres tienen que soportar en los hospitales y en los orfanatos, pero no tuvo más remedio que ceder.

Prometió llevar a cabo las diligencias necesarias, y pocos días después anunció a Blanche que sus deseos podrían cumplirse.

La víspera del día en el cual tenía que abandonar la casita, manifestó, llorando, el deseo de ver a su hijo.

Chastanier le respondió:

—Es una aspiración muy legítima. Joséphine la llevará a Saint Barnabé, a la casa de Ayasse.

Cuando ambas jóvenes llegaron hasta la puerta, como Blanche vacilaba, la florista dijo:

—Entre, allí está su hijo.

Tan pronto como hubo avanzado unos pasos en la primera habitación, se encontró delante de una cuna. El niño dormía, y su madre permaneció mucho tiempo contemplándolo, sin despertarle.

Ya anocheecía. Blanche depositó un beso en la frente de su hijo. Lloraba, y sus lágrimas ardientes despertaron a la criatura, la cual alargó sus bracitos, mientras exhalaba unos quejidos. ¿Acaso no era el deber de una madre quedarse a su lado? ¿Tenía realmente derecho a refugiarse en el seno de Dios? Por un momento temió ceder a ciertos ocultos deseos, a locas esperanzas. Pero pensó que había pecado, y que era preciso sufrir el castigo; creyó oír una voz que le gritaba:

«—Tu castigo consistirá en vivir privada de las caricias de tu hijo».

Y salió de allí, sollozando, después de haber dado mil besos a aquella tierna criatura, que se condenaba a no volver a ver jamás.

A partir de aquel momento, la joven había muerto para toda clase de amor; acababa de romper el último lazo que la ligaba al mundo. Y con este supremo esfuerzo, se liberó, por así decirlo, de la carne; quedó toda ella convertida en espíritu.

Al regresar a Marsella, entregó a Joséphine toda la documentación que probaba la identidad de su hijo.

Al día siguiente partió para una pequeña ciudad del distrito del Var, donde entró en un asilo de huérfanos, como había deseado.

**T**ranscurrieron dos años. Pocos meses después de los hechos que hemos relatado, Mario se casó con Joséphine, y ambos se instalaron en una reducida vivienda, abrigada y discreta, del *boulevard* Bonaparte.

*Monsieur* Martelly, que fue padrino de la boda, se encargó de la dote de Mario, que consistió en darle participación en sus propios negocios, con lo cual, ya no le volvió a considerar un empleado, sino un socio; éste, por todo capital, aportaba su inteligencia y su trabajo.

Por su parte, Joséphine abandonó su quiosco del cours de Saint Louis, para consagrarse por entero a las faenas domésticas; pero, como quería seguir ganándose la vida, en sus ratos libres confeccionaba flores artificiales, a las cuales sabía imprimir el colorido y la gracia de las naturales. A veces, cuando elogiaban su habilidad, pensaba, suspirando con melancolía, en sus ramos frescos y perfumados que vendía anteriormente, y decía:

—¡Si vieran las rosas del Señor!

Fueron aquellos dos años de tranquila felicidad. El joven matrimonio vivió como en un nido tibio y oculto.

Unos días se sucedían a otros, todos igualmente dichosos, llenos de una dulce monotonía. Los dos esposos hubiesen deseado que se prolongasen así, eternamente, llenando todas sus horas de los mismos besos y alegrías.

Por la mañana, Mario iba a su oficina, mientras Joséphine se sentaba delante de su mesita, redondeando tallos, estampando pétalos, creando con sus ágiles dedos delicadas flores de muselina.

Por la noche, ambos salían a las calles ruidosas y llegaban hasta la orilla del mar, por el lado de Eudoume.

Pasaban los domingos en el campo. Iban a ver al niño de Philippe. Eran sus padrinos y le habían puesto el nombre de Joseph.

El niño llamaba mamá a Joséphine. Ya caminaba solo, y empezaba a pronunciar, con gracia, las primeras palabras.

No olvidaban al fugitivo ausente; Mario se ocupaba activamente de su indulto. Encontraba, en sus esfuerzos, una sorda resistencia, pero no i-enunciaba a la esperanza.

Se escribía con Philippe y en sus cartas, le exhortaba a tener valor y, sobre todo, a no arriesgarse a volver a Francia.

Un domingo, de noche, cuando Mario y Joséphine volvían de Saint Barnabé, unos vecinos le dijeron que había ido un hombre varias veces preguntando por ellos.

Ya iban a acostarse, después de haber tratado en vano de adivinar quién podía ser, cuando golpearon suavemente en su puerta.

Mario fue a abrir, y quedó estupefacto.

—¡Tú! —exclamó con voz de espanto.

Acudió Joséphine y reconoció a Philippe, el cual la abrazó, después de haber estrechado a su hermano.

—Soy yo —respondió—; me habría muerto si no vuelvo.

—¡Ay, qué locura! —exclamó Mario.

—Me ocultaré todo el tiempo que sea necesario.

—¿Por qué no me avisaste? Hubiera tomado precauciones.

—No me habrías dejado volver. ¿Y Joseph?

Mario, conmovido, le dio amplias y satisfactorias noticias. Luego estuvo pensando en el modo de ocultarlo en Marsella, para que pudiese esperar el indulto junto a su hijo.

En primer lugar hizo que se afeitara, lo que produjo un notable cambio en su fisonomía. Le vistió con ropas de artesano y le colocó de mozo de almacén en casa de Cadet, sucesor de Sauvaire. Como es fácil de comprender, éste no le encargó de trabajo alguno, dejando que se pasease por el puerto. Pero, ya el segundo día, Philippe quiso trabajar, y se ocupó de dirigir ciertas faenas y de vigilar las operaciones de embarque de mercancías.

De este modo transcurrió un año, y una noche, al llegar a casa del jardinero Ayasse, creyó ver detrás de sí a un hombre alto y seco, que le venía siguiendo desde el puerto. Las alegres risas de Joseph le hicieron olvidar el incidente. Si hubiese vuelto la cabeza, se hubiera dado cuenta de que el hombre alto y seco no le perdía de vista.

En los tres años que habían transcurrido desde que naciera el hijo de Philippe y de Blanche, habían tenido lugar importantes cambios en la vida de *monsieur* de Cazalis. No había sido reelegido en las últimas elecciones, y se había establecido en Marsella. Este fracaso, debido a la impopularidad que le proporcionó la causa Cayol, no pareció entristecerle mucho. Lo cierto es que prefería velar por sus propios asuntos que por los del país; bastante trabajo tenía para librarse de los peligros que le amenazaban, sin necesidad de tener otra ocupación que, por añadidura, le obligaba a marcharse a París durante varios meses del año.

Se instaló en su palacio del *boulevard* Bonaparte, y procuró pasar inadvertido para toda la ciudad.

Dejó de pasear en coche, de salpicar lodo a los pacíficos comerciantes; en fin, hizo todo lo posible para que nadie reparara en él, y logró en algún tiempo, llegar a ser un desconocido para la mayoría. Su sueño dorado era asegurarse lo antes posible una vida tranquila, y luego viajar a París a derrochar la fortuna de su sobrina.

De momento, y sólo por prudencia, se conformaba con aquella vida oculta y triste. Debía estudiar su situación y buscarse la impunidad, antes de derrochar unos bienes que no le pertenecían.

Desde luego estaba poseído por un delirante deseo de autosatisfacción, pero tenía miedo. Robar a Blanche era lo de menos, lo que no podía consentir es que nadie pudiera llamarle ladrón.

Durante tres años no había intentado nada, y Mario llegó a tranquilizarse; aunque sabía que el peligro mayor era el retorno de Philippe. Y eso era lo que precisamente Cazalis deseaba, que cometiese la imprudencia de regresar sin autorización, para hacerle arrestar.

Encargó a un granuja, incondicional suyo, llamado Mathieu, que se trasladase a Italia y siguiese los pasos del joven, debiendo incluso viajar con él, en el caso de que embarcase. El espía cumplió fielmente su mandato. Encontró a Philippe en Génova, y ya no le perdió de vista. Cuando éste regresó a Marsella, volvió en el mismo barco, pero se le escabulló a la hora de desembarcar, y lo único que pudo decir era que Philippe estaba en la ciudad, pero que ignoraba dónde.

Ante esta noticia, Cazalis experimentó una gran inquietud. Vivió un año entero en continuas zozobras; a pesar de que encargó a Mathieu que siguiese a Mario, no pudo llegar hasta Philippe, pues los dos hermanos habían convenido entre ellos que renunciarían a verse mientras no fuese otorgado el indulto.

Pero un día, *monsieur* de Cazalis, que justamente pasaba por el puerto, se acercó a un corro de gente que se había formado en torno a un herido. Se trataba de un cargador del muelle, al que una enorme caja de mercancías le había aplastado el pie. Al aproximarse, vio al lado del pobre diablo a un joven que daba órdenes, por cuya voz y ademanes, reconoció, presa de una gran agitación, a Philippe.

Se fue rápidamente a su palacio, hizo llamar a Mathieu y le dio las oportunas instrucciones: debía asegurarse de la identidad del individuo y seguirle durante dos o tres días, para conocer los lugares que frecuentaba.

El plan era sencillo e inteligente. Se valdría del padre para descubrir y apoderarse del hijo. De este modo conseguiría los dos propósitos a un tiempo: hacer arrestar a su enemigo, y tener en poder al heredero de Blanche.

Dos días después, Mathieu anunció a su amo que el tal individuo era realmente Philippe Cayol, que todas las noches iba a Saint Barnabé a casa de un jardinero llamado Ayasse, el cual tenía en su poder a un niño. El exdiputado comprendió todo inmediatamente.

—¿A qué hora va ese hombre a Saint Barnabé? —preguntó a Mathieu.

—A las seis de la tarde —respondió éste—, y permanece allí hasta las ocho o las nueve.

—¡Bueno! Vuelve mañana a las seis. Ya te daré instrucciones.

Al día siguiente habló durante un rato con Mathieu. Después se fueron a Saint Barnabé, y llegaron allí a eso de las siete. Iban acompañados de dos guardias.

**P**hilippe, desde que se ocultaba en Marsella, llevaba una vida monótona; su única alegría era ir, cada noche, a abrazar a su hijo a Saint Barnabé. Mario le había suplicado que, por prudencia, esperase a obtener el indulto para realizar tales visitas, pues era conveniente que el padre y el hijo se mantuviesen separados, hasta el día en que pudieran verse sin correr el riesgo de comprometerse mutuamente.

Sin embargo, tuvo que ceder a los ruegos de su hermano; se tranquilizaba pensando que *monsieur* de Cazalis ignoraba la presencia de Philippe y del niño en Marsella.

El actual mozo de almacén, que no veía a nadie, ni siquiera a Mario, iba, pues, cada día, al anochecer, a casa de Ayasse y allí disfrutaba las pocas horas felices de su vida.

Generalmente, en cuanto él llegaba, el jardinero y su mujer aprovechaban su presencia para marcharse a Marsella, a llevar las legumbres y frutas que cosechaban. Por lo tanto, Philippe quedaba solo en la casa, corría los cerrojos y jugaba con Joseph como un verdadero niño. Una profunda tranquilidad invadía su corazón en esos momentos; olvidando el pasado y el presente, soñaba en un futuro lleno de felicidad. Encerrado en aquella vieja y tranquila morada, no recordaba que estaba expuesto a que un gendarme le sujetase las manos con esposas y le llevase a la ciudad; se imaginaba ser un campesino, un hombre que, después de haber estado cultivando la tierra durante todo el día, al llegar la noche descansaba. Aquellas horas de paz le daban nuevas fuerzas y calmaban las tristes ideas que a veces le asaltaban.

La noche en que Cazalis, Mathieu y los dos guardias se dirigían hacia Saint Barnabé, Philippe, como de costumbre, había llegado a las seis. El jardinero y su mujer le esperaban para conducir a Marsella una carreta de uvas. Así que se marcharon, Philippe se encerró. Joseph no tenía ganas de jugar; se había pasado todo el día corriendo por la viña, y dormía profundamente, acostado en un viejo canapé. Philippe andaba de puntillas, y acabó por sentarse, contemplando al niño.

De improviso, llamaron a la puerta. Philippe estaba resuelto a no abrir, pero oyó una voz de mujer, que balbuceaba con espanto:

—¡Abra, abra enseguida, por amor de Dios!

Le pareció conocer la voz, y descorrió los cerrojos.

Entró Joséphine jadeante, volviendo a cerrar enseguida tras de sí.

—¿Qué sucede? —preguntó Philippe.

Joséphine respondió:

—Ya vienen, los he visto por el camino y eché a correr a campo traviesa para llegar antes que ellos.

—¿De quién hablas?

—Es verdad que no lo sabe... He venido para decirle que esta noche van a detenerle.

—¡Detenerme!

—Esta tarde Mario se ha enterado, por una casualidad providencial, que *monsieur* de Cazalis ha requerido a dos gendarmes para efectuar un arresto en Saint Barnabé.

—Siempre aquel hombre.

—Mario, que ha vuelto a casa como un loco, me ha encargado que venga aquí, que coja al niño y que le obligue a usted a escapar.

Philippe dio un paso hacia la puerta.

—Es demasiado tarde; no he llegado a tiempo —exclamó la joven, desesperada.

Philippe daba vueltas por la estancia, buscando una salida. Por fin dijo:

—Prefiero arriesgarlo todo. ¡Entrégueme al niño!

Se inclinaba ya para coger a Joseph, cuando la florista le detuvo con un ademán enérgico, invitándolo a callar y a escuchar.

Se escucharon unos pasos, luego llamaron con la culata de un fusil, y una voz ruda gritó:

—¡Abran, en nombre de la ley!

—¡Todo está perdido! —murmuró Philippe.

—No abra —dijo Joséphine en voz baja—. Mario me ha dicho, que, en el caso de no poder huir, demore el arresto, para ganar tiempo.

—¿Por qué no ha venido él mismo?

—No sé; se ha marchado corriendo, mientras yo subía al coche para venir hacia aquí.

En aquel momento volvieron a llamar, esta vez con mayor violencia... y otra vez sonó el grito aterrador:

—¡Abran, en nombre de la ley!

Joséphine volvió a recomendar un silencio absoluto.

Habían transcurrido cinco minutos, desde que los gendarmes llamaban y gritaban. Finalmente uno de ellos dijo a Cazalis que la casa parecía desocupada y que no tenían autorización para derribar la puerta.

—Si estuviésemos seguros de que él está —añadió— haríamos saltar la cerradura, pero no podemos arriesgarnos a hacerlo inútilmente.

—Está ahí —gritó Mathieu—; le he visto entrar.

—Yo me hago responsable —dijo Cazalis.

Los gendarmes se negaron a hacerlo, pues sabían perfectamente que tan sólo ellos serían castigados si violaban un domicilio.

El exdiputado empezaba a sentirse molesto, al ver que vacilaban y que parecían casi decididos a abandonar la empresa, cuando de pronto, oyeron ruido en el interior de la casa.

Joseph se había despertado, y, asustado por la oscuridad y las voces que oía, se puso a llorar. Joséphine no lograba calmarle; por culpa del hijo, iban a detener al

padre.

Los guardias volvieron a llamar, gritando:

—Si no abre, echaremos la puerta abajo.

Entonces Philippe encendió la lámpara, dio un beso al niño y se dirigió hacia la puerta.

—¿Vas a abrir? —preguntó Joséphine, angustiada.

—Sí —respondió—, fugarme ya es imposible.

—¡Espere, espere! Ganemos tiempo.

—¿Para qué? Todo está perdido.

—No; confío en Mario. Me recomendó poner trabas al arresto; la salvación depende de ello.

—Tendré que pagar caro cada minuto de resistencia.

—¿Y Joseph? ¿Se lo llevarán?

—Tiene razón. Ahora lo comprendo todo. Han venido para robarme a mi hijo.

En aquel instante asestaron a la puerta un golpe tan violento, que ésta crujió.

Entonces dijo Philippe:

—Coja al niño, suba al granero y ocúltese lo mejor posible. Yo ya me ingeniaré para demorar las formalidades de mi arresto, para dar tiempo a mi hermano a que acuda en nuestra ayuda.

—¿Y si le detienen inmediatamente, y me quedo yo aquí con el niño, sin defensa alguna?

—Entonces será la voluntad del cielo la que me impone ese destino... No tenemos tiempo para discutirlo, porque no hay más que un camino. ¿Oye? Cruje la puerta... ¡Por amor de Dios, suba lo antes posible, escóndase bien!

Empujó a Joséphine hacia la escalera; luego, cuando ella hubo desaparecido, fue a descerrar los cerrojos.

**A**ntes de abrir, Philippe apagó la lámpara.

Los gendarmes, que iban a lanzarse dentro de la casa, se detuvieron en el umbral, temiendo que la oscuridad ocultara algún peligro. Tal vez habían tendido en la habitación alguna trampa que diera a la bodega; tal vez alguien les acometería, cuanto hubiesen entrado. La negrura del interior les asustaba.

—Sería preciso traer luz —murmuró uno de ellos—. No podemos buscar y encontrar a un hombre en medio de esas tinieblas.

El otro dijo:

—No tengo cerillas.

Cazalis se desesperaba; no había previsto aquel obstáculo.

La oscuridad, como una muralla impenetrable, le separaba aún de Philippe.

—¿Tienen miedo? —gritó.

Y, en un arrebato de cólera, empujó a los gendarmes, que se vieron obligados a dar dos o tres pasos en la estancia.

Philippe, que se había colocado contra el muro de la entrada, dio algunos pasos y se lanzó fuera, después de haber derribado casi a Mathieu.

Éste vociferó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Alguien se escapa!

Los guardias se volvieron rápidamente. El joven se había detenido delante de la casa, a algunos metros de distancia. Hubiera podido intentar huir, pero sólo pensaba en el niño. Si había apagado la luz, si había fingido huir, fue con el único motivo de ganar tiempo. Con los brazos cruzados y tono desdeñoso, dijo:

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me han obligado a abrir esa puerta?

Los dos guardias se arrojaron sobre él, cogiéndole por ambas muñecas.

—Suéltense —dijo con energía—. Ya ven que me entrego voluntariamente. Ya estaría lejos si hubiese querido fugarme... ¡Hablen! ¿Qué quieren?

—Tenemos orden de arrestarle.

—Iré con ustedes tan pronto como me hayan enseñado la orden de arresto. Entremos.

Volvió a la casa, fingiendo que no veía ni a Mathieu ni a Cazalis. Una vez encendida la lámpara, como entraran el exdiputado y su espía, se volvió a los gendarmes y burlándose dijo:

—¿Pertenece a la policía esos señores?

El hidalgo tuvo la misma sensación que si hubiera recibido un latigazo, y gritó enfurecido:

—¿Qué dice usted? Aten a ese canalla y pónganle una mordaza. Por fin te encuentro, bellaco, y esta vez no te escaparás.

Philippe leía despacio el mandamiento, buscando algún medio para seguir aplazando su ejecución.

Mathieu había desaparecido. Encendiendo una larga cerilla enroscada que llevaba, subió cautelosamente la escalera. Iba a cumplir las órdenes de Cazalis, el cual le había prometido una crecida recompensa si se apoderaba silenciosamente de Joseph, en medio de la confusión que debía producir el arresto de Philippe.

Al no encontrar al niño en el piso, subió al granero.

La puerta estaba cerrada sólo con picaporte. Mathieu la empujó y avanzó algunos pasos caminando sobre la paja; levantaba la cerilla y miraba los rincones desde lejos, pues no se atrevía a acercarse demasiado, porque temía prender fuego a la paja.

No descubrió nada.

Volvió a la planta baja para hacer un registro minucioso, abriendo los muebles, levantando las cortinas, pero sin encontrar nada.

«Debe de estar en el granero —pensaba Mathieu—; sin duda, he buscado mal».

Subió nuevamente y colocó la cerilla encima de una regadera, para evitar, en un descuido, incendiar la casa.

Comenzó a registrar el granero. La cerilla despedía una luz amarillenta y vacilante, que no era apropiada para sus pesquisas. Cuando hubo llegado hasta el fondo del granero, se detuvo a escuchar; había oído una respiración contenida, que procedía de una especie de escondite formado por unos haces de heno, amontonados a alguna distancia del muro. De allí salió de improviso Joséphine con Joseph en los brazos. El niño había vuelto a dormirse.

Mathieu, pasado el primer momento de estupor, por encontrarse a una mujer desconocida, iba a lanzarse sobre ella y arrebatarse al niño.

En aquel momento de peligro inminente, un ruido que iba cada vez en aumento, subió desde la sala donde todavía se encontraba Philippe, y una voz muy querida y conocida, gritó:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Joséphine, entonces, se irguió y dijo:

—¿Lo oye usted? El cielo ha llegado en nuestra ayuda. Es para usted, canalla, para quien han traído las esposas los gendarmes.

Mathieu, asustado, ya no pensó en otra cosa más que en huir.

Mientras tanto, Philippe, para ganar tiempo, había dicho a los gendarmes que no tenía inconveniente en irse con ellos, pero que antes era indispensable dejar algunas líneas al jardinero Ayasse, para explicar su ausencia.

Los guardias consintieron. Después le ordenaron que marchara con ellos.

Cazalis gozaba insultando a su víctima.

Un gendarme puso las esposas a Cayol.

Resonó un grito de alegría cerca de la casa, y un hombre entró como un torbellino, gritando:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Era Mario, que, como no había podido encontrar ningún coche, llegaba de Marsella corriendo. Sacó un pliego del bolsillo y lo mostró a los gendarmes. En él se

anunciaba el perdón otorgado por el rey a Philippe. Hacía un mes que se lo prometían a su hermano, y quiso una feliz coincidencia que llegara en el mismo momento en que Cazalis empleaba su influencia para terminar de arruinar a Cayol.

Mario no acudió enseguida a Saint Barnabé, porque quiso ver si el perdón había llegado por fin.

Después de leer el documento, los gendarmes se inclinaron. Su misión había concluido; quitaron inmediatamente las esposas a Philippe, felicitándole y ofreciéndole sus excusas.

Cazalis les miró cómo se alejaban, con un odio infinito.

Mario estrechaba a Philippe entre sus brazos, gritando:

—¡Alabado sea Dios! He llegado a tiempo. ¡Estás Ubre!

Philippe permaneció un momento inmóvil, conmovido, no atreviéndose a creer lo que oía. Luego se lanzó hacia la escalera. Se acordó del hombre que había visto subir para robarle a su hijo Mathieu le oyó. Aterrorizado, comprendiendo que le amenazaba un gran peligro, buscó con la mirada una salida. Delante de la ventana del granero colgaba una cuerda con una garrucha. Cogió la cuerda, y aún a riesgos de caerse, se deslizó. Cayó casi encima de Cazalis, que se marchaba lanzando injurias, con el ánimo enfurecido. El exdiputado, cuando vio a Mathieu sin el niño, estuvo a punto de pegarle. Había fracasado completamente; no había podido coger ni al padre ni al hijo.

Joséphine, libre ya de las garras de Mathieu, volvió a bajar con Joseph a la sala del piso inferior. Allí, los dos hermanos y la joven besaron al niño, con una alegría indescriptible.

—Ahora somos libres —exclamó Mario—. Ya no pesa sobre nosotros una infame condena; podemos trabajar abiertamente por la dicha de este niño.

**A**l día siguiente, al despertarse, los dos hermanos experimentaron una extraordinaria alegría al encontrarse juntos y libres ya de todo temor. La víspera se habían llevado a Joseph, después de haber recompensado al jardinero Ayasse y expresarle su más caluroso agradecimiento.

Philippe y su hijo durmieron en el reducido aposento del joven matrimonio. Durante la noche, Mario, todavía agitado, no pudo descansar y forjó los planes de una nueva vida.

Reunida la familia en torno de la mesa en la cual Joséphine acababa de servir el desayuno, se decidió a exponer sus proyectos.

—Vamos a ver —dijo—; hablemos de cosas serias. Se trata de saber lo que haremos con este niño y de lo que va a hacer Philippe.

Philippe se puso grave y atento. Con frecuencia había pensado en las cosas que realizaría, cuando pudiese hacerlo sin ocultarse; comprendía que debía trabajar para su hijo, renunciando a sus locas y ambiciosas aspiraciones.

—El niño —prosiguió Mario, mirando a Joséphine— encontrará fácilmente a una madre.

—Ya la ha encontrado —dijo la florista—. A mí me fue confiado y conmigo permanecerá siempre.

—Está situado el niño y me encargaré de situar al padre —dijo Mario, riendo—. Pero tú, Philippe, debes decirme qué proyectos tienes.

—Trabajar.

—¿Aceptas, pues, ser un pobre diablo como yo?

—Desde luego que sí.

—Entonces, te conviene un modesto empleo, que te dará para vivir independientemente.

—Lo acepto todo de antemano.

—¡Bueno! Te instalaré en un despacho de mi jefe. Hace seis meses que guardo para ti un empleo de mil ochocientos francos.

Los dos hermanos se dirigieron a casa del armador, el cual los recibió muy bien y declaró que estaba satisfecho de poder serle útil, empleándole en su casa.

Mario encargó a Philippe una parte de la correspondencia que era importante.

Joséphine alquiló una habitación en el cuarto piso y la arregló para Philippe, el cual comía con el matrimonio y disfrutaba sin temor alguno de la felicidad de permanecer horas enteras con su hijo.

La única nube que empañaba la serenidad de Philippe era el recuerdo de Cazalis. Una noche dijo a Mario:

—Somos cobardes. Yo debería ir a abofetear a ese hombre y a reclamarle el patrimonio de mi hijo.

—¡Valiente solución! —respondió Mario—. Te haría encarcelar, y se acabaría todo.

—Pero si es un ladrón. Tiene dinero que no es suyo; tal vez lo está derrochando.

—No cometas más locuras, hermano.

—¿Quieres que renuncie a la herencia de mi hijo?

—Contentémonos con defendernos; si atacamos, nos derrotarán enseguida. Y, además, un escándalo de esta clase mataría a Blanche.

Llegaron los primeros días de febrero, y Philippe empezó a ausentarse de la oficina durante muchas horas.

Mario siguió a su hermano para averiguar adónde iba, y llegó a saber que era miembro de una sociedad secreta que, con directrices que venían de París, trabajaba activamente para propagandizar las ideas republicanas. Habló a su hermano, suplicándole que no se comprometiera.

—Escucha —replicó Philippe—; ha llegado la hora del pueblo; yo también trabajaré en favor de la justicia. Ya no tendré más que una querida: la libertad.

El viernes 25 de febrero, un trueno estalló sobre Marsella: la proclamación de la República en París.

Semejante noticia consternó a toda la ciudad. Aquel pueblo de comerciantes era totalmente adicto a la dinastía de los Orleans, los cuales, durante dieciocho años, habían favorecido el amplio desarrollo del comercio y de la industria.

Philippe estaba completamente equivocado cuando creía que podría inculcar sus ideas republicanas a sus conciudadanos.

En Marsella, pues, no existía un verdadero partido republicano; los pocos que pronunciaban frases rimbombantes por doquier, no se hacían verdadero cargo del moderno espíritu de las sociedades; eran simples charlatanes que buscaban el medio de brillar en el nuevo orden establecido.

Frente a estos elementos republicanos, débiles y desunidos, se encontraban dos grupos poderosos: los legitimistas, satisfechos por la caída de Louis Philippe, y los conservadores, integrados por el grupo numeroso de los comerciantes, que reclamaban la paz a toda costa. Estos últimos no aspiraban más que a una libertad: la libertad de ganar millones.

Había momentos en que Philippe desconfiaba. En una época acudió a la Prensa como medio para ejercer su propaganda, pero no tardó en comprobar que sus fogosos artículos no eran leídos y que su entusiasmo no ejercía influencia alguna; pensó que, por lo tanto, tenía mayor valor obrar que escribir.

La impresión más desfavorable se la produjo la creación de la guardia de ciudadanos, evidentemente destinada a contener al pueblo. La guardia nacional estaba integrada únicamente por gente rica, y Philippe hubiera querido que se admitiera también a los pobres, para que la ciudad fuese confiada a una tropa liberal.

Aquello fue como preparar una guerra civil.

Únicamente la corporación de los cargadores fue admitida y armada, porque sus miembros, en cierto modo supeditados a los comerciantes, que los empleaban, estarían dispuestos a combatir a los demás trabajadores.

Philippe rechazó enérgicamente formar parte de la guardia nacional.

—Permaneceré con el pueblo —dijo en la plaza pública—. Si no se respetan sus derechos, le aconsejaré armarse y combatiré junto a él.

Desde el viernes 25 al martes 29, Marsella no proclamó la República. Las autoridades permanecieron en sus puestos, y la ciudad entera estaba ansiosa y malhumorada. Él gobernador y el alcalde afirmaban que carecían de noticias de París. Comprendiendo el peligro que entrañaba el dejar el poder en manos de los antiguos servidores del rey, los republicanos hicieron varias manifestaciones, pero sin lograr ninguna consecuencia.

Ya empezaba la reacción; los conservadores no querían abandonar su puesto hasta que estuvieran absolutamente seguros de que todo estaba perdido.

El lunes, al anochecer, los obreros, reunidos en la Cannebière, debían dirigirse, en masa, con hachas encendidas y una bandera al frente, a las Casas Consistoriales, para obtener la promesa formal de que a la mañana siguiente sería públicamente proclamado un nuevo Gobierno.

En aquellos cinco días de permanente zozobra, Philippe estaba enardecido. Ya no concurría a su trabajo, volvía tarde a su casa, agitado por las violentas emociones del día. Por las noches, se desahogaba ante el joven matrimonio, que se hallaba triste y desolado, lanzando palabras de cólera y de amenaza. Joséphine y Mario le miraban angustiados comprendiendo que se perdía, sin que ellos pudieran detenerle al borde del abismo.

**E**l día siguiente al de la expedición a la casa del jardinero Ayasse, Cazalis, cuya ira se había calmado, fue acometido por un verdadero pánico. Se sentía a merced de sus amigos; ahora que Philippe estaba en posesión del indulto, los Cayol, sin duda alguna, le perseguirían sin piedad.

Habló de sus temores en presencia de Mathieu, y no sabiendo sobre quién descargar la indignación que le causaba su impotencia, le injurió, y le dijo que si no había robado al niño era porque se había vendido a Mario.

Mathieu se encogió de hombros, y dijo con descaro:

—Vamos, continúe usted, si esto le produce alivio; en el fondo sabe muy bien que le soy fiel, ya que me paga usted mejor de lo que pueden hacerlo los miserables Cayol. En lugar de irritarse, sería más sensato reflexionar y pensar en la solución.

La sangre fría de aquel sinvergüenza tuvo la virtud de calmar los ánimos a Cazalis, quien confesó a su cómplice que sentía deseos de huir a Italia o a Inglaterra, pues ellos no irían probablemente al extranjero para reclamarle cuentas de su tutela.

A Mathieu no le convenía aquel proyecto; necesitaba ganar aún más, especulando con el miedo de Cazalis. Replicó, pues, con ardor:

—¿Por qué huir? ¿Ya no quiere vengarse? Sus enemigos no se atreverán jamás a atacarle de frente. Yo, en su lugar, volvería a tomar la ofensiva. Esos imbéciles cometerán alguna tontería; todo lo aprovecharemos, y llegará el día en que les tendremos de nuevo en nuestras garras.

Tal despliegue de elocuencia empleó aquel canalla, que acabó por convencer a Cazalis de que se quedase para proseguir la lucha.

Lo primero que hizo Cazalis fue enviar a Mathieu a ver a Blanche, para que firmase varios papeles que despojaban a su hijo de gran parte de la herencia.

El mensajero partió, con el firme propósito de no hacer firmar nada. Por lo cual, obró de manera que Blanche se negó rotundamente a estampar su firma en ningún documento.

Cazalis, al saberlo, se indignó, y ya no pensó más que en vengarse.

Otorgó a Mathieu plenos poderes; le suplicó que no hiciera nada que pudiera comprometerle. Mathieu le refería cada noche, con mayor o menor exactitud, lo que hacían sus enemigos, prometiéndole siempre una rápida victoria.

Cazalis empezaba a impacientarse, porque en dos meses no había sucedido nada que le favoreciese, cuando, una noche, se le presentó Mathieu con aire de triunfo.

—¿Qué novedad traes? —preguntó Cazalis.

—Poca cosa; han proclamado la República.

—No es momento para bromear.

—No son bromas; uno de estos días tal vez tengamos que hacer barricadas. Yo soy miembro del Club de los Trabajadores.

—¿Y a mí qué me importa todo eso?

—Me olvidaba decirle otra novedad: *monsieur* Philippe Cayol es mi colega en el mismo club.

—¡Por fin!

—Sí, puede decirse que *monsieur* Philippe es un corifeo republicano. Si la patria necesita ser salvada, ese joven la salvará.

—¡Qué necio! ¿Ha tomado intervención en el movimiento liberal?

—Los obreros le adoran.

—¡Bien! ¡Se compromete! Ahora será nuestro.

—Yo no le había perdido de vista, y me hice miembro, como él, de una sociedad secreta, y con él entré en el Club de los Trabajadores.

—Comprendo, comprendo. ¡Gracias, Mathieu! Yo te haré rico.

—Confío en que podré empujarle a cometer cualquier clase de acción, que pagará cara.

—¿No te ha reconocido?

—No. Sólo me ha visto una vez en Saint Barnabé. Además, ahora uso peluca rubia.

—¿Y si el partido liberal alcanzara la victoria?

—¿Se imagina usted que aquí en Marsella alguien quiere la República? En esta ciudad, los liberales saldrán siempre derrotados.

El exdiputado recordó las maniobras de su elección, y no pudo disimular una sonrisa. Su cómplice tenía razón; donde reinaba el dinero, no pueden mantenerse las ideas republicanas.

—No necesito —continuó Mathieu— exponerle a usted todo mi plan. Pierda cuidado, que yo le entregaré al padre y al hijo. Empezaremos otra vez la expedición a Saint Barnabé, pero de manera más inteligente.

Y mientras Cazalis volvía a darle las gracias, prosiguió, con descaro:

Supongo que luego no me hará detener como a los otros republicanos, para quitarme de en medio; pero como yo me estoy comprometiendo, exijo garantías. Escríbame una carta en la que me encargue expresamente la vigilancia de Philippe Cayol. De este modo, usted será cómplice. Yo le devolveré esa carta, a cambio de una cantidad que estipularemos como retribución de mis servicios.

Cazalis lo aceptó todo; no podía negarse. Además, estaba convencido, de que, por medio del dinero, siempre tendría dominado a Mathieu. Este le recomendó que se quedara tranquilamente en su palacio. Necesitaba obrar solo.

**L**a República fue, por fin, solemnemente proclamada el martes 29 de febrero, en la Cannebière, una mañana sombría y lluviosa. En el momento en que las antiguas autoridades deponían sus poderes, el comisario provisional que París enviaba a Marsella bajaba por la rue d'Aix en un coche de posta. Una extraña casualidad colocó, de este modo, frente a frente, durante el desfile de la tropa y de la guardia nacional, a los representantes del poder regio caído y a los de la joven República.

Grande y solemne fue aquel día para Philippe. Acababan de realizarse sus más ardientes esperanzas. Por un instante había temido que a la madrugada se instituyera una regencia. La tardanza en reconocer la revolución, por parte del alcalde y del gobernador, le hacían temer que la lucha, en París, no hubiera sido decisiva. Ganaban tiempo, esperaban, sin duda, una reacción que no se produjo.

Cuando oyó proclamar públicamente el nuevo Gobierno, pensó que el pueblo acababa de obtener una victoria suprema; creyó sinceramente que había llegado la hora de la gran causa democrática.

Pero no tardó en desengañarse; los conservadores, los propios legitimistas, siguieron siendo los dueños de Marsella.

Las elecciones debían tener lugar el 23 de abril.

Philippe se había encargado de sondear a ciertas personas a quienes los republicanos pensaban elegir como representantes, entre ellos a Martelly.

Una mañana le pidió que le concediera unos minutos de audiencia, y el armador accedió enseguida.

Después de algunas frases sin importancia, Philippe le dijo:

—Hace tiempo que no le veo en el Club de los Trabajadores. ¿Es usted miembro del club?

—Sí, pero raras veces voy por allí; no creo que tales reuniones favorezcan mucho los planes del liberalismo.

—Todos lamentan su ausencia. Los hombres como usted escasean mucho. Estamos dispuestos a apoyar su candidatura.

—Amigo, estoy convencido de que nunca sería elegido. No dude de mis convicciones, pero aquí, es inútil sacrificarse. Marsella dista mucho de ser republicana; yo había pensado ir a París y ofrecer mis servicios al nuevo Gobierno. Pero aquí no lograré nada, y le aconsejo a usted también que abandone la empresa. Créame, usted camina hacia su perdición.

—¿Está seguro de que triunfará la reacción?

—Sí. Si todas las ciudades de provincia se parecen a Marsella, a lo sumo la República durará dos o tres años, y luego tendremos un dictador.

—Tal vez tenga razón... Entonces, ¿rehúsa usted?

—Eso no... Si el pueblo me considera necesario, acudiré a su llamada, suceda lo que suceda.

—Siendo así, todo marchará bien. Desde ahora, su nombre figurará en las listas preparatorias, y por supuesto será usted elegido.

—La libertad está enferma, hijo mío. Se me ocurre que asistiremos a su entierro.

—Si la matan, nosotros mataremos a sus asesinos. Será la guerra civil; las barricadas, sangre, víctimas.

—¡Nada de violencias! No es lícito derramar sangre en nombre de la fraternidad.

Martelly fue un profeta; no resultó elegido y, además, el partido reaccionario fue el vencedor. De diez diputados elegidos, siete eran conservadores o legitimistas, y sólo tres republicanos.

Pasó dos meses y llegó junio.

Un día, Mario encontró a Sauvaire en la Cannebière, vestido con el uniforme de capitán de la guardia nacional, del cual se enorgullecía exageradamente, aunque le molestara un tanto, sobre todo la espada.

—¡Vaya, mi joven amigo! —dijo, al verle.

Mario le estrechó la mano sin responder, y Sauvaire, cogiéndolo del brazo, comenzó a pasear con él, muy ufano por su atuendo militar y, sobre todo, por sus charreteras. Prosiguió diciendo:

—¿Qué le parece? ¿Se asombra de que yo haya entrado en la guardia nacional? ¿Qué quiere usted? En estos tiempos difíciles, los buenos ciudadanos tienen deberes que cumplir.

—Efectivamente, son tiempos difíciles.

—¿Qué opina de mi uniforme? Estas charreteras me han costado un dineral.

—Está muy bien. ¿Y cuáles son sus opiniones?

—Creo que la República puede ser una cosa muy buena, pero ha de mantenerse un orden. Con esta intención fue creada la guardia nacional. A propósito, dígame a su hermano que se está comprometiendo con esa multitud de desharrapados que le siguen por todas partes... Si puedo serle útil en cualquier sarracina, cuente usted conmigo, ¿de acuerdo?

Mario le dio las gracias, y se separaron.

Por la noche, el joven habló a Joséphine y a su hermano de aquel encuentro, y les hizo reír, describiendo el aspecto triunfal del antiguo maestro.

Pero Philippe acabó por enfadarse.

—¡Y a hombres semejantes está confiada la tranquilidad y la paz de la ciudad! —exclamó—. Esos señores llevan bonitos trajes y juegan a ser soldados. Pero ¡cuidado!, tal vez llegue el momento en que tengan que tomarse el juego en serio. El pueblo está harto de su vanidosa necedad.

—¡Calla! —dijo Mario, con severidad—. Esos hombres pueden parecer ridículos, pero matarse entre hermanos es un gran crimen.

Philippe se levantó de su asiento, y dijo con mayor violencia:

—Semejantes muñecos, no son franceses. Los obreros, los trabajadores son los que constituyen la patria..., el estado llano tiene armas, el pueblo no las tiene. El pueblo es custodiado a mano armada, como una fiera. Algún día la fiera enseñará los colmillos y devorará a sus guardianes. Esto es todo.

Y subió apresuradamente a su habitación.

**M**athieu se había convertido, pues, en un republicano puro, un radical con el que no había que bromear. Con la frente medio cubierta por la peluca rubia, meneaba la cabeza animadamente en los clubs, moviéndola como un hacha de rojiza luz. Siempre se mostraba partidario de los procedimientos radicales y apoyaba todas las proposiciones que podían provocar desórdenes en la ciudad. Por todo lo cual se ganó un gran respeto y temor, y todos escuchaban sus consejos con medrosa admiración. El día que siguió a las elecciones, no habló ni más ni menos que de incendiar Marsella. Esto le dio gran popularidad entre los liberales exaltados.

Con frecuencia se tropezaba con Philippe, pero evitaba intimar con él; se contentaba con vigilarle desde lejos y tomar nota de las calurosas palabras que aquél pronunciaba de vez en cuando. Hubiese deseado verle participar en alguna conspiración. Mientras el joven se limitara a declamar en los clubs y a asistir a los banquetes o a las manifestaciones populares, nada podía hacer contra él. Por eso incitaba a la guerra, a las barricadas.

Confiaba que, al primer disparo, Philippe bajaría a la calle, se batiría y le condenarían como rebelde.

Además, la guerra civil entraba en los cálculos de Mathieu; en una insurrección, mientras mataban o apresaban a Philippe, habría resultado fácil apoderarse del niño, y de este modo podría cumplir su promesa.

Ya habían transcurrido tres meses, y Cazalis se impacientaba.

Una noche, Mathieu entró en el despacho del exdiputado, y dijo:

—Me parece que mañana nos batiremos. Tal vez los marseleses no se hubieran atrevido nunca a hacerlo, pero la visita de varios parisienses les animó.

—¿Y qué quieren los obreros?

Mathieu le explicó entonces la situación, que era gravísima. El mayor peligro procedía de los obreros de los talleres nacionales, cuya creación, en Marsella, debía acarrear desgracias irremediables. Después del decreto del Gobierno provisional, los únicos trabajos que se pudieron confiar al pueblo fueron los de la construcción de terraplenes, necesarios para el canal, que entonces se estaba realizando y que lleva hoy día las aguas de la Durance a la ciudad. Allí había una multitud de trabajadores, empleados indiscriminadamente en una tarea que no tenía nada que ver con sus oficios especializados; casi todos maldecían el pan que ganaban, manteniendo así un eterno foco de rebelión.

El día 20 de junio, víspera de aquél en que Mathieu refería todo esto a su amo, se habían reunido los delegados de las corporaciones para discutir acerca de la oportunidad de una gran manifestación.

—Los delegados —dijo Mathieu— me parecen prudentes, pero los obreros están demasiado indignados para poder escucharles. Ya verá usted como estallará la

revuelta.

—¿Has tomado bien tus medidas? —preguntó Cazalis—. ¿Estás seguro de que Cayol se comprometerá y podrás apoderarte del niño?

—Estoy seguro; no tema.

Mathieu se retiró, y fue recorriendo las calles para escuchar lo que se decía por ahí. Una voz que iba cundiendo le turbó; decían que el comisario del Gobierno no parecía hostil a la manifestación, y que no le desagradaba que el pueblo acudiera a ella.

Mathieu se acostó muy desconcertado.

Se levantó temprano y fue a rondar por las proximidades del palacio del gobernador. Era el día 22. El edificio se veía rodeado de tropas.

Mathieu se alegró de ello, y pensó: «Voy a buscar a los obreros».

Corrió al baluarte Chave, donde debía celebrarse otra reunión de delegados. Algunos declararon que los obreros por ellos representados habían ido al trabajo, como de costumbre. Mientras aquellos hombres pacíficos se retiraban, los que pese a todo querían la manifestación, excitados por Mathieu, arrastraron a sus compañeros más reacios.

Se formó un núcleo, que fue creciendo cada vez más, hasta convertirse en una muchedumbre. El pueblo ya estaba lanzado y no podía detenerse.

Quiso informar a Cazalis, como se lo había prometido. Tenía que pasar por delante de la casa de los Cayol, y vio salir apresuradamente a Joséphine, llevando en brazos a Joseph. Comenzó a seguir a la joven.

Ella descendió por la rue Breteuil, subió por la Cannebière hasta la place Royal y se internó por las callejuelas de la ciudad antigua.

Mathieu iba siempre detrás. Llegaron a la place des Oeufs. Allí desapareció Joséphine en el interior de una casa, y Mathieu quedó perplejo, tratando de sacar provecho de una manera u otra, de las precauciones adoptadas por los Cayol.

Desde la víspera, Mario, avisado por su hermano de los desórdenes que podían tener lugar en las cercanías del palacio del gobernador, había resuelto no dejar a Joseph en la casa de la rue Bonaparte. Tenía vagos temores, no bien determinados.

Los dos cónyuges eligieron, como refugio del niño, el antiguo y reducido domicilio de la florista, en la place des Oeufs, que aún se hallaba ocupado por su hermano Cadet.

Mathieu, después de dar dos o tres vueltas bajo los árboles, se acercó a un puesto de guardias nacionales, que estaba ubicado en un rincón de la plaza. Aquellos hombres pertenecían a una compañía republicana. El espía lo vio enseguida.

—Creo que van a batirse delante de la Gobernación —dijo al teniente.

El teniente hizo como si no le hubiera oído.

—Éste sería un buen sitio para hacer barricadas —continuó.

El teniente miró a su alrededor con complacencia, y acabó por hablar.

—Sí, sí —dijo—, no habría más que bloquear algunas callejuelas. Los obreros son nuestros hermanos, y contra ellos no lucharemos.

Mathieu, al cual el teniente había tomado por un trabajador de los terraplenes, le estrechó la mano con fuerza y se alejó corriendo: La casualidad favorecía sus proyectos; ya había trazado su plan. Llegó jadeante a casa de Cazalis.

—Todo va bien —gritó—; respondo del triunfo.

Se dio cuenta de que el exdiputado llevaba puesto un uniforme de guardia nacional.

—¿Por qué ese disfraz? —preguntó, con sorpresa—. Iba a aconsejarle que no saliera a la calle.

—No puedo permanecer al margen —respondió Cazalis—; estoy demasiado impaciente, quiero verlo todo por mí mismo... Bajemos enseguida.

Mientras descendían hacia la calle, Mathieu le refirió todo lo que había sucedido aquella mañana.

Cuando ya se hallaban cerca del edificio de la Gobernación, oyeron un ruido sordo e impresionante: era el griterío inicial de la revuelta.

**M**ientras Mathieu había seguido a Joséphine y había ido a avisar a *monsieur* Cazalis, la columna de obreros descendió hacia la Cannebière. Esta columna, procedente de la estación del ferrocarril, estaba compuesta, a lo sumo, por unos centenares de trabajadores; pero, en su avance, reclutaba al pueblo que encontraba a su paso. Hombres y mujeres, la población flotante de las calles, se dejaba arrastrar por aquel torrente humano, que se precipitaba desde lo alto de Marsella.

Al desembocar la manifestación desde la rue Nuailles, se extendió por el Corso como una ola de gigantescas proporciones. Allí se habían congregado millares de hombres, cuyas cabezas, que se agitaban con amplio balanceo, daban la impresión de un océano humano.

Un ruido sordo, confuso, parecido al bronco sonido del mar, corría por entre las filas de aquella multitud. Por otra parte, mantenía una calma espantosa. Avanzaba, sin un solo grito, sin cometer un desmán, muda y sombría. Caía, rodaba sobre Marsella, parecía no tener conciencia de sus actos y sólo obedecer a las leyes físicas de una caída precipitada. Una peña enorme, lanzada desde la llanura, habría rodado de igual modo hasta el puerto.

Entre las filas predominaban las blusas blancas y azules. Habían también faldas de mujer de vivos colores. De trecho en trecho aparecían las mangas negras de las levitas, de los trajes de hombres a los que el pueblo parecía obedecer. Y la multitud descendía por la Cannebière, corriendo entre las casas como el agua en movimiento llena de reflejos de varios colores, con bramido amenazador.

Ubicado en la primera fila, en el centro de un grupo de obreros, marchaba Philippe con la cabeza erguida y la mirada desafiante.

Al entrar la columna en la rue de Saint Ferreol, se produjo un ligero tumulto; se detuvo uno o dos minutos y luego volvió a reanudar la marcha.

En la esquina de una callejuela lateral, los obreros del primer grupo vieron a un hombre pequeño y delgado, que esperaba a la columna. Era Mario. Se situó al lado de Philippe y siguió andando con los amotinados. Los dos hermanos cambiaron una expresiva mirada. Sólo eso.

La ola humana continuó hasta la place de Saint Ferreol. A algunos metros de la plaza, un cordón de tropa cerraba la calle. La multitud carecía de armas, y las bayonetas relucían al sol.

Murmullos de cólera y de asombro corrieron entre los primeros grupos, extendiéndose hasta el extremo de la columna, que estaba todavía en la Cannebière.

Los obreros aseguraban que pretendían degollarlos, que la manifestación había sido autorizada para matarlos a todos con mayor facilidad.

Mientras estos murmullos seguían creciendo, cuatro delegados se adelantaron a la manifestación pidiendo que se hiciera presente el comisario del Gobierno, como

había sido concertado la víspera. Acababan de desaparecer detrás de la línea de los soldados, cuando se produjo un hecho que tuvo sangrientas consecuencias.

El extremo de la columna, al oír hablar de tropa armada, de bayonetas y de matanza, imaginó que los obreros del primer grupo habían sido degollados. Obedeciendo al movimiento irresistible de aquella masa de hombres, el grupo que rodeaba a Philippe tuvo que avanzar algunos pasos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, para demostrar que no tenían pensamientos hostiles, los obreros llegaron delante de los soldados. Al verlos aproximarse, un oficial perdió la cabeza y mandó cruzar las bayonetas.

Hubo una tentativa desesperada para retroceder, pero fue inútil; los obreros fueron empujados inevitablemente contra las puntas de las bayonetas.

El general que mandaba las tropas hizo un ademán de desesperación y dio la orden de levantar las armas; cuentan que en aquel momento, una voz gritó desde la place de Saint Ferreol:

—¡Maten, maten a esos canallas!

Desde las ventanas de un círculo aristocrático, unos caballeros aplaudían, viendo correr la sangre del pueblo.

A la orden del general, los soldados levantaron las bayonetas, retrocediendo lentamente. La multitud, al verse desarmada, se detuvo. De un extremo a otro, un estremecimiento sacudía la columna que, fraccionándose, se dispersó por las calles laterales, gritando:

—¡Venganza, venganza! ¡Asesinan a nuestros hermanos!

Los obreros se alejaban en busca de armas, sembrando a su paso el espanto y la indignación.

Cazalis y Mathieu bajaban por la rue Bonaparte.

El espía detuvo a un transeúnte y le preguntó qué era lo que pasaba. El hombre contestó:

—Señor, se están matando; los soldados arrollaron al pueblo...; ahora el pueblo incendiará la ciudad; esto es casi seguro.

Y se fue corriendo.

—¿Qué le decía yo? —dijo Mathieu a Cazalis—. Las circunstancias nos favorecen.

—¿Qué harás ahora? —preguntó el exdiputado.

—Muy sencillo. El pueblo está enardecido y se enfrentará donde yo quiera. Ahora no tengo tiempo para explicarle de qué medio me valdré para satisfacer sus deseos. Ya que se ha disfrazado de guardia nacional, mézclese con la tropa, que atacará una barricada donde yo sé.

—¿Para qué?

—Para que pueda verme trabajar. Si Philippe se pone a su alcance, mátele enseguida.

Mathieu se alejó rápidamente. En la rue Grignan distinguió en la acera a los hermanos Cayol, que hablaban con excitación. Mario decía:

—Ya ves: la insurrección que se prepara va a fracasar; un buen gobernante debe evitar el derramamiento de sangre, sobre todo, siendo contrario al bien general. Mejor sirvo yo a la patria predicando la paz.

Philippe respondió:

—Han querido asesinar a nuestros hermanos y queremos vengarnos. No me digas nada. Es inútil.

Se oyeron unos disparos hacia el extremo de la rue Saint Ferreol.

—¿Oyes? Allá voy. Si me matan, te encomiendo a Joseph. ¡Adiós!

—Voy contigo —dijo Mario sin titubear.

Cuando los jóvenes llegaron a la rue de Rome, la lucha estaba en su apogeo.

Mathieu había llevado a los obreros hacia aquella calle. En aquel momento pasaban tres carretas vacías. A pesar de los gritos del carretero, Mathieu, el jefe improvisado del motín, mandó desenganchar, y dijo:

—Llévate los caballos..., el pueblo necesita las carretas.

Luego, dirigiéndose a los obreros, les señaló la rue de la Santé, que estaba enfrente, y añadió:

—¡Pronto, derriben esas carretas y colóquenlas atravesadas en la calle...! Busquen en las tiendas de la vecindad, a ver si encuentran algo para reforzar la barricada.

Fue levantada en cinco minutos. Se componía únicamente de las tres carretas y de algunos toneles vacíos.

Después, reinó un silencio de muerte; los obreros, tumbados de bruces sobre el suelo, esperaban. De pronto, oyeron los pasos de una compañía, que apareció en la esquina de la rue de Rome. El capitán Sauvare, que iba al frente, se detuvo delante de la barricada. Una lluvia de piedras cayó sobre los guardias, y algunos de ellos resultaron heridos.

La compañía retrocedió. Un comisario salió de los grupos e hizo las intimaciones legales, en medio de un absoluto silencio. Los insurrectos, agotada ya la provisión de piedras, arrancaban los adoquines, preparándose para la lucha, sin escuchar siquiera las intimaciones.

Mientras se levantaban, el comisario se retiró, los fusiles se bajaron, y una lluvia de balas pasó ahora por encima de la barricada, pero no hubo ningún herido.

Mathieu empezaba a sentirse aterrorizado. Sabía mejor que nadie que la barricada sería asaltada tan pronto como los guardias nacionales se lo propusiesen. Y si caía en sus manos, todo estaba perdido.

Durante cinco minutos, permaneció inmóvil en un escondrijo. Los tiros continuaban. No obstante, uno de los obreros se decidió a arriesgarse a salir al centro de la calle, para renovar la provisión de piedras. Se escurrió por detrás de la barricada, ocultándose detrás de todo cuanto podía ampararle.

«Si este hombre —pensaba Mathieu— pasa por delante de la brecha que le he dejado abierta, será cadáver en el acto; y esto es lo que yo necesito».

El obrero, tranquilo en apariencia, iba arrancando los adoquines. Mathieu le llamó, con ademanes enérgicos. El hombre, sin desconfiar, creyendo que el jefe tenía algo que comunicarle, volvió a deslizarse a lo largo de la barricada. Pero llegó el momento fatal: tuvo que pasar frente al agujero, y en aquel mismo instante, ocho o diez balas penetraron en su cuerpo, arrojándole al suelo. Primero se retorció de un modo atroz, luego quedó inmóvil.

Mathieu, entonces, lanzó un grito terrible, y los insurrectos, furiosos, se lanzaron al centro de la calle.

Cesó el fuego, pues los guardias creyeron que se rendían. El espía aprovechó la ocasión para apoderarse del muerto. Lo cargó sobre sus hombros, y, llamando a los obreros, se puso delante del grupo y gritó:

—¡Venganza! ¡La guardia dispara contra hombres desarmados!

El grupo que conducía el cadáver huyó por la rue de la Santé. En aquel momento llegaron los Cayol, que se encontraron con la compañía de la guardia, que se había estacionado entre los destrozos de las tres carretas.

Mario, al reconocer a Sauvaire, se le acercó para que le informara de lo ocurrido. Éste le respondió:

—¿Comprende usted eso? Unos canallas que nos atacan a pedradas. Ni fusiles tienen esos imbéciles.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Hemos matado a uno. Detrás de esas carretas había dos o tres centenares de hombres, mil, tal vez. Hemos vencido, después de una encarnizada lucha que ha durado una hora.

Mario fue a reunirse con su hermano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Philippe.

No respondió enseguida. No podía ocultar la muerte del desgraciado trabajador y vacilaba, previendo que su hermano se exaltaría terriblemente. Dieron algunos pasos en silencio.

—No respondes —dijo Philippe, sombríamente—. Detrás de las carretas hubo cadáveres, ¿no es cierto?

—Un obrero murió; uno sólo.

—¿Qué importa el número? —interrumpió con violencia el republicano—. Ahora ya está trazada mi línea de conducta... la lucha es inevitable... No exigirás que me quede tranquilamente en mi casa; sería un cobarde si lo hiciera... Ya vacilé demasiado; voy a reunirme con los que he jurado defender, si les atacaban.

Mientras hablaban, los dos hermanos habían llegado a la rue Saint Louis. Una inmensa multitud los detuvo; allí resonaba el trueno del motín.

Los delegados de los obreros, que pudieron conseguir una entrevista con el comisario del Gobierno, no habían alcanzado de él más que una carta en que daba satisfacción al deseo de los obreros de no trabajar más que diez horas al día, pero ya era tarde. Por más que los delegados la mostraban a todos los grupos que encontraron a su paso, la palabra «venganza», se escuchaba en todos los labios; el pueblo aseguraba que la sangre pedía sangre.

Además, como suele suceder en estos casos, la mayoría de la gente ignoraba las causas de la lucha que se preparaba. Gran parte de la población nada sabía acerca del objeto del motín; en la atmósfera flotaba odio y terror, y esto era todo.

Mientras por las calles resonaban las llamadas de reunión, los guardias nacionales se apresuraban a ocupar sus respectivos puestos; cada uno se interrogaba a sí mismo, sin saber cuál era el enemigo contra el que se luchaba. Una compañía compuesta de cargadores se negó a ponerse en marcha, porque habían oído decir que el enemigo era el pueblo; a pesar de las ilusiones que tal vez se habían forjado, esos obreros no estaban dispuestos a disparar sobre sus compañeros.

El pueblo se rebelaba; he aquí la única certidumbre que cundía entre la multitud. ¿Por qué se rebelaba?, ¿qué quería? Nadie hubiera podido responder a esas preguntas. Ni siquiera los propios obreros obedecían ya a los motivos que les habían llevado delante del edificio de la Gobernación; se dejaban arrastrar por la indignación.

La place Royal, que desde febrero se llamaba place de la Révolution, se convirtió en el centro del movimiento.

Algunas compañías republicanas tenían allí su plaza de armas. Tan pronto como la noticia del combate que acababa de tener lugar en la barricada de la rue de la Paix hubo cundido entre los grupos que permanecían en la calle y la Cannebière, los obreros se dirigieron en tropel hacia aquellas compañías republicanas y les preguntaron si iban también a marchar contra ellos.

El general de la guardia hizo una última tentativa. Se confundió entre los grupos de obreros, con el objeto de apaciguar los ánimos por medio de palabras conciliadoras. Pero tan pronto como lo vieron, fue rodeado por numerosos hombres exaltados, que le injuriaron y acusaron de todas las desgracias que habían sucedido aquella mañana. Él no se inmutó ni trató de defenderse; se limitó a prometerles todas las satisfacciones posibles, suplicando al pueblo que no causara desgracias mayores.

Pero fue preciso que las compañías republicanas acudieran en su ayuda.

Luego apareció un oficial de policía, e intimó a la muchedumbre a dispersarse. Una compañía cerró la Cannebière en toda su anchura y otra se colocó en la acera izquierda. Aquel movimiento no produjo ningún beneficio.

Los hombres que llevaban el cadáver del obrero muerto en la barricada, con Mathieu al frente, acababan de desembocar de la rue d'Aubagne. Todos los que les seguían gritaban desafortadamente:

—¡Venganza! ¡Venganza!

Aquel espectáculo acabó de enfurecer a la multitud. Mathieu sabía que tanto la calle como la Cannebière debían estar atestadas de gente, y por esto condujo hasta allí al fúnebre cortejo, atravesó la línea de los guardias nacionales, y entró en la place de la Republique.

Allí todavía fue más terrible el efecto que produjo.

Entonces, Mathieu dejó que la comitiva se perdiera en la ciudad antigua, y volvió rápidamente hacia la rue de Saint Louis.

Al atravesar esa calle, había visto en un café a varios guardias que se habían refugiado allí para no ser acuchillados por el populacho.

Una vez solo en la calle, se mezcló con los grupos que se habían enardecido después de ver a aquel obrero muerto, y gritó señalando a los guardias:

—Son nuestros enemigos. ¡Muera la guardia nacional!

El grito fue repetido entre la multitud, que se lanzó hacia el café. Mathieu gritaba:

—Necesitamos fusiles. ¡Cojámoslos!

Hacía un cuarto de hora que Philippe y Mario se encontraban a la entrada de la rue de Rome.

—¡Mira! —exclamó Philippe, viendo que llevaban al muerto.

Cuando los guardias, desde el café, se dispusieron a defenderse contra aquella multitud, Cayol, sin decir una sola palabra, corrió con el populacho a asaltar el café.

Él y Mario, que no le había abandonado ni un momento, entraron también, casi al mismo tiempo que Mathieu. Las salas de arriba fueron invadidas en un instante.

Los guardias no opusieron resistencia; los primeros que entraron los despojaron de las armas.

Philippe se había apoderado de dos fusiles; ofreció uno a su hermano.

Éste lo rechazó, diciendo:

—Yo no lucho contra franceses.

Los insurrectos, que se habían provisto de fusiles, después de desarmar a los guardias, corrieron a unirse con las compañías republicanas. Philippe se detuvo delante de la fonda de los Emperadores, a pocos pasos de Mathieu.

En aquel momento, el general estaba llevando a cabo su tentativa de reconciliación. El pueblo, engañado, veía en él la causa de todas sus desgracias. Mientras pasaba por delante de la fonda de los Emperadores, unos hombres cogieron su caballo, se formó un grupo a su alrededor y no dejaron de insultarle y amenazarle. Algunos guardias trataron inútilmente de abrirse paso.

Mathieu miraba si el fusil que había cogido estaba cargado.

Se ocultó entre la multitud, y disparó sobre el general.

Fue creciendo un clamor. La bala le había tan sólo rozado la mejilla.

Sonaron otros disparos y cundió el pánico. Los insurrectos se alejaron gritando:

—¡A las barricadas! ¡A las barricadas!

Las compañías tuvieron que dispersarse, entre el torrente que las arrastraba. En menos de dos minutos la Cannebière y el Corso quedaron desiertos.

El general, pálido y triste, se retiró. Mathieu había desaparecido como por arte de magia. Philippe, enojado, en vano había acudido al lugar donde una ligera nubecilla de humo delataba la presencia del asesino; no había podido distinguir más que una forma vaga, que se inclinaba y huía.

Una vez que la encrucijada hubo quedado desierta, y mientras se oía tocar a llamada por todas las calles, Mario arrastró a su hermano por el lado de la place des Oeufs. Allí era donde se ocultaba aquel que podía proporcionarle la felicidad.

**M**ientras la multitud corría enloquecida, de un lado a otro, dispersándose, Philippe y Mario permanecieron durante unos minutos cerca de la fonda de los Emperadores, amparados en el quicio de una puerta, para no verse arrastrados por las oleadas de gente.

Philippe sentía que algo se rebelaba en su interior, recordando el cobarde asesinato que acababan de intentar en la persona del general, y su hermano, que leía en su rostro la indignación, decidió aprovechar tal circunstancia para tratar, por última vez, de disuadirlo de emprender una guerra civil.

Cuando se vieron más o menos solos, le preguntó:

—¿Sigues queriendo hacer causa común con esos traidores?

—En todos los partidos hay canallas —contestó Philippe con voz sorda.

—Lo sé, pero toda insurrección está fatalmente condenada cuando comienza bajo tan tristes augurios. Ven conmigo, te lo suplico, no te comprometas más. Joséphine y el niño están refugiados cerca de aquí; vamos a reunirnos con ellos.

Y echó a andar. Philippe le seguía en silencio.

Los dos hermanos llegaron a la rue Major, y en la place des Oeufs vieron a una multitud de obreros que construían unas barricadas a toda prisa.

Mario se detuvo, aterrado. Joséphine y el niño iban a encontrarse en el centro de la lucha, y Philippe, sin duda alguna, participaría en ella.

—¿Ves? La casualidad me lleva hacia los que había jurado defender...; pelearé por la libertad y velaré por mi hijo.

Pasó por encima de los primeros obstáculos y enseguida se encontró en medio de los obreros, que le estrechaban calurosamente la mano. Mario subió corriendo a la habitación donde estaba su esposa y el niño.

El puesto de guardias nacionales ya se había retirado en silencio, pues no querían presenciar la construcción de las barricadas ni luchar contra los obreros.

La plaza ya estaba tomada, pero les faltaban materiales para levantar una barricada alta y sólida.

Mathieu buscaba con la mirada a Philippe y a Mario.

«Ya caerán en la ratonera», pensaba el bribón.

Los vio entrar en la plaza, y también cuando Mario subió a casa de Joséphine, y Philippe se unió a los obreros.

Se puso a rondar cerca de Philippe.

Poco a poco, los insurrectos habían amontonado en la plaza una gran cantidad de objetos de todas clases.

Las dos barricadas principales fueron construidas a la entrada de la rue Major, por el lado del Corso, y a la de la rue de Requis-Novis. Cuatro barricadas menos importantes fueron construidas a través de las calles Vieille des Cuirs, Lune Blanche, Vieille Ceca y Lune d'Or. Una sola quedó libre, la de les Marquises, para dejar a los

insurrectos una salida necesaria a la rue Belzance, place des Prédicateurs y las callejuelas estrechas y torcidas de los barrios antiguos, por donde esperaban escapar, en caso de verse derrotados.

Mientras Philippe trabajaba con los demás, oyó una voz que le preguntaba con acento de ironía:

—¿Quiere que le ayude, amigo?

Levantó la cabeza y reconoció a Girousse.

Aquel hombre original, de ideas democráticas, no veía con desagrado el movimiento popular; tan sólo una cosa le disgustó: que disparasen contra el general.

Philippe le miraba con asombro. El conde llevaba, debajo del brazo, un enorme sable mohoso.

—¿Es usted de los nuestros? —preguntó asombrado el joven.

—Este sable me fue confiado para defender la libertad —dijo el conde—. El que me lo dio me hizo jurar que lo usaría contra los enemigos de la patria. No sé si cumpliré el juramento, pero creo que me sienta bien el arma debajo del brazo.

—Aquí está usted bien, conde —replicó Philippe—. Se me ocurre que presencia usted la construcción de las barricadas, como los patricios romanos presenciaban en el circo la muerte de sus esclavos.

—Tal vez cometa usted un error.

Luego volvió a la plaza y encontró a Mario.

—Su hermano —le dijo riendo— me aconseja que me retire. Tiene razón. Escóndame en alguna parte.

Mario le hizo subir a la casa donde estaban Joséphine y el niño.

El conde se colocó en el descansillo del tercer piso, delante de una ventana que daba a la plaza.

Mario había bajado de nuevo para pedirle a Philippe que subiese un momento, a fin de alentar a su esposa y al niño, que estaban muertos de miedo.

Philippe le prometió que así lo haría.

Una vez terminadas las barricadas, recomendó a los obreros que ocuparan las casas más próximas. Confiaba en hacer retroceder a los sitiadores, si podía lanzarles una lluvia de proyectiles desde las ventanas y los tejados.

Cuando Philippe se hubo asegurado que habían sido tomadas tales disposiciones, fue a reunirse con su hermano. Él mismo dirigió a los hombres que debían ocupar la casa de Cadet.

Esta casa se hallaba situada en la esquina de la rue Major y de la place des Oeufs, a la derecha, entrando por el Corso.

Philippe preveía que los ataques más furiosos los dirigían hacia la barricada de la rue Major, y sospechaba los peligros que correrían las personas que allí estuvieran refugiadas durante la lucha.

No permitió la entrada a la casa más que a los hombres enteramente fieles, y les hizo jurar que defenderían la puerta hasta el último aliento.

Después de haberlos colocado sobre el tejado y en las ventanas, volvió al descansillo, donde encontró a *monsieur* Girousse, quien le indicó, con un gesto, una puerta.

—Le esperan —dijo.

Mientras Philippe tomaba esas disposiciones, Mathieu había vuelto a subir a la escalinata que estaba al otro lado de la plaza.

Había visto cómo el republicano se asomaba a las ventanas, y su silenciosa sonrisa canallesca reapareció, como una mueca, en sus labios.

**H**ablaron poco, pero todos estaban muy conmovidos, Philippe cogió a Joseph y lo sentó sobre sus rodillas. Entonces experimentó un repentino enternecimiento.

—Os lo confío —le dijo a Joséphine y a Mario—. Tal vez no vuelva a verlo, pero sé que tendrá padre y madre.

Mario guardó silencio. Comprendió que su hermano creía cumplir con su deber ineludible, y ya nada le dijo para intentar detenerle.

Joséphine lloraba sin consuelo.

Pareció que Philippe tenía que hacer un verdadero esfuerzo para abandonar aquella habitación, sobre la cual se cernía una terrible angustia. Quiso huir de aquella ternura que se apoderaba de él y que le estaba debilitando; dio un último beso a su hijo y volvió a colocarlo en las rodillas de Joséphine. Luego, andando con paso ligero, como para despejar sus pensamientos, se dirigió a la ventana que daba a la rue Major.

Después de haber lanzado una mirada hacia afuera, se volvió hacia la joven:

—No te quedes en aquella silla —le dijo—. Colócate al otro lado, lejos de la ventana. Hasta aquí pueden llegar las balas.

Se detuvo, y no pudo refrenar un grito:

—¡Maldita sea la guerra! ¡La he deseado ansiosamente, y ahora pone en peligro a quienes más amo!

Se golpeaba la frente con desesperación. Se dio cuenta de que iba a prorrumpir en sollozos, y dijo con voz bronca, mientras caminaba hacia la puerta:

—¿Vienes, Mario?

Una vez en el umbral, dirigió una última mirada a Joséphine y al niño.

En el descansillo encontraron a *monsieur* Girousse, el cual parecía ocultarse mientras miraba hacia el exterior.

—¿Conoce usted a ese feo pajarraco? —preguntó, indicando a Mathieu.

Luego continuó:

—Hace media hora que estoy observando sus movimientos, No aparta la vista de esta casa; parece abrigar malas intenciones.

—¿Se refiere al hombre del pelo rubio? —preguntó Mario.

—Ese mismo —replicó el conde—. Yo tengo un olfato especial para descubrir a los granujas.

—Yo conozco a ese individuo —dijo Philippe—. Es un republicano exaltado. Le he oído manifestar ideas incendiarias... Confieso que siempre me ha sido antipático... Es cierto, todavía está mirando en esta dirección.

Una vaga desconfianza se apoderó del joven. Tuvo la sospecha de que tal vez Mathieu fuera uno de esos agentes provocadores que incitaban a los obreros a tomar resoluciones extremas, para luego entregarlos a la policía.

Mario tuvo una idea que no se atrevió a formular.

—Bajemos —dijo Philippe—. Es preciso saber por qué está vigilando esta casa.

Se pasearon por la plaza durante diez minutos, sin perder de vista a Mathieu, pero fingiendo ocuparse de otras cosas.

Cuando Mathieu divisó a los dos hermanos, abandonó enseguida la escalinata, con apariencia de hombre indiferente.

Tenía ganas de subir enseguida, poner una mordaza a Joséphine y llevarse al niño. Lo que le molestaba era su peluca rubia, que le privaba de la libertad de acción; con aquel aspecto era imposible llevarse a un niño en los brazos. Philippe y Mario, al darse cuenta de que miraba a su alrededor con recelo, adquirieron la certeza de que *monsieur* Girousse no se había equivocado. Le vieron entrar en la casa, y, poco después, Mathieu volvió a salir de la misma, pero sin peluca.

Entonces, Philippe le reconoció en el acto.

—¡Canalla! Es el espía, el mandatario, el cómplice de Cazalis, el que trató de robar a Joseph en la casa de Ayasse.

—Los minutos son preciosos —dijo Mario—. Cazalis no debe estar lejos. Pero no podemos hacer arrestar a ese hombre, acusándole de un rapto que todavía no ha cometido.

—Espera —dijo el republicano—; tengo una idea.

Philippe corrió hacia un grupo de obreros que eran amigos suyos. Les habló unos instantes en voz baja, y luego volvió a reunirse con Mario.

—Mira —dijo—; ya está cogido.

Los obreros empezaron por dispersarse, y después, uno tras otro, rodearon a Mathieu. Este, totalmente ajeno a la maniobra, les miraba tranquilamente.

Uno de los obreros dijo:

—Este ciudadano no es un desconocido.

Otro preguntó:

—¿Qué ha hecho usted con su peluca?

Y todo el grupo aulló:

—¡Es un falso compañero, es un traidor!

Este grito cundió en la plaza, aumentándose rápidamente el grupo que rodeaba a Mathieu. Uno de los insurrectos le registró, encontrándole la peluca rubia. Todos gritaron que era un agente provocador, que era preciso ajusticiarle.

Mathieu temblaba como un azogado. Philippe intervino, diciendo:

—Amigos, no lo maten; basta con no perderlo de vista; tal vez nos sea útil más tarde... Pero si trata de huir, dispárenle a la cabeza.

Los obreros se apoderaron de Mathieu y le encerraron en un tenducho; uno de ellos permaneció en la puerta con el fusil preparado.

Los pensamientos que cruzaban por la mente del prisionero eran bastante tristes; pero como ignoraba que Philippe le había reconocido, aún no se desesperaba del

todo. Pensaba que en el momento del ataque a las barricadas, ya tendría ocasión de escapar.

Después de la detención de Mathieu, reinó un silencio profundo.

De improviso, los que vigilaban en la barricada de la rue Major vieron avanzar a dos personas que entraron en la plaza. Eran Martelly y el padre Chastanier. El armador corrió al encuentro de Philippe y le dijo:

—¡Por compasión, si tiene usted alguna influencia sobre esos hombres, impídales desatar una lucha fratricida!

—Hijo mío —murmuró el sacerdote—, le suplico que evite el derramamiento de sangre.

—Ya no está en mi poder hacerlo —respondió Philippe—. Están exaltados, y sólo me escuchan si les hablo de venganza, Inténtelo usted mismo.

Poco a poco, los obreros se fueron acercando. Martelly se dirigió a ellos, diciendo:

—Amigos, estoy encargado de anunciaros que serán cumplidos vuestros deseos; acabo de ver al comisario del Gobierno.

Estas palabras resonaron en medio de un silencio aterrador. Después de un minuto, toda aquella multitud, como un solo hombre, gritó:

—¡Es demasiado tarde!

Tanto el padre Chastanier como el armador emplearon en vano toda su elocuencia.

Los dos, descorazonados, volvieron al lado de Philippe, el cual hubiese deseado que tuviesen éxito, pero no se atrevía a secundarlos.

—Ya les había advertido —dijo— que toda tentativa pacífica resultaría inútil. El pueblo quiere lucha, y luchará. Déjennos cumplir con nuestro deber.

Se detuvo para escuchar. Un ruido sordo, un entrechocar de armas lejano, se oía por el lado de la rue Major.

—Ya se acercan la tropa y la guardia nacional —dijo, con tono grave.

Se alejó rápidamente, después de haber estrechado la mano de Mario, el cual volvió a subir al lado de Joséphine. Martelly y el padre Chastanier se dirigieron a la barricada de la rue Major; detrás de ella se colocó Philippe.

Se produjo un nuevo silencio, gracias al cual se distinguían los pasos firmes de los soldados. Los insurrectos, agachados, ocultos, esperaban.

**G**racias a su uniforme de guardia nacional, Cazalis pudo seguir el desarrollo del motín. Ya por la mañana, cuando Mathieu se separó de él delante de la Gobernación, se escurrió entre las filas de la primera compañía que había encontrado. Era la de Sauvaire, y de este modo, el exdiputado presenció la pelea de la rue de la Santé.

Conocía vagamente los planes de Mathieu. Por curiosidad, se dedicó a observar todas sus maniobras. Después de la toma de la barricada, con la compañía de Sauvaire, llegó a la Cannebière y fue testigo de los lamentables acontecimientos que allí tuvieron lugar. Cuando vio pasar el fúnebre cortejo, conducido por el espía, comprendió que la lucha se había hecho inevitable, y recordó la cita que le había dado su secuaz.

Pero quedó sumamente perplejo cuando el pánico hubo dispersado a la multitud. La prudencia le aconsejaba no separarse de sus nuevos compañeros de armas. Durante casi dos horas permaneció en la place de la Révolution, junto con la compañía que esperaba órdenes para marchar.

Finalmente, un hombre a caballo trajo una orden, que Sauvaire comunicó a los guardias en estos términos:

—¡Amigos, la patria nos necesita! ¡En marcha!

Cazalis se asombró al ver que la compañía giraba a la izquierda, en lugar de dirigirse a la rue de Rome, pero al llegar a la altura de la rue Major, vio la barricada. Esto fue suficiente; era puntual a la cita.

Esperó los acontecimientos. El cours Belzance estaba lleno de tropas. Al llegar Sauvaire, el comandante, que había recibido la orden de atacar la barricada, conferenció brevemente con el capitán.

—Le he esperado —dijo a Sauvaire—, tengo orden de obrar con las mayores precauciones, y temí que la vista de la infantería exaltara aún más a los obreros. Es preferible que se presente primero la guardia nacional, y haga una última tentativa de reconciliación. Hable usted con los insurrectos, como un compañero suyo.

Entonces imaginó Sauvaire que la suerte de Francia estaba en sus manos.

Formó la compañía en columna, y penetró resueltamente en la rue Major.

A cincuenta pasos de la barricada, gritó:

—¡Alto! —Y avanzó él solo.

Al grito, salieron unos quince insurrectos. El antiguo maestro sintió miedo al ver relucir ante él los fusiles, pero triunfó su vanidad, y dijo con voz bastante firme:

—¡Diablos! No tiren; yo soy un amigo... Todos somos marseleses, y no es posible que luchemos entre nosotros. ¿Acaso no son todos unos buenos muchachos? Depongan las armas, y vayamos luego a nuestros quehaceres.

—¡Es demasiado tarde! —fue la respuesta unánime.

—Nunca es tarde para obrar con cordura —replicó Sauvaire—. Yo, en la situación de ustedes, regresaría a mi trabajo. Ya les habrán dicho que el comisario promete darles plena satisfacción. ¿Qué más quieren?

—¡Queremos sangre! ¡Retírate! —gritaron los insurrectos. Sauvaire seguía atentamente los movimientos de los obreros. Una voz fuerte gritó, desde la barricada:

—¡Cuidado! ¡Protéjense!

Sauvaire y los guardias siguieron el consejo.

Una descarga, procedente de la barricada y de las casas más próximas, pasó por encima de los sitiadores, con un tremendo estruendo.

Sauvaire, entonces, fue a reunirse con su compañía, que se formó a cien pasos de allí.

El que había avisado tan oportunamente a los soldados había sido Martelly. Los obreros, al ver que la descarga había sido inútil, le rodearon furiosos, pero Philippe le salvó al ordenar a dos insurrectos que se apoderaran de él y de Chastanier y los mantuviesen vigilados. Fueron conducidos al tenducho donde también se hallaba Mathieu.

Las tropas comenzaron a avanzar. El comandante había ordenado a la infantería que tomaran la barricada por asalto. Entre los militares, había algunos guardias nacionales, entre ellos Cazalis. Al ver a Philippe en la parte más alta de la barricada, confió en que podría matarle.

Mientras la nueva columna iba a lanzarse fue rechazada con una descarga, que resultó más efectiva que la primera. Más de treinta hombres quedaron fuera de combate.

El comandante, entonces, mandó echarse a los lados, a lo largo de la rue Major. Los disparos de fusil se sucedían con irregularidad.

Sauvaire se había refugiado en el quicio de una puerta. Ya empezaba a disgustarle aquel oficio. Sentía compasión por los que veía caer a su alrededor, y, además, temía por su propia vida.

Cazalis se había refugiado también en el mismo quicio. El capitán, que lo reconoció inmediatamente, y estaba enterado del odio que el exdiputado profesaba a los Cayol; al ver a Philippe en la barricada, lo comprendió todo enseguida, y se dedicó a vigilarle.

Cuando el republicano se irguió para volver a cargar su fusil, Cazalis le disparó, pero Sauvaire, fingiendo dar un traspiés, le propinó un empujón y la bala, desviada, fue a aplastarse contra la fachada de una casa.

Cazalis no se atrevió a decirle nada, ya que se había colocado voluntariamente bajo sus órdenes. Se limitó a colocar otro cartucho en su fusil.

Así continuó la lucha media hora, y podía durar hasta la noche. Aquel fuego de escaramuza era peor que un ataque decisivo.

Al sonar el primer disparo, Mario se lanzó de nuevo a la calle.

Ya que no había logrado impedir la lucha, quería ser útil, de una manera u otra a los combatientes. Se cuidó de establecer una especie de hospital de campaña, y se ocupó activamente en la tarea del transporte de los heridos.

De pronto oyó un gran estrépito por el lado de la rue de la Lune d'Or y de la antigua Ceca. Al mirar en aquella dirección, vio a los soldados y guardias nacionales que desembocaban por dichas calles e irrumpían en la plaza.

Mario, a la vista de los uniformes, comprendió que su hermano estaba perdido, si no lo salvaba en el momento de ser arrestado.

Corrió hacia la barricada. Philippe ni siquiera se había dado cuenta de que la tropa entraba a la plaza por el otro lado. Los dos hermanos se dirigieron a la casa de Cadet, pero como vieron que no tendrían tiempo de llegar, se metieron apresuradamente en una casa que había delante. Estando allí encerrados, no se atrevían a comunicarse mutuamente sus temores por el niño y la esposa de Mario.

En la plaza reinaba un espantoso desorden. Los insurrectos, al igual que Philippe y Mario, se refugiaron en el interior de las casas.

Las columnas que atacaban las barricadas de la rue Major y de la rue Requis-Novis se sorprendieron al notar que se había suspendido el fuego. Luego, al comprender lo que pasaba, habían abandonado las barricadas desiertas y fueron a reunirse con los vencedores. Por ello la plaza estaba invadida de tropas que se preparaban a sitiar las casas, en medio de un ensordecedor estruendo.

En aquellos momentos, el obrero que vigilaba a los tres prisioneros en el tenducho huyó. Mathieu aprovechó la ocasión para escurrirse entre la multitud y desapareció, mientras Martelly y Chastanier, inmóviles y pensativos, permanecieron en el umbral, previendo las terribles represalias.

Y de vez en cuando, el rostro curioso de Girousse aparecía en la ventana, que no había abandonado desde el comienzo de la contienda.

**S**auvaire había perdido de vista a Cazalis, después de llegar a la plaza. Estaba furioso por no conocer su paradero, después de haberlo estado vigilando durante una hora en el quicio de una puerta. El buen hombre ya no pensaba en que era capitán; sólo tenía una idea fija: la de acudir en ayuda del hermano de Mario.

Daba vueltas por la plaza, inquieto, cuando, de pronto, se le ocurrió que Philippe se habría escondido en la antigua vivienda de Joséphine. Miró hacia la casa, y distinguió la cabeza de *monsieur* Girousse.

—¡Baje enseguida! —le gritó al anciano conde—; ¡baje a abrir la puerta!

Girousse se hallaba muy inquieto por la suerte de Philippe. Resolvió bajar, pues sabía que los dos hermanos se habían refugiado en la casa de enfrente, y esperaba poderlos ayudar de alguna manera. Pero abajo, en el pasillo, tropezó con unos insurrectos que no le dejaron salir, ya que habían corrido los cerrojos de la puerta. Finalmente, logró que se la entreabriesen. Le empujaron hacia afuera y volvieron a encerrarse en el interior.

Sauvaire y Girousse se toparon de frente.

—¡Diablo! —exclamó el exmaestro—, debía haber dejado la puerta abierta. Le haré arrestar por esto.

El noble miraba al capitán con curiosidad.

—¿Quiere arrestarme? —preguntó—. ¡Bueno! Hágalo usted mismo y lléveme junto a las personas que están allí.

Indicaba a Martelly y al sacerdote. Sauvaire le acompañó y ofreció sus excusas cuando supo que había puesto la mano encima de un conde, de un rico propietario.

Luego, Girousse, a media voz, explicó la situación al armador y al cura.

—No hemos visto nada —dijo Martelly—. Nos habían encerrado junto con un hombre de muy mala catadura. ¿Dice usted que los Cayol están en aquella casa?

—Sí. Pero lo peor es que en esa otra han dejado a la mujer de Mario y al niño.

En aquel instante fue dada la orden de tomar por asalto todas las casas que estaban cerradas. Se adelantaron unos zapadores, que la emprendieron a hachazos contra las puertas.

Sauvaire, que quería alejar a los soldados de la casa donde suponía que podía estar escondido Philippe, reunió a sus hombres y los situó en el lado opuesto de la plaza, haciéndoles registrar otras viviendas. En aquel momento, sonó un disparo de fusil, procedente de la casa que quería proteger. Resultó herido un teniente, y la tropa se abalanzó hacia aquella puerta.

—¡Imbéciles! —murmuró Sauvaire.

Mientras sucedían estos hechos, Cazalis y Mathieu hablaban acaloradamente en la plaza.

—¿Adónde llevaste el niño? —preguntó Cazalis.

—Corre usted demasiado... No tardaré mucho en entregárselo... Está allí, en aquella casa, cuya puerta están haciendo añicos. Han detenido junto conmigo, no sé por qué motivo, a dos amigos de Cayol. Mire, allí están. Temo que puedan estorbarnos.

Cazalis reconoció a Martelly y al cura. No reconoció a Girousse, que estaba de espaldas.

—No creo que estén aquí por nosotros. ¡Manos a la obra, Mathieu! Aumentaré tu recompensa.

—No se preocupe.

—Y Philippe, ¿dónde está?

—Ya lo habrán arrestado. De todos modos, no se escapará. Debe de estar en la casa, si no lo han cogido. Pero ya cede la puerta. Voy allá. Cuando tenga al niño, sígame rápidamente.

Era cierto que la puerta cedía, pero aún resistían los goznes y los cerrojos.

Sauvaire miraba ansiosamente. Quería reunir a sus hombres y entrar antes que los demás. Una mano le tocó el brazo. Era Cadet.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz ahogada—. ¿Ha visto usted a mi hermana? Desde esta mañana, mis hombres y yo estuvimos concentrados. Tan sólo ahora he podido escaparme. Estuve en la casa de mi cuñado, pero no hay nadie.

—Pues toda la familia estará en esa casa.

—¿Cree usted?

—No sé; otra cosa, el enemigo ronda en la plaza.

—¿Qué enemigo?

—Cazalis, disfrazado de guardia nacional.

Cadet se estremeció. Vio que la puerta había sido forzada.

—¡Corramos! —exclamó.

Una multitud de soldados penetró en la casa. Desde la escalera partieron tres o cuatro tiros, y los invasores retrocedieron en desorden.

Los insurrectos, cuando hubieron gastado sus últimos cartuchos, subieron al tejado.

Después de un primer momento de pánico, los soldados avanzaron, y, al no encontrar ya resistencia, invadieron la casa, registrando todos los rincones.

Al principio, ni Sauvaire ni Cadet lograron abrirse paso para entrar. Luego, y con grandes dificultades, llegaron al tercer piso, y allí fueron empujados por un hombre que llevaba un niño en brazos. Imaginaron que sería un inquilino asustado, que huía llevándose a su hijo. Iba con tal rapidez, llevando a Joseph medio oculto bajo su levita, que Cadet no pudo ver su rostro; el joven se volvió, espoleado por un vago presentimiento, pero el individuo había descendido ya cuatro o cinco escalones.

El hermano de Joséphine, empujado por Sauvaire, que no se había dado cuenta de nada, continuó subiendo y pronto se encontró delante de la puerta del reducido domicilio.

Estaba abierta de par en par. En el centro de la habitación yacía Joséphine, desmayada. Joseph había desaparecido.

Las angustias que Joséphine había experimentado durante el desarrollo del combate, habían sido espantosas. Cada disparo de fusil le hacía estremecer, pensando, con espanto, que aquella bala podía haber matado a uno de los suyos. Hubiera preferido estar en la calle, participando de los peligros que corrían Mario y Philippe. Pero la presencia de Joseph la obligaba a permanecer encerrada en aquella habitación, donde se moría de inquietud.

El pobre niño estaba pálido, y apretaba los dientes sin poder llorar. Con el rostro oculto entre las faldas de la joven y estrechándole el talle con sus bracitos, permanecía inmóvil.

En varias ocasiones, las balas entraron por la ventana, destrozando los muebles, o hundiéndose en las paredes. Joséphine miraba, como atontada, los agujeros que producían; se empequeñecía cada vez más, apretando con fuerza a Joseph entre sus brazos.

Aquel suplicio duró más de una hora. Por el ruido del tumulto que venía de la plaza, dedujo que las barricadas acababan de ser tomadas.

Cuando el fuego hubo cesado, se arriesgó a asomarse a la ventana. Entonces, al mirar a la plaza, vio a los soldados que se lanzaban hacia la casa. Resonaron los hachazos. Joseph se puso a llorar; su espanto, que había sido mudo hasta aquel momento, le hizo, de pronto, estallar en gritos.

La joven perdió la cabeza; corrió a la escalera, para reunirse con Mario y Philippe, pero aún no había llegado al segundo piso cuando oyó que la puerta caía hecha pedazos. Permaneció unos instantes vacilando; los sitiadores no tardaron en acercarse. Mathieu subió primero; ella tuvo la idea de huir, entró de nuevo en la habitación, pero antes de que pudiese encerrarse, el bandido le arrancó a Joseph. La infeliz, cuando vio que le arrebataban al niño, perdió el conocimiento.

La casa en la cual Mario y Philippe se habían refugiado, por una feliz casualidad, no había sido invadida por los insurrectos. Tan pronto como entraron, corrieron los cerrojos.

Philippe dijo:

—¡Escucha! Derriban una puerta. Subamos al primer piso.

Al llegar allí, se asomaron a la ventana del descansillo y vieron, aterrorizados, que la casa sitiada era la de enfrente.

Seguían con la mirada el trabajo de los zapadores, y Philippe lanzó un grito de furor, al descubrir a Mathieu en la vanguardia de los sitiadores.

—¡Allí está —grifó—, quiere apoderarse de Joseph!

Al girar la vista, otro grito se le escapó de los labios. Indicó a Mario a un guardia nacional, medio oculto detrás de un árbol. Apenas pudo pronunciar un nombre, con voz ahogada:

—¡Cazalis!

Preparó el fusil, pero Mario se lo arrancó de las manos, exclamando:

—¡Sería un asesinato! Subamos más arriba.

Llegaron hasta el tercer piso, y desde allí presenciaron el rapto.

Entonces, Mario devolvió el fusil a Philippe.

Cuando Mathieu pasó por delante de la casa, sonó un disparo. Aquel ruido hizo levantar la cabeza a Sauvaire y a Cadet, que socorrían a Joséphine. Entonces vieron a los dos hermanos asomados a la ventana, y el capitán dejó escapar una exclamación de alegría; ahora sabía dónde se hallaban las personas que él pretendía proteger. Cadet comprendió enseguida lo que había pasado; bajó precipitadamente, y encontró a Mathieu con la cabeza destrozada. Se apresuró a recoger al niño.

Ya había subido algunos escalones, cuando se le ocurrió una idea. Descendió nuevamente y registró el cadáver. Se apoderó de todos los papeles que llevaba encima, pues podían servir de mucho. Después subió de prisa, y al entrar en su habitación, vio a Sauvaire muy apurado, sin saber qué hacer para volver en sí a la joven.

El buen hombre se había contentado con tenderla sobre su cama. Cadet colocó a Joseph al lado de su hermana. El niño comenzó a acariciarla y, entonces, Joséphine abrió los ojos. Cuando vio al niño a su lado, creyó salir de una pesadilla, pero enseguida palideció de nuevo, preguntando:

—¿Dónde están Mario y Philippe?

Cadet le señaló a los dos hermanos, que todavía estaban asomados a la ventana.

Martelly, Chastanier y Grousse subieron para proteger a la joven.

Este último exclamó:

—Cazalis es un canalla; de él me encargo yo...

Pero, ante todo, hay que pensar en salvar a Mario y a Philippe de los registros de la tropa.

—Sólo hay un medio de salvación —dijo Martelly—: que logren huir por los tejados.

—Imposible —respondió Cadet con desolación—. Esta casa es mucho más alta que la de al lado... Están perdidos.

Grousse, que sabía por Cadet que Sauvaire era un amigo, le preguntó:

—¿No podría usted detener a sus hombres?

—Es imposible —dijo el capitán—; pero tengo una idea. Cadet, ven conmigo.

Los dos bajaron rápidamente. Al cabo de cinco minutos, regresaron cargados con dos fardos de ropa.

Cadet hizo una seña a Mario y a Philippe para que abriesen la ventana, tras la cual se hallaban semiocultos. Cuando estuvo abierta, el joven le lanzó los dos fardos con fuerza y habilidad. Los soldados, ocupados en derribar la puerta, no alcanzaron a distinguir aquellos bultos negros que pasaban sobre sus cabezas.

Sauvaire y Cadet habían ido a un hospital de sangre, donde se hallaban unos doce guardias internados, y se apoderaron tranquilamente de dos uniformes completos,

entre el jaleo que reinaba allí, y las rápidas idas y venidas de los que asistían a los heridos.

Philippe y Mario se pusieron rápidamente aquellas ropas. Apenas hubieron arrojado sus propias prendas por una ventana que daba a un patio, cuando oyeron crujir la puerta de la calle. Se mezclaron entre la multitud de los sitiadores, que entraban en tropel. Durante algunos minutos, fingieron ayudarles en su registro que, naturalmente, resultó infructuoso; luego, sin mostrar apresuramiento, salieron a la calle.

Allí encontraron a Girousse y a Sauvaire. Un poco más lejos, en la plaza, estaban Cadet, Joséphine, Martelly y el padre Chastanier. La joven, que llevaba a Joseph en los brazos, quería volver cuanto antes a su casa de la rue Bonaparte. Se alejó tan pronto como vio a Mario y a Philippe.

Girousse se había encargado de acompañar a los dos hermanos.

Philippe y Mario estrecharon con ardor la mano del capitán, sin poder articular ni una palabra de agradecimiento.

—Es un deber servir a los amigos —dijo el buen hombre.

Girousse y los hermanos se alejaron enseguida.

Sauvaire, mientras trataba de reunir a sus hombres, descubrió a Cazalis. Fingió que no le había visto y se puso a vigilar sus movimientos.

El exdiputado se acercó cautelosamente al cadáver de Mathieu, registró sus bolsillos, y, al darse cuenta de que estaban vacíos, hizo un ademán de irritación y se alejó con rapidez.

Eran las cuatro de la tarde. Muchos obreros habían sido arrestados.

Una vez registradas las casas y destruidas las seis barricadas, la fuerza armada ocupó militarmente la place des Oeufs.

Por la noche, Girousse fue a casa de los Cayol, donde se hallaba reunida toda la familia, y ofreció llevarse a Philippe a Lambesc, para ocultarlo en una finca de su propiedad, proposición que fue aceptada con agradecimiento. El republicano debería permanecer hasta el día siguiente en casa de Martelly.

Cuando el joven ya se hubo marchado, Girousse sostuvo con Mario una larga conversación acerca de Cazalis. Cadet había entregado a su cuñado los papeles de Mathieu, y entre ellos figuraba la carta que el espía había exigido al exdiputado, en la cual le prometía una cierta cantidad por el rapto de Joseph. Aquel documento era un arma muy poderosa.

Al día siguiente, Girousse se presentó en casa de Cazalis, y permaneció encerrado con él durante dos horas. Los criados oyeron voces irritadas, pero jamás pudo saberse lo que hablaron los dos caballeros. Es probable que Girousse despreciase abiertamente la conducta de Cazalis y su proceder indigno, y consiguiese de él la promesa solemne de no perseguir nunca más a los Cayol. Por lo que respecta a este asunto, los nobles prefirieron dirimir en privado aquella vergonzosa cuestión.

Cuando Girousse se marchó, los criados notaron que su amo le acompañaba humildemente hasta la puerta, con los labios apretados y el rostro mortalmente pálido.

Una hora después, el anciano conde y Philippe iban en un carruaje camino de Lambesc.

**A**n año más tarde de los sangrientos sucesos que acabamos de relatar, un nuevo soplo de muerte azotó por segunda vez a la ciudad de Marsella.

Esta vez no se trataba de varias docenas de heridos; los hombres caían a centenares. Tras la guerra civil, había llegado el cólera.

Sería lamentable y doloroso relatar las numerosas y terribles epidemias que han assolado a Marsella. Por su situación, esta ciudad posee un clima caluroso, y, por otra parte, sus continuas relaciones con Asia y la suciedad de sus antiguas calles, todo parece conjurarse para convertirla fatalmente en un foco de infección, donde las enfermedades contagiosas cunden con espantosa rapidez. Tan pronto como llega el verano está amenazada. Por la menor negligencia, por contagio, pronto invade todo el litoral y desde allí se expande por toda Francia.

La epidemia de 1849 fue relativamente benigna. Dijeron que había aumentado por el desembarque de un convoy de soldados enfermos, procedentes de Roma y de Argel.

Los grupos políticos acusaron al Gobierno republicano, por un decreto fechado el 10 de agosto, por el cual se autorizaba a los barcos procedentes de Levante a entrar directamente en el puerto, con el dictamen exclusivo de los médicos de a bordo.

El pánico fue general; todo el que pudo abandonó la ciudad. Los campos de los alrededores se llenaron de fugitivos, y Marsella quedó prácticamente desierta.

Únicamente las personas valerosas, que combatían o despreciaban la epidemia, permanecieron en la ciudad, así como los pobres desgraciados que se veían obligados a permanecer en sus puestos, a pesar del miedo que sentían.

Mario hubiera querido ayudar de alguna forma a sus compañeros desamparados, pero los ruegos y las lágrimas de su esposa le decidieron a alejarse de Marsella.

Toda la familia se refugió en el barrio de Saint Just, en una torre que alquilaron próxima a la antigua vivienda de los Cayol.

Tan pronto como Philippe supo que su hermano, junto con Joséphine y el niño estaban en el extrarradio de Marsella, se despidió afectuosamente de Girousse, y se reunió con ellos para poder abrazar a su hijo. Permaneció allí con su familia, pues el cólera había hecho que se olvidase la insurrección, y nadie pensaría en arrestarle viviendo alejado de la ciudad.

Entonces empezó para todos una vida tranquila y feliz. Salían muy poco, y las dos primeras semanas transcurrieron en una paz absoluta.

Philippe se pasaba las noches recordando su vida anterior, y una mañana, dijo que quería dar un paseo.

Al llegar al bosquecillo de pinos, pensó en aquel día del mes de mayo, en aquella tarde fatal que estrechó a Blanche en sus brazos y que le acarreó tan malas consecuencias.

De pronto vio, en medio del sendero, a Cazalis, que le estaba mirando con odio y con rencor.

Había sido uno de los primeros en abandonar la ciudad. Ahora vivía en su finca del barrio de Saint Joseph.

Después de su conversación con Girousse, quedó sumido en una amarga melancolía, interrumpida de vez en cuando por un acceso de temible cólera.

Los dos hombres se miraron mutuamente durante unos instantes.

—Es preciso que desaparezca uno de los dos.

—Soy de la misma opinión —respondió Philippe.

—Tengo armas en aquella casa. Espéreme. Vuelvo enseguida.

—No podemos batirnos de esta manera. Necesitamos testigos.

—¿De dónde quiere sacarlos?

—En un par de horas, cada uno de nosotros podemos estar de vuelta de Marsella con dos amigos.

—Está bien. La cita será a las doce, en este mismo lugar.

—Aquí mismo.

Philippe corrió a Marsella. En el *boulevard* encontró a Sauvaire, que caminaba a grandes pasos.

—No me detenga —dijo a Philippe—. Me vuelvo rápidamente a las Ayglades...; aquí los hombres caen muertos como moscas. Ayer murieron ochenta.

Philippe, sin escucharle siquiera, le dijo que iba a batirse con Cazalis y que necesitaba que le hiciera de testigo.

—¡Cazalis! —exclamó Sauvaire—. Con el mayor gusto.

Ambos se dirigieron a casa de *monsieur* Martelly, cuya valerosa conducta en aquellos momentos, causaba en Marsella la admiración general. El armador, cuando estuvo al corriente del asunto, convino en que el duelo era necesario... Lamentable y necia exigencia, en la que también incurren las almas más rectas y bondadosas.

—Estoy a su disposición —dijo.

Los tres hombres subieron a un coche de alquiler, y, pocos minutos antes de las doce hacían su entrada en el bosquecillo de los pinos, donde tuvieron que aguardar a Cazalis.

Por fin llegó éste. Al no encontrar a ninguno de sus amigos, había entrado en un cuartel, donde dos sargentos habían aceptado acompañarle para presenciar el duelo.

Fueron contados los pasos y cargadas las armas, sin que los testigos de ninguno de los dos bandos intervinieran para evitar el encuentro.

Colocados frente a frente, Philippe, a quien la suerte había favorecido, levantó el arma, pero en aquel momento, el recuerdo de Blanche le causó tal emoción, que disparó con mano temblorosa.

La bala, mal dirigida, fue a romper la rama de un pino.

Cazalis, con ojos llameantes, disparó a su vez.

—¿Dónde está herido? —preguntó Sauvaire, afligido.

—Estoy muerto —respondió Philippe—. Este lugar, inevitablemente tenía que ser fatal para mí.

Y perdió el conocimiento. Los testigos, celebraron consulta. En su apresuramiento, no habían pensado en traer a un médico. Era necesario trasladar al herido a Marsella, lo antes posible.

—Le colocaremos en el coche —dijo Martelly—; yo le llevaré al hospital, pues allí se le dará atención inmediata. Vayan ustedes enseguida a avisar a su hermano. Procuren que no se enteren de esto ni Joséphine ni el niño.

Así se hizo. El armador recomendó al cochero que fuera despacio. Había introducido un pañuelo en la herida, pero temía que Philippe falleciese antes de llegar.

Pero, finalmente, llegaron. En el hospital, como todas las salas estaban completamente ocupadas, pusieron dificultades para recibir al herido, aunque acabaron por admitirle. Pero, como andaban muy escasos de plazas, le ubicaron en una sala de enfermos atacados de cólera. El médico que le visitó a su ingreso sacudió la cabeza, diciendo:

—Ya pueden colocarle donde quieran; lo mismo da.

Martelly no quiso separarse de él hasta que llegara Mario. Unas monjas andaban entre las camas ayudando a los facultativos.

Martelly se sentó junto al colchón sobre el cual habían acostado a Philippe.

Una de las religiosas, a pocos pasos de distancia, consolaba con tiernas palabras los últimos instantes de un anciano. Como aquel rostro no era desconocido para él, se aproximó para verle mejor, y, aunque contraída por la agonía, reconoció en aquella cara la del padre Chastanier. El sacerdote había sido víctima de su ardiente vida de caridad.

Asistía a los enfermos pobres, no tomaba el reposo necesario, incluso vendió cuanto poseía para socorrer a los desamparados, y cuando ya no le quedaba nada, se puso a mendigar la caridad de los ricos para sus desvalidos hermanos.

Un día, al salir de una casa de la ciudad vieja, le había acometido, en plena calle, un terrible ataque de cólera. Le llevaron al hospital, y allí padecía con resignación y serenidad.

Al reconocer al armador, levantó una mano, señalando al cielo.

En aquel momento expiró, y Martelly sólo pudo contemplarle en silencio. Luego volvió a sentarse junto a Philippe.

La hermana, arrodillada cerca del muerto, rezó una breve oración, después de lo cual se levantó y se acercó al herido, para ver si podía hacer algo por él.

Apenas hubo echado una mirada a Philippe, quedó como petrificada por una dolorosa emoción. No podía apartar la vista de aquel rostro, que parecía el de un cadáver.

En aquellos momentos, Mario y Sauvaire entraron en la sala.

El primero, sollozando, imploró al médico que salvara a su hermano.

Aquella súplica, hecha con dolor y con violencia al mismo tiempo, decidió al facultativo a examinar nuevamente la herida. El moribundo gritó y la hermana, estremeciéndose, se aproximó al camastro.

Mario la vio.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó irritado—; su maldito amor y su traición, han sido la causa de todas las desgracias de mi hermano. Es usted la digna sobrina de su infame tío.

La religiosa miraba a Mario con ademán de humilde súplica, pero no pudo pronunciar ni siquiera una palabra.

—Perdóneme —dijo él enseguida—; el dolor me hace desvariar. Pero váyase, la emoción le podría perjudicar.

Blanche retrocedió, obedeciendo a la indicación de Mario, mientras el cirujano terminaba la cura.

Philippe abrió los ojos y vio a su hermano.

—No veo a Joseph —dijo—. ¿Dónde está?

—Ya vendrá luego —respondió Mario.

—Quiero verle... enseguida.

Cerró de nuevo los ojos.

—¿Quiere que vaya a buscar al niño? —preguntó Sauvaire, el cual permanecía a disgusto entre tantos apestados, pero no se atrevía a marcharse.

Mario aceptó inmediatamente el ofrecimiento, y el exmaestro se marchó rápidamente.

Sin duda, Philippe le había oído. Volvió a abrir los ojos y dirigió a su hermano una mirada de agradecimiento.

Luego dirigió la mirada hacia el otro lado, y su rostro se animó con una expresión de inmensa felicidad; acababa de descubrir a Blanche, que se aproximaba de nuevo al escuchar su voz.

—¿He muerto ya? —murmuró—. ¡Esta hermosa y maravillosa visión...!

Y se desmayó por segunda vez.

Cuando el coche que se llevaba a Philippe, herido, estaba ya lejos, Cazalis dio el más expresivo agradecimiento a los sargentos que le habían servido de testigos.

—Señores —dijo—, perdonen la molestia que les he ocasionado, y permítanme que les acompañe a Marsella.

Los sargentos rehusaron cortésmente; dijeron que podían volver solos a la ciudad, pero Cazalis insistió. Lo cierto es que quería asegurarse de que Philippe había muerto. No se atrevía a alegrarse, hasta estar seguro que su enemigo había fallecido.

Cuando el coche que conducía al exdiputado y a sus testigos desembocaba en la rue d'Aix, fue detenido por la procesión, que volvía a llevar la imagen de Nuestra Señora de la Guardia, patrona de Marsella, a su iglesia.

Cuando ocurren calamidades públicas, los habitantes la llevan en procesión por las calles, se postran a sus pies, y le suplican que implore para ellos la clemencia divina.

Cazalis se sintió molesto por aquel obstáculo. Tuvo que permanecer allí parado durante más de un cuarto de hora. Maldecía en su interior aquella procesión, pues tenía prisa por saber noticias de Philippe.

Pero en el instante en que la Virgen pasaba por delante de él, experimentó de improviso un frío moral que le helaba las entrañas. Se apoyó en el hombro de uno de los sargentos, palideció de un modo espantoso y se reclinó en el fondo del coche, gimiendo sordamente.

Acababa de ser acometido por un terrible ataque. Se había escapado de las manos de Philippe, pero el cólera se encargaba de su castigo.

Los sargentos se apearon. La multitud, el saber que en carruaje venía un enfermo de cólera, se alejó de allí rápidamente.

—¡Enseguida, condúzcalo al hospital! —gritó uno de los sargentos al cochero.

En la sala donde asistían a los atacados por la epidemia, había una sola cama desocupada precisamente al lado de la de Philippe.

Cuando acostaron al exdiputado, que ya estaba negro, Mario y Martelly le miraron, y, al reconocerlo, retrocedieron espantados ante aquel castigo de la Providencia.

Cazalis, al principio, no pudo darse cuenta de quién era su vecino. Estaba ya perdido sin remedio. En una de sus convulsiones, se irguió y vio por fin a Philippe, que todavía estaba desvanecido. Hizo una sonrisa diabólica, pero se dio cuenta enseguida de que también él iba a morir y no podría, por tanto, disfrutar de su venganza. Entonces se dejó caer de nuevo en la cama, lanzando aullidos de impotencia.

—¡Sálvenme, quiero vivir! —gritaba—. Soy rico, les daré una recompensa.

La ronca voz de su enemigo sacó a Philippe de su desmayo. Levantó la cabeza, y miró a Cazalis, como en sueños.

El otro se dio cuenta de ello, y exclamó aterrorizado:

—¡No ha muerto! Ese canalla sobrevivirá, y yo moriré.

En medio de aquel lúgubre silencio, los dos enemigos oyeron una dulce voz que decía:

—Unan sus manos, os lo ruego. No es lícito llevar rencores a la eternidad.

La que así había hablado era Blanche. Estaba a la cabecera de Philippe.

Ante su presencia, Cazalis se enfureció aún más, y exclamó:

—¿Quién te ha traído aquí? Sabías que yo iba a morir, y has acudido para alegrarte con el espectáculo de mi muerte, ¿no es cierto?

—Escuche —dijo Blanche—. Dios le juzgará pronto. No quiera presentarse ante él con el alma ennegrecida por el odio. Estreche la mano de Philippe.

—¡No, y mil veces no! —gritó el miserable pecador—. Antes prefiero condenarme... Morirá; no esperes salvarlo.

Ya experimentaba el frío de la muerte, y, sin embargo, seguía maldiciendo y renegando.

Blanche se inclinó hacia el herido, y le dijo con dulce acento:

—Philippe, ¿quieres perdonar a ese hombre?

—Sí —respondió Philippe—, yo le perdono y deseo que me perdone también a mí. ¿Rogarás a Dios para que me reciba en el paraíso?

—Con toda mi alma —respondió ella.

En aquel momento, una terrible convulsión agitó el cuerpo de Cazalis, y cayó muerto sobre las almohadas.

Blanche, espantada, había vuelto la cabeza. Al mirar a Philippe, vio que estaba expirando. Le estrechaba levemente la mano, y una triste sonrisa apareció en sus labios. Ya creía estar muerto; no pensaba ni en su hermano, que estaba allí, ni en su hijo, que poco antes había reclamado. Murmuró:

—Me llevas contigo, ¿no es cierto?

Y murió.

Joséphine y el niño entraban entonces. Mario cerró los ojos de su hermano. El niño, sin comprender aún lo que pasaba, al ver llorar a Joséphine, lloraba también.

Desde que su hijo había entrado en la sala, Blanche no apartaba de él su mirada embelesada. Dejó la mano de Philippe, que había retenido en la suya, y pensando en el peligro que estaba amenazando al niño, lo cogió en sus brazos y lo sacó de allí rápidamente.

Martelly tuvo que forzar a Mario y a Joséphine para lograr que se apartaran de la cama del muerto. Ya el hermano de Philippe iba a salir, cuando oyó la voz de una mujer moribunda, que llamaba:

—No me reconoce usted —dijo—. ¿Se ha olvidado ya de la desgraciada Armande? Había jurado no volverle a ver antes de haber obtenido mi perdón. Quise

ser enfermera de un hospital, y aquí muero. ¿Me perdona?

Mario no se hizo de rogar. Sólo entonces se dio cuenta del triste lugar donde se hallaba. Absorto en su dolor, ni siquiera había observado la sala. Martelly le mostró el cadáver de Chastanier. Entonces le pareció ver a la misma muerte, alargando sus brazos descarnados. Empujó a Joséphine hacia la puerta, y salió tras ella presa de vértigo.

Ya en la escalera, notaron que Joseph había desaparecido.

Preguntaron por él, lo buscaron por todas partes, y finalmente lo encontraron en el fondo de un patio interior. Una hermana de San Vicente de Paúl lo tenía entre sus brazos y lo besaba con frenesí.

Al día siguiente, al volver del entierro de su hermano, Mario supo que Blanche también había fallecido aquella noche del cólera.

## EPÍLOGO

**H**an pasado diez años.

Martelly se había retirado a una quinta que se hizo construir en las peñas de Eudoume. Y allí vive, en aquel retiro, con su hermana. Su única tristeza es comprobar que la libertad es una planta que no medra en Francia, y sabe que morirá sin haber asistido al triunfo de la democracia.

Mario le ha sucedido en las oficinas de la rue de la Darse. Debido a la herencia recogida por Joseph a la muerte de su madre y de *monsieur* de Cazalis, ha podido ampliar considerablemente sus negocios. Los armadores Cayol poseen, en la actualidad, una de las mayores casas de Marsella.

El matrimonio envejeció, en medio de su amor y de su dicha, tanto tiempo esperada. Joséphine derrama, a su alrededor, su alegre y tierna serenidad.

Su hermano Cadet es uno de los más activos socios de la casa.

Joseph es ahora un muchacho de diecinueve años, que posee la delicada hermosura de Blanche y la apasionada energía de Philippe. Acaba de terminar sus estudios y espera trabajar con su tío, el cual administra su hacienda.

Algunas veces, durante la noche, cuando la familia se halla reunida, se habla del pasado. Son evocados los queridos fantasmas de Blanche y de Philippe; pero las lágrimas que entonces se derraman ya no son amargas. Ha llegado la paz, y los recuerdos adquieren la dulzura de un canto triste y lejano.

Cada año, Joseph va a Lambesc para inaugurar la temporada de caza con *monsieur* Girousse. Muy viejo es el conde, pero no ha perdido el espíritu alegre y original de su juventud. Además, ya no se aburre, porque quiere crear un gran taller.

—¡Ay! —dice con frecuencia al joven—. ¡Si oyeras hablar de mí a la nobleza del distrito! Dicen que soy un jacobino, que me he rebajado casándome con la industria... Mira, siento no haber nacido obrero, pues no habría pasado cincuenta años de mi vida arrastrando una vida vacía e inútil en un rincón de Francia.

Pero el gran amigo de Joseph es el digno Sauvaire.

El exmaestro de mozos de cuerda, aunque lleno de reuma, ha conservado su aspecto de triunfador. Los días de sol se pasea con su vanidad de siempre por la Cannebière, y cree de buena fe que todas las muchachas que transitan por allí se enamoran de él. Joseph le parece un muchacho muy serio.

—Mira —le dice, apoyándose en su brazo—; en esta vida conviene divertirse. En mis buenos tiempos, disfrutábamos de la mañana a la noche. ¡Cuántas francachelas he vivido! Todas las mujeres bonitas de la ciudad han sido mis queridas. Pregúntale a tu tío; háblale de Clairon: una mujer que me ha costado un dineral.

Y añade, en voz más baja, esta frase que le encanta repetir:

—¡Los curas me la quitaron!



ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértèe Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influido por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.

# Notas

□ *El Mensajero de Provenza* <<

[2] *Los misterios de Marsella* <<